Carlo Vicente Piro
Setiembre 18 de 1903

Encuacuenacion de
Ricardo González T.
Medellin.
Nº 89 Valor $2.40



UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

LISANDRO RESTREPO

ENSAYOS LITERARIOS



MEDELLIN (COLOMBIA)
Librería de Carlos A. Molina.

IMPRENTA DEL DEPARTAMENTO
Director, **LINO R. OSPINA**
1899

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

A la memoria de sus padres,

Y COMO UN TRIBUTO DE FILIAL CARIÑO

DEDICA ESTE LIBRO

El Autor.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

MEMORIAS INTIMAS

DE

RAMON PEREZ

CUADROS SUELTOS

PRIMERA SERIE

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

MEMORIAS INTIMAS

DE

RAMON PEREZ

CAPITULO I

Preliminares.

TUM, tum.

—¿Quién es?

—Yo, Ramón Pérez.

—Adelante; empuje la mampara.

—¿Como está Ud. señor?

—Regularmente mi amigo, y ¿Ud.?

—Así, así, á medias y sin zapatos. ¿Tengo el honor de hablar con el Sr. D. Antero del Correal, editor de libros y periódicos y dueño de la "Imprenta Republicana"?

—Con el mismo que peleó en Garrapatas. ¿Qué se le ofrecía á Ud.?

—Yo venía con el objeto de hablarle de un negocito; pero como soy un tanto corto de genio, no me atrevo....

—Déjese de majaderías y hable claro y sin temor; pero ante todo, sírvase tomar asiento.

—Gracias, mil gracias, por sus bondades, Sr. D.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Antero. Lo haré como Ud. lo desea. Pues es el caso [aquí traga saliva el que tiene la palabra] que yo me he metido en una empresita literaria de largo aliento, como ahora se dice, nada menos que en la de escribir un libro; y como tengo el proyecto de publicarlo, vengo humildemente á pedir la ayuda y cooperación de una persona de los méritos é influencias de Ud. Quizá me engañe, pero estoy persuadido de que una publicación que Ud. no apadrine no sacará surco por más que brinque. ¿Sería yo tan afortunado que mereciera el honor de que Ud. se encargara de la edición de mi obra y de que le dispensara su valiosa protección? Estoy dispuesto á hacer cualquier sacrificio pecuniario que me exija, pues no me propongo ganar dinero.

—¿Con que librito tenemos? ¿Eh? Vamos á ver de qué se trata. ¿Trae Ud. consigo el manuscrito?

—Sí señor; aquí lo tiene Ud.

Y esto último lo decía el mismo nombrado Ramón Pérez al sacar del bolsillo de pecho de su levita un legajo de papeles, el cual entregó de buena gana, bien que con no poco susto, al famoso y muy conocido Editor, D. Antero del Correal, amante muy decidido de las letras patrias y gran protector de quienes las cultivan.

—Eche acá el manuscrito D. Ramón, y permítame yo lo hojeo.

Y como el Sr. del Correal efectivamente dirigiera una rápida mirada al título de la obra, exclamó en seguida, haciendo un gesto de descontento y de improbación:

¡Um!.....¿Qué es lo que veo?.... "¿Memorias íntimas?"..... Y no es pretencioso el titulito, como quien dice nada.....¿Sabe Ud. D. Ramón

en lo que pienso? En que Ud. se ha metido en camisa de once varas.

—¿Cómo así D. Antero?; no comprendo el alcance de sus palabras.....

—¿Que no las comprende? Pues va Ud. á comprenderlas al punto, aunque sea tan sordo como una tapia y tan lerdo como un buey de carga. Sepa Ud. que es cosa que yo no tolero, y que no es aceptable ni corriente, que al primer *chisgarabís* se le antoje por sí y ante sí el llamar la atención del público con la historia de una vida obscura, sin interés alguno y ajena de incidentes notables ó ruidosos; lo que en otros términos, más claros y precisos, quiere decir que solamente tienen derecho á escribir sus "memorias íntimas" los grandes personajes que han dejado un nombre á la Historia, ó sea aquellos que se han distinguido entre sus conciudadanos por su talento, por sus obras, ó por su participación en los negocios públicos. Supongo que no se encuentra Ud. en ninguna de esas categorías ¿no es verdad?

—Feliz, ó desgraciadamente, no soy yo uno de esos escogidos.

—Pues entonces, perdóneme la franqueza y óigame el consejo: guárdese sus habilidades y no se meta en esas honduras; y yá que perdió su tiempo escribiendo esas desgraciadas "memorias íntimas" no pierda su dinero ni muela la paciencia de sus compatriotas que ningún mal le han hecho para que los trate con tan pocas consideraciones; y entienda que le hablo de esta manera porque lo aprecio y estimo, pues otra suerte correría si yo llegara á pensar que Ud. pertenece á cierta clase de individuos—nulidades que no sirven ni para abonar la tierra con sus

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cuerpos, tipos en verdad que no escasean—que si por falta de tiempo ú oportunidad no han quemado el templo de Efeso ú otro cualquiera, en cambio no pierden la ocasión para encaramarse en el primer barranco que encuentran á la vera del camino para decir á todo pecho á los transeúntes "aquí estoy yo, no pase sin mirarme." Nó, yo no le hago el agravio de colocarlo en la odiosa categoría de esos hombres, pues le reconozco algún criterio y no pocas aptitudes de escritor y gran modestia. Por lo tanto, al hablarle con esta claridad, que quizá lo hiera, yo obro caritativamente y por evitarle un seguro fiasco.

Ante tan perentorio como terminante deshaucio, nada replicó el Sr. Ramón Pérez; y no quedándole otro camino que seguir, al menos por el momento, que el de recibir sus papeles y el de marcharse, así lo hizo con mucha humildad y mansedumbre, como lo es de costumbre en él. Pero cupo á su buena ó mala suerte que al traspasar el umbral de la puerta que daba salida al despacho del Sr. del Correal, oyó que éste lo llamaba, por lo cual retrocedió al punto y le dijo:

—Me llamaba Ud.? ¿Me ha de menester en algo?

—Sí mi amigo; y lo llamo para decirle que estoy pensando en una cosa.....

—¿En cuál, Sr. D. Antero? ¿Se puede saber?

—En que Ud. debe dejarme su manuscrito para leerlo con alguna detención; y en que quizá he obrado muy ligeramente al sentenciarlo por el solo título de su obra. Quién quita que yo me haya equivocado y que en donde menos se piense salte la liebre, como dice el refrán. Vengan acá esos papeles D. Ramón y vuelva en la entrante semana para que hablemos.

Con mucho gusto y placer devolvió Ramón Pérez su manuscrito al Sr. del Correal; y con los mismos se despidió una vez más de éste, marchándose en seguida halagado con algunas esperanzas. Y con razón, porque teniendo fe en la bondad de su obra, ó sea en el mérito literario de ésta, no podía menos que pensar que un hombre de la ilustración y criterio de su censor no podía dejar de hacerle justicia. Y así cavilando y andando iba, cuando de repente se detiene y dándose una palmada en la frente exclama:

"Pero se habrá visto un hombre más bestia que yo!"

"Vean que tiene gracia esto de dejarse uno vencer, y aun convencer, con tales sinrazones y desatinos, cuando con sólo dos palabritas, y aun con una, hubiera podido yo dejar postrado al pedante de D. Antero. Pero ¿qué se va á hacer? Así soy yo, y así nací, y ello no tiene remedio. Dicho y sentenciado está, en autoridad de cosa juzgada, que nunca he de ser oportuno para dar una contestación. Y es lástima, porque sí que se me ocurren buenas. Pero ¿para cuándo? Aquí está el mal: para cuando el contrincante se ha marchado dejándome mal trecho y con un palmo de narices."

"A este propósito, miren lo que me ha pasado", agregó:

"En días pasados, no hace muchos, tuve un serio disgusto con Milcíades Gil, un tunante y un mal sujeto de los peores, y á las primeras me dijo: "que yo no era un hombre caballero ni leal amigo, por estas y las otras"; y yo me dejé decir todo aquello con mucha paciencia y mansedumbre; y hasta mucho rato después, cuando yá me hallaba

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

en casa, no se me ocurrió que yo pudiera haber hecho una de estas dos cosas: ó reventarle el hocico de un pescozón, que hubiera sido, sin duda, lo mejor y más oportuno, ó haberle contestado que él era un canalla, por esto y por lo de más allá".

"En esta ocasión, continuó diciendo D. Ramón, me saco la estaca, aunque sea tarde; y el Sr. del Correal va á ver con quién se las entiende. Mañana mismo le voy á escribir una carta en la cual he de ponerlo como lo merece por su ruda franqueza, y yá veremos si tendré ó no que decirle."

Y así lo hizo, en efecto, como lo dijo, pues al siguiente día al de los sucesos narrados, D. Antero recibió la misiva que á continuación aparece:

"*Medellín*, 5 *de Diciembre de 1897*.

"Sr. D. Antero del Correal, Editor, &c. &c.—*En su Oficina.*

"Muy Sr. mío de toda mi consideración y respeto.

"Tan aturdido y confuso quedé ayer con su magistral fallo sobre mi obrita, que me faltaron las fuerzas y el aliento para replicarle y para decirle algo en mi defensa; y el mismo silencio hubiera seguido guardando y guardaría indefinidamente si Ud., con el hecho de haberme pedido los manuscritos que contienen mi trabajo, no me hubiera autorizado en cierta manera para exponerle algunas razones en mi abono.

"Confío, en tal virtud, en que Ud. no llevará á mal mi atrevimiento, y en que con buena voluntad y benevolencia oirá mis descargos; y si así lo hiciere, juzgo que no le pesará. Con las presentes líneas me propongo apelar ante su recto criterio y sano juicio para obtener la revocación de una sentencia

que pesa sobre mí como un fardo; y para el efecto, y hablándole con entera verdad, empezaré por manifestarle que al sentenciarme, como si dijéramos sin oírme y vencerme en juicio, Ud. ha cometido conmigo una flagrante injusticia. Va á persuadirse de la exactitud de esta aseveración, y de que sus indirectas ni me alcanzan por parte alguna ni tampoco me comprenden.

"Como Ud. ha de verlo y palparlo, si cumple su promesa y hace la penitencia de leer con alguna atención el pobre manuscrito que tiene entre sus manos, mi intento al escribir mis memorias no tiene en el fondo nada de pretencioso ni de personal, pues en realidad de verdad el Ramón que las escribe, y quien desea á Ud. mil años de vida y una buena salud, con buen apetito, no figurará en las susodichas "Memorias íntimas" sino de una manera muy secundaria; y para mayor claridad le diré que la modesta personalidad de este su atento y seguro servidor no será otra cosa en mi obrita que el armazón interior, ó algo así como el excipiente que usan los boticarios para fabricar sus píldoras.

"Puedo, pues, asegurarle que no ha entrado en mis propósitos el llamar la atención pública con mi obscuro nombre ni con los incidentes de una vida de pura prosa, por la cual ninguno podrá interesarse; y que mucho menos ha entrado en mi ánimo el deseo de hacer figura quemando templos ó robándome custodias. Nó, mi honorable editor: el objetivo de mi trabajo es bastante más noble y elevado. Ciertamente, el estudiar algunos usos y costumbres de la sociedad en que he vivido, el censurar aquello que sea inmoral ó inconveniente, y el alabar lo que merezca aplauso, no puede ser cosa vituperable ni

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

puede mirarse mal por personas que como Ud. saben estimar los esfuerzos del patriotismo.

"Mi trabajo es un estudio verdaderamente sociológico, de tendencias, pues aunque es cierto que no he empuñado la férula del *Magíster*, por no hacerme fastidioso y pesado, es lo verdadero que entre chanza y chanza, y burla y burla, he tratado de corregir y enseñar. Sólo que en lugar de ponerme á echar mandobles á ciegas, ó de darla de diablo predicador en casa ajena, he optado por el medio más sencillo, cual es el de tomar mi propia individualidad como objeto de mis observaciones. De esta manera me acomodo á aquel refrán que dice "más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena", y me libro de muchas molestias con las gentes que tienen la manía de considerarse siempre por aludidas, cuando quiera que se describe un tipo cualquiera.

"No obstante lo últimamente expuesto, y aun sujetándome al peligro apuntado, no he dejado de meter mi hoz en mies ajena y así verá Ud. que me he ocupado en más de una ocasión en pintar á lo vivo algunos de mis parientes y relacionados, porque no todo ha de ser rigor y porque con el estudio de algunos de esos personajes extraños, á la vez que le doy más amenidad á la obra, su utilidad se acrecienta sobre manera.

"Ya ve, pues, mi querido Editor que al escogerme de sujeto, ó al prestarme á hacer de maniquí de anfiteatro para desarmarme por mi propia mano, no he obrado por ningún sentimiento de vanidad ni de egoísmo; y que por el contrario, me ha guiado una idea meritoria que á mi parecer es merecedora de elogios y no de acres censuras.

"Aguardando que estas mal zurcidas líneas obren en su ánimo y que ellas sirvan para desprevenirlo un tanto, me despido de Ud. muy cariñosamente hasta mi próxima visita, y me subscribo su respetuoso servidor,

"RAMÓN PÉREZ."

—No hay más que hablar, D. Ramón.

—¿Cómo así, D. Antero?

—Que leí su obrita, que me gustó mucho y que la publicaré sin vacilar.

—¿De veras? ¡Cuánto me alegro! ¡Si viera Ud. el peso que me quita de encima!

—Lo dicho, dicho.... ¿Cuáles son sus condiciones?

—Las que Ud. me imponga, D. Antero.

—¿Me dará Ud. la mitad de las utilidades?

—De mil amores.

—Convenido; estamos tratados; y á la obra. Empezaré los trabajos mañana mismo.

—Está muy bien, hágalo Ud. así; pero antes de que nos separemos voy á hacerle una súplica: ¿me permite Ud. referir como prólogo de mi obra lo que ha pasado entre nosotros?

—No veo inconveniente.

—Hasta mañana, D. Antero. Me voy loco de contento.

—Adiós, mi D. Ramón; vaya Ud. con Dios y que la fortuna le sea propicia.



UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO II

Boceto autobiográfico.

LA naturaleza especial de esta obrita, cuya índole y tendencias se conocerán bien pronto, hace necesaria la existencia del presente capítulo, en el cual, como se colige por su mismo título, intento dar á mis lectores una idea general de mi individuo, reservándome para los subsiguientes el entrar en particularidades que completarán el conocimiento perfecto y completo de este miembro de la desgraciada familia de Adán que lleva por nombre el de Ramón Pérez, á secas y sin arandelas.

Para que la pintura sea lo que debe de ser, es decir, exacta y con detalles característicos que presenten el sujeto de relieve, no me limitaré únicamente á hacer una exhibición de mi exterior físico, sino que también daré algunas pinceladas que pongan de manifiesto mi sér moral é intelectual.

A veces he pensado que pudiera evitarme esta triple, difícil y penosa labor colocando mi estampa al frente de estas páginas, y sometiéndome á la vez al estudio frenológico de un discípulo del muy renombrado Dr. Gall; pero al meditar un poco sobre el asunto he llegado á persuadirme de que en manera alguna me conviene el procedimiento y que mejor me está el atenerme á la descripción escrita, sin perjuicio, por supuesto, de dar á luz mi estam-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

pa, si esto fuere prácticamente posible. Varias son las razones que me asisten para optar por este último camino, y entre ellas registraré las siguientes como más culminantes y decisivas.

1ª Porque para mí eso de que "la cara es el espejo del alma" no es una verdad científicamente demostrada; y porque si lo estuviera me sería doloroso que mis lectores fueran á formarse una idea tan desfavorable de mi personalidad moral é intelectual, como la que necesariamente tendrán que formarse de mi personalidad física;

2ª Porque aunque yo creo con toda buena fe que el cuerpo humano ejerce una grande é inmediata influencia sobre el alma, tengo para mí que es puro empirismo el sistema que sustenta la teoría de que ciertas protuberancias craneanas coinciden con cualidades ó predisposiciones del espíritu; y tan seguro estoy de que tal sistema carece de fundamento sólido, como que sé de cierto que tengo en mi interior una pasioncilla que no se revela en mi cabeza por ninguna protuberancia especial; y si no, que se haga la prueba para que se vea que digo la verdad.

Me llamo como queda dicho y anotado y nací de mi madre y fuí engendrado por mi padre en esta Villa de la Candelaria, en donde he vivido hasta el presente con raras intermitencias, y en donde deseo continuar viviendo y morir, si Dios no dispone otra cosa mejor. Tengo cincuenta años y voy que me las pelo para los cincuenta y uno. Soy alto, delgaducho y de piernas tan flojas, que más parecen de trapo que de carne y hueso. Mi cabeza es grande

y no mal conformada, bien que en los tiempos que corren es un erial en el cual no crecen sino unas pocas hebras de pelo blanquecino, que no logran, por más combas que les hago dar, cubrir la tercera parte de la superficie de mi cráneo. Mi cara ha sido fea desde que asomó por estos valles—los del mundo—y sus imperfecciones aumentan cada día, debido á la acción destructora del tiempo que nada respeta. Tan amarga verdad se pone de manifiesto con sólo considerar que entre dientes y muelas apenas cuento trece piezas, cinco de los primeros y ocho de las segundas; que mi nariz se ha afilado tánto que yá parece cuchillo de zapatero; que á medida que mi cuello va hundiéndose, como falto de sólido sostén, mis hombros se levantan á guisa de promontorios; y por último, que mis ojos, grandes y lánguidos como de buey, han perdido su brillo natural, y su mirada es triste, vaga y fría, con lo que están diciendo á gritos que están cansados de ver lo que pasa en este valle que llaman de lágrimas con tánta razón.

Hasta los treinta vestíme á la moda de mi tiempo y gasté trapos de vivos colores, y usé levitones de azul turquí, chalecos de *terciopelo*, y pantalones á cuadros, anchos y vistosos; pero de entonces para acá acostumbro, sin interrupción, presentarme en la calle de riguroso luto, desde la cabeza á los pies, y con ese propósito llevo cerrado el cuello de mi levita para no dejar ver lo blanco de mi camisa. De ropa de paño sólo tengo un ejemplar que renuevo cuando me urge la necesidad; y en cuanto á la blanca, debo confesarlo, es más que escasa; no obstante, diré en mi abono que vivo limpio y aseado, debido á la acuciosa solicitud de una de mis hijas,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

quien no da descanso al cepillo ni á la aguja de remendar.

Héme aquí, caro lector, físicamente pintado, tál como soy, sin exageración y sin falta. ¿Te gusto? Hazme el favor de no contestarme.

Dícenme todos, y yo lo creo, que peco por curioso; y verdaderamente lo soy, porque á mí no me satisfacen con medias palabras ni con cuentos sin final; y porque mantengo una comezón desesperante de saberlo y averiguarlo todo, impórteme ó no me importe, sea el asunto serio ó muy trivial. Si un personaje cualquiera me interesa por algún motivo, ó por puro capricho, he de saber, cuésteme lo que me costare, quién es, de dónde viene y para dónde va. Si alguien ha muerto, he de averiguar si falleció de enfermedad natural ó por obra de alguna violencia. En el primer caso, no se me queda títere con cabeza á quien no interrogue sobre la causa de la enfermedad, sobre el curso y desarrollo patológico de ésta, sobre si el paciente murió en su juicio, ó nó, sobre si hizo ó nó testamento, sobre si dejó *mandas* para los pobres y para obras pías, y en fin, sobre si al morir hizo ó nó gestos. Si acaece lo segundo, no me tranquilizo hasta meterme en la cabeza el proceso y hasta conocer de *pe* á *pa* la historia del homicida y la de toda su parentela. Es mi manía; no la puedo negar.

Este deseo constante y dominador de averiguarlo todo y de saber el por qué de esto y de aquello me ha costado muchos dolores de cabeza y no pocos desagrados, sin contar con la mala fama adquirida como inoportuno. Pero en cambio, ¡qué de

ratos de fruición no he experimentado! Esto, aparte de que esa manera especial de ser me ha creado un cúmulo de conocimientos prácticos muy variados y me ha puesto en situación de apreciar en lo que valen los hombres y sus proezas, ó mejor, en la de conocer un tanto la humanidad con todas sus virtudes, sus flaquezas, engaños y debilidades. ¿Os parece poco?

He tenido la gran virtud de la humildad y nunca he sido vano. He conocido mi puesto, y no me han dado antojos de escalar el que no me corresponde.

En achaques de amor, soy fuerte, así como aquel diputado de marras de quien alguien dijo que era fuerte en harinas (de tabaco se entiende), sólo que mi saber en esta grave materia no lo he adquirido por experiencia propia—sino por la ajena. He estudiado, con efecto, en muy buenos é interesantes tipos, el nacimiento, desarrollo, curso y término de la enfermedad que lleva el acotado nombre; y conozco, por lo tanto, sus síntomas, las vueltas que da, las faces engañosas que presenta, y para decirlo todo, conozco algunos antídotos y preservativos.

Para el que se enamora perdidamente de una rica heredera en cierne, no hay remedio igual á una *quiebra* del papá; la curación es completa y rápida. El enamorado loco de una pobre, pero hermosa, puede curarse con suero antiséptico de suegra, ó con el anuncio de tener que cargar de por vida con toda la parentela de la futura. Si el amor es una de esas pasiones sublimes y poéticas de que nos hablan los novelistas, las cuales producen en la mayor parte de los casos resultados tan fatales, co-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

mo suicidios, &c. &c., no se le conoce otro remedio que el raparle á la pretendida la cabeza con navaja de barbero, ó el inyectarle virus de viruela castellana para que le quede el hermoso rostro picoso como *tusa* de maíz. A la vista de tales escabrosidades desaparece el amor más *ideal*; se han visto casos.

He dicho, y lo sostengo, que en esto de la enfermedad amor sólo soy fuerte en cabeza ajena; y dígolo de esta manera, porque ha de saberse que desde que soy hombre hecho y derecho, yo he tomado el amor por donde no quema; más claro: que en lugar de darle cabida en mi corazón como una pasión dominante y avasalladora de esas que quitan el sueño y el apetito y que enervan todas las facultades, he considerado el amor como una necesidad de carácter puramente social, criada por Dios é inculcada en nuestra naturaleza como un medio coercitivo tendiente á la conservación y propagación de la especie humana y nada más. Los amores ideales, espirituales, sin carne de por medio, no son de este mundo. Su mansión es el Cielo y de ellos no gozaremos, sino cuando estemos libres de la vestidura carnal, y cuando nos hallemos al lado de Aquél que todo es amor, pero verdadero amor.

En términos más perentorios y claros, el amor ha sido para mí un medio y no un fin; y de aquí que haya tenido siempre como una insensatez, ó un pecado de marca mayor, esas adoraciones fanáticas entre hombre y mujer que paran regularmente, según se ha visto, en sacrificios estériles, sino en verdaderos crímenes. Y esto por la razón muy sencilla de que un enamorado de esa clase olvida este divino precepto:

"Amar á Dios sobre todas las cosas".

—

Me gustan las riquezas; y cómo no me han de gustar, si el oro representa no solamente la facilidad de satisfacer nuestras necesidades de toda clase, sino que también su posesión hace que los demás hombres nos consideren y acaten, y tanto que hoy se tiene como una verdad de Pero Grullo aquello de "¿Cuánto vales? Cuanto tienes." Por lo demás, ¿quién puede negar que "la lucha por la vida" es nuestro verdadero tirano y que quien tiene el riñón cubierto lleva mucho ganado en ese universal combate en que chicos y grandes, feos y bonitos, jóvenes y viejos debemos tomar parte, queramos que no queramos?

No obstante lo dicho, como estoy más que escaso del codiciado metal y como no veo por dónde me pueda venir, si no me llueve del Cielo, conforme estoy con mi suerte que no es blanda por cierto, y vivo el día como si fuera el último. No envidio á nadie, ni odio á los ricos, por ser ricos, ni quiero á los pobres, por ser pobres. Estimo y considero á los buenos, sea cual fuere su condición y su fortuna; y detesto á los malos, ya sean ricos y poderosos, ó pobres y desvalidos.

En lo general soy un hombre simpático por activa, lo que significa hablando en fina plata que la mayor parte de las gentes me agradan; y digo que la "mayor parte", porque el exigirme más sería tanto como considerar que he alcanzado un grado de perfección á que no han llegado ni los mismos santos; y debe saberse, desde ahora, que de santo no tengo ni asomos de serlo. En cuanto á si soy simpático por pasiva, al lector toca el decidir el pun-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

to, pues por lo que hace á mi humilde y parcial opinión, ésta no es otra que la que el respetable público se haya formado. Se me permitirá, sin embargo, que entre los llamados á fallar tache á unos cuantos que no me tragan ni frito y envuelto en huevo. ¡Como hay tánta diversidad de gustos!

Soy un tanto filósofo á mi modo, y la vida la vivo como ella es; quiere decir que la considero como un bien prestado que pronto nos reclamarán, y muchas veces sin el *desahucio legal;* y como á este sistema me acomodo en lo posible, jamás me desespero ni me anonado por lo que sucede ó no sucede, pues sé hasta de corrido que cataclismos morales y sociales, pestes y calamidades, todo ha de terminar.... con la muerte. Quienquiera que haya leído la historia de las naciones, y la vida de los grandes hombres y contemple aquellas luchas gigantescas y tántas pasiones encontradas, y tántas ambiciones desordenadas, y vea luégo que de todo aquel revuelto mundo no quedan sino vestigios y ruinas, tendrá necesariamente que persuadirse de que todo en esta pícara tierra es "vanidad de vanidades y sólo vanidad."

—

No se crea por lo dicho que yo soy un tipo especial, distinto de los demás hombres. Nó, señores míos. Como hijo de mi padre Adán y de mi madre Eva, en mí se agitan las malas pasiones; y como cobijado por el anatema divino que puso de patitas en las puertas del Paraíso terrenal á los primeros pecadores, he tenido mis desvíos, y más que éstos, he cometido mis pecadillos. ¿Dije pecadillos? Pecadotes y grandes.

Pero allí no pára la cosa, pues aunque mis ideas

filosóficas sean tan concretas y prácticamente tan convenientes, no siempre las sigo, y más de una vez en el curso de mi existencia terrenal he procedido como los demás hombres y he obrado contra mi modo de pensar, con lo cual he seguido la corriente de mi siglo y el medio ambiente en que he vivido. De todo esto pudiera poner ejemplos, pero no lo hago por no desprestigiarme en absoluto, lo que indudablemente sucedería si me diera á la tarea de hacer una confesión á la manera de San Agustín ó de Rousseau.

Yá estoy oyendo que alguno me hace el fundado cargo de que no es gracia ninguna el pensar de una manera y el obrar de otra, y así es la verdad. ¿Pero yo qué hago? De ese vicio adolezco, y no puedo pintarme distinto de lo que en realidad soy.

Intelectualmente no me considero como un prodigio, pues ha de saberse que ni he inventado la pólvora, ni la brújula, ni los rayos X, ni he escrito la "Divina Comedia" ni cosa que se le parezca. Con todo, siento aquí, entre parietal y parietal, algo que no es común á todos los mortales y que algunos lo llaman talento; yo no llego á tánto, pero si me atrevo á pensar que esa facultad, ó como se quiera llamar, con la cual me ha dotado la Providencia, me ha puesto en situación de apreciar con recto criterio los hombres y las cosas.

Soy lento en el obrar y tardo en decidirme, pero cuando esto último hago, voy derecho á mi objeto y no desisto de mis propósitos por más dificultades que encuentre. ¿Será esto una cualidad ó un defecto? No lo sé.

Tengo la creencia de que todo sér creado tiene en este mundo alguna misión que llenar, y que no

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

hay, por lo mismo, existencias absolutamente estériles, ni aun aquellas que más lo parecen; y por lo tanto, he tratado de cumplir con la mía, tál como la entiendo. ¿Lo habré conseguido? Sería una temeridad el contestar afirmativamente; pero sí puedo asegurar que hasta el presente me encuentro satisfecho á este respecto y que vivo en la persuación de no haberlo hecho tan mal. Excúseme el lector el que le guarde el secreto sobre la naturaleza de mi dicha misión y el que lo deje meditando sobre este problema, pues abrigo la esperanza de que si ahonda un poco en estas mis memorias encontrará la clave del enigma y entonces sabrá de sobra para qué nació y ha vivido este su humilde servidor.

——

Este, lector querido, que veis aquí pintado por dentro y por fuera y que se os presenta mondo y lirondo, sin arrugas ni dobleces, es Ramón Pérez, vuestro guía en la peregrinación que con él vais á emprender por un mundo que nada tiene de fantástico ni de sentimental, pero en el cual sí encontraréis, os lo prometo, mucho de real y verdadero, y algo de divertido.

CAPITULO III

Mi tierra.

I

EL hombre, como es cosa sabida, es el producto de una gran fuerza social de la que depende y á la cual está sujeto por vínculos indisolubles y por leyes ineludibles. En él se reflejan, sin que puedan impedirlo ni evitarlo, la manera de ser, las peculiaridades y las idiosincrasias de su raza, y su organismo físico está sometido á las condiciones climatéricas del suelo en donde le tocó nacer. En términos más claros y precisos, el hombre se halla dominado por la influencia poderosa de lo que ha dado en llamarse *medio ambiente*, que no es otra cosa que la atmósfera que lo rodea y que respira, saturada como está con el aliento de sus contemporáneos.

Como se comprende, esas influencias van acentuándose más y más á medida que el círculo se estrecha. Primeramente son los caracteres de la raza los que predominan sin que nada particularicen; vienen luégo á manifestarse los rasgos de la nacionalidad que ya delinean el tipo con alguna perfección; en seguida se pronuncian las peculiaridades provinciales, presentando la imagen en relieve; y por último, son las marcas del terruño (pueblo ó ciudad) las que exhiben al individuo en toda su integri-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dad. Por supuesto que se habla de una manera general, pues que siempre habrá que tener en cuenta, en el estudio de determinado personaje, las cualidades, defectos é idiosincrasias que son inherentes á su propia individualidad y que son las que contribuyen muy especialmente á diferenciarlo de los otros de su misma especie.

II

Me he permitido entrar en las anteriores serias consideraciones, tan ajenas á mi carácter y tan extrañas á la índole de este libro, sólo para explicar de una manera satisfactoria el por qué del presente capítulo.

Con efecto, me he persuadido—tal vez estaré equivocado—de que dando á conocer á mis lectores el rincón de tierra en donde por primera vez vi la luz del día, ó sea á esta querida y amada patria en donde yacen sepultados mis mayores, en donde habita mi más cercana parentela, y en donde he vivido y deseo morir, lograré hacerles tener de mi humilde personalidad una idea más clara que si emprendiera esa tarea por medio de largas y fastidiosas disertaciones.

De esta suerte, si digo que soy español de origen, salvo mejor parecer y algunas mezclillas incoloras (vulgo cinchas) que se desvanecen en un lejano desconocido, y si agrego que soy colombiano, antioqueño y medellinense de nacimiento se sabrá más de mí que si escribiera diez volúmenes para pintarme.

Acerca de esa importante circunstancia de haber nacido yo en esta ciudad de Medellín, en donde hoy escribo las presentes y mal pergeñadas líneas,

quiero hacer hincapié á fin de poner las cosas en su lugar y evitar dudas y confusiones en lo venidero. Como puede suceder—¿y por qué nó?—que las futuras generaciones resuelvan erigir un monumento á mi memoria, es conveniente decir con claridad lo que hay de cierto en este capital asunto, para que nadie dispute á mi verdadera patria el honor de verme reproducido en bronce ó mármol, ó en ambos á la vez, lo que nada tendría de particular.

Declaro, pues, en alta voz y con toda solemnidad, que este Ramoncito Pérez, hoy persona de tan poco peso y de renombre tan escaso, vino á este secundario astro que llamámos Tierra, hallándose viviendo su bendita madre en una casita de la plazuela de San Benito de la ciudad de Medellín, capital hoy del Departamento de Antioquia, en la República de Colombia del Continente Sud-americano, y que en esa modesta mansión que todavía existe, aunque muy retocada en el fondo y en la forma, esa santa matrona, que Dios habrá premiado por sus virtudes, salió de su apuro y cuita.

Ahora, para que no se vaya á pensar que es pura puerilidad mía el empeño que en este particular he puesto, sépase, que así vivito como estoy y así insignificante como soy, yá hay gentes que han tenido el atrevimiento de atribuírme un nacimiento equivocado, como que los tales sustentan que vi la luz en Hatobello. ¡Mentira! ¡falsedad! que si no lo fuera, ningún móvil me impulsaría á sostener lo contrario, pues que á mucho honor tendría el llamarme hijo del simpático pueblecito que lleva por nombre el del ilustre cantor de la "Zona Tórrida".

Volviendo al negocio principal que traigo entre manos, diré, para concluír este á manera de exor-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dio, que mi intento al pintar "mi tierra" no es un despropósito ni está fuera de lugar en estas memorias, como que en el *retablo* que resulte he de ocupar necesariamente un puesto.

Empezaré, pues; ¿pero así á secas? Nó, que antes que todo é imitando á los célebres clásicos mis antecesores en el oficio, invocaré mi musa protectora.

Sí, yo os invoco musa amada; dígnate bajar de ese monte santo en donde habitas con tu padre Apolo y tus buenas hermanitas y vén á mi lado á templar mi laúd. Vén y ayúdame, bondadosa como siempre, á cantar de mi suelo natal la hermosura y la grandeza. Vén á inspirar mi numen para que dignamente pueda pintar la gracia de sus bellas mujeres, y el azul de su limpido cielo. Vén y aguza mis sentidos para que yo pueda dar una idea de cómo es suave el perfume de sus flores y de cuánto se goza contemplando sus noches estrelladas.

Pero nó; me arrepiento, no vengas nada. Quédate allá en tu mansión celestial y no desciendas á perder tu tiempo y tu paciencia templando un instrumento roto y oyendo el dasapacible canto de este burdo trovador.

Y como mi musa adorada atenderá á esta mi última súplica, por razones que se cogen al vuelo, sin su ayuda y sin canto entraré en mi empresa, solito y en pura y descarnada prosa.

III

La simpática población que tiene la ventura ó la desgracia—que de todo puede haber—de contarme entre el número de sus hijos, está situada en una co-

marca casi desconocida; y tanto es así que, según informes fidedignos tengo, su nombre ni siquiera figura en las cartas geográficas que están en uso en la vieja Europa. Con todo, así ignorada del mundo entero y así enclavada entre abruptas y altas cordilleras, yo proclamo con placer y orgullo esta innegable verdad: Medellín es una ciudad hermosa y muy hermosa.

Y quien quiera persuadirse de ello, venga por un momento no más y colóquese sobre la altura de Santaelena para que contemple á la reina y señora del valle del Aburrá, cuando ella, en una mañana despejada de brumas ó en una tarde de verano, moja el ruedo de su recamado manto en las puras aguas del cristalino río que de continuo baña sus pies.

Es verdaderamente grandioso y bello el espectáculo que presentan Medellín y su valle cuando se les observa desde alguna de las eminencias que los rodean. Doquiera que el observador dirija la mirada, algo pintoresco encontrará; y aquel cuadro completo de colorido sin igual que exhibe en relieve todos sus contornos, fondos y repliegues, dominará de tal manera los sentidos, que nunca se sabrá qué es lo más digno de admirar, si es la ciudad misma con sus edificios sencillos y graciosos; si son las onduladas colinas y los largos contrafuertes que bajan de la montaña buscándole sostén; si es la llanura con sus campos cultivados—artístico mosaico en donde resalta el verde esmeralda de la grama, el más claro de cañaverales y maizales, el amarillo desvanecido y el plomizo; si es el claro río que á esta serpea caprichosamente; y por último, si son los ote-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ros aislados que se levantan en el fondo, como elevados torreones de una arquitectura gigantesca.

Quien al contemplar el hermoso cuadro que con mano atrevida y profana he tratado de delinear no se sienta conmovido y lleno de entusiasmo, ó "no tiene corazón ó lo tendrá de bronce ó peña". Y esto lo digo yo, que en materias de sentimentalismo ni inventé la polvora ni siquiera la he quemado.

Sí señores: este Ramón Pérez, así tan prosaico como Dios lo hizo, y así tan poco dado á sensiblerías de poeta, como que varias veces le ha sucedido gozar más presenciando una pelea de gatos que oyendo un trozo de Traviatta, no puede contemplar á Medellín y su valle, sin experimentar un algo muy hondo que conmueve todo su sér y que pone en violenta tensión su espíritu.

Y cuando esto le sucede, ha llegado á pensar con razón que exagera sus tendencias prosaicas y que sí es capaz, y mucho, de conocer lo bello y lo grandioso, y de apreciarlos y de sentirlos.

Quizá el pobre es artista y no lo sabe.

Y como quiera que estoy viendo que á poeta me he metido y que desbarro dando notas falsas, á mi prosa me vuelvo y sigo, como quien dice "zapatero á tus zapatos."

Créanme, señores míos, porque les estoy hablando con franqueza y alejando de mi ánimo todo sentimiento regional: la pequeña población—casi aldea, en el escalafón de las grandes agrupaciones humanas—que lleva por nombre "Medellín" es muy bonita, y más que bonita, preciosa.

Verdad que no tiene anchas calles ni espaciosas avenidas, ni grandes parques y jardines, ni suntuosos y elegantes edificios, ni grandiosos monumentos; pero en cambio, el paisaje que domina y el conjunto de sus blancas casitas de bronceado techo son tan graciosos y coquetos que satisfacen y encantan la vista, aun con la concurrencia de tantos *sines*.

Nos cuenta el famoso Fray Gerundio de Campazas que su pueblo natal estaba llamado á ser una gran ciudad, porque hallándose situado en las orillas de un río, la población podía extenderse por ambas márgenes, así como también hacia todos los puntos del horizonte. Y si tal perogrullada en boca del inventor del gerundiano estilo constituye una muestra gráfica de la candidez é ignorancia del bendito fraile, que en materias de barbaridades le "echó la capa al toro", en boca mía y hablándose de Medellín, la expuesta afirmación es del todo correcta y nada tiene de estrafalaria. Y ello, porque es cierto que su localidad se presta admirablemente al levantamiento de un gran centro de población: un plano suavemente inclinado, faldas ó laderas regulares y poco pendientes, aguas abundantes y potables, clima sano, temperatura benigna y agradable en casi todo tiempo, luz y mucha luz, y cielo cristalino y diáfano, y extenso horizonte artísticamente delineado ¿qué más se puede apetecer?

Como la corta extensión de este capítulo no me permite alargarme demasiado, lo que tampoco sería del gusto del lector, me contento con haber dado, aunque á brocha gorda, algunas pocas pinceladas para pintar mi suelo nativo en su parte puramente material, y entro de lleno en otro género de consideraciones de más trascendencia é importancia.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

IV

La *Villa*, como antonomásticamente la llamámos los *maiceros* del *Cañón* (el valle del Aburrá), se ha formado, según datos auténticos de personas competentes, con sus primeros pobladores, con los descendientes de éstos y con las demás gentes que de los otros pueblos del Departamento han venido á establecerse en ella.

No negaré que esta manera de existencia ó formación es común á todas las aglomeraciones humanas y que no existe pueblo ó ciudad de los cuales no pueda decirse lo propio, y tampoco negaré que una perogrullada semejante es digna del cacumen del amigo Fray Gerundio yá citado. Con todo, no retiro mis palabras, primeramente porque estimo que la verdad por simple y evidente que aparezca puede proclamarse sin escrúpulo ni sonrojo, y en segundo lugar, porque de la perogrullada de que se trata quiero deducir esta correcta consecuencia: que Medellín y su Distrito son una especie de muestrario en donde se manifiestan todos los tipos del noble pueblo antioqueño; y digo solamente del pueblo antioqueño, porque es cosa sabida, y no sujeta á discusión, que el elemento propiamente extranjero y aun el de los otros Departamentos de la República, en tan poca cantidad se ha mezclado en nuestra raza que si ha dejado en ella alguna huella no es ésta visible ni á los ojos del más experto observador. Habrá individualidades, pero sólo individualidades y nada más.

Entre los tipos propiamente antioqueños encontramos, con efecto, de todo y en más ó menos abundancia, desde los habitantes de las tierras altas

que se distinguen por la robustez de sus formas un tanto broncas y por el subido color de sus mejillas, hasta los que demoran en las ardientes riberas del correntoso Cauca, que sobresalen por el acento *suigéneris* de su voz y por la finura de su cuerpo. Tampoco escasea el elemento *bajero* representado por el remediano.

Pero por más que Medellín sea formado de tan heterogénea manera y por más que de día en día reciba nuevos elementos, he tenido ocasión de observar, y lo propio sucederá á mis lectores, que conserva siempre un carácter especial y un medio social bastante diferente del de los demás pueblos del Departamento, y de tal suerte es así, que no es difícil distinguir, en dondequiera que se halle, el tipo que llamaremos *villano*.

Verdad es, sin embargo, que también existe una notable diferencia entre el elemento raizal caracterizado por los descendientes de los primitivos moradores y el elemento *habilitado*, representado por las gentes que llegan á establecerse en la capital, en busca de ocupaciones unos, y á gozar mejor de su fortuna otros; pero también es cierto que esa diferencia tan real, como que puede apreciarse á la simple vista, va desapareciendo con el transcurso del tiempo, pues el elemento extraño se asimila fácilmente hasta el punto de que bastan algunos años para que yá no se pueda distinguir quién es un *pueblеño* ó descendiente de tál y un *villano* de sangre pura.

Hasta aquí me he referido á las condiciones genéricas de la población de Medellín, pero por lo que tengo dicho no se entienda que yo me he olvidado de que existen en ella, como en la mayor parte de las poblaciones de Sud-américa, diferencias de raza,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

y otras provenientes de las desigualdades de riqueza, inteligencia y posición social.

Tenemos, en efecto, como en botica, negros y blancos, pobres y ricos, clase aristocrática ó *crême*, clase media, la de artesanos que le sigue; y por último, pueblo bajo, en el cual también pudieran hacerse otras clasificaciones.

No quiere decir que porque yo reconozca la existencia de estas distintas clases sociales, deba entrar en detalles de pintura de todas ellas. Nó, mi cuadro abarcará el conjunto y nada más, y quien no se contente con esto que me perdone que por ahora no puedo más.

Nuestro enclavamiento en estas abruptas montañas antioqueñas y las dificultades que hemos tenido para comunicarnos con el resto del país y con las otras naciones han sido la causa verdadera para que nuestro progreso como pueblo haya sido tan lento y tan sistemático, como que nunca hemos dado un salto ni un traspiés. Nuestros usos y costumbres varían, es verdad, pero tan lentamente, y tan por encima, que casi se puede afirmar que han permanecido inalterables, sin que hasta ahora nadie haya sido capaz de darles una nueva dirección ó un rumbo distinto. Nada; venga lo que viniere y suceda lo sucediere, seguimos una marcha regular y de allí nadie nos saca.

Como muestra palmaria de estas conclusiones veamos lo que pasa en las relaciones sociales y de familia.

Las gentes se visitan entre sí, es verdad, pero no con la frecuencia que sería de desear ni con ese *sans façon* de espíritu que constituye el verdadero encanto de la sociabilidad. Mucho encogimiento,

más estiramiento en las formas y una etiqueta que pasa de los límites de lo conveniente. Los hombres y las mujeres se tratan muy poco, y cuando lo hacen, carecen, por falta de hábito y de costumbre, de expansibilidad y gracia, hasta el extremo de que acaban por aburrirse y separarse, como que no tienen el arte de agradarse.

De tiempo en tiempo, y á la manera de oleajes, algunas familias que han viajado por Europa ó Bogotá han impreso á nuestro cuerpo social movimientos espasmódicos, y entonces se verifican reuniones, bailes y paseos campestres muy agradables; pero pronto viene la reacción, y aquél, como cansado y lleno de fatiga, vuelve á caer en la misma inacción y marasmo.

Otra de las causas que más han contribuído á darnos ese carácter retraído y esa tendencia á vivir en casa y para nosotros, proviene de que los medios de existencia son escasos, y de que la lucha por la vida exige todos nuestros esfuerzos y nuestra atención entera. Entre nosotros sólo los mozuelos de carácter frívolo y de corta visión piensan en gozar y en llevar una vida alegre, pues los demás sólo se ocupan en trabajar, en ganar el *real*, en vivir como se pueda y en economizar para la familia. Nada de fantasías, ni de sueños encantados, ni de poéticos idilios: pura prosa, la prosa de la vida, es lo que predomina en Medellín.

Por lo demás, esta manera peculiar de ser está puesta en razón y nada tiene de estrafalaria ni de vituperable, en mi concepto. Somos un pueblo nuevo, completamente nuevo, y todavía no hemos podido ponernos en contacto con los pueblos civilizados, ni alcanzar su grado de cultura; y no es razonable ni

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

justo que de un salto se nos quiera colocar en la situación de los viejos pueblos de Europa, que yá han pasado por etapas que nosotros necesitamos recorrer. Lo que hay de cierto es que aquellos prójimos extraños y de la casa que nos critican y hacen el proceso no saben de la misa la media é ignoran que los pueblos no son de cera para acomodarlos á nuestra voluntad al molde que se nos antoje.

No negaremos, por cierto, que algunos no nos podemos conformar con ver que nuestra casa no sea tan cómoda y hermosa como la de nuestro vecino, y que por ello suframos la pena amarga; y ello depende de que á los medellinenses que hemos viajado un poco ó leído otro, nos pasa, con la comparación que hacemos entre nuestra tierra y otra ciudad europea, siquiera sea de tercer orden, lo que al curioso que presencia, por las ventanas de rica mansión, las suntuosidades de una fiesta; al pobre le dan en las narices los suaves olores de viandas y flores, y en los ojos las bellezas de salones y jardines, y de todo aquello nada puede saborear de lleno. Pero qué vamos á hacer; aquí nacimos y aquí tenemos que vivir; y nos está mejor el trabajar y luchar por el engrandecimiento de nuestra patria que el ponernos á quejar de que no sea un nuevo París. Por lo que á mí personalmente toca, declaro desde luego que acepto mi tierra tál como es, sin lamentarme porque no sea una gran metrópoli, así como tampoco me lamento de que mi madre no hubiera sido duquesa ó millonaria. A ésta la quise, así pobre y humilde como era, y con el mismo amor le cerré los ojos al expirar; y á aquélla pienso quererla hasta que ella me cierre los míos.

—Y cómo es D. Ramón, se me preguntará ¿cree

Ud. verdaderamente que Medellín permanece estacionaria y que en nada haya progresado? ¿Y será hoy nuestra ciudad la misma que Ud. conoció en sus tiempos juveniles? Conteste con franqueza.

—Sí que lo haré y sin empacho.

Líbreme Dios de sostener tesis tan absurda y de faltar tan descaradamente á la verdad.

Nó, amado lector: Medellín, como os lo tengo dicho, no ha dado saltos ni ha podido en su corta existencia alcanzar el desarrollo material que nuestra impaciencia y nuestro afán anhelan; pero en cambio ha recorrido en la senda del progreso un trayecto bastante largo, aunque á muchos les parezca corto.

Esta verdad podría evidenciarse con solo establecer un estudio comparativo entre el Medellín de hoy y el Medellín de ahora cuarenta años, sin ir más atrás: desgraciadamente tal útil trabajo, del cual podrían sacarse datos muy curiosos, no lo emprenderé hoy por falta de espacio y de tiempo.

Con todo, si algún atrevido se permitiere negar nuestros adelantos le daré en los ojos con estos hechos que por reales se tocan: que si el Medellín de mediados del presente siglo era verdaderamente una ciudad embrionaria sin vida social é intelectual; de casas feas, construídas sin arte y sin gusto; de calles y plazas de piso detestable; mal alumbrada y ajena de toda acción y movimiento, el Medellín de hoy es muy diferente. Sus viejas habitaciones se han retocado en su totalidad, para hacerse más cómodas y *confortables;* otras y numerosas construcciones han obedecido al mismo objeto, y muchas de ellas presentan un bello aspecto arquitectónico, entre las cuales podremos contar la hermosa Catedral que se

FUNDACION ANTIOQUEÑA PARA LOS ESTUDIOS SOCIALES
F A E S
UNIDAD DE INFORMACION " U S OSPINA VASQUEZ"
UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Patrimonio Documental

levanta en el Parque de Bolívar y que ya da muestra de lo que llegará á ser dentro de poco; su vieja Plaza principal y el muladar de Villa-nueva hanse convertido en dos hermosos jardines que adornan plantas y graciosos arbustos; por medio del teléfono estamos en comunicación de casa á casa; el hilo telegráfico nos hace saber día por día, y hora por hora lo que pasa en el mundo entero; y por último, pronto, dentro de algunos meses, ciento cincuenta focos eléctricos, verdaderos soles, derramarán su brillante y esplendorosa luz de *arco* sobre calles, plazas, jardines y edificios, y miles de lámparas *incandescentes* reflejarán sus suaves destellos sobre salones é interiores.

Nadie podrá desconocer tampoco que en los otros ramos también hemos adelantado grandemente.

En mis tiempos, el gremio de artesanos no solamente era pobre en personal, sino que todavía lo era más en el conocimiento de su oficio. Era, en verdad, muy difícil encontrar alguno que supiera ejercer un arte en perfección, salvo, por supuesto, raras excepciones; y en industrias como la mecánica, la gente era absolutamente lega, hasta el punto de no hallarse quien fuera capaz de componer el daño que sufriera la maquinaria más sencilla. En la actualidad puede Medellín enorgullecerse con un gremio de artesanos, notable por la habilidad, honradez y buena educación de los miembros que lo componen, en el cual figuran albañiles, cantereros, constructores, mecánicos, carpinteros, cerrajeros &c. &c. Subiendo un poco más la nota, y refiriéndonos al gremio de artistas propiamente dicho, Cano descuella en la pintura; Vidal, Posada y otros muchos

en el arte musical; Caballero, en la talla sobresale, y Zapata en la ornamentación no deja mucho que desear.

Cuenta Medellín con un cuerpo de lo más notable de sabios profesores en el arte de curar, educados casi todos en la culta Europa; y el personal de abogados no es menos respetable por sus conocimientos en la ciencia del jurisconsulto. Aparte de esto, se honra mi tierra con muchos hombres eximios por sus virtudes y sus conocimientos, como financistas, hombres de negocios, institutores, comerciantes &c. &c.

Otro de nuestro más notable progreso lo hemos alcanzado en el difícil arte de escribir, y ello á pesar de que éste continúa siendo una ocupación improductiva monetariamente hablando, si no es de molestias y sinsabores. Y sin embargo, las producciones literarias de los ingenios medellinenses hacen hoy eco en el país y nuestra merecida fama va extendiéndose en el Exterior.

Las comodidades en la vida material han aumentado sobremanera, pues estamos mejor alimentados, mejor vestidos y mejor abrigados: y artísticamente hablando, nadie podrá negar que el buen gusto y el refinamiento no son cosas desconocidas en esta recóndita región del Continente americano.

Pero si todavía nuestro amor propio no quedase satisfecho con el ligero bosquejo de nuestros progresos que acabo de trazar, debe alimentarnos la esperanza de que dentro de poco tiempo—tal vez dentro de mucho para nuestra impaciencia—una vía férrea nos pondrá en fácil comunicación con nuestra gran arteria nacional, el río Magdalena, lo que indudablemente hará que la sangre que vivifica la ci-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

vilización europea circule por nuestras venas. Cuando pienso que este dorado sueño ha de realizarse, no puedo menos que pedir á Dios que no me quite la vida sin que yo pueda oír en las calles de Medellín el pito que ha de anunciar, en venturoso momento, la llegada de la primera locomotora.

V

He manifestado en el curso de este escrito que la sociedad medellinense, como la de todos estos países latino-americanos, se compone de clases superpuestas en las que figuran razas distintas y mezclas de éstas; y ahora debo agregar que, aunque no la más numerosa, es la raza blanca, ó de origen español, la que predomina por sus condiciones morales, por su mayor riqueza, por su mayor ilustración y por más bien educada. No obstante esta formación, he tenido ocasión de observar que, salvo la notable diferencia que existe entre las clases superiores y la ínfima que se compone del que se llama pueblo b jo, las otras no tienen entre sí un verdadero distintivo, y esto hasta tal punto es cierto que por este respecto Medellín puede considerarse como de una sola pieza. De aquí que, *mutatis mutandis* en usos, costumbres y hábitos, excepción hecha de la diferencia en capacidad monetaria, lo mismo viven los miembros de la alta aristocracia que los individuos que ocupan posiciones inferiores en la escala descendente. La tendencia general es de asimilación, y por eso cada clase inferior se desvive por imitar á su inmediata superior y por llegar á ocupar el mismo puesto; y cuando alguno de sus miembros logra sus deseos, sucede con frecuencia que su presencia no disuena.

Quizá me engañe, pero yo tengo la creencia de que en el hecho que acabo de exponer nos diferenciamos en mucho de los pueblos del viejo Mundo. Para mí tengo, en efecto, que en París, Londres, Madrid y Berlín, por ejemplo, las clases sociales están verdaderamente caracterizadas por distintivos especiales y porque cada cual tiene su vida propia y su manera de ser: nobles, burgueses, burócratas, menestrales, cómicos, *cocotas*, *sans-culottes*, viven y se mueven y se agitan en distintas órbitas. Los nobles se portan como táles, y visten, y hablan, y miran, y hasta caminan al tenor de su alta posición. Un artista en la calle es siempre un artista y nadie lo confunde, y lo propio puede decirse de una *cocota* que difiere tanto de una *señora* como una flor de oropel de una cogida en un jardín.

Entre nosotros ¿quién es el que puede distinguir un peluquero de un rico capitalista, miembro de la *crême*?

Posible es, y así lo creo, que para todos aquellos que sueñan para la especie humana con una igualdad niveladora de condiciones será aceptable ésta á manera de estratificación quebrada y descompuesta que reina en Medellín y que lleva trazas de confundirlo todo; en cuanto á mí, que pienso que las desigualdades sociales, no solamente son indestructibles sino que también son necesarias y convenientes, debo confesar que esa mescolanza de clases me repugna por fría y prosaica, sin que por ello se entienda que yo pretendo que ante la ley no seamos todos iguales.

Nó, lo que yo deseara sería que en el cuadro que representara nuestra sociedad las figuras aparecieran delineadas y con sus perfiles bien claros y

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

no borrosas y confusas como hoy están. Como somos, no hay variedad de colorido y el tono musical es siempre uno mismo.

No sé si me he explicado claro, pero para mí tengo que el lector me ha entendido.

VI

—¿Conoce Ud. á Shakespeare? preguntóle un comerciante á un su amigo con quien amigablemente departía, y el interpelado le contestó al punto.

—No lo conozco precisamente, pero sí lo he oído mentar mucho. ¿Le ha hecho Ud. algún pedido?

Este tipo real y efectivo que confunde al gran dramaturgo inglés con un agente comercial es común entre nosotros, y caracteriza la mayor parte de nuestros hombres de negocios, los que, en verdad sea dicho, ni son literatos ni siquiera leen lo que otros escriben. No obstante, aunque por lo apuntado reconozcamos que nuestros comerciantes, capitalistas y agricultores viven consagrados á la especulación y están constantemente guiados en sus actos por un espíritu positivista y práctico, ajeno de tendencias imaginativas, no vayamos á creer que en su gran mayoría son hombres desprovistos de sentimientos elevados y de virtudes cristianas. Entre ellos encontraremos almas generosas, hidalgas, nobles, caritativas y templadas en el fuego del patriotismo.

Su manera de ser y de obrar que para algunos es repugnante, para mí es natural y muy explicable, por razones que atrás tengo expuestas: nuestro suelo es avaro, la naturaleza que nos rodea es inculta y montaraz y necesitamos de todos nuestros

esfuerzos para dominarla. Día llegará en que lo logremos, y entonces habrá gentes en posibilidad de dedicarse al cultivo de las letras y de las bellas artes, y gentes en capacidad de estimular con eficacia á quienes abracen tan nobles carreras. En nuestro estado actual pretender que las cosas pasen de diferente manera es majar en fierro frío.

Por nuestro amor al trabajo y por nuestra afición al ahorro nos llaman judíos y nos hacen el cargo de descender de este desgraciado y maldito pueblo. En nombre de mis paisanos y en el mío propio protesto contra lo que tal imputación tenga de oprobiosa; pero si lo que con ella se quiere únicamente significar es que somos laboriosos, diligentes, y que luchamos con ardoroso empeño para mejorar nuestra condición, enhorabuena que nos llamen judíos; no rechazamos el abolengo.

Con aparente justicia se hace también el cargo á la juventud medellinense de ser poco consagrada á los estudios serios y profesionales, cargo que se pone de manifiesto observándose que en las clases superiores de universidades y colegios son pocos los estudiantes de la capital que las frecuentan, y pocos los que en ellas se distinguen por sus capacidades intelectuales y por su aplicación.

El hecho puede ser cierto; pero nada tiene de vituperable ni de particular, desde que se sepa que en esta vida rudimentaria nuéstra, las carreras liberales no medran, y que son pocos, relativamente muy pocos, los individuos que á ellas se han dedicado y que hayan logrado obtener una posición independiente y libre de apuros y cuitas. Ahora bien: los jóvenes que en ese espejo se miran, no pueden tener fe en un porvenir tan obscuro é incierto y optan

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

necesariamente por carreras que les ofrecen una existencia más sólida y *confortable*.

Son tántos los puntos de estudio que brinda al escritor el cuadro social que me he propuesto delinear á grandes rasgos, que si me permitiera considerarlos todos me haría interminable, y el presente capítulo asumiría proporciones desmesuradas. Pero como tal no es mi intento, quiero concluír con algunas observaciones sobre nuestro bello sexo.

VII

La mujer medellinense es, como las de toda la comarca antioqueña, un verdadero modelo en virtudes de todo género, y con muchísima razón nos vanagloriamos de nuestras esposas é hijas, y hablamos con tánto énfasis de nuestras *señoras*. Y este título, en verdad, lo lleva con perfecto derecho la mujer medellinense, ya que lo haya obtenido como la prueba ó reconocimiento de su fidelidad en el matrimonio y por su reconocida castidad, ó ya signifique él el imperio y el dominio que ejerce en el hogar.

A este último respecto, yo he llegado á persuadirme de que, quizá sin quererlo y aun sin pensarlo, la mujer medellinense ha venido á vengar su sexo de todas las humillaciones porque se le hizo pasar en el reinado del paganismo y de las que se le están haciendo sufrir en los países bárbaros del extremo Oriente.

Y para que no se diga que exagero, llamo la atención de mis lectores á lo que ocurre en el organismo de nuestras familias.

Alguien ha dicho que la mujer antioqueña es una esclava; y yo digo y lo proclamo con placer

que en ningún país del mundo la mujer representa un papel tan importante como en Antioquia y especialmente en Medellín. En nuestro hogar—hablo de un hogar cristianamente constituído como son la casi totalidad de los medellinenses–nada se hace sin la voluntad y el consentimiento de la *señora* de la casa. Ella dirige desde las menudencias del menaje hasta las altas cuestiones que se relacionan con la educación de los hijos, de la colocación de éstos y de su *puesta en estado*, y aun toma mucha participación en los problemas financieros, y hace todo esto sin ostentación y aparentando que recibe las órdenes de su marido.

Por lo demás, ella está persuadida del importante puesto que ocupa y bien lo da á entender cuando en estos últimos tiempos ha dado en distinguir á los maridos, no por su nombre y apellidos propios sino por el de sus respectivas consortes.

—¿ Conóces á Ramón Pérez ? le preguntó Dª Manuela á su amiga Dª Laura que la visitaba de *costura* en días pasados.

—No ala, contestó la interpelada ¿ cuál será ese ?

—¡ Eh ! tú sí que te estás volviendo boba. ¿Con que no conoces al marido de Cándida Rosa Angel?

—¡ Ah sí ! yá caigo ¿ aquel largucho que ha escrito unos artículos tan charros ? ¿ Pues no lo he de conocer, si la *señora* y las muchachas son hasta muy amigas de casa ?

De diálogos semejantes pudiera yo citar otros ejemplares muy auténticos, pero no hay necesidad de tanto. Me basta á este propósito de que tratamos hacer constar que hasta los mismos hombres nos estamos contaminando de esta manera de ha-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

blar, como que no hace mucho me preguntó un extranjero por mi nombre y sin saber cómo y sin pensarlo, le contesté muy orondo "yo soy el marido de la Sra. Cándida Rosa Angel ¿no la conoce Ud.?"

La mujer verdaderamente cristiana que comprende su misión y que pone en obra llenarla con desinterés, con abnegación y con amor, está dignamente representada en una extensa escala en Medellín en todas sus clases sociales, y de aquí que nosotros estemos en situación de exhibir con orgullo un numeroso personal que nos honra y enaltece.

Con todo, y apesar de reconocer el primero estas altas cualidades, yo me atrevería á pedir á nuestras mujeres no que fueran menos castas, menos caritativas, menos abnegadas, ó en una palabra, menos buenas, sino que se esmeraran un poco en ser más amables, más suaves, más comunicativas, y sobre todo, que trataran de hacerse simpáticas á todas las personas con quienes tienen que hablar; y digo esto último, porque con frecuencia he observado que la generalidad de nuestras jóvenes casaderas no se preocupan por agradar, en los lugares de reunión en donde se hallen – bailes, teatros, paseos &c. &c—á otras personas que á sus congéneres del contrario sexo de quien pueden esperar propuestas de enlace matrimonial.

Semejante proceder es zurdo y necio y revela de quienes lo practican falta de cultura y un horizonte de ideas demasiado estrecho; y digo estrecho, porque á veces pienso que esta falta de expansibilidad de nuestras bellas depende en gran manera de que la mujer antioqueña, y la medellinense en particular, ha sido imbuída en la idea de que nació para ser casada, y de aquí que en toda su vida no persiga otro objetivo. Fuera de este constante pensamiento no tiene otro, y él la domina de tal manera que la sola idea de que pueda quedarse soltera, ó para vestir santos, como por acá se dice, la horripila y la anonada.

Se comprende muy bien que un sér con semejantes ideales ponga todo su conato en conseguir el objeto de sus anhelos y que no se preocupe con otras cosas, que para ella son del todo secundarias, ni que trate de agradar á aquellos hombres que no son maridos posibles ó siquiera candidatos.

Para mí tengo que en nuestras mujeres se está verificando una reacción muy saludable en el sentido opuesto al que venimos indicando, y que si ella se realiza, como lo espero y lo deseo, su situación presentará un cambio favorable y de trascendencia. Cuando ello suceda, es decir, cuando la mujer medellinense se persuada de que una soltería digna y bien llevada á nadie deshonra, y que sus actividades y sus anhelos pueden dirigirse por distintos rumbos, aunque siempre trazados dentro de la órbita del deber, comprenderá mucho mejor cuánto vale una inteligencia bien cultivada y una buena educación. Comprenderá también que no sólo se agrada y se produce buena impresión en los demás con bellas telas y elegantes vestidos, sino que es necesario hacer lucir las gracias del espíritu.

Este resultado se obtendrá mucho más pronto, si todos los padres de familia, y demás personas que por razón de su ministerio deban intervenir en la educación de nuestras hijas, trataran de abrirles más anchos horizontes, no únicamente con palabras y discursos sino también con hechos prácticos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

y tangibles. Es necesario que nos esforcemos por abrir una carrera á la mujer, enseñándole alguna industria ó algún arte del cual puedan derivar un medio de existencia propio y no sujeta á las contingencias de un matrimonio, ó á la falta de sus padres.

Verdaderamente, es cosa que da grima y que contrista hasta el espíritu menos pesimista, el contemplar en los teatros, templos y demás reuniones, á aquellas innumerables legiones—que así pueden llamarse—de hermosas señoritas que no tienen más porvenir visible que echarse en los brazos de Himeneo, ó entregarse al misticismo; y esto para las favorecidas que son muy pocas, que en cuanto á las demás, sólo se les espera, como cosa segura, las sequedades de una vida estéril y sin encantos de ninguna clase, si no son las dolencias y mortificaciones de un estado neurasténico, muy próximo á la locura efectiva.

¿Cómo se podrá evitar perspectiva tan poco halagadora para nuestras hijas? De dos maneras: ó formando verdaderos hombres que sean dignos de llamarlas sus esposas con títulos reales y efectivos, no sólo de corazón sino también de capacidad para llevar la *carga*; ó educarlas de tal manera que puedan bastarse á sí mismas y tener vida propia é independiente. Cuando hayamos alcanzado este ideal, nuestras hijas podrán escoger libremente su carrera, y si prefieren hacer votos religiosos y desposarse con Dios para dedicar su vida á la piedad y á servir á los desgraciados, curándolos, alimentándolos ó enseñándolos, harán muy bien y no nos debemos oponer nunca al logro de sus propósitos.

Como yá cansa el estilo serio y sermonero que he

venido usando, vuelvo á mi modo y digo que apesar de todos sus defectos y tachas, el *señorío* de Medellín me encanta, y que no sólo quiero á su personal joven y hermoso, sino que todo el *ramo* me interesa; es decir, que las viejas, y las casadas, y las solteras, y las muchachas, y las viudas, y las niñas me gustan y mucho.

Sí lectoras mías, creedme. En todo el orbe entero no tenéis, puedo asegurároslo, un servidor más decidido y un admirador más entusiasta y desinteresado que este Ramón Pérez que es todo vuéstro.

VIII

Lector, ¿cómo encontráis el presente cuadrito? ¿Pobre, desabrido é incompleto? ¿Sí? Pues yá lo creo, como que el tintero se ha quedado repleto de cosas que chillan por salir. Paciencia hermanas que yá veréis la luz del día en ocasión oportuna.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO IV

Mis negocios.

AQUÍ en donde me ven, tan pobre y tan *pelado*, yo he hecho muchos negocios en el curso de mi vida; que sean buenos, no lo aseguro, pero que los he emprendido creyéndolos tales, lo certifico y afirmo.

Como nadie, que yo sepa, siente los dolores de muela ajenos, juzgo que la tarea que me impongo de hacer conocer del respetable público mis cuitas en este ramo de mis intimidades, quizá será estéril ó de poco provecho; sin embargo, no por ello desistiré de mis propósitos, por cuanto abrigo la esperanza de que, al menos por el lado del escarmiento, servirán de algo estas mis pobres y desaliñadas líneas. Por lo demás, mi deseo no es otro que el de seguir el ejemplo de ciertos viajeros que por amor á su prójimo acostumbran clavar *estacones* en los malos *pasos* á fin de que éstos anuncien el peligro á los que vienen atrás y puedan así evitarlos.

Por otra parte, como en estas *memorias* he querido presentarme tál cual soy, para edificación y entretenimiento de mis lectores, no sería corriente ni justo que guardara silencio sobre particularidades de tánta substancia y que tánto contribuirán á mostrar mi sér moral é intelectual por esta nueva é importante faz.

Mi primer negocio lo hice cuando cumplí mis

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

once años, y cuando apenas si sabía leer con sonsonete y firmarme con gruesos y disparejos caracteres. Hé aquí el cómo fue.

En la época á que me refiero vivía yo con mi familia en el pueblo de C, y en un viaje de recreo que hice á esta ciudad, mi tío Casiano Pérez, dado á la industria del comercio al por menor, me aconsejó que emprendiera negocios en el mencionado pueblo y que para empezar operaciones me convendría hacerlo con *corozos* de los pequeños, que tenían muy buena venta. Seguíle el consejo con gusto y con no poco entusiasmo; y al efecto compré una *arroba* de los dichos *corozos*, que me costó un peso de ley completico, los cuales trasladé yo mismo en persona al lugar de su consumo. Al domingo siguiente á mi llegada, abrí venta en la plaza—á la hora de la feria—de mi mercancía, anunciándola en alta voz á mis contemporáneos, quienes, en verdad, no se hicieron sordos á mi llamamiento. Empecé una venta muy activa, y el negocio marchaba que era gusto; y tanto, que ya yo me estaba dando ciertas ínfulas de superioridad, como quien decía "soy hombre en carrera"; pero luégo sucedió, y esta fue mi mala ventura, que á eso de mediodía, y cuando la *jiquera corocera* ya estaba muy de vencida, unos malditos muchachos, de los mismos compradores del *artículo*, me sonsacaron para que jugara con ellos al "juego de Itagüí." Accedí á sus tentadoras insinuaciones, y mientras se persigna un ciego viejo me dejaron limpio de los *corozos* que me quedaban; y no fue esto lo malo, que fue lo peor, que con el deseo del *desquite* les compré *corozos* de los que me ganaban, y éstos los perdí también. Hechas las cuentas de lo realizado y descontando lo perdido,

me quedaron *siete reales y medio;* es decir, que se perdieron en el negocio *cinco medios* y el trabajo. ¡Mal principio!

Mi madre, que se impuso del suceso y de las causas productoras del fracaso, me dijo que no me desalentara y que volviera al *tiro*, que ella me protegería con quince reales más, con tal de que yo le prometiera no reincidir en el feo vicio del juego, que á todos perjudica, pero que, sobre todo, pega tan mal en los hombres de negocios. Previa tal promesa y con un capital inicial de veinte reales, hice mi segundo viaje á esta *Villa*, en donde compré otra *arroba* de *corozos* pequeños, y ocho reales de los grandes, pues tuve ocasión de saber que éstos eran muy solicitados para la fabricación de anillos y *amolados*, amén de que su carne era también muy apetecida por niños y niñas. A esta factura le agregué unas veinticinco piedras de chispa, como de media libra cada una, sobras de las que el maestro Simón Caballero estaba labrando para uso del ejército que se organizaba en Antioquia en defensa del Gobierno de la Confederación, y que dicho maestro me regaló.

Yo mismo *alcé* la *carga* y á mis espaldas la conduje al lugar de su destino. Todavía recuerdo ese viaje y me admiro de mi fortaleza, pues por lo que es hoy, ni *escotero* haría yo otro tanto.

Instalado en C, abrí mi nuevo *surtido*, y el negocio empezó á andar viento en popa, menos en lo de las piedras de chispa, cuyo mercado estaba calmado y sin esperanza de mejorar, por ser mucha la oferta (la que yo hacía) y poco el pedido (nadie preguntaba por ellas). Desalentado con la ninguna salida de este *artículo*, en el cual cifraba yo grandes

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

esperanzas, ocurrí como remedio extremo al *reclamo;* y al efecto contraté un muchacho, á quien le pagaba *medio real* por cada día de feria, para que á grandes voces anunciara por los ámbitos de la plaza las piedras *riograndeñas* (éstas eran traídas de los alrededores del pueblo de Entrerríos) que vendía á precios módicos el Sr. Ramón Pérez, el *villano* (de la villa de Medellín quería decir). Por lo dicho se comprende, que si yo no fui el inventor de este sistema de anuncios, hoy tan en boga, sí fui de los primeros en ponerlo en práctica, y por ello reclamo el honor que me corresponde.

Vendí al fin mis susodichas piedras *riograndeñas,* pero al cabo de tánto tiempo, que hechas las cuentas de lo pagado al muchacho que las voceaba, resultó una pérdida neta de *real y medio,* muy fácil de comprobar: producto de la mercancía, ocho reales y medio; pagado al voceador, diez reales. En cuanto á los *corozos* grandes y chicos, los vendí también y con provecho ó ganancia, que, sin embargo, no apareció en dinero. Y lo peor fue que no solamente desaparecieron las utilidades, sino que tampoco se vio el capital. Aquéllas y éste los fui invirtiendo insensiblemente, y sin saber cuándo, en *casados* (*conservas* y pan de queso) que comía con demasiada frecuencia, ó que repartía entre mis numerosos amigos para obsequiarlos, y ya se caerá en la cuenta de cuántos no tendría un negociante de once años que manejaba libremente veinte reales de capital!

Conocida por mi abuela materna mi afición á los negocios y mi amor al trabajo, resolvió protegerme más en grande; y para ello me dio, en comisión del diez por ciento, un *negocio* de mercancías, como de

valor de veinticinco pesos de ley, el cual, si no recuerdo mal, consistía en una media docena de unos cuchillos ó machetes de mango de hierro, tan largos como la clásica espada de Miguelito Correa y tan ordinarios que partiendo panela se les doblaba el filo; unos madejones de hilo llamado de *caracol,* que según mi dicha abuela eran de color *morado,* y que quizá lo serían en sus mocedades, pero á la fecha de la entrega puedo asegurar que tenían un color sucio y desteñido, que no era ni *morado* ni nada; unas *tachuelas* de hierro estañado, en muy mal estado; y por último, algunas baratijas viejas. Todos estos efectos formaron parte de los que vendía en su tienda el difunto marido de mi citada abuela, y habían quedado rezagados en poder de ésta, por no haberse podido vender á ningún precio.

En este negocio me fue mejor que en los anteriores, porque casi todo lo realizado fue ganancia neta. A mi protectora sólo le entregué del capital un *cond r,* y el resto, inclusive las ganancias, lo invertí durante el curso de las negociaciones en *casados,* en *tamales* de las Posadas (los vendían muy buenos) y en una cerbatana que compré para mi uso. No obstante estas malas cuentas, mi protectora se dio por muy satisfecha, probablemente porque á su juicio los *artículos* que le expendí no valían ni los diez pesos susodichos. Y por lo que hace al lector, yo espero que no censurará muy severamente mi conducta, pues debe tener presente que pagué *casi* el 50 °/₀ de mi deuda, y que este proceder en estilo comercial se califica hoy, y se ha calificado siempre, como una "quiebra honrada".

Con seguridad que mis padres fueron de la apuntada opinión, pues continuaron creyendo en mi

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

hombría de bien; y tanto, que resolvieron protegerme ellos mismos, dándome, á partir utilidades, una *carga* de cacao del Valle, la cual fue estimada por peritos, para fijar el capital, en ochenta pesos de ley. Me puse á revenderla al por menor en la plaza de C., y pronto, pronto *expendí* el *artículo;* pero en cuanto al producto de la venta, solamente entregué la cantidad de sesenta pesos. El resto del capital y las utilidades, que sí las hubo, se fueron en los malditos *casados*, en *tamales*, en una soga que me costó ocho pesos (¡qué tan estupenda sería!), y últimamente, en adquirir fruslerías, que les compraba á mis amigos, en los cuales *tratos* salía siempre engañado. Yo encarezco de nuevo al lector que me mire con ojos benignos y que en esta vez considere, para excusarme, mi juventud, mi inexperiencia, las malas compañías que me rodeaban, y sobre todo, que esta mi segunda *quiebra* era yá en mi un progreso, puesto que había cubierto el 60 °/₀ del pasivo.

Alarmado con este último fracaso, resolví suspender negocios, para aguardar mejores épocas, y para dar tiempo á que se borrara de la memoria de los hombres la triste historia de mis desgracias comerciales, sucedido lo cual, esperaba yo recuperar mis perdidos créditos.

No fue, en verdad, vana tal esperanza, por cuanto al trasladarme con mi familia al pueblo de E., un amigo de mi padre, que ejercía la profesión de comerciante, y que ni conocía mi afición á los *tamales* y *casados* ni sabía nada de mis atrasos, ofreció protegerme con un surtido de *chécheres* nuevecitos, de valor de cien pesos.

Lo recibí y lo dí á la venta, y.....admírese el

lector, le rendí buenas cuentas al socio capitalista, entregándole cumplidamente su *principal*, y catorce pesos por sus utilidades. Una cantidad igual á esta última me correspondió á mí por las mías.

Y como en ese entonces resolvieran mis padres volver á esta *Villa* á ponernos en educación á mí y á los demás hijos, mis hermanos, lo que se efectuó en seguida, tuve por necesidad que suspender negocios en los cuales debiera trabajar personalmente; y de aquí que me determinase á meterme á *capitalista*, para dedicarme del todo á mis estudios. Por indicaciones de mi padre, y antes de nuestra salida de E., le entregué mis catorce pesos á un rico hacendado para que comprara una novilla y la echara en sus dehesas en compañía, ó sea á partir utilidades, como en tales negocios se acostumbra. Yo no vi la novilla que mi compañero diz que compró al momento; pero la pintura que de ella me hizo fue tan satisfactoria que quedé contentísimo y lleno de halagadoras esperanzas, las cuales empezaron á realizarse muy pronto. Con efecto, no había transcurrido un año cuando me informó mi consocio que ya nuestra novilla se había convertido en vaca, y á los pocos meses más, en madre, como que dio á luz una hermosa ternera de muy buena raza. Transcurrió algún tiempo, y nueva *cría* de la vaca madre, y después otra y otra, y así sucesivamente. Vino luégo la primera ternera á ser madre, y todo fue tan bien que aquella semilla se convirtió en pocos años en un *hato* verdadero. Y tanto lo creía yo así, que al cumplir mis veinte años, y salir del colegio hecho un bachiller, contaba con que ya era un "hombre en *fondos*", como suele decirse. Quise, pues, entrar en posesión de mis bienes para colocarme en firme y

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

llamé á cuentas á mi compañero de marras. Y me las rindió en verdad; pero qué malas!

Hélas aquí, bien explicaditas.

La vaca madre, como llamaremos á la supuesta novilla de los catorce pesos, no diz que había tenido en el primer parto ternera sino ternero, y lo que sobre este particular se me había dicho provenía de un mal informe del mayordomo de la finca. Item: que este descendiente que, como se ve, no era hija sino hijo, murió de mal de estómago á los ocho meses de nacido. Item: que la dicha vaca madre se había desnucado en una *chamba;* y que aunque sí era cierto que había tenido antes de fallecer otra *cría*, ésta no vio la luz del día por haber venido á este mundo sin vida. En substancia y en conclusión: ni un cuerno ni una cola: ausencia completa del capital inicial de la compañía y de toda utilidad; y desaparición en absoluto de toda ilusión de parte del socio *comanditario*.

Recuerdo que á mi padre le pareció todo aquello muy irregular y un tanto obscuro, y aun me parece que llegó á sospechar que mi supuesto compañero no compró novilla alguna ni cosa que se le pareciera, y que bonitamente se había atrapado mis catorce pesos; no obstante, me aconsejó que para evitar molestias me callara la boca, consejo que hasta hoy he seguido religiosamente, pero que al fin he resuelto revelar para descargo de mi conciencia, aunque reservándome el *santo* del milagro.

Este nuevo desastre no me anonadó por completo, pues que confiado en mis conocimientos literarios, en mi posición social y en mis buenas prendas, esperaba que las ocasiones de trabajar me saldrían al encuentro; y así sucedió en efecto. Una Casa comercial de esta ciudad, de la cual uno de cuyos socios principales me tomó querencia, me abrió créditos hasta por mil pesos. Hice uso de ellos inmediatamente y puse tienda en el *marco* de esta plaza; y como las mercancías eran pocas, me valí de mi modo y mi maña para llenar *vacíos* y presentar así un aspecto regular á los compradores. Una vez *establecido*, y tan pronto como se hizo público en los del oficio que yo trabajaba protegido por la firma "Cifuentes & Hijos", todos vinieron á poner á mi disposición sus *almacenes*, sin limitación alguna; y, como esto era precisamense lo que yo apetecía, me dejé ir á fondo, no sin hacerme al principio el remilgado. Al uno le tomé dos mil pesos, al otro cuatro mil; y así me fui surtiendo á todo mi gusto hasta quedar á deber con los plazos de costumbre, cosa de treinta mil pesos.

Con tales bases y con el tesoro de mi experiencia, me dejé rodar; y como desde el partir me forjé la ilusión de que la fortuna me abría sus esquivos brazos, creíme rico de veras y empecé á obrar como tal. Vestíme bien y á la moda; compré un magnífico caballo de silla para montar por las tardes y pasearme en las calles de la ciudad; me hice á una famosa escopeta de retrocarga, y á un par de perros *venaderos* y á otro de *guagüeros;* contribuí á la fundación del Club llamado de la "Rosa Encarnada", que no me costó poco por cierto; y últimamente, monté un departamento de soltero con el *confort* que cuadraba á un hombre de mi educación. Pero no paró allí todo: auxilié á mis padres pródigamente, á quienes sostenía en lo substancial, de acuerdo con mi rango y posición social; ayudé á la educación de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

mis hermanos pequeños; y en cuanto á los grandes, hice cuanto pude hasta casar las dos mayores.

Por estos mismos tiempos llevé á cabo mi GRAN NEGOCIO, el que más influencia ha ejercido en el curso de mi vida: me casé. Nada diré hoy sobre este paso tan importante, pues para hacerlo, le reservo un capítulo especial en estas mis memorias, el que escribiré si Dios quiere y el tiempo lo permite y da lugar; agregaré sí, porque esto concierne al asunto de que trato, que establecí *casa aparte*, la cual amueblé muy bien y á todo gusto, como lo exigían mi posición y la de mi mujer. Y así, viviendo muy contento y pensando siempre en que las cosas marcharían en progreso y en bonanza, pasaron los tiempos; algo así como diez años.

Por mi desgracia, eso que yo tomé por las caricias de la Fortuna no fueron en verdad tales caricias, sino golpes y *coscorrones*, y muy duros, en verdad. Resultó, en efecto, que las cuentas que yo había hecho eran "cuentas alegres" y nada más, y que lo que debiera haber ganado según ellas, se había ido en gastos personales y de familia y en deudas perdidas en absoluto. Pero algo peor se vio después y fue que casi todo el capital se había evaporado como por encanto

Y como mis primeros protectores y todos los demás acreedores se penetraran pronto, con ese instinto natural del comerciante antioqueño que no es el mío, de que mi situación no era *correcta*, me llamaron á cuentas, y vistos y examinados mis libros, apareció aquello: un alcance de veinte mil pesos! ¡Como quien dice nada! Entrámos en arreglos; hubo molestias y explicaciones ser as y agrias de parte y parte, pues paré seco en lugar de mostrarme

humilde, como era natural. Y tanto se apuraron las cosas, que estuve al trance de batirme con un acreedor exigente y malcriado que me dijo ladrón; felizmente no hubo sangre, porque los padrinos declararon que no había motivo para tanto. Desenlace final: que entregué todo lo que tenía en mercancías y en bienes muebles-raíces no los había—y que me quedé en este valle de lágrimas, tan limpio—de dinero se entiende—como mi madre me dio á luz, y tan desacreditado que nadie me fiaba una peseta. Esto pasaba cuando acababa de cumplir mis treinta y dos abriles, y cuando mi pobre y bonita mujer *ajustaba* cinco hijos bien nacidos y *vivitos*.

Acosado por el infortunio y no encontrando auxilio de ninguna clase ni en mis padres, que estaban tan pobres como yo, ni en mis parientes y amigos, que me hacían el asco; y no sabiendo ninguna profesión ú oficio, fuera de la apuntada de los negocios que estaba en desuso, resolví lanzarme como último recurso en la vida pública. Verdad es que yo nada había aprendido de la ciencia de gobernar á los pueblos, y que tampoco conocía los códigos y leyes ni por el forro; pero esto no me arredró en lo mínimo, porque veía que otros, que de tales cosas sabían lo que una gallina de freno, habían medrado ó estaban medrando.

Aproveché el momento en que se debatía una candidatura á la Presidencia del Estado (entonces había Presidentes en Antioquia) y me alisté sin vacilar en uno de los bandos; pero como comprendiera al vuelo que los *míos* iban de vencida, me *pasé* á tiempo y con provecho, pues recibí los honores de la victoria. No dejaré, sin embargo, de manifestar que el buen resultado que obtuve lo debí á ha-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ber tenido la precaución de hacer olvidar mi cambio de frente gritando mucho y muy alto y dándomela de intransigente y de violento contra mis antiguos compañeros en la lid.

Como producto real y verdadero de la campaña electoral obtuve un empleo con sueldo de ochenta pesos—muy bueno por cierto en aquella época—el cual serví por cerca de dos años. Fui luégo víctima de ciertas intrigas, y de la noche á la mañana quedé cesante. Casi un año entero apuré las heces de esa nunca bien pintada situación, pero al fin, y á fuerza de *plañir*, logré conseguir otro, que tampoco gocé mucho tiempo. Y así, de caída en caída y de levantada en levantada, me cogieron los albores de la Regeneración desempeñando un modesto empleo de hacienda de esos que no hacen ruido. Y fue lo bueno—porque no todo ha de ser quejarse—que el *enemigo* me respetó, debido, sin duda, á mi mucha mansedumbre y á mi buen carácter. Para algo han de servir las buenas prendas en el hombre, exclamaba yo en ese entonces, y continué comiéndome mi sueldo sin abrir la boca y "dando al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios."

El empleo últimamente referido es el que en la actualidad desempeño, muy á satisfacción de mis superiores y á la mía, porque á más no aspiro. Quiera el Cielo que en él muera y que no vuelvan para mí los malos tiempos de una cesantía! Amén.

Ahora bien: lo que dejo referido y lo otro que queda entre el tintero, no ha sido obstáculo para quitarme la gran afición á los negocios, pues aun en plena vida de servidor público, la gana de hacerlos no ha disminuído. Sépase, en consecuencia, que si durante mucho tiempo he estado en *asuetos*, no ha sido por mi propia voluntad sino por "falta de local y telas" como reza el adagio.

Va á verse, con efecto, que apenas eché alitas, volé, ó mejor, intenté volar, porque el vuelo fue corto en verdad. Las cosas pasaron como las voy á contar, y en ellas debe creerse porque yo nunca exagero.

Un día, de los años que han pasado, la muerte amaneció de mal humor, debido, según se supo después, á que la regañaron por perezosa; y como quiera que deseara la probrecita dar muestras de lo contrario, antojósele alzar con el hermano de mi madre, D. Agapito Jaramillo, y así lo hizo sin demora.

Y fue lo peor del caso, ó sea lo mejor para mí y para la demás parentela de mi tío, que á él se le olvidó testar, bien que otras personas sensatas son de opinión que no hubo tal olvido, sino que D. Agapito estaba persuadido de que su hora no sonaría sino muy tarde y que, por lo tanto, le dio largas al tiempo. Parecer es éste muy razonable, pues que lo propio le ha acaecido á muchos otros, y con especialidad á aquellos que viven contentos y satisfechos en este mundo redondo, quienes se forjan la grata ilusión de que la de la guadaña no se acordará nunca de ellos.

No ahondaré la materia y dejaré que cada cual piense lo que le parezca; y sólo diré, que fuera ésta la causa ó esotra, yo quedé instituído heredero *ab intestato* de un pariente que no me podía ver ni pintado; y agregaré, para mejor inteligencia del lector, que liquidada la sucesión del difunto, q. e. p. d., me correspondieron dos mil quinientos pesos en plata sonante, los cuales recibí á mi entera satisfac-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ción. El pico lo invertí en urgencias de familia y en atender á vacíos que el sueldo no podía llenar; y en cuanto al resto, lo coloqué en depósito disponible en el "Banco de Antioquia" á fin de tenerlo listo para abrir operaciones, lo que en seguida hice, por habérseme presentado una ocasión con tamaño mechón de pelo, del que me agarré al momento temiendo se me escapara.

A pocos días de haber recibido el valor de mi *hijuela*, pensando estaba yo en qué negocio emprendería para aumentar mi capital, cuando á eso de horas de almorzar se presentó en mi casa un *sujeto*, que por entonces estaba suelto, de carita muy simpática, y de un porte no desagradable; y después de saludarme muy cariñosamente y de darme su nombre y apellido, se llamaba Felipito Agudelo, me entregó una carta abierta que leí en seguida. En ella mi antiguo amigo y condiscípulo Severo de la Parra, residente en el pueblo del Peñol, me recomendaba al tal Felipito (también lo llamaba él en diminutivo), como una persona de toda cuenta, muy conocedora de las minas y muy dada al descubrimiento de éstas; y añadía, que si yo deseaba entrar en negocios con él, podía hacerlo sin pensión, pues aparte de ser hombre despierto y no majadero, era el fiel del peso. Como conclusión me decía que se tomaba la libertad de dirigirse á mí por ser la única persona de importancia que conocía en Medellín, y por el deseo de ayudar á su amigo Felipito en sus empresas, pues que le debía muchos servicios.

Tan pronto como me enteré de la dicha misiva, la que leí y releí, me puse á las órdenes de Felipito, á quien al instante invité á almorzar; y ya hechos buenos amigos, y muy sentados en mi cuarto y fumando sendos ambalemas, entramos á pico. Contóme mi huésped, pues ya lo era de hecho y de derecho, encargándome el sigilo, que como él, dando y cabando en busca de una mina muy rica que debía existir á juzgar por ciertos riegos que se habían visto en el paraje de la *Bienaventuranza*, del Distrito de Sanrafael, la había hallado, en efecto, y que en prueba de ello, allí me traía unas *muestras* para que las viera y las hiciera examinar (sacó al punto de una *jíquera* unas cuantas piedras, en las cuales brillaba, aquí y allí, algo como oro ó cosa parecida).

Lo racional y corriente hubiera sido que antes de entrar en el negocio que Felipito me proponía, que no era otro que el de montar la mina en compañía, hubiera yo hecho ensayar las muestras consultándolo con quien entendiera del oficio; pero yo no esperé á tánto y me di por satisfecho con la carta de recomendación de de la Parra y con los informes y muestras de Felipito.

Y á cualquiera se la doy, y apuesto cien pesos á una fruta de mango á que la pierde.

Figúrese el lector qué pelea sería aquella entre un zorro viejo como Felipito y un crédulo de los de ciento en vara como yo; y no se engañara si la compara con la del gato con ratón fuera de nido ó con la de *chucha* con gallina caída de gallinero. Tenga también de presente en abono mío, que Felipito me dio á entender, aunque con medias palabras, que él traía recomendaciones para otros capitalistas, y que á mí me dio miedo que se hiciese público un negocio tan pingüe que podía serme arrebatado, sino lo cogía al instante.

Por lo visto se comprende que pronto, pronto nos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

entendimos Felipito y yo, y que luégo, luégo llegamos á las siguientes conclusiones:

1ª Que él me cedía, por el mucho cariño que me estaba cogiendo, la mitad de la mina en propiedad;

2ª Que yo, por mi parte, me comprometía á *montarla* en toda regla;

3ª Que este *montaje* comprendía el de un molino de nueve pisones y el de un *arrastre*, y además el establecimiento de trabajos de explotación de los filones conocidos y el de los necesarios para el descubrimiento de otros cuya existencia se sospechaba;

4ª Que eran de mi cargo los gastos de escritura, y los del denuncio, posesión y título de la mina; y

5ª Por último, que Felipito no estaba obligado á concurrir con gasto alguno hasta tanto no se hallara la Empresa perfectamente establecida de acuerdo con las condiciones apuntadas. Además, el socio cesionario no respondía de *nada* en caso de un fracaso, y esto era lo principal, cosa por cierto muy puesta en razón, pues como Felipito lo decía "las minas son siempre minas".

Hechos los anteriores arreglos y otorgada la correspondiente escritura pública que extendimos el mismo día, como que no había tiempo que perder, nos separamos Felipito y yo, él para marcharse para sus tierras y yo, en vía de dar los pasos necesarios y conducentes para obtener la propiedad de la mina en cuestión, la que apenas estaba *avisada*.

Encargué tales diligencias á un abogado de mi confianza; y entre tanto que ellas se practicaban, me di á la tarea de buscar socios para la empresa, por considerar que mis recursos pecuniarios no alcanzarían para llevarla á término, y además porque no me creía con fuerzas para llevar sobre mi cabeza

tan pesada carga. Logré, aunque con no poco trabajo, enganchar á cuatro de mis amigos, quienes entraron en el negocio por pura broma, y más por deferencia hacia mi persona que por otra cosa. Mas sucedió que en esos entreactos volvió Felipito á esta ciudad á apurar el asunto, y como se entendiera con mis consocios, les metió tántas largas y tántas cortas, que salieron de la conferencia locos de entusiasmo; y tanto fue así, que incontinenti resolvieron que le compráramos las acciones que él se había reservado, lo que hicimos, dándole por ellas, trescientos cuarenta pesos de ley.

Y ya dueños en absoluto de la mina, empezámos por bautizarla. Sobre el nombre que debía llevar hubo opiniones muy diversas, pero al fin, y para dirimir discordancias, nos adherímos al voto de Felipito y la denominámos "La Desconocida". Procedímos en seguida á distribuirla entre nosotros por partes, para lo cual la considerámos dividida en veinticuatro acciones iguales que se adjudicaron de esta manera:

Para el socio José Mª Múnera, cuatro acciones.
Para el íd. Juan José Choren, cuatro íd.
Para el íd. Juan Pablo Aguirre, cuatro íd.
Para el íd. Antonio José González, cuatro íd.

Y para el infrascrito, como socio fundador é iniciador de la empresa, ocho de las mismas. Luégo que esto hicimos, nos ocupámos en organizar la sociedad en toda regla con sus correspondientes estatutos, de lo cual quedó constancia en escritura pública debidamente registrada. A continuación se proveyeron los empleos que se crearon por dichos estatutos y la elección recayó en mí, como era na-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tural y de justicia, para Presidente ; en Múnera, para Vicepresidente, y en Choren, para Secretario-Tesorero. Aguirre y González fueron elegidos miembros del Consejo directivo, con lo cual quedámos colocados todos.

Preparadas las cosas como queda referido, y obtenida la posesión así como el título de "La Desconocida" entrámos de lleno en la tarea de *montarla* para dar cumplimiento á los compromisos contraídos, no ya con Felipito, sino con nosotros mismos que representábamos sus derechos. Y como fuera lo primero encontrar quién se encargara de la dirección inmediata de los trabajos, tarea que no podía ser desempeñada por ninguno de nosotros, resolvimos por unanimidad de votos nombrar para el destino al mismo Felipito, á quien considerámos como la persona más en capacidad de llenar tan delicado encargo, pues nadie sino él conocía "La Desconocida". Cuando Felipito tuvo noticia oficial de la confianza que en él depositábamos, se excusó al punto, alegando su mala salud y sus muchas ocupaciones; y casi no lográmos seducirlo á que nos sirviera, y fueron necesarios muchas súplicas y empeños y el ofrecerle un sueldo mensual, libre de alimentación, de ochenta pesos. Posesionado del empleo se puso en marcha inmediatamente para el lugar de la situación de la mina, llevando consigo cuatrocientos pesos en dinero sonante y los utensilios y materiales que se consideraron indispensables para dar principio á los trabajos de *montaje* y explotación. Para todos estos gastos y los demás antes hechos se derramó un contingente de mil doscientos pesos entre los socios, en proporción de sus respectivas acciones.

Felipito se fue, como lo dejo dicho, y nosotros nos quedámos, hablo de mí y de mis compañeros, llenos de ilusiones y de esperanzas y la cosa lo merecía en verdad, pues la pintura que aquél nos hizo de "La Desconocida", era para hacer perder el juicio al más pintado. Con efecto, la mina en cuestión tenía, según su descubridor, varios *hilos* ya *picados*, pero entre todos descollaba uno que media entre *respaldo* y *respaldo* una *brasa*, y que era conocido en varios puntos, en una extensión como de quince cuadras; á lo que se agregaba, que en donde quiera que se le cateaba daba *punta* de lengua de perro cansado. Para Felipito, este solo *hilo* aunque no *acentrara* y se quedara en los *cogollos* daba trabajo para diez años por lo menos; y si sucedía, como era de esperarse por todas las señas, que *acentraba*, ¡ay mi Dios! exclamaba, no se sabía donde echarlo (el oro se entiende).

Transcurridos que fueron quince días desde la partida de Felipito, nos llegó un informe del Director de "La Desconocida" (este fue el título que se dio nuestro recomendado), en el cual se nos decía que los trabajos establecidos seguían admirablemente y sin tropiezo alguno; que todo en esa tierra de bendición que Dios nos había deparado para hacernos ricos y poderosos era abundante á más no desear: peones, cocineras, víveres, maderas, aguas, &c. &c.; y en cuanto al apetecido metal, que lo sacaríamos por arrobas. Concluía Felipito comparando nuestra mina con la salina de Zipaquirá—adivine el lector por qué—y pidiéndonos trescientos pesos más para gastos, los cuales le remitímos inmediatamente y por expreso. Lástima es, y grande, que este documento se me haya traspapelado,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

para tener el gusto de enseñarlo al lector, letra por letra, con la seguridad de que me lo agradecería.

Otros quince días pasaron y nuevo informe del Sr. Director de "La Desconocida": curso regular en los trabajos y nuevos descubrimientos de *hilos* y *agujas* sumamente ricos; conclusión: mándenme más dinero. Así continuaron las cosas por algún tiempo. El Sr. Director de "La Desconocida" dándonos informes muy halagüeños de la empresa, y nosotros remitiéndole dinero, y cuando ya alcanzaban los gastos á dos mil quinientos pesos, nos dio noticia de que estaban montados los dos molinos, el de pisones y el de *arrastre*, y que podíamos ir á presenciar la *molida* que tendría lugar dentro de ocho días.

Inmediatamente que recibí la buena nueva de que los molinos iban á funcionar convoqué á los socios de "La Desconocida" á sesión extraordinaria, la que se verificó en mi casa de habitación sin que faltara uno solo. En mi carácter de Presidente díles cuenta del fausto suceso en expectativa y de la invitación que se nos hacía, é incontinenti se aprobó por unanimidad de votos la moción del socio Aguirre, que si mal no recuerdo estaba concebida en estos términos, poco más ó menos: "La Sociedad se trasladará en *masa* el veinticinco de los corrientes al paraje de la "Bienaventuranza" con el objeto de presenciar la *molida* de los molinos de la empresa".

En cumplimiento de este imperativo mandato y en alas de nuestros deseos, nos ocupámos todos nosotros en los preparativos del proyectado viaje y casi la víspera de partir, y cuando ya todo estaba listo, recibí nuevo *posta* de Felipito con carta en que

me decía, muy lacónicamente: "Suspenda viaje; inconvenientes graves para la *molida*; el agua poca y no salió, por mal *tirada* la acequia." Concluía sí, por manifestarme que todo se arreglaría pronto, y que el ocho del entrante mes podríamos emprender la marcha.

Algo contrariados resolvimos aguardar, dejándolo todo preparado para evitarnos trabajo. En este interregno, otro de mis amigos que se impuso de las en que yo estaba y de que me hallaba en vísperas de hacerme millonario, se empeñó en que lo metiera en parte; y fueron tántas sus súplicas y los empeños que me echó, que al fin tuve que condescender con sus exigencias y le cedí cuatro de mis acciones, dándome una utilidad de trescientos pesos. Con este nuevo socio llamado Agustín Muñoz, la empresa quedó dividida en sextas partes.

Se aproximaba el citado día ocho, señalado últimamente para nuestra partida, y otro *posta* en la palestra: manifestaba en esta vez Felipito que la acequia se había corregido, que se había echado otra agua, y que toda junta había llegado al molino; pero que la *molida* no se podía verificar el día convenido, porque el dicho molino no *volteaba*. Y que no volteaba, apesar de estar construído con todas las reglas, porque el *principal* estaba mal trazado y los *dientes* de los pisones no correspondían con los cabos de éstos. Como ninguno de los seis socios de "La Desconocida" entendía de estas cosas, dimos por aceptables las explicaciones de Felipito y nos quedámos aguardando otras nuevas.

Estas se tardaron lo bastante para que nuestra paciencia se fuera agotando, tanto como nuestro dinero; pues es de saberse que en estas vueltas y re-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

vueltas el *contingente* andaba que era un gusto. Al fin habló Felipito. El molino se había arreglado, pero no se pódía moler todavía, porque la acequia se había *derrumbado* como en diez partes distintas, y para reponer los daños se necesitaban como quinientos pesos, pues que era necesario poner cajones de madera y hacer otras obras de *arte*.

Tal noticia que venía á herir tan de lleno nuestras más gratas esperanzas y nuestras ilusiones doradas, ó mejor dicho, de oro, nos dejó perplejos y sin saber qué camino tomar. Nos sacó del apuro un amigo nuéstro, muy práctico en esa clase de negocios y tánto, que había perdido toda su fortuna emprendiendo en minas, aconsejándonos que mandáramos un ingeniero á inspeccionar los trabajos. Seguimos, con efecto, el consejo; y buscado el individuo, dimos al punto con D. Ricardo Arrubla, muy conocido en Antioquia por su versación en minería, quien convino inmediatamente que le hablámos, en que nos prestaría el servicio que le exigíamos, si le pagábamos doscientos pesos. Arreglado el precio se puso en marcha al siguiente día, y transcurridos otros ocho regresó, manifestándome, cuando estuvimos al habla, que iba á preparar el informe y que pronto me lo remitiría.

Y cumplió como lo dijo, pues á los tres días me fue entregado, en cubierta con mote de sello de tinta azul muy subida, en que se expresaba el nombre, profesion, y residencia del informante, un infolio de no sé cuantas páginas, las cuales contenían las opiniones razonadas del Sr. Arrubla sobre la mina "Desconocida".

En sesión convocada con el exclusivo objeto de imponernos del aludido documento nos reunímos

los miembros de la Sociedad que yo tan dignamente presidía; y yendo al objeto el Sr. Secretario, en alta voz y en tono enfático y serio, leyó aquellas interminables líneas en las que nuestro *ingeniero* nos daba cuenta de sus hondas lucubraciones. Lo que vendría á propósito en esta materia sería el copiar aquí íntegro el susodicho informe, pero como también lo dejé perder, me limitaré á dar al lector una ligera idea de él, aunque un tanto vaga, por ser vagos también mis recuerdos.

Comenzaba el D. Ricardo su *meditado* trabajo por una larguísima disertación sobre la formación de la *costra* terrestre, engolfándose luégo en una luminosa discusión sobre los dos clásicos sistemas en que se dividen los sabios geólogos á saber: el *plutoniano* y el *neptuniano*. Él, el informante, claramente no se decidía por ninguno, mas por lo poco que se pudo columbrar por lo pronto, más se podía pensar que él estaba por un sistema mixto. En seguida se propuso explicarnos las diversas clases de rocas, con sus divisiones y subdivisiones, llegando desde los esquistos hasta los granitos y los pórfidos y concluyendo con los cuarzos y las piritas y no recuerdo qué otras tantas substancias mencionó. Lo que sí no se me olvida ni se me olvidará nunca, es que sobre lo principal, es decir, sobre "La Desconocida" no nos dijo nada en dos platos ni en tres. De sus inexplicables explicaciones solo sacámos en limpio: 1.° Que la mina no presentaba filones bien determinados, sino simples *formaciones*; 2º Que estas *formaciones*, según las indicaciones de la ciencia, eran muestras patentes de que en el centro de la tierra existían hilos (filones) muy poderosos y ricos; 3.° Que con un gasto de veinte mil pesos, y haciendo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

una *cruzada* por cierta dirección que señalaba la *brújula*, se podía coger la *pata* del poderoso hilo; y 4.° Que el estudio que había hecho de la mina era sumamente *superficial*, pero que si la Sociedad convenía en ello, él estaba dispuesto á volver—previo un honorario moderado de cuatrocientos pesos—á hacer uno más *profundo*. Otra cosa más importante saqué yo en limpio, y fue, que "La Desconocida" verdaderamente lo era, y que en mi *vara* no se conocería; y digo saqué, porque mis consocios ningún caso hicieron de lo informado y continuaron creyendo, no sé por qué clase de fascinación, en que nuestra mina era un *Dorado*. Y lo peor fue que vino á confirmarlos en tal opinión una carta de Felipito, en la cual anunciaba que el molino había molido sin dificultad alguna, habiendo logrado hacer venir el agua, aunque no de una manera estable. Esta halagadora noticia vino acompañada de un trapito con oro, que pesaba cincuenta castellanos. Yo quise aprovechar esta buena nueva para salirme de un negocio que me estaba sabiendo á *cacho* quemado, pero mis consocios no me lo permitieron. ¡Cuándo se íban ellos á desprender de un compañero que era el *alma* de la Sociedad! Pero entre todas sus razones, la que más fuerza me hizo para continuar como manso cordero en un negocio en que yo veía claro y que consideraba perdido, fue la de que yo era quien los había metido en la empresa y que no era justo que ahora los abandonara.

Se resolvió, pues, continuar los trabajos, se remitieron *fondos* á Felipito y se le dieron instrucciones de acuerdo con el Sr. Arrubla para dar principio inmediatamente á la *cruzada* en busca de la deseada *pata* del filón. Entre tanto, en la "Fundición

y ensaye de Restrepo y Escobar" se fundieron los castellanos recibidos para así conocer la ley de nuestro oro y para vender la *barra*; y de la "boleta" que nos entregó D. José Mª Escobar, con la susodicha *barra*, sacámos en claro que aquel *oral* valía en conjunto, con letras al 70 %, veinte meros pesos, pues que de todo el luciente metal que entregámos sólo una parte era oro, componiéndose el resto de *mica*, antimonio, plomo y no sé que tantos otros metales.

Ni por esas se desalentaron mis consocios, y por el contrario, llenos siempre de fe dijeron: adelante; y adelante fuímos hasta que llegámos á invertir seis mil pesos, sin que la deseada *pata* pareciera. Mas cuando la cosa llegó á ese punto, ya los ánimos decayeron un poco, y luégo vinieron á tierra cuando se supo que una nueva remesa de oro de cien castellanos, hecha por Felipito, sólo había producido cincuenta pesos, según ensaye. Viendo yo la disposición en que se encontraban mis compañeros, y deseoso de sacar la *pata* mía, que bien metida estaba, y que podía parecer mal fácilmente que la del filón de marras, los reuní en sesión solemne y extraordinaria. Expúseles en un razonado discurso el objeto de la reunión; díles mi parecer sobre la necesidad de suspender un negocio tan ruinoso que no llevaba trazas de salir á buen puerto, y ellos, los cuitados, que nada tuvieron qué contestar en contrario, se rindieron á discreción. Convínose, pues, en que se diera fin á la empresa y orden á Felipito para que arriara bandera y recogiera *trastos*.

De esta suerte terminó un negocio que en un principio fue para mí fuente inagotable de gratas esperanzas. ¡Qué lástima!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Después de lo referido, que se llevó parte no escasa de la herencia de mi tío, entré en otros negocios en pequeño, como compra y venta de caballos, en los cuales siempre me fue mal, porque me metieron unos engaños, que "hasta ahí me acuerdo" Potros de cuatro años, que no habian mudado *postreros*, me resultaban hasta de doce abriles; caballos *caminadores* de raza pura, nietos ó biznietos del "mocho" de D. José Julián, se volvían, sin duda por arte de encantamiento, más trotones que los de D. Juan; y si por casualidad lograba hacer alguna buena compra, sucedía que las utilidades se iban en pagarle á Samuel Echavarría su trabajo para que le *asentara* el paso al animal ó le compusiera la boca.

Fastidiado con esas minuciosidades que se resolvían en pura pérdida y en ningún lucro, dirigí mis miradas á otra parte y eché por la industria por excelencia, tan poéticamente cantada por Virgilio y sus congéneres: por la agricultura. Pero como careciera de tierras en donde realizar mis proyectos y el dinero que poseía no era bastante para adquirirlas y para elaborarlas, le puse los puntos á los baldíos de Yolombó, y me dije: "aquí está tu fortuna, atrápala, hombre", y así lo hice.

Esta nueva tentativa me salió quizá peor que las anteriores, porque invertí cerca de mil pesos en unas *aberturas* que nunca conociera—me valí de un recomendado para hacerlas—y que al fin tuve que abandonar por falta de recursos. No entraré en pormenores sobre este negocio, porque me haría interminable y me falta materia importante para tratar, y me contento, por lo pronto, con hacer saber al lector que hasta aquí me haya seguido, que á la

finca en cuestión la bauticé con el sugestivo nombre de la "Insula Barataria".

Daré término á los negocios serios para concluír rerfiiendo al cariñoso lector un último lance de ninguna importancia por su valor, pero que, sin embargo, no deja de tenerla, porque sirve para hacer patente que yo soy y he sido un hombre de mucho pundonor.

Era un viernes, lo recuerdo muy bien, mas el mes y el año se han ido de mi memoria. Salí de mi oficina en vía para casa, como á horas de buscar almuerzo, llevando en uno de los bolsillos de mi chaleco cinco pesos, que había conseguido para darle á mi mujer lo necesario para el mercado de ese día; y como al pasar por la botica de los Sres. "Isaza y Escobar" observara un grupo de gentes que curioseaban algo que yo no alcanzaba á ver, antojóseme ser uno de tantos curiosos y me arrimé á ellos. Y ¿qué es lo que veo? Un parcito de hermosos chivos, macho y hembra, ésta en cinta, según las señales, y aquél con unas barbas tamañas de largas y unos cuernos que daban miedo; y ambos de color negro azabache, con manchas blancas y de pelo corto, fino y lustroso.

Verlos y preguntar si los vendían y por cuánto, todo fue uno. El hombre que los exhibía me contestó al instante que para la venta estaban, y que su precio era el de diez y seis pesos de ley. No sé lo que por mi pasó, ni si en realidad yo tuve intención de comprar los animalitos, ó si fue que quise darle una broma al vendedor; pero sea de ello lo que fuere, es lo cierto que yo le ofrecí por su *mercancía* cinco pesos, los mismitos que llevaba en el

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

bolsillo, bien persuadido, por su puesto, de que no había ni bamba que me aceptara la propuesta.

Y cuál no sería mi asombro y mi sorpresa cuando oí salir de los labios del susodicho vendedor, pronunciadas en un tono seco y serio, las siguientes palabras:

—Son suyos, señor.

Confieso que al oírlas me quedé turbado y lleno de susto; pero como pronto comprendí que me había dejado engañar muy tontamente y que la cosa no tenía otro remedio que el de tomarla á lo serio, *desembolsiqué* mis realitos y se los entregué con humildad y mansedumbre al dueño de los chivos, suplicándole, al propio tiempo, que me llevara éstos á casa. Convino en ello y partímos, yo adelante para indicarle el camino y él detrás arriando el ganado. Cuando esto sucedió, casi se me cae la cara de vergüenza al escuchar que uno de los del grupo gritó con voz de falsete:

—¡El de los chivos! ¡se los dejó meter! ¡qué majadero!

Apuré el paso para evitar las burlas, y á poco mi hombre con las bestias y yo llegámos á mi casa, donde entré dando voces de contento y diciéndole á mi mujer y á los chicos que ahí les traía ese hermoso regalo, indicándoles el par de chivos. Mala cara hizo mi mujer y un gesto que quería decir:

—Quita de ahí con tus majaderías.

Pero yo no me di por vencido y me propuse, por el contrario, el persuadirla de que había hecho un magnífico negocio con tal adquisición. Le observé, al efecto, que la chivita sería pronto madre y que generosa compartiría el blanco jugo de su seno entre su pequeño y el nuéstro, que tanto necesitaba de estas ayudas, y que el macho nos lo comeríamos por Pascua de Resurrección ó lo venderíamos con utilidad. Pero ni por esas, ni por otras razones que callo, pude convencerla y siguió sosteniendo que yo era un solemne majadero y que seguiría siéndolo hasta que me llamara Dios á su lado, pues lo que era remedio, yo no tenía ninguno. Logré al fin calmarla un tanto, pero esa calma duró, por desgracia mía, muy poco, porque al pedirme la *plata* para el mercado, tuve que confesarle, muy á mi pesar, que había dispuesto de lo que traía para pagar los chivos. Tanto se sulfuró Cándida, y tan de vuelta y media me puso, que no tuve otro camino que el voltear allí mismo cola, y salí sin almorzar y corriendo en busca de nuevos recursos.

Sólo se restableció el orden en mi hogar cuando volví trayendo igual cantidad de dinero que la invertida en el negocio chivos, la cual obtuve que me adelantara el Cajero de la Administración del Tesoro, que era mi amigo y me tenía muchas consideraciones.

Las cosas con todo no pararon allí, pues el asunto tuvo sus consecuencias y su desenlace, según va á verse.

Como la casita en que habitaba en ese entonces tenía un pequeño solar sembrado de árboles frutales, consistentes en algunos cafetos, un mango, un naranjo *dulce* y otro *agrio*, y un limonero, di orden para que allí encerraran los chivitos y que les echaran ramitas á fin de que se entretuvieran mientras yo volvía á comer, para resolver en firme la manera como se debía atender á su alimentación y sustento.

Volví, en efecto, á eso de las cuatro de la tarde, y qué fuelo que hallé, ¡señores de mi vida!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Los malditos animales se habían salido de la corraleja por un descuido de la cocinera y habían hecho las de Dios es Cristo. El macho cabrío se comió á despecho de todos—y sin que lo pudieran evitar por más palo y escobazos que le dieran—medio jardín y rompió no sé cuantos tiestos de las mejores matas, inclusive el de una *begonia* que mi mujer cuidaba con esmero. A mi hija Aurora, que entonces sólo tenía unos diez años, le metió un cabezaso muy duro y estuvo á punto de degollarla si Cándida no ocurre al momento y logra desprenderla de las astas de la enfurecida bestia. La chivita tampoco se estuvo quieta: echó por los lados de la cocina, derramó la hoya de la masamorra y despedazó con las pezuñas la *cayana* y dos cazuelas. En el solar habían hecho de las suyas; encaramándose, apoyados en el tronco de los árboles, se alzaban hasta el nacimiento de las grandes ramas, y allí mordiendo la corteza halaban y sacaban la tira hasta la raíz.

Impuesto de estos desastres, y muy apenado por el daño que en los árboles ajenos habían causado mis chivos, resolví atarlos con sendos lazos y amarrarlos al pilar de un corredor que hacía de caballeriza.

En la situación que los dejé, y habiendo hecho *trato* para que cada día, desde el siguiente en adelante, me trajeran un real de pasto, creí que todo quedaría arreglado y me quedé esperando el deseado alumbramiento de la hembrita. Pero espera y espera y aquello no parecía, y los animales comiéndome medio lado y molestando por cuatro. Hubo que comprarles cadena con collar porque con moverse tanto y dar tantas vueltas al rededor del pilar habían retorcido los lazos hasta romperlos. Al fin

la paciencia se me agotó, pues ni podía aguantar á los intrusos ni á la *cantaleta* de mi mujer que no descansaba, unas veces con indirectas muy crueles, otras con directas demasiado crudas, y resolví salir de cualquier modo de los susodichos animales.

Para ello contraté por cincuenta centavos al día á uno de esos individuos que en lo comercial se llaman corredores, para que llevando de la mano y apareados los dos chivos recorriera las calles y plazas de la ciudad ofreciéndolos en venta; así lo hizo, empezando por un viernes, como día más á propósito, y saliendo con su *artículo* desde muy de mañana. Como á eso de las diez y media, al regresar de mi oficina á mi casa, oí que mi mandatario tocaba en el contraportón de una casa y que gritaba "¿Compran chivos?" No me impuse de la contestación que le dieran, porque fue tánto el temor que me entró de que mi dicho mandatario me llamara á darme cuenta del estado de la negociación y de que el público se impusiera de que el *artículo* ofrecido era mío, que apuré el paso cuanto pude, y gracias á que no me vio, porque de seguro que no me le escapo.

Por allá, como á las seis p. m. se apareció el corredor á casa llevando consigo el *artículo* que no había tenido venta por ningún precio, y protestando de que no volvería al *tiro* aunque le pagaran mil pesos; tal había sido la *chacota* que le habían hecho al pobre y las burlas de que había sido víctima. Resuelto á cumplir mi resolución de desprenderme de mis chivos, busqué otro individuo, á quien comisioné, remunerándolo por supuesto, para que saliera por las calles con ellos, ofreciéndolos gratis, y para que en último caso, los largara á que cogieran esos mundos de Dios. Vuelve á la tarde el co-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

misionado á darme cuenta de sus actos, y ¿quién lo creyera? trae consigo los malditos chivos. Nadie se los quiso recibir por más que lo bregara, y tampoco pudo dejarlos en libertad, porque la Policía no se lo permitió.

Pensé que podría matarlos para el consumo de la familia, pero encontré con dos inconvenientes muy graves: 1.º Que la hembra estaba en cinta y que sería hasta pecado quitar la vida á un sér inocente que no era responsable de los daños causados por la que lo llevaba en su vientre; y 2º Que un amigo, á quien consulté el caso, me dijo que no se podía comer macho de cabrío, á quien no le faltara alguna parte de su cuerpo, lo que no le sucedía precisamente al chivo en cuestión.

Confundido y sin saber qué camino tomar en una situación tan anómala como curiosa, héteme aquí que Dios me deparó, cuando menos lo esperaba, á un sujeto más majadero que yo, á quien le vendí los chivos por la mitad de lo que me costaron. Alzó inmediatamente con ellos y yo me quedé dando gracias al Todopoderoso que en la mayor necesidad siempre nos asiste, y pensando en que este negocio de los chivos era el más malo que yo había hecho en mi vida. Confieso, sin embargo, que me equivoqué de medio á medio, pues fueron peores el de "La Desconocida" y el de la "Insula Barataria".

CAPITULO V

Mis malas.

AQUI en donde me ven, yo he sido un hombre muy de malas.

Nací enfermizo, endeble, feo, y por añadidura pobre, y si mi salud y mis fuerzas han mejorado un tanto, no así mi fortuna ni mi figura: me hallo constantemente sin blanca, y cuando me veo en un espejo, lo que hago rara vez, me encuentro siempre feo.....Ya se comprenderá cuántos son los esfuerzos que habré tenido que hacer, en la lucha por la vida, para llegar á los cincuenta sin morirme, para conseguir mujer y para ser padre legítimo de una numerosa prole.

Cuando juego, necesariamente pierdo; cuando emprendo en minas *buenas*, éstas no dan oro ni plata, sino *mica*; y si monto á caballo en bestias *mansas*, pronto me conocen, y por "un daca las pajas", me ponen en el suelo. Si voy á la iglesia y coloco mi sombrero en algún escaño, ó me lo roban, ó me lo cambian por uno que destila manteca pura, ó se sientan en él y me lo despachurran. En el Teatro me han sucedido todos estos percances: una noche me vomitó un muchacho; otra se reventó una lámpara y derramó su contenido sobre mis pobres trapos; y por último, en otra me incendié; es decir, que por meterme entre bastidores me arrimé á una alcayata y quemé mi levita nueva, la que quedó con un roto en el hombro tan grande así.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

En la calle me han sucedido cosas que ni para contadas: en una ocasión pasé por donde unos chicuelos tiraban piedras y me acertaron una en la misma *chonta*; un alero vino á tierra y una de sus tejas me hirió gravemente; me di un tope con una olla *aguamasera*, quedé como pollo emparamado y la negra portadora me remató con un furibundo pescozón; he tenido necesidad de prestarle mi paraguas á las señoras que no lo llevan y una se quedó con él por.... falta de memoria; asistí sin querer á una riña de la cual resultaron heridos, fui llamado á declarar como testigo más de cinco veces en el sumario, me hicieron asistir al Jurado en donde se me preguntó á diestra y siniestra; y últimamente, según supe, hasta investigación se levantó para averiguar si me había perjurado.

He sido candidato derrotado para vocal del Cabildo y páre Ud. de contar, pues para mayores no se han acordado de mí. He contraído deudas y por falta de recibo para excepcionar de pago y por olvido de mi acreedor (¿?) cubrí dos veces mi crédito.

Una solterona que no había logrado saborear las dulzuras de Himeneo por.....inconvenientes de familia, encontróme el otro día muy á propósito para explicar su caso y declaró muy en forma, á unas de sus amigas, que no se había casado porque no había querido y que si no que ahí estaba yo que lo dijera, pues que tánto lo había bregado.

Agréguese á todo lo expuesto que me ha dado la tos ferina y el sarampión, que sufro de dispepsia, que he leído la Casandra y el Moro expósito, que soy casado por la Iglesia, que vivo en casa alquilada, que soy empleado público, que todos

mis parientes que son muchos están más pobres que yo, que tengo callos y..... suegra.

En una palabra: á mí no hay cosa que no me haya sucedido. Sin vanidad puedo afirmar que soy el dedo *tropezado* de más de media humanidad.

Un *franchute* trajo á esta ciudad por los años de 1857 á 1858 un *opterama* con muy bonitas *vistas*, y como aditamento á su negocio puso en exhibición una vía férrea, en miniatura, con su correspondiente material rodante, locomotora, carros y pasajeros; diremos que aquello era un ferrocarril *pichón*.

Una noche me llevó mi padre al espectáculo, y tan luego como los espectadores nos colocámos al rededor de un círculo de rieles, la maquinita, calentada con trementina, empezó á moverse rápidamente con todo su trén, lo que hacía con tanta gracia y donosura que todos nos extasiámos llenos de contento y de alegría contemplando aquella maravilla; más de pronto, hé aquí que el rodaje tropieza en no sé que obstáculo, y máquina y carros y pasajeros ruedan por el suelo, produciéndose una inmensa llamarada. ¿A quién afectó aquel siniestro? ¿Quién fue la víctima de ese descarrilamiento? Pues quién había de ser, sino el pobrecito de mí, á quien la llama voraz no dejó ni ceja ni pestaña, y eso que di gracias; nadie más sufrió daño ni lesión alguna.

De suerte, pues, que yo puedo concluir que soy de aquellos que si salen á la calle los pisa un carro.

Con todo, los referidos percances y otros más que callo por razones que no debo ni quiero dar, los he sufrido yo con una abnegación y una paciencia admirables, y sin enojarme, y sin aburrirme y sin exhalar siquiera una queja. De esta manera, si

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

allí parara todo, yo pudiera ser considerado con justicia como un nuevo Job, aunque de otro género.

Por desgracia no merezco este elogio ó tal comparación, por cuanto, debo confesarlo, tengo una debilidad. Hay una cosa que me irrita y con la cual no he logrado resignarme jamás y es, *que me traten con confianza.*

¿Será esto un capricho, una puerilidad ó excesivo orgullo? Puede serlo y algo más; pero sea como fuere y sin que desmienta á nadie, á mí me ha ido muy mal con la tal *confianza*, como puede persuadirse quienquiera que me haga la gracia de leer hasta el fin las presentes líneas.

Como mis emolumentos son escasos y más escasos aún los sobrantes para cubrir desnudeces de mujer y nueve hijos, me sucede con frecuencia salir á la calle con vestiditos un poco gastados por el uso y no muy limpios; pues bien, á la vuelta de la primera esquina me encuentro con un íntimo amigo y todavía no ha acabado de saludarme y de darme el consabido apretón de manos, cuando ya el tal me enrostra la falta de pulcritud en mi *toilette*, y por bien servido me doy si no agrega que soy un *cochino* y un *puerco*. Todo esto lo dice riéndose y en *confianza*, por supuesto.

En días pasados me hallaba cesante y solicité de un alto funcionario muy amigo mío que me supliera con un destinito que estaba vacante en su oficina. Me hizo promesas, me dio muchas esperanzas, y cuando volví á hacerlas efectivas, lleno de profunda pena me dijo mi dicho amigo que había tenido que nombrar á otro á quien no le tenía tánta *confianza*, como á mí, para decirle que nó. Sobre este particular yo no sé lo que les pasa á los demás;

pero en cuanto á mí, puedo asegurar que las probabilidades de conseguir algo con un tercero están siempre en razón inversa de la distancia: mientras más cerca estoy del sujeto, y mientras más *confianza* me tiene, más las dichas probabilidades disminuyen—y al contrario.

De pequeño solía acompañar á mi madre á las visitas de *confianza*; ¡y qué era aquello! Rara vez me daban *algo* y cuando lo hacían no pasaba la cosa de un pedazo de panela, ó de un plátano á medio madurar; los dulcesitos de *cajón* y las cosas buenas se dejaban para las visitas de *etiqueta*. Cuando sucedía que nos quedábamos á comer en una casa de la misma clase, es decir, de *confianza*, á mí me servían en *cualquier parte*, me dejaban para lo último, y nunca me daban un pedacito de postre ó de lo bueno que sirvieran.

En los bailes, en las tertulias de familia y en otras diversiones de esta clase tuve muchas ocasiodes de saborear las *dulzuras* de la *confianza*.

Como yo citara para bailar á una linda muchacha de mis íntimas amigas, de seguro que prefería á otro competidor, por ser yo de *confianza*. En los juegos de prendas si se ponía como pena la "dura alternativa" y yo figuraba en ella, lo que sucedía las más de las veces, era yo siempre el quemado, el echado á ahogar, ó el regalado, si mucho; jamás el preferido, sino otro que no fuera de tánta *confianza*. Se necesitaba decir que alguien era feo, tonto ó simple ¿quién debía de serlo? pues Ramoncito que no se enoja ni se molesta. Que á una de las niñas le da un ataque nervioso, que corra Ramoncito por el médico, ó á la botica, por la mostaza para el sinapismo, ó por el éter sulfúrico; que se revienta la cuer-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

da de la guitarra y que no hay en la casa reemplazo; ¿quién ha de ir á conseguirlo? pues Ramoncito que es de *confianza*. A una cuarentona rezagada se le ocurre que la lleven á su casa y nadie se ofrece á este sacrificio, pues que vaya Ramoncito—y Ramoncito va.

Por último, y para no cansar con tánta letanía, mi mujer guarda la locita buena, los pastelitos, las tortas, la sopa borracha y el chocolate sin harina para la gente de la calle y para mí, la loza de Caldas, carne *pisoteada*, olla, frisoles, masamorra y chocolate con harina. ¿Cómo va á ser de otra manera si soy de tánta *confianza*?

Sucede á veces que se adquieren nuevas relaciones y se pasa uno ratos muy agradables mientras subsisten las consideraciones que son consecuencia necesaria de la etiqueta; pero como uno de los carácteres de la dicha es el ser corta, sobreviene pronto la susodicha *confianza*, y ahí es Troya. Vienen las chanzas pesadas, ó sea las verdades amargas dichas en són de gorja para que la víctima reciba la herida y no pueda enojarse; luégo las desatenciones y últimamente, otras cosas iguales ó semejantes á las que paso á narrar por vía de entretenimiento y como prueba de mis aserciones.

Por allá en el año de 1860 se le antojó á una parienta muy cercana de mi padre, que vivía con su consorte y familia en una de nuestras *montañas*, venir á conocer esta ciudad, y así lo hizo; y como quiera que deseara evitar los inconvenientes de los hoteles y fondas, resolvió buscar hospedaje en mi casa, en donde se le recibió, la verdad sea dicha, con mucho gusto, habiéndose echado todo el resto para festejarla. Permaneció de asiento quince días;

y al despedirse, y después de hacerse lenguas por lo bien que la habían tratado y de dar las gracias por las consideraciones que le dispensaron, suplicó encarecidamente que le dieran á Ramoncito, es decir á mí, para llevarlo á su *montaña*.

Mis padres rehusaron al principio, alegando como razón que no se podía enviarme porque interrumpía mis estudios: no obstante y debido á las instancias de mi prima y á mis ruegos, se entró en transacciones, conviniéndose en que el paseo lo haría en el próximo Diciembre, al empezar mis vacaciones escolares.

No importunaré al lector con darle cuenta y razón de todos mis pensamientos y de todas mis alegrías en la expectativa de aquel deseado viaje; pero sí dejaré á su consideración qué ideas pasarían por la mente de un muchacho de quince años que nunca había comido huevo entero, que no había probado queso, que no había tomado otra leche que gotas de ese brevaje acuoso que aquí se vende con ese nombre, que no conocía *monte* sino de lejos y soga, ni pintada.

Le diré sí, pero así de ligero, que el deseado día llegó; que el marido de mi prima cumplió su palabra con fidelidad, viniendo á llevarme y trayéndome para ello una famosa yegua *caminadora*; que emprendimos marcha á las seis de una bellísima mañana; y en fin, que á las dos de la tarde del mismo día me hallaba yo entre los brazos de mi prima, quien casi me come á cariños. Agregaré que el primo me atendió muy bien en el camino, que contestó con amabilidad y paciencia á todas las preguntas que le hice, que pasarían de mil, y que no hubo capricho mío que no se empeñara en satisfacer.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

El día de mi llegada todo fueron fiestas y alegrías en la casa de mis primos: mataron gallina, se doblaron los bastimentos y se hicieron, como después se verá, tres *dulces* diferentes.

El matrimonio había *ajustado*, como se dice por acá, diez hijos por toda cuenta, siendo los dos mayores, dos robustas y rozagantes mozas de diez y ocho á veinte años; los dos segundos, unos mozuelos de mi tamaño; y el resto, gente menuda. Todos los chicos se alegraron mucho con mi llegada, pero sobre todo las muchachas no sabían en donde ponerme; ya me llevaban al jardín y me regalaban *pensamientos*, claveles y cuanto había; ya me mostraban la huerta; ya me abrumaban á preguntas sobre la *Villa*, como llamaban ellas á Medellín, teniendo que contestárselas todas. Tuve que describirles la quinta de D. Juan Uribe, la *Quebrada arriba* y el *Puente de arco* (el de la Calle de Bolívar), únicas *maravillas* que por entonces contábamos.

Llegada la hora de comer me sentaron en la cabecera de la mesa, ó sea en el puesto de honor, y me sirvieron á *tutiplén*. Posta, la susodicha gallina en grasoso y suculento caldo, frisoles con pezuña de marrano, postreras de leche y una espesa masamorra tan suave y tan blanda que ella se iba sola. Como postres, *bolas de leche*, *conservas de coco* y *vitoria sancochada*, á escoger; y como final, café que en verdad sea dicho, no tomé, porque no me gustaba por amargo.

Por la noche hubo animada conversación en la cual yo figuraba como centro de la familia. Padres, hijos y criados, todos estaban pendientes de mis labios, y no había palabra que saliera de ellos que no fuera celebrada como un saleroso chiste. Llegada la hora de acostarnos se me preparó la mejor cama de la casa, con tendiditos tan blancos y mantas tan provocativas, que les aseguro que cuando me acosté y arrebujé en mi lecho me creí un verdadero príncipe.

El segundo día las mismas idénticas atenciones: los muchachos y el padre me llevaron á recorrer la finca á caballo, en uno muy famoso, y me dieron soga para que aprendiera á echar el lazo.

El tercero, siempre bien; pero ya los muchachos con el consentimiento de la madre me llevaron á encerrar los terneros, lo que me divirtió mucho, aunque tuve que andar á pie unas veinte cuadras.

El cuarto, pude observar que todavía se me trataba con mucho cariño, pero que la alimentación había desmejorado en calidad. Esa noche, y con el pretexto de que los muchachos no se amañaban sin mí, me expatriaron de la famosa camita y me enviaron á dormir al zarzo en donde pasé un frío de todos los diablos, por falta de buena cobija.

El quinto, ya la prima me habló de la *confianza* que me tenía y me insinuó la idea de que acompañara á los muchachos á traer las vacas para ordeñarlas, á fin de que no me aburriera. ¿Cómo decir que nó? Me levanté como á las seis de la mañana—los días anteriores me dejaban dormir hasta las ocho—y descalzo y con un frío de cortar, me hicieron andar los tales muchachos no sé que tántas cuadras, pues no hubo cañada que no escudriñáramos ni cerro que no escaláramos. Como á las nueve volví á la casa más muerto que vivo, de puro cansado.

Al sexto día me dijo la prima que por la mucha *confianza* que me tenía y por ser de la familia, me observaba que yo debía hacer algo para ganar la comi-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

da, que cómo me estaba de *sinvergüenza* en la casa, no más que charlando, cuando todos trabajaban, y que así era que debía ir con los muchachos por un *viaje de leña*. Como todo eso era tan razonable, convine en ello y me fui á traer la leña. Me echaron á cuestas un madero tan grande y tan pesado que yo estoy por creer que no lo era más la Santa Cruz; pero así y todo y sudando la gota, lo traje y luégo me lo hicieron *rajar*, pues de otra manera diz que no era gracia.

Bueno será advertir, para mejor entendimiento de la narración y antes de pasar adelante, que en todos los días de que vengo hablando el cariño de mi prima y el de todos los suyos, inclusive el de las consabidas muchachas, y las atenciones y los cuidados para con mi persona fueron disminuyendo paulatinamente y á medida que la *confianza* aumentaba. Con las dichas mozuelas ya había tenido mis encuentros de palabra, bastante serios, como que una de ellas se tomó la libertad de decirme *perecido* y muerto de hambre, y si la otra no llegó á tanto, por ser mejor educada, sí me llamó feo y simple. Por lo demás, continué teniendo por lecho el zarzo, y la alimentación fue disminuyendo, tanto en cantidad como en calidad, en proporciones amenazadoras.

El séptimo día fue repetición de los anteriores: mala alimentación, bastante indiferencia con el huésped, y mucho trabajo, como que lo hicieron levantar á las cinco de la mañana á traer las vacas, y luégo lo llevaron á traer leña en dos ocasiones. Hubo en este día un incidente bastante grave que no debo dejar pasar inadvertido porque él empezó á abrirme los ojos sobre los inconvenientes de que lo traten á uno con *confianza*. Cuando fui por las vacas

uno de los muchachos disgustó conmigo con motivo de que yo sostenía que una bestia caballar, que de lejos veíamos, era hembra ó yegua, y él, que era macho, ó sea caballo. Como consecuencia nos fuímos pronto á las manos y en el combate, que fue serio, salí yo vencido: me reventó las narices y me puso un ojo tan grande como un aguacate. Al volver á la casa, el marido de mi prima se impuso de lo acontecido, y haciendo justicia con una sabiduría digna sólo de Salomón nos *emparejó* á ambos reñidores con una soga.

Protesté contra tan inaudito y desusado proceder y todo fue en vano, pues mi prima ocurrió en el acto á vindicar á su marido, alegando que todo eso era producto natural de la mucha é inagotable *confianza* que en la casa se me tenía, y que así yo debía de ver que se me trataba como á un hijo.

Por la noche del mismo día de la azotaina me mandaron con los dos muchachos más grandes á dormir en un rancho desmantelado que servía de troje, y esto con el objeto de cuidar el poco maíz que ella contenía. Allí permanecimos hasta las seis de la mañana siguiente, emparamados, pues no nos dieron abrigo y en el rancho aquél se colaba un viento frío como por su casa. ¡A todo esto á obscuras y sin merendar!

Al amanecer del otro día y cuando nos preparábamos á volver á la casa, se apareció el marido de mi prima á invitarme á que lo acompañara á poner una *cerradura* en la casa de una montaña que distaba cerca de una legua. De buena gana habría rehusado, pero no me atreví y tampoco me hubiera servido de nada la excusa. Acepté, pues, el convite, y de allí mismo nos marchámos los dos solos, pues á los

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

muchachos no los llevó porque debían ir á ocuparse en las faenas de la hacienda; y habiendo llegado como á eso de las siete, empezámos el trabajo; pero ¡qué trabajo! El primo, que era carpintero, arreglaba en sus puestos las puertas y ventanas que ya estaban listas para ser colocadas, y yo le ayudaba en todo lo de fuerza, como un verdadero peón.

Cuando llegó la hora de almorzar—y téngase en cuenta que yo estaba en ayunas—tuvo el *indino* cara de sacar de una *jíquera* que había llevado, una botella con leche y unas dos onzas de carne cocida, y hubo de comerse ésta y de beberse aquélla sin acordarse el *desnaturalizado* del pobre muchacho que le ayudaba gratis y que agonizaba de hambre en su presencia. Pero miento, que sí se acordó de mí cuando concluyó su frugal almuerzo para decirme que si deseaba comer algo fuera á su casa, porque á él se le había olvidado traerme qué comer, agregando sí que debía regresar. Yo que era incapaz de ir á la casa de mi primo, porque no daría con el camino, pues no era una huella visible, resolví aguantar; y así fue que no vine á atravesar un bocado hasta las seis de la tarde cuando regresámos juntos.

El confianzudo marido de mi prima tuvo á bien permitirme que descansara el noveno día dejándome en pacífica quietud; y gracias á Dios, porque ya me sentía morir; pero al décimo, inventó para su huésped un oficio que no se va á creer aunque lo cuente quien lo puede asegurar con juramento, si fuere necesario. Es el caso que en el tal día, que era viernes si mal no recuerdo, debía el primo dicho mandar al *pueblo* un marrano gordo que iba á *beneficiar* un recomendado suyo para venderlo en detal

en la feria del domingo; y como pensara, y con razón, que encargándome á mí de la comisión ahorraría cuatro reales (cuarenta centavos) no vaciló un momento en ello; y atando el *animalote* de las dos patas, con los dos extremos de un grueso lazo, me lo entregó; y, *hoche* que *hoche*, me empuntó para el *pueblo*, acompañándome hasta la salida al camino real. Olvidaba decir que la prima me ató al cuello una *jíquera* que contenía medio queso (quesito), una arepa de todo el maíz, y media libra de panela, *bastimento* que debía servirme para toda la jornada, pues según el itinerario que me trazaron yo debía regresar á la oración del mismo día de mi salida.

Emprendí, pues, marcha con mi *fiera*—que así podía llamarse á aquel *espécimen* de la raza cerduna—la cual, por su gran tamaño, por su aspereza de genio y mal carácter, más debía contarse entre la clase de los animales bravíos que en la de los domésticos. ¡Como que el maligno animal había sido criado á toda leche, á fin de que á su dueño le produjera su venta sesenta patacones!

Desde los primeros pasos que di, después de abandonar la compañía del primo, comprendí que la empresa en que me hallaba empeñado contra mi voluntad, la que no se había consultado, era más difícil y penosa de lo que yo me imaginaba.

El animal *bravío*, que así lo denominaré de aquí en adelante, las tenía todas consigo y ningún caso hacía de su conductor; y de tal manera expresaba su superioridad sobre mí, que bien podía pensarse que yo era el conducido y no él. Efectivamente, tomó la resolución irrevocable de no caminar por el centro de la vía sino por las orillas, y cuando quise

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

protestar contra este proceder, que me obligaba á marchar por entre espinas y malezas, é intenté oponerme por las vías de hecho á sus antojos, la insolente fiera dio un gruñido tan espantoso y mostró con tánta ira sus enormes colmillos, que aterrado retrocedí y humildemente me sometí á seguir sus huellas. Mientras el camino que transitábamos iba por tierra firme la cosa no pasó á mayores, pues yo lograba descartarme de los pasos malos largando el lazo y desprendiéndome por momentos de mi *conductor*; pero llegámos á poco á las playas del río Medellín, cuyo curso debíamos seguir por espacio de más de una legua, y allí fue lo lindo. Había que vadear el río en ciertos lugares que daban paso á pie, y para ello necesitábamos continuar las huellas dejadas en el terreno por el piso de las gentes y de los animales; pero tan racional manera de viajar no le acomodó á mi *bravío* y resolvió persistir en su anterior sistema; es decir, en el de arrimarse constantemente á las orillas, con lo cual sucedía que hacía el vado del río precisamente en los puntos en que éste se recostaba á los barrancos y formaba, como con regularidad sucede, profundos charcos. Allí yá no me atreví á largarme de mi *bravío*, por temor de que emprendiera fuga, y me vi precisado á seguirlo paso á paso; y de esta suerte, cuando él se lanzaba en los hondos charcos, los cuales atravesaba con suma facilidad, el pobre de mí lo seguía nadando de *perrito*; pero lo más grave en tal conflicto fue que al hacer el primer vado, no me dio tiempo á desnudarme, y así como iba me tiró al agua, quedando empapada mi ropa y perdido el sombrero que dejé caer y no pude atrapar, por más que lo bregué. El bastimento de marras quedó hecho una masa confusa con la

humedad y el movimiento y en estado de no servir para su objeto.

Aterido de frío y sin más accidentes que uno que otro amenazante gruñido del animal, di con éste á fuerza de paciencia en el lugar de su destino, entregándolo al recomendado de mi primo con una honradez tan escrupulosa que yo me atrevo á recomendar como modelo á mis lectores.

Pero en cuanto á volver á la casa de mis victimarios á "otro perro con ese hueso". Allí mismo, así chorreando agua y provisto de un sombrero viejo de cañabrava que logré comprar por *real y medio*, tomé la vía de mi casa, adonde llegué, casi muerto de cansancio y de hambre, como á eso de las ocho de la noche. Mi madre, sobresaltada con mi inesperado regreso, y viéndome en tal añaje, se arrojó á mi cuello y me preguntó ansiosa: "¿Qué significa esto hijo mío? ¿Te ha sucedido algo?" "No es nada grave, madre mía, le contesté: es únicamente que *á mí no me gusta que me traten con confianza*". Ella la pobre, con su instinto natural, todo lo comprendió al momento y se echó á llorar. En cuanto á mí.... me sucedió lo que al burro de que nos habla Dumas: y desde entonces quedé con el resabio.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO VI

Las bodas de mi sobrino.

EN la época en que acaecieron estos sucesos íntimos de mi vida que hoy voy á narrar, los cuales por su peculiar naturaleza bien pudieran servir de argumento á un melodrama ó comedia de salón, estilo Victoriano Sardou, habitaba yo con mi familia una casita de la Calle de Ayacucho, de esta ciudad, por la que pagaba por arrendamiento, y por no ser mía, la módica cantidad de cuarenta pesos, papel.

La dicha casita tenía un exterior bastante decente, como por aquí decimos; y en su interior, en la parte expuesta á los visitantes, su aspecto era agradable y revelaba en sus habitadores un gusto regularmente refinado y no escasas comodidades. La sala, ó salón de recibo, en la que en verdad no se recibía sino por muerte de un Obispo, era una pieza amueblada con relativo lujo y á la moda de estas tierras; los muros estaban cubiertos con un papel serio, de buen tono y de un precio elevado, según su buena calidad ; y el piso, con tapiz pintado de graciosos dibujos, de veinte reales el metro cuadrado. Entre los muebles registraré dos mesas consolas de madera de caoba, en las cuales lucían sendos espejos de medio cuerpo y algunos juguetes de cristal y de porcelana ; dos sofás esterillados; dos sillas mecedoras, y una docena de taburetes, esterillados también. Adornaban los empapelados muros cuatro

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

hermosos cuadros, bastante grandes, con vidrios y marcos dorados muy lujosos, y el todo una araña de estilo un tanto viejo, pero que no desdecía por ello del conjunto.

La pieza contigua, designada como siempre, aunque sin razón, con el nombre de antesala, exhibía en su centro una cama de cedro con embutidos de rosa y dibujos incrustados en blanco, tirando á amarillo, con la cual hacían juego, colocados á sus lados, un gran escaparate y una mesa de baño de la misma madera y de igual ó semejante construcción. Aquélla lucía tendidos bordados al pasado y en partes al relieve, como sucedía con las marcas que indicaban en iniciales el nombre de mi mujer; todo de exquisito gusto. Cubrían los muros, también empapelados, algunos cromos y acuarelas (imitación), los que por serlo no dejaban de agradar la vista, sobre todo aquí en donde no sabemos de pintura más allá de Palomino y de Carrasquilla.

El costurero no estaba á la altura de las dos piezas que acabamos de describir, pero no carecía de lo que es costumbre mantener en esa pieza en que nunca se cose, bien que todo más sencillo: mesitas de comino, casi crespo; dos sillones (butacas) forrados en vaqueta y bien pintados; media docena de taburetes de igual construcción; tarima con acolchonado y ropaje de vistosa zaraza de fondo amarillo subido, con grandes flores colorado-sangre y hojas verde–higuera; esterillado antioqueño *acondicionado* con *reata* ó cinta envigadeña de cabuya; bomba colgante en el centro; lámpara de petróleo; reloj de campana y *chucherías* en las mesas; y por último, cuadros de paisajes ó de escenas de alguna novela,

aquí cómo pasó esto; pero antes conviene advertir que los sucesos que en seguida voy á relatar, y que forman, pudiera decirse, el tercer acto del drama casero, cuyo argumento estoy exponiendo á la vista de los aficionados, pasaban en el costurero arriba descrito, como á eso de las doce m., tres días después de lo ocurrido en el comedor; y que los personajes que figuraban en escena eran mi mujer y el que esto escribe, nuestros nueve hijos, inclusive la *seca–leche*, la cocinera, la *dentrodera* y dos señoras de la vecindad, cada una con una de sus hijas, las cuales fueron convidadas para que tomaran parte en las discusiones del consejo de familia que iba á reunirse para hacer el escogimiento de los objetos que íbamos á comprar.

Se abre la sesión, y era de verse sobre las mesas, tarimas y taburetes, en el suelo, y entre las manos de todo aquel gentío, cómo aparecían los innumerables objetos que una *mandadera*, buscada al efecto, había recogido en tiendas y almacenes para traer á la casa para que la familia escogiera. Telas de lana y algodón y hasta de seda, encajes de muchas clases y de variados dibujos, botines para mujer, corbatas para hombres, guantes para ambos sexos, camisas, cuellos, cristalería y porcelana de Bohemia á pedir de boca, frascos de perfumes finos y ordinarios, y en fin, un rigor de *chucherías* de mucho gusto.

Aquello semejaba un verdadero campo de Agramante en donde todo el mundo hablaba y gritaba y se movía y nadie escuchaba; y así, aunque intenté hacer guardar algún orden alzando para ello la voz, peor, mucho peor se puso la cosa. El uno ó la otra tomaba algunos de los objetos de la exposición en sus manos, y no contento con admirarlos por su pro-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

pia cuenta, trataba de que los otros los admiraran á su vez y se los metían entre los ojos, quiera que no quiera; los muchachos gritaban; Conrado *refunfuñaba;* mi mujer y los niños chillaban; la chiquita lloraba que daba gusto porque no le daban una licorera de *atambor* para jugar con ella; y por último, á la cocinera y á la *dentrodera* les pareció del caso meter su *cucharada*, y eran éllas las que más contribuían á aumentar la bulla y el desorden. Por fin se logró que reinara un poco de calma, y ya se pudo entrar en un arreglo práctico y conducente al objeto de la reunión.

Se escogieron, en efecto, las telas para los trajecitos de las señoras, y otros objetos propios para el ajuar de éstas, como sombreros, guantes &c.; luégo lo que Conrado y yo necesitábamos y que no debiéramos conseguir en los talleres de sastrería; y por último, los consabidos seis *porta-bouquets* para los ramilletes que debíamos llevar. Hasta aquí todo iba bien, aunque no se puede negar que se discutió y se vaciló mucho sobre cada cosa; pero cuando se trató de lo relacionado con los regalos, ahí fueron las de San Quintín. ¡Qué de pareceres tan encontrados! ¡Qué de gustos tan contrarios! Con sólo decir que hubo hasta pelea, pues Blanquita la mía y una de las señoritas de la vecindad se disgustaron muy seriamente porque aquélla sostenía que una estatuita de bronce representaba un león y ésta pretendía que era una pantera. Pero sobre todo, lo que más alborotó la discusión fue lo pertinente con la naturaleza de los regalos.

Yo pronuncié un largo y razonado discurso para probar que á novios pobres como á mi sobrino y su futura (y ésta lo era en verdad, porque aunque sus

padres figuraban como ricos, ella nada iba á recibir), se les debía obsequiar con cositas que les fueran verdaderamente útiles, á la vez que fueran bonitas; pero todo fue en vano: se declaró, según creo, por unanimidad de votos, que yo estaba muy *pasado* y que sería ridículo regalar objetos tan prosaicos. Concluímos, pues, por comprar algunas *baratijas* de elevado valor, de mucho oropel y tan inútiles que no se diga.

Hechos, pues, todos los preparativos de rigor y llegado el deseado día asistímos á la augusta ceremonia del matrimonio, la que se celebró á eso de las ocho á las nueve de la mañana; luégo al desayuno, que tuvo lugar en seguida; y más tarde al almuerzo, que empezó á la una p. m. y concluyó á las seis de la tarde.

La fiesta estuvo de *rayar*, y nosotros hicimos en ella un papel bien principal y muy importante, aunque debo confesar que no dejó de intranquilizarme un poco el haber oído por lo bajo críticas muy amargas sobre lo pobre del vestido de mi mujer y de el de mis hijas, y sobre lo charro y deslucido de nuestros ramilletes y regalos. Nada les dije á ellas, y si por su parte algo comprendieron, se dieron por no notificadas y volvieron á casa contentas y satisfechas que no cabían, como que habían alternado con gente grande y rica. Ocupámonos un rato en hacer comentarios, críticas y recuerdos sobre la fiesta, y á las nueve p. m. nos acostámos, todos los míos á dormir como angelitos, sin acordarse, que yo sepa, de que aquella pasajera diversión que tánto halagó nuestra pueril vanidad nos imponía el duro y nuevo gravamen de pagar diez y siete pesos cincuenta centavos al mes, y aumentaba nuestro pasivo con $ 340; y yo....á

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

pensar en que esto de luchar con la vanidad humana y con el espíritu de imitación es dura cosa.

Epílogo.

Pasaron los seis meses de plazo convenido con el maestro Arenas, y como á duras penas le pude pagar la mitad de los intereses, me exigió perentoriamente el cumplimiento íntegro de la obligación, ó sea el pago de capital é intereses, ó que le diera más garantías. ¿Cuáles le podría dar este pobre cuitado? No obstante, salí por lo pronto del apuro, porque mi citado acreedor, á fuerza de ruegos, súplicas y humillaciones, convino al fin por concederme otros seis meses de plazo.

Transcurrió este tiempo y ya no hubo escapatoria posible. Verdad es que vuelvo á la carga, y que le hago nuevas súplicas al maestro Arenas, pero en esta vez estérilmente. Resultó, pues, lo que era de esperarse, digo mejor, de temerse; y fue que mi acreedor se dejó de vueltas, y que usando de su derecho estableció ante el Juez competente la correspondiente acción ejecutiva para hacerse pago en forma legal con el valor de los objetos recibidos en prenda y con lo demás que pudiera coger. Se libró el mandamiento de pago; se me hizo notificación de él; se me exigió la relación de bienes que es de rigor; y como consecuencia, vino en seguida el correspondiente decreto de embargo.

A los tres días, era un sábado, á eso de la una de la tarde tocan á la puerta de mi casa tres caballeros decentemente vestidos; y como saliera mi mujer á recibirlos, le preguntaron muy corteses por el señor de la casa; contestóles ella que estaba ausente, lo que era verdad, y entonces uno de ellos,

el que parecía que hacía cabeza, le dirige nuevamente la palabra con mucha amabilidad y en tono compasivo le dice:

—Mi señora: con profunda pena vengo á cumplir, en mi carácter de Juez, con el ineludible é ingrato deber de hacer sacar de esta casa de Ud. los muebles de la sala para entregárselos á este caballero—y señaló á uno de sus compañeros,—quien ha sido nombrado depositario de esos bienes en la ejecución que el Sr. Casimiro Arenas ha establecido en mi Juzgado contra el Sr. Ramón Pérez, el esposo de Ud. Conque, mi señora, con su permiso; y sin esperar más razón, el Sr. Juez 1º del Distrito, pues era él en persona quien hablaba, fue entrándose, primero al corredor y después á la sala, que encontró abierta y á la mano, lo que hizo con sus dos compañeros, el susodicho depositario y el Secretario del Juzgado, y con ocho peones *altozaneros* que trajo para sacar los mueblecitos empeñados y para llevárselos al lugar del depósito. Así lo hicieron, en efecto, á ciencia y paciencia de Cándida Rosa, que veía lo que estaba pasando y nada comprendía; y aunque sí presintió que sobre nosotros se venía una gran desgracia, no tuvo valor para oponerse á nada, y se contentó la pobre con echarse á llorar y á lamentarse, que es el triste recurso que nos queda cuando el mal no tiene curación.

A todas estas se aparecen Aurora, Blanca y María Estela, que estaban haciendo visitas de cumplido para aprovechar unos trajecitos nuevos, y luégo Conrado, que había salido á la calle á hacerse cortar el pelo y á que lo afeitaran, y se imponen de lo sucedido al ver la desolación de su madre y lo desierto del salón; y aquí es Troya! ¡Qué gritos!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

¡qué lloriqueos! ¡qué lamentaciones tan patéticas! ¡qué furia la de mi primogénito y qué sentir el no haber estado presente para escarmentar á los miserables saqueadores de los hogares honrados! Vienen luégo los abrazos á la madre y el confundir las lágrimas con las que ésta derramaba á torrentes y en seguida los desmayos de las tres muchachas. Ocurren presurosas las vecinas á prestarles auxilios con el agua de Florida, el éter sulfúrico y las plumas de gallina para quemar y dar á oler al paciente; y la cosa concluye con *sorbetes* y *caspiroletas* que mis hijas y mi mujer tomaron después de muchos y reiterados ruegos de sus amigas y vecinas.

Precisamente cuando yo entraba estaban ellas, las pobrecitas, saboreando esos suaves y delicados caldos que tan fácilmente se habían deslizado por sus gaznates y que tánto valor y resignación les daban. Empero, al verme suspendieron el gusto, y pareciéndoles que el público gritaba *bis*, quieren empezar de nuevo la escena y se lanzan presurosas sobre mí en vía de abrazarme y gritando aquello de "esposo mío, ¡qué desgraciados somos!" y de "¡padre mío! ¿qué es lo que ha sucedido y qué vamos á hacer en esta situación tan horrible?" pero yo, que ya no estaba para tanto, poniendo un semblante adusto y parándoles seco, les dije:

—Alto ahí, mis queridas. Dejémonos de lamentaciones, de jeremíadas y de desmayos, que eso ya no tiene objeto alguno. Lo que nos acaba de pasar y que tan hondamente nos ha herido, estaba previsto de antemano, pues yo os lo pronostiqué el infausto día, en que por vuestros ruegos y necedades y por guardar la paz con Cándida, incurrí en la debilidad de consentir en que asistiéramos á las bodas de mi

sobrino. Y alzando un poco más la voz agregué, indicándoles con la mano y la mirada el salón vacío:

—Veos en ese espejo y no digáis una palabra más.

Concluye el drama y cae el telón.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO VII

Un tope

Por allá en el mes de Septiembre de 1867 hube de suspender por completo mis estudios, á consecuencia del mal estado de mi salud y porque mi padre consideró que bastaba y sobraba lo que sabía, y que, por lo tanto, era la ocasión de salir á buscar trabajo y á ayudar al sostenimiento de la familia; y comoquiera que, por lo pronto, no se encontrara una buena colocación para mí, dispuso mi dicho padre que me trasladara al pueblo de D....., distante de esta ciudad veinte leguas, poco más ó menos, en donde debía permanecer algún tiempo *mudando temperamento*.

Hice, con efecto, mi viaje en "Vendaval," un caballito *galopero* que me regaló mi padre el día que cumplí mis veinte años, y llevando, además de la bendición de mis progenitores, veinte pesos de ley por todo capital. Me establecí en D.....en la casa de una hermana de mi madre, la tía Manuela Jaramillo, mujer casada, un tanto escasa de fortuna y de familia—tenía solamente una hija mayor de edad y candidata para vestir santos,—pero tan buena y generosa era mi tía, que se hizo cargo de mí sin remuneración alguna, cuidándome y atendiéndome como si yo fuera su propio hijo. ¡Pobre tía! ¡todavía la lloro y su memoria me será siempre de imperecedero recuerdo!

Desde mi llegada al indicado pueblo logré ha-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cerme á las mejores relaciones, no solamente entre los hombres, sino también entre lo principal de las señoras y señoritas, como que al mes de residencia era Ramoncito Pérez (así me llamaban los más) un personaje notable, muy querido en el vecindario y planta nacida y muy arraigada en tertulias y costureros.

Por el propio tiempo me enamoré perdidamente de Elvira Ribera, muchacha de veinte años, hermosa de rostro, alta, delgada, de pelo color de oro, de ojos de un azul subido, y de una gracia en el andar que....."hasta ahí me acuerdo". Item más: los padres de la niña eran ricos y de lo más encopetado del pueblo, y por añadidura, Elvira había sido educada en esta ciudad y era lista, despejada, vivaracha y bastante inteligente. Por lo visto, el *partido* era asaz ventajoso y de ambicionar por cualquiera; y de aquí que deba confesar con toda franqueza que desde que esta querencia se me *encajó* en el corazón, mis intenciones no fueron otras que las de embarcarme en una nave que tántas seguridades me daba de conducirme á seguro puerto de salvación.

Lo malo del cuento estaba, sin embargo, en que aunque la muchacha no miraba con malos ojos mis francas y sinceras manifestaciones de amor, su padre no me tragaba entero, y según se decía, eran sus pretensiones casar la hija con un pretendiente que no era yo y del cual hablaré en ocasión más oportuna. A todo lo cual se agregaba que la casa de mi futuro suegro (¿?) era quizá de las pocas que me estaban cerradas, pues el D. Anacleto (así se llamaba el viejo) no gustaba de visitas de hombres, y en sus salones, si los tenía, no iba entrando cualquiera por su buena cara únicamente. Sépase, pues, para lo que pueda convenir, que á la rubia de que vengo hablando no había yo podido tratarla, en la época á que se refieren estos sucesos, sino unas dos ó tres veces, y eso á hurtadillas, en una casa de la vecindad, y siempre con tántas dificultades, que nunca me pude ir á fondo por más que ese fuera mi deseo.

Por lo demás, y para concluír esta especie de prefacio, debo manifestar que todos mis quehaceres en D.....se reducían á leer una que otra novela francesa, ó las *Mil y una noches* que era mi libro predilecto; á visitar las casas amigas, unas veces de largo y otras de entrada por salida; y á asistir á las tertulias de hombres, las cuales abundaban, pues cada *tienda* y cada *almacén* eran, en días de semana, lugares de reunión de los desocupados y aun de los que no lo eran del todo. Entre aquellas sobresalía la de D. Tadeo Alvarez, á la cual concurría la flor y la nata de la sociedad, á saber: los comerciantes en grande, los hacendados ídem, los que ejercían ambas industrias, el Sr. Cura, el Sr. Alcalde, el Sr. Juez Municipal, Tomás Contreras Secretario común de los dos anteriores, y otros muchos personajes de más ó menos importancia.

Las tardes las gastaba recorriendo la calle "Caliente", de arriba á abajo, ó parándome en una de sus esquinas, todo para poder dirigir tiernas y amorosas miradas á cierta ventana, en donde de vez en cuando aparecía una carita de mujer, la de mi adorada Elvira.

Las noches las *parrandeaba* de lo lindo hasta cerca de las doce, y luégo me acostaba á dormir, y hasta el siguiente día á las ocho ó nueve que me

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

levantaba á continuar el mismo género de vida, interrumpido sólo por uno que otro paseíto que hacía á las haciendas cuando me convidaba algún amigo; y.....páre de contar.

En un día del mes de Enero de 1868, de esos de temperatura tan suave y agradable en las "tierras frías", la mencionada tertulia de D. Tadeo estaba plena, habiendo concurrido á ella la *crème* de la *crème* de sus socios, entre quienes descollaba el joven Juanito Rojas, mi condiscípulo é íntimo amigo, el más pedante orador que yo he conocido, pues no había discusión en que no tomara la palabra, y el más entrometido de los nacidos; en esto y en otras cosas, sólo podía correr parejas con el autor de estas líneas. Sobra el decir que yo era de los presentes, pues Juanito y yo éramos inseparables.

En el curso de la sesión, como se diría en términos parlamentarios, se discutieron varios asuntos de importancia y otros que no la tenían. Se habló, por ejemplo, mucho del prójimo, macho y hembra, tema principal y obligado de toda conversación de desocupados y que es como el aliño con el cual se condimenta; un poco de las cosechas, con las correspondientes lamentaciones sobre los malos tiempos que atravesábamos y sobre las amenazas del hambre; algo del demérito de las *fincas* y del ganado, y de la escasez del numerario circulante, como quien dice de las fianzas; y bastante sobre política y sobre la suerte presente y futura del país. No dejó de echarse uno que otro párrafo de literatura; pero lo que más hizo el gasto fue el tema relativo á la administración laica y religiosa del Distrito, recibiendo el Sr. Cura y el Sr. Alcalde, á quema-ropa y

en sus propias barbas, acres censuras por algunos de sus actos, de parte de sus malquerientes, si bien sus amigos salieron á la palestra en su defensa.

A eso de las dos y media del día, la conversación era animadísima, pues Juanito Rojas y yo nos habíamos empeñado con el Secretario Contreras en una acalorada discusión sobre el porvenir de la raza latina y acerca de la habitabilidad de las tierras del Cielo. En lo más recio del debate, y cuando ya el pobre Contreras había sido víctima de la desatada elocuencia de sus adversarios, y cuando ya lo teníamos agobiado y convencido, por supuesto, con los más decisivos argumentos, tales como aquellos de bruto, animal, cuadrúpedo y otros semejantes que le disparábamos á la cara, un inesperado suceso vino á cortar la palabra á nuestro contrincante, quien, lleno de santa ira, se preparaba á tomar el desquite. Efectivamente: una criada de la casa de nuestro huésped se presentó de improviso en la puerta de la tienda; y tan descompuesto estaba su semblante y tan entrecortado era su aliento, que desde luégo comprendimos que algo muy grave sucedía en la familia de D. Tadeo. Hubo, pues, que interrumpir la discusión para interrogar á la muchacha é informarnos de lo sucedido. Esta, después de tragar mucha saliva y de hacérsela tragar á su amo, que con ansia esperaba que se explicase, lo hizo de la siguiente manera:

—Mi amo Tadeo: que le manda á decir mi *señá* Nicolasa, que qué le parece, que el niño Pepe ha mandado una boleta de la *Villa* avisando que mañana en la tardecita llegará aquí con la esposa que consiguió por allá: que vea su merced lo que dispone para *recebirlo*s y para el *tope*.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Esto dijo con tan pausado acento que casi no acaba; y en seguida se marchó por donde había venido sin esperar respuesta alguna, que tampoco había quién se la diera, pues D. Tadeo, que era el llamado, quedó tan aturdido con la noticia, que creímos no volvería del susto. Repuesto un tanto y tomando aliento, exclamó:

—¡Esta es la buena! ¡Qué diablo de muchacho tan tonto y atolondrado! ¡Así lo hará de marido! ¡Vean, que no anunciar siquiera el día de su matrimonio tiene *coleto;* y luégo venirse así no más con la muchacha y sin dar tiempo para nada! Y ahora ¿qué haré yo para conseguir bestias para mandarles al camino y con qué tiempo se preparará el recibimiento?

El Alcalde, el Secretario de marras, Rojas, yo y muchos otros de los *contertulios*, nos apresurámos á consolar á D. Tadeo, manifestándole que todo se arreglaría á pedir de boca y á la medida de sus deseos; y que, allanados los inconvenientes, iríamos á encontrar á Pepe y á su mujer. Quedó así resuelto el *tope* y convenido que la *comitiva* partiría á las siete de la mañana del siguiente día. Contento y satisfecho D. Tadeo, cerró su *tienda* y se marchó en vía para su casa con el objeto de dar los pasos necesarios para el recibimiento de sus hijos. Los demás asistentes nos separámos tomando cada cual el camino de su habitación.

Juanito y yo seguímos uno mismo por espacio de unas cuantas cuadras; y hé aquí lo que conversábamos tan pronto como nos vimos solos:

—Es necesario, le dije, que Elvira vaya al paseo de mañana. Como es tu prima y tú tienes brazo con los viejos, confío en que lo meterás hasta el codo.

—No tengas cuidado, eso corre de mi cuenta, me contestó; pero en cambio te exijo que te intereses para que Enriqueta nos acompañe. Con los padres de esta señorita, á quien mi amigo pretendía á lo serio, cultivaba yo estrechas relaciones y él sabía cuánto podría influír mi voluntad en el ánimo de aquéllos para que dieran su consentimiento para el viaje de la niña.

—Está bien: irá Enriqueta al *tope*, te respondo con mi cabeza, contestéle á mi vez.

Celebrado en debida forma esta especie de contrato sinalagmático, nos separámos Rojas y yo; y pronto entré en mi casa henchido el corazón de alegría y llena mi alma de las más gratas ilusiones. ¿Y cómo no? Al día siguiente me sería permitido acercarme á Elvira; estar á su lado horas y horas; hablarle del pasado y mucho más del porvenir; y sobre todo, contemplar su belleza cara á cara. Además, montaría á "Vendaval" y luciría delante de mi amada y de las otras muchachas sus bríos y cualidades y mi habilidad para montarlo. Claro está que estos eran motivos más que suficientes para enloquecer á un mozo de veintiún años y aun á otros de más edad.

Recostado en mi lecho, que no era duro en verdad, y solazándome en tan gratos y dulces pensamientos me hallaba, y cuando creía haber encontrado la forma más poética y apropiada para mi declaración de amor, entró en mi pieza Carmelita, la hija única de mi tía, trayendo en la mano una esquela cerrada que me entregó sin previa explicación. La tomé y la abrí al instante, y hé aquí literalmente su contenido:

"Estimado Ramoncito:

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

"Enriqueta está empeñada en que la dejemos ir al tope de Pepe Alvarez, el cual, como tú sabes, se hará mañana; y como aquí en esta tu casa (la de ella) no hay bestias por ahora, Serafín (su consorte) y yo nos atrevemos á causarte la molestia, confiando en tu fina amistad y en tus repetidos ofrecimientos, exigiéndote que nos prestes tu caballo, que es tan manso. Enriqueta dice que no irá en otro de ninguna manera, y tú sabes cuán caprichosas y antojadas son las niñas de esa edad.

"Perdona á la que es y será siempre tu verdadera amiga,

"*Mariquita.*"

—

Como se comprende, semejante exigencia en aquellos momentos era para irritar al más pintado y al mismo "manso cordero"; y de esta suerte, fue mi primer impulso el levantarme, tomar la pluma y escribir:

"Mariquita:

"Vendaval, el mío, es una fiera y.....no te lo presto mañana aunque llueva fuego y sangre y aunque rabie la antojada de tu hija.

"Tuyo."

—

Ya iba á firmar esta contundente y poco galante negativa para enviarla á su destino, cuando mi prima, que por mi semblante conoció lo que en mí pasaba y lo que pretendía hacer, intervino al punto y con sus consejos, reflexiones y ruegos logró

someterme mansamente á la coyunda de la amistad y obligarme á que volviera á escribir la que sigue:

"Dulce amiga mía:

"Vendaval y todo lo que poseo son tuyos. Dispón á tu voluntad.

"Tuyo de corazón,

"*Ramón.*"

—

Cáigase en la cuenta de que la susodicha Enriqueta era la niña pretendida por mi amigo Juanito, y se comprenderá que yo, para cumplir lo que le había prometido, hice, aunque de mala gana, muchísimo más de lo que él me exigía.

Apenas si me estaba reponiendo de la molestia que el apuntado percance me produjo, cuando se me anunció que alguien me solicitaba; di orden para que ese alguien fuera introducido á mi pieza, y entró al momento en ella una indiaza de voz destemplada y chillona que me enderezó en seguida, y sin preámbulo, el siguiente recadito:

—"Que á mi *señá* Petrona Bustamante, que muchas saludes para su mercé y las señoras, y que para eso son los amigos. Que le haga el favor de emprestarle su freno y su sudadero; que su mercé es hombre y ella mujer y que su mercé puede conseguir más fácilmente que ella otro freno y otro sudadero, y que dispense la confianza."

No sé si entendí semejante letanía, pero fue tal la cólera que me sobrevino, que me levanté al instante y estuve á punto de echar á la mandadera de mi pieza á puros puntapiés. La presencia de mi tía

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

impidió tal exabrupto; y un poco de reflexión hizo que humildemente pidiera los objetos solicitados y que los entregara á la india. A las siete de la noche no había quedado de mis avíos de montar otra cosa que las espuelas, pues de la propia manera que el freno y el sudadero, todo se había marchado para las casas de las amigas á quienes no se podía decir que nó.

Ahora bien: como me persuadí de que era tiempo perdido el intentar siquiera obtener de mis amigos y relacionados un servicio igual al que yo acababa de prestar, pues la situación no era propicia, y, además, como me pareciera mucha pesadez de mi parte hacer con otros lo que yo vituperaba hicieran conmigo, resolví salir por esas calles de Dios en busca de un auxilio, y resuelto á pagar lo que se me exigiera por el alquiler de una bestia con sus correspondientes avíos de montar. Empeñado en esta tarea y decidido á no desistir de mi propósito hasta *quemar el último cartucho*, recorrí la población entera; toqué á todas las puertas; hablé con medio mundo y nada, nada encontré: ni un macho viejo, ni siquiera un borrico. Llegué al fin á creer que todo recurso humano había desaparecido y que era, por lo tanto, imposible el ir al paseo proyectado, á menos que no tomara las de Villadiego; y sin embargo, me era todaviá más imposible el conformarme con la terrible idea de quedarme. ¿Qué diría Elvira de mí? y ¿qué no pensaría de un pretendiente tan mentecato que desperdiciara ocasión tan *pilada* para acercarse á ella? ¡Mi amor y mi soñado porvenir estaban comprometidos! y este pensamiento me dio ánimo para continuar la lucha, y eché á andar.

Empeñado en estas tristes reflexiones iba, pensando al propio tiempo en lo que debía hacer para salir con bien del apuro, cuando tropecé de manos á boca con el mentado Juanito. Tan cariacontecido me pareció, que al punto comprendí que se hallaba en iguales condiciones que las mías. Interroguélo al efecto sobre la causa de su tristeza y hé aquí lo que me contestó:

—Hombre Ramón: estoy en vísperas de suicidarme y me suicidaré indudablemente, porque soy muy desgraciado. No podré ir al tope de Pepe, y tú sabes lo que esto significa para mí: la pérdida segura de Enriqueta, que no me perdonará jamás el que la abandone en estos instantes.

—¿Pero porqué no irás? ¿Qué te ha sucedido? le pregunté de nuevo.

—¿Quiéres saber porqué? Pues por bestia, por zamarros, por galápago y por freno, ó mejor, por falta de la primera, y por ausencia completa de los segundos y terceros. Estoy desesperado, agregó; todo lo he tenido que dar prestado: mi caballo moro á tu Elvirita; mi galápago inglés á Ricardito Ramírez, el hijo mimado de mi tía Concha, que es mi protectora y á quien no podía decir que nó; y el resto, á toda la que se pone camisón en esta bendita tierra.

Contéle á mi vez mis cuitas, reímos á más no poder de nuestra igual mala fortuna, y un poco consolados por aquello de que "mal de muchos es consuelo de tontos", nos separámos Juanito y yo, cada cual por su lado, en busca de alivio á nuestros males.

De allí en adelante hice nuevas y numerosas diligencias, visité los vericuetos que antes desandara y

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

di y cavé más y más; pero todo fue en vano: siempre y en todas las bocas la misma aterradora respuesta: "Lo siento mucho, D. Ramoncito, no tengo bestia ni avíos." Fatigado, lleno de negra pesadumbre y perdida la esperanza de concurrir al deseado encuentro, regresaba yo á mi casa, cuando cupo á mi buena ó mala suerte, que eso después se sabrá, el dar con el maestro Matías Amaya, carpintero de profesión, muy amigo mío y *sujeto* muy popular y conocido por sus *turcas* domingueras.

Ocurrióseme en aquel momento, no sé porqué, que Matías podía ser mi tabla de salvación; y, en consecuencia, resolví asirme á ella como verdadero náufrago. Saludéle cortésmente y con mucha amabilidad, como lo hacemos todos cuando necesitamos la ayuda de nuestro prójimo; luégo lo puse al corriente de lo que me estaba pasando y de los esfuerzos estériles que acababa de hacer; y concluí suplicándole que me sacara avante de alguna manera de aquel mal paso. Impuesto de mi petición, guardó Matías silencio por algunos instantes, y asumiendo una actitud pensadora y meditabunda, se expresó en seguida en los siguientes términos:

—Pues, niño Ramón.....para un joven tan *refino* y tan *cachaco* como Ud. la cosa es caliente, no se lo niego; pero en fin, todo en este mundo se puede remediar, menos la muerte; y así.....si Ud. se resolviera.....

—¿A qué, maestro? le pregunté interrumpiéndo su discurso. ¿A montar? Montaré en lo que Ud. quiera, desde el hipogrifo de *Orlando furioso* hasta en una furia alada de los mismos avernos.

—Pues, niño, si la cosa está así tan apurada y Ud. es tan *resuelto*, yo le diré: no tengo ninguno

de esos animales que Ud. menciona, y á Dios gracias no los conozco ni pintados; pero en cambio poseo un machito que le compré á D. Casiano Rodríguez. El animalito no es muy nuevo, pasa de doce años, no se sabe cuánto, y adolece de los desperfectos de ser tuerto y *tungo* y además, mi hijo Joaquincito, á quien Ud. conoce, tánto lo ha sofaldeado, que al fin le lastimó los asientos y no puede andar derechamente. Sin embargo, puedo asegurarle que Rumbador (era el nombre de guerra que le puso su dueño), á pesar de sus años y de lo mucho que lo sirvo en oficios duros y no siempre nobles, todavía se acuerda de sus buenos tiempos. Así puede Ud. creerme, que manejandolo con maña lo llevará á Buenavista (término probable del *tope*) y lo traerá también. En cuanto á avíos de montar, hay una sillita en mal estado y con estribos de argollas, que aunque no es una *bonitura*, siempre le sirve. Los zamarritos son de cuero de chivo y algo estrechos; pero ya Ud. sabe que en caso de necesidad.....

—Sí. maestro, lo sé; y sé también, por mi desgracia, que el cuadro que Ud. me pinta no es muy halagador que digamos; pero como la necesidad tiene cara de hereje y de otras cosas peores, me conformo con él y me avengo á todo. Mañana á las seis en punto espero que me llevará á casa su macho ensillado; y en cuanto al precio, crea que no dejaremos de arreglar.

—Está bien, mi niño; cuente conmigo; seré puntual á la cita.

Concluído este diálogo nos separámos Matías y yo, siguiendo cada cual su rumbo.

Acostéme esa noche entre contento y triste: lo primero, porque me halagaba la idea de hallarme al

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

día siguiente al lado de la mujer que amaba (y téngase presente que yo estaba enamorado muy de veras), y en la sabrosa compañía de tántos amigos y amigas. Lo segundo, porque esa figura maltrecha de Rumbador se me presentaba aterradora, y como el manoseado espectro de Banquo venía á turbar mi soñada felicidad; y luégo, esos zamarros de cuero de chivo y esa sillita desmantelada y esos estribos de argollas no eran para tranquilizar á un estoico, y menos á mí que no lo era. ¡Cómo me parecía ser ya el objeto del ludibrio y de la burla de todos y quizá hasta de la misma Elvira! No obstante, estas graves preocupaciones, Morfeo tuvo compasión de mí, y me dormí á pierna suelta como se duerme en esa edad en que los remordimientos ó los pesares no turban la paz de nuestro espíritu. No vine á despertar hasta la hora en que la alondra.... miento, en que el gallo anuncia con su canto el amanecer. *Perecié* un poco en mi lecho sin acordarme de viaje ni de nada semejante, y cuando ya estaba para volverme á dormir un estentóreo rebuzno de Rumbador, dado en el patio mismo de mi casa, vino á traer á mi memoria el convenio con Matías, y á mi ánimo la convicción de que éste lo había cumplido religiosamente. Levantéme sin demora y salí á los corredores. Rumbador estaba allí amarrado del pisador á un amarrabollo que en el centro del patio había, y su amo se había marchado sin esperar razón, lo que probablemente hizo por prudencia. Pero aquel Rumbador que Matías me había pintado con todas sus credenciales, no era el mismo Rumbador que yo tenía á la vista. Aquél era en verdad tuerto y *tungo;* y éste era eso y además canoso, y su cola tan escasa de crines, que bien

se podía decir que era más que corta. Por añadidura, según lo observé después, tenía en sus costados cuatro enormes *mataduras*, unidas por canales, algo así parecido á los grandes lagos de la América del Norte. Otra circunstancia importante, que no debe olvidarse al describir este histórico y famoso cuadrúpedo, es que el mentado ojo tuerto era algo más que tuerto, pues en lugar de uno que adoleciera de daño sólo existía una caverna negra y profunda, tan negra y tan profunda como mi dura suerte. En honor de la verdad, y para concluír esta emprendida pintura, debo declarar que Rumbador, por su talante y figura, debió ser en su juventud una gran cosa, ó como dicen los del oficio, una bestia de silla; pues en la época de que se trata, y salvo los defectos anotados, todavía se veía que no era del todo de despreciar. Su pecho era levantado, su cabeza pequeña y fina, sus piernas delgadas y de cuartillas cortas, y sus cascos fuertes y duros. En cuanto á carnes, no se podría decir con justicia que Matías le diera la ración en plata y que el animal la jugara, como sucede á veces.

Consolado un poco con las dichas cualidades que yo exageraba un tanto para disculpar mi temeridad, conforméme con mi suerte, y resolví definitivamente emprender viaje, sucediera lo que sucediera y mal que le pesara al mundo. Aliñé, en efecto, mi persona como mejor pude, estrenándome un fluxecito color crema, que de la Villa me habían mandado; me envolví en el cuello una corbata verde-esperanza; me puse unos botines impermeables de suela muy claveteada, como entonces se usaban; y cubrí mi cabeza con un sombrerito tirolés, muy de moda en la época. Con este ajuar, atando á mis

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

talones mis dos enormes espuelas, resto de mis avíos de montar, y *encajándome* los de chivo, me encaramé en Rumbador y me lancé á la calle cual otro famoso hidalgo en busca de aventuras.

El solo contacto de mis espuelas en los hijares de Rumbador bastó para que éste saliera corriendo, qué digo corriendo, para que saliera volando; desgraciadamente el daño aquel de los *asientos* resultó al punto, pues Rumbador no pudo dar á su marcha una dirección conveniente y recta, y tanto fue así, que casi se estrella en la pared de la casa opuesta; y esto hubiera sucedido infaliblemente si yo no me hubiera apresurado á inclinar el fiel de la balanza templando la rienda del lado sano y aflojando la del enfermo. Bien pronto me di mi modo y mi maña para establecer el equilibrio en las quijadas de mi montura, y así pude, sin gran dificultad, llegar hasta la plaza, lugar señalado para la reunión. Allí pululaban ya las amazonas y los caballeros, todos en continuo movimiento, quiénes haciendo caracolear á sus monturas, quiénes haciéndolas correr para detenerlas de improviso, con lo cual y con los resbalones de los herrados cascos en los empedrados, producían un ruido atronador.

La animación era grande en todo el pueblo, pues aparte de los de á caballo, que pasaban de ciento, los pedestres eran todavía más numerosos: las mamás, los abuelos, los padres, y muchas de las señoritas que se habían quedado por falta de bestias ó por inconvenientes de familia, veíanse por allí en las puertas y ventanas; y en las calles, grande aglomeración de toda clase de gentes, y entre éstas, unas cuantas docenas de *pilluelos* alborotándolo todo y dando gritos que aturdían.

Mi llegada al indicado lugar de reunión pasó muy á mi gusto, casi inadvertida, lo que me permitió mezclarme en el primer grupo que encontré á la mano, sin hacer ruido y sin llamar sobre mí la atención del respetable público. Tuve, además, la buena suerte de encontrar allí á Juanito y á otros de mis amigos, quienes, en verdad, se hallaban tan mal de caballerías, que ningún derecho tenían para reírse de la mía. Posesionado del terreno y aquietado el ánimo, y más que todo, envalentonado con la vista de tanto mal acondicionado caballero, como que todas las buenas bestias se habían destinado para las señoras, señoritas y unos pocos respetables papás, dirigí una mirada al contorno de la plaza y bien pronto distinguí, entre un grupo de ecuestres que desembocaba de la calle "Caliente", á la rubia de mis amores, amazona en el famoso caballo moro de Rojas, el cual manejaba con elegancia y destreza sumas. Verla y dirigirme á su encuentro todo fue uno; y cuando logré acercármele lo más posible, le hice, como era de rigor, la más artística cortesía que se puede imaginar; pero como para ello me inclinara demasiado y tomara una posición asaz inconveniente, sucedió que hube de chuzar con las espuelas al pobre Rumbador. Este, que se vio agredido tan sin objeto y sin razón, arrojó de su vientre gases que no eran mudos, tiró un par de furibundas coces y concluyó dando unos cuatro ó cinco brincos de lo lindo. Lo cierto es que aínas me tumba, y que tal fue el susto que me dio y el apuro en que me vi, que ni supe qué se hizo de mi Elvira ni pude saber cómo recibiría mi galantería. Cuando recobré un poco la calma, después de aguantar la rechifla de los muchachos que se gozaban en

FUNDACION ANTIOQUEÑA PARA LOS ESTUDIOS SOCIALES
F A E S
UNIDAD DE INFORMACION "... U'S OSPINA VASQUEZ"
UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Patrimonio Documental

mi desgracia, volví á mirar y vi que toda la *comitiva* salía ya de la plaza y tomaba la vía de Medellín. Cerca de mí sólo se hallaban unos cuantos cuitados tan mal montados como yo, y el Secretario Contreras, quien dirigiéndoseme con sonrisa burlona y vocecita hipócritamente compasiva, me dijo:

—¿Se queda, Ramoncito? Vea que la gente ya se fue. Yo no lo puedo esperar. ¡Adiós.....! y echó á correr.

Intenté seguirlo, cogerlo de los gañotes y estrangularlo; pero como me persuadí de que Rumbador con su andar tan ladeado era incapaz de darle alcance á la hermosa yegua que Contreras montaba, hube de reprimir mi justa cólera y de resignarme con mi impotencia. Bueno es que se sepa, para que no se me juzgue con mucha severidad, que este *sujeto* era precisamente el temido rival mío, y el favorecido por el padre de Elvira. Y digo temido, porque además de esta última circunstancia apuntada, Contreras tenía buena figura, no era pobre y no carecía de talento y de alguna instrucción. De manera que yo no le llevaba otra ventaja que en aquello de la "buena familia", lo que en realidad era muy poco.

Continuando la narración diré que los retrasados enderezámos en alcance del grueso del ejército; y yo, por mi parte, galopando un poco y trotando otro, traté de recuperar mi posición de enamorado, bien que mis esfuerzos fueron vanos, pues aunque Rumbador no lo iba haciendo muy mal, una veintena de muchachos nos hizo travesía y, saliendo á nuestro encuentro, interrumpió nuestra marcha con sus gritos y vocinglerías.

Fue necesario librar una batalla verdadera para

romper aquel obstáculo, y ¡cómo quedámos! A uno le aplicaron en plena *chonta* un *vástago* de plátano, á otro le sacudieron la espalda con un botón de guayaba, y así cada cual sufrió una lesión; que en cuanto á mí, no fui de los más bien librados, pues casi me sacan un ojo con una fruta de aguacate. Al fin rompimos las filas enemigas haciendo uso de los látigos y de las riendas; pero la multitud *muchachil* no se dio por vencida, y continuó corriendo en nuestro alcance, lanzándonos cuanto encontraba á la mano y dirigiéndonos los dichos más picantes de su vocabulario. Recuerdo que uno me gritaba: "Ramoncito, ¿no monta hoy?" que otro me decía: "¿A dónde va á montar, D. Ramón?" y que el de más allá, con voz chillona y en falsete, exclamaba: "Ramoncito: allí lleva una gallinaza debajo de la cola." Por último, una señorita que se hallaba al postigo de una ventana, me preguntó que por cuánto vendía el ojo tuerto de Rumbador y los zamarros de chivo.

Con paciencia digna de mártires aguantámos esta nueva embestida; al fin lográmos salir de las calles del pueblo; y ya libres de la persecución de los pilluelos, entrámos en pleno camino.

Eran las siete y media de la mañana. Esta, aunque de verano, no era hermosa, por la sencilla razón de que el paisaje que la vista podía dominar se hallaba cubierto con una espesa niebla, como de continuo sucede á tales horas en nuestras tierras montañosas; y tan impenetrable era la bruma polvosa que nos daba en la cara, que á diez pasos ya no se distinguía objeto alguno. Así bajámos hasta el río, el cual pasámos por un puente de madera; pero á medida que avanzábamos en el ascenso á la

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cordillera, por el largo y ancho contrafuerte del *Cauca* ó *Pajarito*, el lomo del cual seguía la ruta que llevábamos, el paisaje iba sensiblemente despejándose y presentando un aspecto más favorable. El ardiente Febo, como si tomara empeño en iluminar de lleno aquel cuadro que la bruma hacía obscuro y borroso, con un color ceniciento que todo lo entristecía, empezó por despejar primero el profundo y estrecho valle por donde el río serpea; barrió luégo con poderosa mano las pendientes faldas; y persiguiendo, por último, con implacable saña, las más altas nieblas, empujólas allá á lo lejos sobre las serranías que ponían fin al horizonte. Entonces todo el inmenso panorama inundóse de luz, y un cielo azul, claro y diáfano apareció, sólo manchado por una que otra nubecilla, que en vez de empañarlo le servía de artístico adorno. Pudimos, por lo tanto, dirigir nuestras miradas por doquiera; contemplar el curioso espectáculo que presentaba el pueblo de D....., recostado allá en la montaña opuesta, semejando una pintura al óleo colgada de un muro de verdura; y espaciar el espíritu admirando las bellezas sin cuento que ofrecía á manos llenas la pródiga naturaleza.

Y como á la sazón ya los rezagados nos habíamos reunido al grupo principal, la alegría se entró como en su casa en todos los corazones; y fue entonces cuando empezaron los entusiasmos y las exclamaciones que cada cual dirigía en el sentido más conforme con sus ideas y pensamientos.

Por lo que á mí tocaba, mi único anhelo y mi constante aspiración no eran otros que los de hallarme al lado de Elvira; y sin embargo, por fácil que esto pareciera, ni lo intenté siquiera, pues en

tal estado de timidez y encogimiento me había dejado el percance de la plaza, cuando Rumbador estuvo á punto de derribarme en presencia de mi amada y de numerosa concurrencia. La cosa, en verdad, no era para menos, y á cualquiera se la doy; y por eso yo no me hubiera arrimado al objeto de mi amor, si la misma Elvira, que sin duda al verme tan cariacontecido tuvo compasión de mí, no se hubiera apresurado á allanarme el camino, ó mejor, á eliminarlo, viniéndose á colocar mañosamente á mi lado. Tan pronto como estuvimos cerca uno de otro nos saludámos, ella con el desparpajo de una mujer de sociedad, y el pobre de mí, que me moría de vergüenza, con el aire atontado de un pobre estudiante que acabara de dejar las bancas del Colegio.

Ya habíamos andado apareados por lo menos cien metros; y no obstante el franco recibimiento que Elvira me había hecho, yo permanecía callado como un mudo, brega que brega por dirigirle la palabra, no hallando medio de empezar. Todavía anduvimos otro tanto, y yo en el mismo apuro y traga que traga saliva y más saliva. Elvira, por su parte, guardaba silencio, pero en su semblante, que apenas me atrevía á mirar de soslayo, se notaba la impaciencia y el disgusto que le producía mi insólito é inexplicable proceder. Mas al fin, y como la cosa iba de largo y no mostraba trazas de mejorar, ella se dejó de vueltas, y con despejo y sangre fría que admiraban, me dirigió la palabra en estos términos:

—Pérez, me parece Ud. muy preocupado con lo que le ha acontecido en este paseo, ¿no es verdad?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Sí, señorita, le contesté, es verdad, estoy muy preocupado.

Y como ella guardó silencio yo tampoco *chisté*, y así continuámos por algunos minutos. De pronto detuvo el movimiento de su montura, y haciendo yo lo propio, me dijo:

—Pérez, levante esa cabeza y no haga tonterías, que ya Ud. está muy grande para ello. Deje, sobre todo, ese aire alelado, que lo hace parecer bobo y diga algo. ¿Cómo es? ¿A Ud. no le impresionan ni le hablan al alma las bellezas que se le están metiendo por los ojos? A su edad ¿se puede pasar indiferente por estos hermosos campos sin detenerse á contemplarlos y sin admirarlos arrobado? ¡Qué idea tan distinta me había yo formado de Ud! ¿No es Ud. poeta? ¡Ah! si yo lo fuera ¡cómo cantaría en estos instantes en que todo me entusiasma y en que me siento tan contenta y tan feliz! Interrumpióse para esperar como una respuesta; y efectivamente, yo tartamudeé una, que, sin embargo, no salió de mis labios. Yo tenía muchas cosas que decirla, pero era tal mi encogimiento y mi vergüenza que parecía que una vigorosa mano de hierro me apretaba la garganta y no me dejaba hablar.

Al fin, y viendo mi necedad, Elvira salió de paciencia y, poniéndose más colorada que un ají, gritó á todo pecho: "Contreras, Contreras, venga acá, que al menos Ud. tendrá boca y oídos;" y el taimado que no andaba lejos y que no nos había perdido pie ni patada, se presentó al instante lleno de gozo y con sonrisa de satisfacción en los labios. Y tan pronto como Elvira lo vio llegar fustigó su *moro* que disparó al punto como una flecha, siguiéndolo de cerca la famosa yegua de Contreras. Rumbador, que esas viera, no quiso quedarse atrás, y aguijoneado por la emulación y por mis espuelas echó también su carrerita, y cómo¡ que corrió de veras! Por desgracia mía, en mi aturdimiento por lo que me acababa de pasar, olvidé hacer guardar el necesario equilibrio á las quijadas del animal, y éste, que se dirigió por su propia cuenta, corrió tan aceleradamente, que fue á dar con su jinete y su figura en una profunda zanja que separaba la vía pública del vecino predio.

Tanto Rumbador como yo quedámos mancornados y sin movimiento; pero quiso mi buena suerte que ni el bruto ni el caballero sufrieran lesión grave de ninguna clase, sólo que á este último le tenía aquél una pierna pisada y no podía valerse ni ayudarle á su compañero de infortunio. En tan incómoda posición permanecimos Rumbador y yo durante media hora; y así hubiéramos permanecido quizá hasta la vuelta de los viajeros, mis compañeros, si no acata á pasar por allí un buen arriero, quien teniendo compasión de nosotros caritativamente nos sacó á ambos del aprieto, ó mejor, de la zanja susodicha.

Vuelto á mi libertad y á horcajadas en mi mulo, dile gracias á mi salvador y me despedí de él por llevar dirección contraria á la mía; sacudíme la tierra que me ensuciaba el flux, y aguijoneé aquél para continuar la marcha interrumpida, no sin tomar previamente las precauciones del caso con el fin de evitar un nuevo descarrilamiento, ó *descaminamiento*, como se diría con más propiedad en el asunto de que se trata.

Arrimé, pues, las consabidas espuelas á los hija-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

res de mi bestia é intenté volar para recuperar el tiempo perdido. Pero ¿quién dijo? Rumbador apenas si se movió después de dar un pujido que más parecía un lamento. Extrañóme semejante proceder en un animal de suyo tan sumiso y obediente, y sobre todo, no habiendo andado cosa para estar cansado ni notársele achaque de ninguna clase, y por lo tanto volví á la carga aplicándole con redoblada fuerza nuevos espolazos; pero di en vano, porque Rumbador, no haciendo atención al agravio que le inferí, continuó su marcha paso á paso, como quien no carga afán, y ni siquiera trotó el maldito. En cualquiera otra circunstancia aquel insólito proceder pudiera tolerarse, pero en aquellos momentos no era posible permanecer en calma. ¿Y cuál podría tener yo? Verme desdeñado de Elvira por mi torpeza; contemplar que mi rival ocupó mi puesto; pensar en que á esas horas había obtenido quizás el *sí* que yo tánto ambicionaba; no tener á mi lado un amigo á quién confiar mis cuitas, pues todos habían pasado adelante y nadie probablemente me echaría de menos; y por último, y esto no era lo menos grave, considerar que se comerían muy bonitamente el almuerzo preparado en *Malabrigo* y que á mí me dejarían con un palmo de narices y muerto de hambre.

Empero, como no se podía más, hice de necesidad virtud, y revistiéndome de paciencia dejé á Rumbador que viajara como á bien le pluguiera; pero como á poco comprendí que éste se daba aires de mirarme con desprecio, como diciendo en sus adentros que "no había gente en el portillo" para hacerlo salir de aquel pasito que no llevaba trazas de ir á donde había *sietecueros* (flor de Mayo), una cólera grande se apoderó de mí, y loco y sin saber lo que hacía, me fui sobre Rumbador con la *pesa de libra*, dándole furibundos espolazos, latigazos en las ancas y en el pecho, y hasta de pescozones le di al *indino* en la cabeza y en el mismo hocico. Pero como todos los medios coercitivos fueran infructuosos, pues el bellaco animal no se daba por entendido y continuaba en su pasito, una súbita inspiración hizo que tomara en mi diestra el *tirolés* y que con él le diera en las orejas, digo en la única que tenía; ¡y quién lo creyera! Aquel procedimiento tuvo tan bueno como inesperado éxito, que al propio instante, y como por encanto, Rumbador arqueó con gracia el delgado cuello, enderezó su única y de costumbre inclinada oreja, y tomando una actitud relativamente gallarda y nunca vista—por mí al menos—salió corriendo con tánta ligereza y brío, que si no soy tan prevenido me conduce de nuevo á otro precipicio.

Aprendido ese *mogo* de mi montura y persuadido por repetidas experiencias de que siempre que empleaba el vapulamiento *sombreril*, éste producía resultados cada vez más admirables y sorprendentes, volvióme el alma al cuerpo, que por cuentas bien lejos estaba; y con mi *tirolés* en la mano siempre listo, en dos por tres me puse en *Malabrigo*, en donde encontré bien abrigados á todos mis compañeros, quienes al verme me recibieron con muestras patentes de alegría, menos Contreras y Elvira, que se hallaban sentados sobre el césped conversando: él orgulloso y satisfecho, y ella, que escuchaba pensativa, golpeando con su fuete de cabeza de marfil el faldón de su amazona y jugando con una hermosa *trinitaria* que tenía entre sus labios. Maldito el

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

caso que hicieron de mi llegada y según creo, ni se advirtieron de ella. Pero lo que sí notaron Juanito, D. Tadeo y otros fue el azoramiento y el bochorno que la vista de aquel cuadro me produjo, pues al instante corrieron á hacerme desmontar y á darme un trago de *anisado*, el último quizá que quedaba, pues el resto había tomado camino de donde no podía volver en su pristina forma.

¿Y el almuerzo? Aquí fueron las confusiones cuando manifesté que quería tomar algún refrigerio, porque tenía mucha hambre. D. Tadeo como Mecenas de la jornada había mandado preparar un magnífico almuerzo en la *Posada* de *Malabrigo*, enviando para ello y con anticipación algunas viandas preparadas, conservas extranjeras y otros comestibles, manejándose en esto el viejo con loable generosidad y esplendidez; pero de todo aquello no quedaba absolutamente nada, ni las sobras. Por lo que me informaron supe que concluído el apetitoso banquete, que lo fue en verdad, los viajeros se dieron el gusto y la satisfaeción de emprender una verdadera, aunque incruenta batalla, en la que figuraron como proyectiles los restos de las carnes, pavos y gallinas, y como balas de cañón las papas cocidas con toda la cáscara. Resultó, empero, que buscando mucho y escudriñando más, se encontró por allí en un rincón un *caparazón* de gallina, no muy limpio pero con algo de carne, y unas dos papas destripadas en la cabeza de alguno de los combatientes. Con esto y un poco de chocolate con harina, que me suministró la dueña de la fonda, concluí mi frugal almuerzo.

En esas, y siendo cerca de la 1 p. m., se dio la orden de continuar la marcha, y todos montámos en seguida; y no habíamos caminado el espacio de una

legua, cuando la avanzada dio la voz de alerta y anunció á gritos la llegada de las personas que íbamos á encontrar. Con efecto, á corta distancia, y al coronar el camino una colina baja que se interponía, se presentó de repente Pepe Alvarez trayendo á su lado á su mujer. Era aquél un robusto mozo de veintiún años, de largas patillas y de rostro simpático y agradable; y ésta, una joven como de diez y ocho abriles, morena picante, de ojos negros velados con largas pestañas, de abundante, sedoso y ondeado pelo, y de un talle y un salero que *hastay*. Era, en fin, la *villana*, pues este fue el nombre que se le dio por lo pronto, para suplir el suyo que aun no era conocido, una muchacha lozana y bastante hermosa, que prevenía desde el partir en su favor, aunque á este último respecto hubo desde el principio quien la tachara de orgullosa.

El *tope* fue ruidoso y alegre por demás: hubo abrazos, gritos, vivas y contento. Luégo que se cambió de monturas á los viajeros con las que se llevaron preparadas para el efecto, dimos media vuelta y en marcha para el pueblo. En el regreso hubo, como era natural, caídas, por felicidad sin consecuencias; bestias cansadas; muchos rezagados; algunas *chispas* enteras y otras medias; y bastante buen humor y más alegría.

Por mi parte, al hablar así, me refiero á los otros, pues es cosa que se deja comprender cómo iría yo. ¡Perdidas y del todo, mis acariciadas ilusiones de unirme de por vida con la bella Elvira! ¿Y todo porqué? Por simple, por majadero, por no hablar á tiempo. Para consolarme de aquel fracaso amoroso que yo veía consumado y sin remedio, pues á Elvira no la había vuelto á ver ni de lejos,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

pensé buscarle una *substituta*, y dirigí mis miradas sobre una hermana de Pepe, linda muchacha, tan fresca y tan lozana como una *uchuva;* me le arrimé con maña y como quien no quiere la cosa, y al primer requiebro "no, Ramoncito, me dijo, Ud. está frío; á mí no me gustan los *viudos*." Retiréme avergonzado y corrido; y como viera pasar por cerca de mí á Virginia Villegas, una de las niñas más preciosas de D....., me le hice al lado y empecé mi conquista con un discurso tan bueno que hubiera bastado y sobrado para atrapar á Elvira, y sin embargo, no se me ocurrió sino muy tarde. Pero lo que fue con la Villegas no me sirvió de nada, pues tan pronto como lo concluí, ésta me contestó: "No, Ramoncito, á mí me repugnan los sobrados; váyase con su música á otra parte que á mí no me suena." Todavía insistí y eché otra tentativa con una sobrina de Juanito; me le acerqué como pude, y guardando más circunspección y tino, le conversé un rato sin hacerle manifestación amorosa de ninguna clase; pero cuando ya creía preparado el terreno é iba á empezar, ella, la picarona, que comprendió al vuelo mi intento, picó su brioso caballo, y diciéndome: "Adiós; váyase para donde Elvirita que lo está esperando", me dejó con tal palmo de narices.

Vencido y convencido, me puse mi *tirolés* y, dejando á Rumbador hacer su gusto, quedéme el último de todos; de suerte que cuando llegué al pueblo ya no se oían ni los ruidos, pues todos los viajeros se habían retirado á sus hogares. A poco de desmontarme, molido, fatigado y "transida el alma de martirio atroz", recibí un recado de D. Tadeo, por el cual me invitaba á asistir á la comida del recibimiento; mandéle dar las gracias y excuséme de

asistir por indispuesto; y tomé la cama. Pasé una noche de perros, dormí poco, y cuando lo hacía á ratos me asaltaban unos sueños horribles que me hacían despertar sobresaltado.

Al día siguiente no me atreví á salir á la calle de miedo que todos me señalaran con el dedo; hice que otro arreglara mis cuentas; puse en orden mis papeles y mi maleta y preparé mi viaje. Mucho se opusieron á él mi tía y mi prima Carmelita, pero en balde, pues mi resolución era firme.

Con efecto, tan pronto como amaneció ensillé á Vendaval y me trepé en él; dije adiós á mis queridas parientas y "ojos que te vuelvan á ver"; á Medellín me vine.

Más tarde, y andando los tiempos, tuve noticia de que Contreras se había casado con Elvira (buen viaje); de que Juanito había hecho lo propio con Enriqueta (íd.); y de que D. Tadeo había muerto, habiendo sido reemplazado en la tertulia por su hijo Pepe. Me informaron también que aquel *tope*, en donde yo había quedado tan mal parado, había hecho época en D..... y tanto, que todavía se oía exclamar á muchas matronas: á una, "yo me casé cuando el *tope* de Pepe Alvarez"; á otra, "Cuando entró Pepe yo estaba de *dieta* de Carlitos"; y que, en fin, cada cual hacía su reminiscencia por el estilo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO VIII

Un duelo de familia.

Era una tarde del mes de Febrero de 189.. Como á eso de las seis a. m., pasaditas, regresaba yo á mi casa, después de dar mi paseo ordinario de digestión; y cuando, ansioso de descansar de un callo que me hacía ver candela, arrimé al umbral, mis hijas, que me conocieron por cierta tosecita de que padezco, me salieron al encuentro gritando á la vez y á todo pecho:

—¡Papá, papá, córra, por Dios! ¿No sabe lo que está pasando? Se está muriendo mi padrino Simeón.

—¿Pero ¿cómo? ¿Quién lo dijo? les contesté lleno de sorpresa. Eso no puede ser así, pues á medio día lo vi bueno y sano en su almacén.

—Pues tan cierto y verdadero es lo que le decimos, me replicó Aurora, como que ahora mismo acabó de salir de aquí *ña* Carmelita, la de los Alvarez de la *Plazuela*, quien nos dijo que ya estaban sacando los taburetes á los corredores y que fuéramos volando si queríamos alcanzarlo vivo.

—Si eso dijo Carmelita no hay que vacilar; nos vamos para allá al momento. Uds. y su madre aguardarán á Conrado para que las lleve, que en cuanto á mí, por aquí me voy derecho y no espero á nadie.

Y como lo dije lo hice, partiendo en seguida

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

sin dar más razón, no bastando para detenerme en mi carrera el que Cándida Rosa me gritara desde el *contraportón* que no me fuera sin merendar, pues continué mi camino haciendo como el que nada oía. En dos por tres me trasladé al frente de la casa á donde me dirigía, la cual, para que se sepa de una vez, se hallaba y se halla situada en la tan conocida Calle de Junín de esta ciudad. El dicho edificio, aquel en que habitaba el enfermo en cuestión, es bajo ó de un solo piso, y ocupa en la citada calle una extensión como de treinta varas; su aspecto exterior es hermoso relativamente, es decir, tanto como lo pueden ser nuestras habitaciones, tan desprovistas en lo general de adornos arquitectónicos; tiene, para dar luz y aire á las piezas del frente, seis ventanas arrodilladas con barrotes de hierro; y se entra á su interior por un espacioso zaguán que lo cierran: por un extremo, un magnífico portón trabajado con esmero, con lindas molduras y bastante obra de talla; y por el otro, un *contraportón* de graciosos calados en el centro, por donde se alcanza á divisar algo de los corredores y del patio principal.

Como las dos puertas de que acabo de hablar se hallaban abiertas de par en par, sin duda para evitar inconvenientes á la mucha gente que entraba y que salía, yo á mi vez entré; pero antes de referir lo que en ese hogar estaba pasando en esos instantes y lo que sucedió después, bueno y necesario es que yo le dé al benévolo lector cuenta y razón de quién era el *padrino* Simeón de mis hijas, y que le diga qué pitos tocaba yo con él, y qué interés tan grande hacía que yo caminara cuadras y cuadras olvidando el maldito callo que tánto me hacía sufrir. Y

bueno será también que le dé algunos datos, aunque así á la ligera, pues la extensión de este capítulo no se presta para más, sobre algunas otras de las personas que habitaban la casa á donde intento introducirlo para su entretenimiento y enseñanza.

Mi compadre Simeón, que lo era en verdad por la razón que más adelante se expondrá, era hijo legítimo de D. Pedro Cogolludo y de Dª Petronila Costillares, pobres campesinos de la parroquia de Nuestra Señora de Belén, quienes, aunque descendientes por ambas líneas del español y no teniendo mezcla alguna de mala sangre, no llegaron á ocupar en su larga vida—murieron de los setenta para arriba—sino una modesta posición social, debido sin duda á su escasa fortuna y al aislamiento en que vivieron. Habitaban, con efecto, una casita de campo, como á doce cuadras de distancia de la citada población; y los diez almudes de tierra de labranza, ó pan llevar, que allí poseía D. Pedro, cultivados con esmero por éste, su mujer y sus cinco hijos,—tres varones y dos hembras,—apenas si daban lo necesario para el sustento de la familia y para cubrir desnudeces.

La educación de los esposos Cogolludos, como ordinariamente acontece con la gente campesina, fue ninguna, y la que dieron á sus hijos tampoco excedió en calidad ni en cantidad. Nuestro Simeón, que era el hijo mayor y con el que más esmero se había tenido, á los veinte años apenas había estado unos pocos meses en una escuela de primeras letras, y los otros ni aun eso. Los conocimientos de mi compadre se reducían, según su propia confesión, á leer muy despacio, y con *sonsonete*, en letra

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de molde, y á firmarse en gruesos caracteres, tan mal hechos, que ni el mismo autor los entendía; y hasta ahí llegaba, pues en contabilidad, no pasó de guarismos y no alcanzó ni á sumar. En religión, la cosa no fue del todo mal: sabía bien el rosario de la Santísima Virgen con sus misterios gozosos y dolorosos y demás arandelas, y la doctrina del Padre Astete la recitaba *ad pedem literæ* y con todas sus preguntas y respuestas. Esta última parte de los conocimientos de D. Simeón dejaba mucho qué desear, pues supe, por relación de él mismo, que de todos esos sólidos fundamentos de nuestra fe, él no comprendía palabra, reduciéndose á recitar de memoria como un papagayo. Sin embargo, aun así, y siendo esos conocimientos tan imperfectos é incompletos, me parece que esa semilla tan mal sembrada en el entendimiento de nuestro héroe por sus cristianos, aunque ignorantes padres, valía mucho más que el criar los hijos en la atmósfera de incredulidad y de burla que se hecho tan de moda á pretexto de huir del fanatismo. Pero si la educación literaria, religiosa y científica de mi compadre no era de envidiar, no podía decirse lo propio de la física: manejaba con suma destreza una yunta de bueyes, y para hacer un surco recto y con prontitud nadie le llevaba ventaja y pocos le igualaban. Luchaba admirablemente; saltaba como un gamo; y en cuanto á fuerza muscular, basta decir que derribaba una mula de un pescozón, tan fácilmente como si se tratara de un corderito, y que alzaba en un solo dedo seis arróbas y hasta más.

D. Simeón fue en sus mocedades, según lo reza la crónica, lo que se llama un buen mozo, y aun en estos últimos tiempos daba muestras claras de

ello, si bien los años, como es natural, habían borrado muchas de esas huellas. Alta estatura; cabeza grande y bien cubierta; ojos también grandes, negros y expresivos; frente ancha y despejada; la nariz un poco achatada, pero no fea; boca de labios gruesos muy graciosa, en la cual vivía como en su casa una sonrisa de hombre satisfecho; y dentadura bastante buena, la cual conservaba casi completa hasta estos últimos años. Agréguese á esto un cuerpo enhiesto y un aire resuelto, como quien dice: "Conmigo no hay amelias", y se tendrá un tipo muy interesante y digno de ser estudiado. Para concluír este ligero esbozo, conviene hacer notar que si intelectualmente mi compadre no era un genio, tampoco se podía decir con justicia que fuera un tonto: veía con mucha claridad las cosas, tenía una comprensión fácil y pronta, y su criterio era generalmente recto.

El *primo* de mi mujer, ó nuestro *primo*, como solíamos llamarlo en ocasiones, ó cuando el caso lo exigía, fue hasta los veinte años un buen muchacho, y éstos los cumplió precisamente en 1850. Hasta ahí toda la actividad de su juventud la había dedicado exclusivamente á ayudar á sus padres en las tranquilas labores del campo; y ya puede uno imaginarse cuán útil no les sería, contando con tan buenas prendas, tanto físicas como morales; y digo morales, porque Simeón había sido hasta entonces, y en toda la extensión de la palabra, un buen hijo y un hombre virtuoso y trabajador. Levantábase al canto del gallo; y á las seis, ya desayunado, cogía el apero y la azada, y al oficio hasta el anochecer; y no interrumpía la labor y la faena, sino para hacer las comidas ordinarias que las mujeres de la casa lle-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

vaban al surco ó al arado. Por la noche, temprano, rezaba el rosario con todos los suyos, cenaba opíparamente en cantidad—que no en calidad—y, después de recibir la bendición de sus padres, se acostaba á buscar el necesario descanso y dormía como un verdadero justo hasta las cinco a. m. del siguiente día. Los domingos oía su misa en la iglesia de Belén, ó en alguna de las de esta ciudad, á donde solía venir aunque no con mucha asiduidad; y vuelto á su hogar pasaba el día en juegos inocentes con sus hermanos ó en acompañar á sus padres—sin que jamás se hubiera permitido la más ligera libertad, fuera de este riguroso programa de vida. ¡Oh tiempos venturosos de paz y de bonanza, cómo pasáis tan rápidamente!

Y así pasaron efectivamente los buenos de mi compadre y vinieron los malos. Las pasiones contenidas se dieron cita como para decir: "aquí estamos"; y, sin saber cómo ni cuándo, dieron al traste con aquella vida sencilla de virtud y de trabajo. Simeón empezó por aburrirse un poco en la soledad del campo, y para distraerse dio en salir con alguna frecuencia á la cabecera de la parroquia. Y como allí encontrara, en compañía de algunos amigos á que se hizo, ocasiones para alejar el fastidio, tales visitas, que al principio fueron nocturnas, acabaron por ser diurnas; y de aquí que las cosas se fueron complicando hasta el punto de que la vagancia abundara y el trabajo disminuyera notablemente. Ahora bien: como es sabido que para una naturaleza virgen no hay cosa peor que empezar ó dar el primer paso en el camino del vicio, y Simeón lo dio, de ahí en adelante ya no hubo valla posible. Asistió á los bailes de *garrote*—por allí no había de

otros—después á las riñas de gallos; luégoá los establecimientos de billar de *pura diversión*, de los que pasó á jugar juegos prohibidos á las escondidas; y últimamente se aficionó tánto á las bebidas alcohólicas que de continuo se mantenía en plena *jumera*, dando así qué sentir á sus padres é introduciendo en el seno de la familia el malestar, la intranquilidad y el constante desasosiego.

Nada le valieron los consejos y amonestaciones de su padre ni los fuertes castigos que éste le daba, ni tampoco los ruegos y súplicas de su afligida madre, pues si á veces volvía arrepentido y solícito al trabajo, pronto se aburría y ojos que lo volvieran á ver. Para abundancia de calamidades no paró en eso todo; hizo más aún: contrajo malas relaciones con mujeres *non sanctas*, y en sus amistades con hombres fue bajando de escalón en escalón hasta llegar á departir con borrachos y *perdonavidas* que lo arrastraron hasta donde no se puede arrimar ni con la pluma. En todo este tiempo de su mayor perdición no habitaba en la casa de sus padres, quienes no se cansaban de llorar su ausencia y ni siquiera volvió á acordarse de que existieran. Se mantenía casi de continuo en los garitos, ó en las ventas de aguardiente de esta ciudad, y cuando no, recorría las poblaciones asistiendo á las llamadas *fiestas*, á donde no iba con otro objeto que con el de beber y jugar.

En el año de 1851 se metió á militar y fue de los pronunciados con el difunto Borrero y de soldado raso peleó en Abejorral y se batió con heroico valor en las tapias del cementerio de Rionegro; mas tan pronto como volvió á ser paisano continuó el mismo género de vida, el que sólo abandonó por algu-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nos pocos días, lo que duró la guerra. Al final del año siguiente se metió en una hondura de más graves consecuencias, como se va á ver. En un baile *bravo* que hubo en la Calle de *La Asomadera*, se verificó una riña ó combate entre varios individuos, siendo jefe de uno de los bandos que se formaron el dicho mi compadre. De ella resultaron como cinco heridos—algunos de ellos de gravedad—y un muerto; entre los primeros se contó á nuestro Simeón, quien recibió una herida en la espalda que le lesionó el pulmón izquierdo. Fue llevado *en guandos* á la casa de sus padres, en donde fue recibido con afecto y ternura por todos los suyos; permaneció allí por algunos días entre la vida y la muerte; pero al fin triunfó su fuerte naturaleza, logrando reponerse, aunque después de cuatro ó cinco meses de agudos padecimientos. Recobrado que hubo la salud por completo, sin que quedara con defecto ni lesión alguna de por vida, pensó, sin duda, D. Simeón en volver á las andadas; y así hubiera sucedido, si la Providencia, que dispone de medios desconocidos, no mete su mano en el negocio y le da un giro que nadie podía esperar.

En el sumario instruído en averiguación de los trágicos sucesos de que acabo de hablar resultó seriamente comprometido mi susodicho compadre como autor de una de las heridas graves que recibiera uno de los contrarios á su bando, por lo cual y sabiendo, por el Corregidor de Belén, que era muy su amigo, que se había dado orden por el Juez del negocio para reducirlo á prisión, sin beneficio de excarcelación, resolvió expatriarse.

Una oracioncita, con su morral á la espalda, que contenía dos *mudas* de ropa, una cobija bogotana y

algo de *bastimento* para el primer día, y *terciándose:* á un lado un guarniel, en el que llevaba unas cuantas docenas de cigarros antioqueños, un avío para sacar candela y dos pesos chiquitos en plata; y al otro, su machete, se despidió de todos los suyos, recibió la bendición de sus padres y saliendo á hurtadillas de su casa tomó camino del Tolima, por las montañas del Sur.

No intentaré seguir á mi compadre por esas lejanas tierras; y sólo diré que después de cuatro años de ausencia, sin que nadie supiera de su paradero, y cuando ya su familia lo contaba como habitante del otro mundo, no habiéndole escaseado los *padrenuestros* que eran de rigor por su alma, se apareció de improviso en la casa de sus padres, en una tarde como al anochecer. Casi se mueren del susto los primeros que lo vieron llegar; pero al fin, cuando se explicó, todo fue contento y alegría. Y cuenta que había más de una razón para ello. D. Simeón volvió muy diferente de como se había marchado. Venía bien vestido, en una hermosa mula, con peón de estribo y con carga de *atillos*, éstos bien provistos, y volvía, sobre todo, con dinero. ¿Cómo lo consiguió y en dónde? Dígalo el diablo, que en eso no me meto; á este respecto sólo se supo, y eso por encima, pues él no profundizó el asunto por más que se le preguntara, que en los últimos tiempos se había establecido en las "tierras de abajo", en donde había trabajado en minas y en otras especulaciones que no particularizó.

Es de advertir también, antes de pasar adelante, que la variación de mi compadre se extendió igualmente á sus maneras y á su conversación, pues tanto ésta, como aquéllas, se habían pulido y refinado un poco, bien que al vuelo se descubría una gran

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

afectación y escasa ó ninguna naturalidad, como que todo aquello era de "paso enseñado". Pero en lo que se notaba un cambio más trascendental en la persona de mi compadre fue en su parte moral, ó sea en sus costumbres: el trabajo y los sufrimientos le habían curado de los vicios, y ya ni jugaba un real ni se tomaba un solo trago.

Mi compadre halló á sus padres vivos, aunque muy ancianos, y tuvo el gusto de socorrerlos y de auxiliarlos, por hallarlos en peor situación de como los había dejado; los demás hermanos, salvo el último, se habían casado, y éste hacía compañía á los viejos y administraba la finca. Tuvo también la satisfacción de saber que su causa por el asunto de las heridas de que arriba se hizo mención no había prestado mérito alguno, y que al calificarse la investigación habían sobreseído respecto á él por falta de pruebas.

A los pocos meses de su regreso arregló mi compadre su casamiento con Dª Catalina Pérez, una joven vecina suya, de muy buena familia; y á poco celebró sus bodas sin hacer bulla ni ruido y sin dar de qué hablar. Aviado de mujer y ansioso de aumentar el capital que había traído—el que no pasaba de unos tres mil pesos—hizo viaje para los "Montes", viaje que verificó inmediatamente, llevando consigo á su Catalina, cuatro buenas mulas, el bolsillo bien provisto y un *negocio* de mercancías que adquirió, parte al contado y parte al fiado. Se estableció en Tacamocho (hoy Distrito de Zea), en donde puso tienda y cambio de oro; y allí permaneció hasta pasada la revolución del General Mosquera, que volvió á este *cañón* trayendo á su mujer, con el aditamento de tres hijos; y en oro en polvo, que

se sepa, algo más de treinta mil pesos de ocho décimos. Estableciósé de firme en esta ciudad, en donde compró casa y abrió *almacén* en grande; y cuenta que desde el principio él y su mujer entraron á formar parte de la *crême* y fueron considerados como gente cogolluda y muy principal.

Mi compadre en su última estación en Tacamocho tuvo sus serios disgustos con algunos de los Jefes conservadores que el Gobierno de Antioquia mandó por esas tierras, en la guerra de 1860; y según él decía, en *compurtos* y expropiaciones, aquéllos lo habían perjudicado en más de catorce mil pesos. (La historia cuenta que le quitaron para bagaje un macho viejo, y que como éste murió, se lo pagaron por el doble de su valor). Por el contrario, se deshacía en grandes elogios sobre las fuerzas invasoras de la Costa, las cuales diz que lo habían tratado con muchas consideraciones; tuviera ó nó razón en sus quejas ó en sus elogios, lo cierto es que mi compadre se persuadió por allá de que ser conservador en estos países no es un buen negocio, y por lo tanto se *volteó* en toda regla. Debo sí manifestar, para descargo de mi conciencia, que el liberalismo de D. Simeón era de los más inocentes, si los hay. ¿Mandaba el Dr. Berrío? Santo y bueno: ¡un gobernante superior! ¡daba garantías á los ciudadanos! ¡manejaba con pureza los intereses públicos y protegía nuestra santa religión contra las persecuciones de los impíos! Así exclamaba con toda buena fe. Vino después un cambio de política con la revolución de 1876. ¡Magnífico! volvía á exclamar. ¡Las libertades públicas reconquistadas!; ¡el progreso indefinido!; ! el triunfo de la democracia!; ¡la guerra al fanatismo!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

No obstante, en estos entusiasmos solía lamentarse de que colocaran en los puestos públicos á individuos que no fueran de sangre pura española.

El cambio de instituciones de 1885 lo encontró muy metido; pero á él se le dio poco. Con ayuda de buenos padrinos logró arreglar en términos satisfactorios el empréstito Betancourt; pagólo religiosamente, y á paz y salvo con los vencedores, quedó contentísimo, y continuó sus negocios como si nada hubiera pasado. Hablaba, eso sí, y siempre que se ocurría, "de nosotros los liberales de orden", y se contoneaba con orgullo.

En los tiempos á que vengo refiriéndome ya mi compadre había logrado establecer la mayor parte de su familia, que por cierto era numerosa. De diez hijos habidos en el matrimonio con mi comadre Cata (así la llamábamos sus íntimos), siete mujeres y tres varones, tenía en el santo estado seis: cinco de las primeras, cuyos nombres omitiré por no ser necesario darlos á conocer, y el primogénito, Ricardo, nacido en 1857. Sólo le restaban por colocar dos varones llamados Amadeo y Carlos Enrique, aquél de veintiún años y éste de quince, y dos doncellas, Sidora [Isidora], de diez y nueve, y Pachita (Francisca), de diez y siete. Por demás estará advertir que abundaban los nietos; y que todos esos enlaces matrimoniales, preparados con cálculo y hechos con gente de peso, habían elevado considerablemente la posición social de la familia Cogolludo y extendido de la propia manera sus relaciones; sobre todo, si se tiene presente que la fortuna de mi compadre, según pública voz y fama, se pasaba de los trescientos mil.

Conste también, como detalle importante, que

en 1870 mi compadre hizo un viajecito á Europa, de donde trajo un buen *negocio* francés é inglés; ropa á la *dernière* de París para él y todos los de su casa; y muchos conocimientos prácticos que mucha falta le hacían. Resta manifestar que D. Simeón, en la época en que el lector da con él, era un hombre que había aprendido muchas cosas: había mejorado notablemente su letra, escribía con buena ortografía y su redacción era suelta y fácil; sabía algo de francés, al menos para traducir; y su propio idioma, el español, no lo hablaba del todo mal. Pero en aquello en que más sobresalía—así lo creía él de buena fe—era en asuntos económicos y de finanzas, en los cuales disertaba con tánto aplomo y tan excátedra, que generalmente sus contertulios lo oían abismados; y nadie se hubiera atrevido á contrariarle, y así le hubiera ido al que lo intentara.

Hasta aquí he tratado de exhibir la faz brillante de la vida del Sr. Cogolludo, ó sea aquella que nos lo presenta como un hombre que degradado por los vicios, obtiene al fin una espléndida victoria sobre sí mismo, logrando, á fuerza de trabajo, de privaciones sin cuento y de esfuerzos casi sobrehumanos, el llegar á colocarse en la sociedad en una posición altamente honrosa. Tócame ahora lo más penoso de la labor, cual es el de mostrar el reverso de la medalla, cosa que en verdad es dura para mí, pues arriesgo á que se me juzgue con severidad y que se me dé el calificativo de ingrato. No obstante, no desistiré de este segundo propósito, pues si por timidez ó por consideraciones de otro orden omitiera esta parte, el presente capítulo carecería de interés, ó al menos, desaparecería uno de sus objetos, el de enseñar.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Debe saberse, y creerse también, porque lo que voy á decir lo sé de muy buena tinta, que el edificio que acabo de pintar, tan esmeradamente construído y tan artísticamente adornado, adolecía del propio defecto que afectaba la estatua de varios metales de que nos hablan los libros santos, á saber: carecía de solidez en sus cimientos, los cuales no eran de piedra sino de arena. Ciertamente, el Sr. Cogolludo conoció á tiempo el abismo en que se hundía, hora por hora, é hizo un grande y meritorio acto de voluntad para salir de él; pero, hay que confesarlo, en las sinuosidades y ortigas del camino dejó desgarrada la vestidura de la inocencia y de la simplicidad del corazón. Más puede decirse: esa conversión de carácter enteramente mundano no fue fundamental, y esto porque en el ánimo del convertido obró como agente principal, ó como estímulo, no el sentimiento del deber y el verdadero arrepentimiento por haber pecado, sino la idea del cálculo y de la fría especulación. Mi compadre, con su claro talento, comprendió pronto, pronto, que el camino que llevaba lo conduciría necesariamente, y sin rodeos, á las estériles tierras en donde habitan los desheredados de este mundo; y como no era eso lo que él deseaba, ni tampoco se sentía con vocación para pobre ni para sufrir, resolvió dar media vuelta á la derecha para dirigirse al país de las riquezas y de los honores, á donde en efecto llegó como ya lo hemos visto.

Cualquiera me dirá que tanto vale lo uno como lo otro, si por ambos caminos se llega indistintamente á un mismo fin, á la rehabilitación; pero al que en tal cosa creyere, yo le diré que anda errado de medio á medio, por cuanto que hay rehabilitaciones

que, por más que brillen, son moneda falsa; y si bien puede creerse que para algo sirven—pues peor sería el encenagamiento en el vicio,—siempre habrá motivo para desconfiar del rehabilitado. Pongamos por ejemplo á mi susodicho compadre. D. Simeón fue un hombre reconocido como el más cumplidor de sus compromisos, y sin embargo, yo me atrevo á dudar de su probidad, si se tratara de la devolución de un depósito hecho por una persona que ya hubiera muerto, y del cual no tuvieran noticia los herederos del depositante; y asimismo me atrevo á pensar que D. Simeón no daría muchas garantías como miembro de un Jurado, si la condenación del acusado le trajera moletias y sinsabores y enemistades de personas poderosas. En mi concepto, el que por móviles puramente mundanos, ó por simple espíritu de especulación, ó por mera utilidad, es bueno socialmente y cumple ciertos deberes que lo hacen apreciable entre sus semejantes, será siempre, por más que deslumbre á las gentes que se pagan de las apariencias, un árbol enfermo que producirá frutos podridos.

Ya oigo por lo bajo que alguien me hace esta objeción: "Aceptamos las consideraciones generales que Ud. hace sobre la verdadera virtud y las diferencias que establece entre los que la practican de veras y aquellos que la siguen por interés; pero permítanos, D. Ramón, que le preguntemos: ¿le parece á Ud. muy fácil eso de constituírse en Juez para calificar intenciones y para penetrar en el fondo de una alma hasta el punto de decidir qué móviles la empujan? ¿Y piensa Ud. que por su sola afirmación y bajo su sola palabra vamos sus lectores á tener por cierto cuanto nos dice de su D. Simeón,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cuando, por otra parte, todo lo que de él se ve lo presenta como un hombre digno de estimación y de respeto?"

Contestaré la primera pregunta manifestando que yo no he dicho, ni diré nunca, que sea cosa fácil eso de penetrar en las intimidades de una conciencia para juzgar de los móviles de un determinado acto, pues, por lo contrario, estimo que es de lo más difícil; y tan lo creo así, que siempre he sostenido que en tesis general debe pensarse bien de los demás, y recibir como actos virtuosos todos aquellos que aparecen con ese carácter. Pero esto no quita, y aquí va la contestación á la segunda pregunta, que existan hombres-espejos, á quienes se les descubre á leguas el corazón, y quienes en su peculiar naturaleza dejan traslucir, por sus actos y por sus palabras, lo que son en su interior; y uno de éstos lo era el D. Simeón de que se trata.

Ahora bien: como yo lo conocí tan íntimamente y como para mí no tuvo reservas, pude observar que mi compadre, sin ser en el fondo un verdadero ateo ni materialista, tenía acerca de Dios, de nuestra alma y de nuestro fin ideas tan borrosas y tan obscuras, y todo aquello que se relacionaba con los intereses de ultratumba le preocupaba tan poco, que, francamente, bien puede afirmarse que él no se daba cuenta de lo que creía ni de lo que dejaba de creer. Por hábito, por costumbre ó por seguir las instigaciones de su primera educación practicaba ciertos actos de nuestra religión, como oír misa y otros de menor importancia; pero todo tan sin entusiasmo y tan sin fe, que en realidad se veía que hacía aquello más por acomodarse al medio social en que vivía que por otra cosa. Por lo

que respecta á otras prácticas más serias, como confesiones, ayunos &c. &c., hacía años que no las frecuentaba, alegando, para excusarse de sus omisiones, falta de salud ú otras razones semejantes. Sus ideas humanitarias no traspasaban los límites del más puro egoísmo; si hacía el bien, porque lo hacía en verdad, entraba en su ánimo como móvil principal el interés de pasar por hombre filántropo y no por verdadero amor á su prójimo, pues á este respecto sostenía con énfasis que la verdadera caridad consistía en no hacer mal á nadie, y que la caridad activa no producía otro efecto que el de alimentar la vagancia y proteger *sinvergüenzas*.

Con todo lo dicho y con agregar que mi compadre era poco escrupuloso en ciertos negocios, que vendía, por ejemplo, telas ordinarias por finas y hacía otras cosillas por el estilo, no se vaya á creer que he querido pintarlo como un monstruo de maldad, porque se incurriría en un craso error. Nó, señores míos, mi compadre era, como lo son muchos mortales, un conjunto de buenas y malas cualidades. En el fondo había en él mucho bueno, y para no ir más lejos diga cualquiera si por sí solo no revelaba mérito grande en él el haber salido de donde salió por su propia voluntad y sin ayuda alguna. Escudriñando el punto, yo he llegado á esta conclusión: D. Simeón hundió en el fango ambas manos; y por horror al vicio quiso lavárselas y se las lavó en efecto; pero le sucedió que falto de una sólida educación moral y religiosa y por ignorancia, hizo uso, no del jabón puro y perfumado de la virtud, que todo lo destruye, sino de uno que yo conozco, que es puro sebo, y que deja *vivitos* é incrustados en los poros los microbios del mal. Hé aquí todo y no se diga más.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Paso á dar ahora unas rápidas pinceladas para esbozar así á la ligera—tál como lo prometí—algunos de los personajes que han de desempeñar algún papel en el presente cuento.

Mi comadre *Cata* fue en sus mocedades una campesina de las de ruda labor, dedicada exclusivamente hasta que se casó á desempeñar en la casa de sus padres, que eran pobres, los duros oficios de un hogar antioqueño. Sabía, por consiguiente, cocinar, amasar y asar las arepas, preparar masamorra con gran primor y hacer unos frísoles que provocaban al más desganado. Además, lavaba la ropa de la familia y la aplanchaba, molía el cacao, rajaba leña y ordeñaba. En su estación en *Tacamocho* prestó á su marido grandes servicios, pues no solamente le economizó dinero, sino que también le ayudó á ganarlo, como que le asistía la tienda á mi compadre cuando éste se ausentaba á ver las minas, y los sábados y domingos preparaba *tamales, chorizos, mondongos* y *empanadas de carne*, todo lo cual tenía mucho consumo entre los peones mineros y le dejaba un no escaso rendimiento. Físicamente, mi comadre fue una guapa moza, chica, redondita y de andar y porte muy graciosos. Todavía se veía en sus cincuenta y siete mucho que indicaba que mi compadre no la escogió para mujer de puro majadero.

En lo moral é intelectual diré que Dª Catalina Pérez era una señora muy buena en el fondo, cristiana vieja y gran rezandera. No era una águila en inteligencia, pero tampoco escasa del todo. Sucedió, sin embargo, que como recibió una educación muy deficiente y no tuvo quién la dirigiera, cuando vino á ser rica y gente grande y *cogolluda*, se deslumbró

por completo, y perdió el seso. De aquí que abandonara sus antiguos hábitos de economía y de trabajo y que encaramándosele á la cabeza los humos y vanaglorias de los felices de esta tierra, no pensara en otra cosa que en echar bambolla y en darse ínfulas de gran señora. Indudablemente que un marido de otras condiciones hubiera hecho de mi comadre una sa ta matrona como tantas otras de las que tenemos en Antioquia y que son nuestro más legítimo orgullo. Pero ¿ quién podrá dar lo que no tiene ? Así, como estaba, puede decirse que era la obra de su marido.

Los hijos de mi compadre, como producto de tal árbol, eran gentes como naturalmente debían ser, con excepción de *Sidora* que sobresalía en aquel cielo nublado como una estrella de primera magnitud.

Ricardo, el primogénito, una verdadera *pieza :* nacido y criado en la abundancia y á toda leche, no había pensado nunca en las cosas serias de este mundo é ignoraba completamente que para vivir se necesita trabajar. De aquí que toda su existencia, hasta los treinta y cinco que contaba en la época á que se refieren estos sucesos, la hubiera dedicado exclusivamente á los goces materiales, y á vivir de figurín de modas, pasando de allí á otras cosas peores, tales como á jugar y á beber que era un gusto.

Las cinco hijas casadas ni sonaban ni tronaban: mujeres fieles á sus maridos, pero insubstanciales y frívolas.

Arturo ayudaba eficazmente á su padre en sus trabajos y era inteligente y capaz ; desgraciadamente, tan de mal carácter y tan díscolo, que llevaba hilos de parar en mal.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

La Pachita, la menor de las hijas de mi compadre, era un primor en gracia y hermosura; pero tan mal se le había criado y tánto se le había mimado y contemplado, que aquella obra prodigiosa de mi Dios no valía en el fondo tres cominos. Presumida, vana, vacía y tan ajena de conocimientos, aun de los más rudimentales, que era pública voz que no sabía leer ni escribir ni siquiera distinguir en la muestra del reloj, las horas De costura y de lo que constituye el arreglo y menaje de una casa, sabía tanto como de chino. En cambio, tocaba admirablemente el piano; y para vestirse y adornar su persona, que me le echen gallo. ¡Qué habilidad aquella! ¡Con qué gracia y arte colocaba en su hermosa cabeza una flor! Por lo demás, es de advertir que así tan ignorante, era viva de genio, aturdida, ladina, coqueta y traviesa como una ardilla. Con sólo decir que tenía perdidos á más de cuatro y que otros tantos iban en el mismo camino. Entre los primeros estaba mi primogénito Conrado.

Representaba en el hogar de la familia Cogolludo el papel de la mujer cristiana, religiosa, buena, sufrida, trabajadora y complaciente para todos. Sidora, la fea Sidora, de quien nadie hacía caso sino para descargar sobre ella todo el peso de las faenas domésticas Era ella, en efecto, la encargada de la despensa, la que disponía las comidas, la que repartía los *algos* y *cuidaba* las visitas, la que echaba la ropa á lavar y aplanchar, la que asistía á los enfermos y preparaba las medicinas, y en fin, el dedo tropezado sobre el cual cada uno se dejaba caer. Y sin embargo, Sidora vivía contenta, resignada con su dura suerte y pronta á satisfacer los menores caprichos de los suyos.

Diré ahora qué títulos tenía mi compadre y su familia á mi cariño y á mis consideraciones.

En una ocasión, de esas que raramente se presentan en el curso de la vida, tuve yo la oportunidad de prestar al Sr. Cogolludo un pequeño servicio, del cual no quiero hablar por no hacerle perder su mérito. Agregaré sí que él me quedó muy agradecido y que desde ese entonces me lo había retribuído con creces. Más de una vez me hizo préstamos muy oportunos, y llegó á regalarme hasta un *condor*. Luégo me hizo el honor de apadrinar á Blanquita, le regaló vaca parida, y mi comadre, que fue la madrina, obsequió á su ahijada con un vestidito de raso muy bonito y con el ajuar para el bautizo. No paró allí la cosa; mis compadres me tomaron tánta querencia, que su casa estaba abierta á todas horas para mí y para todos los míos, y á ella entrábamos como si fuera la nuéstra; me llamaban su querido amigo, y en suma, no sabían en dónde ponerme. Ya se comprende que todo esto no lo despreciaría yo, pues tales y tan estrechas relaciones con gente tan principal satisfacían en mucho mi vanidad y la de mi mujer. Otro vínculo de unión entre nosotros era el parentesco. Mi comadre y yo veníamos de un mismo tronco, de D. Fermín Pérez Estrada, natural de las Españas, que vino á estas tierras, por allá á los principios del siglo pasado, con el objeto de buscar la vida y con quién casarse. Por otra parte, D. Simeón y mi mujer, según las cuentas que ésta hacía muy ufana, eran parientes muy *cercanos* por lo Costillares; según creo, sus abuelos estaban en cuarto ó quinto grado de consanguinidad legítima.

La casa de la familia Cogolludo, la cual descri-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

bí en su exterior, era, ó es, pues aun existe bien parada, una mansión muy cómoda y lujosa, y todo en ella revelaba la holganza y la riqueza de sus habitadores: salones adornados con preciosos muebles, la mayor parte de ellos extranjeros y á la última moda; alcobas y dormitorios grandes y bien ventilados y provistos del *confort* de rigor; corredores anchos y largos y un patio empedrado con pequeñitos guijarros en forma convexa, en cuyo centro se levantaba una columna de marmol rematando en un inmenso jarrón de lo mismo, en el cual crecía una hermosa parásita: la azucena de montaña. A los alrededores de la indicada columna, y á la distancia conveniente, lucían su follaje, artísticamente preparado, algunos arbustos florecientes de singular belleza. En los pilares veíanse tiestos sujetos con aros de hierro, los cuales contenían cactus, hortensias, alelíes y otras muchas plantas. Por todas partes luz, mucha luz, en arañas, en bombas y en lámparas de petróleo, pendientes de cielos rasos y de soleras. Entre todos los departamentos se distinguía el comedor, pieza amplia, empapelada con colgaduras de paisajes muy curiosos y de suelo tapizado con esterilla muy fina de la China. En su centro, una gran mesa cubierta con blanquísimo mantel de lino, y sobre ella, hermosos fruteros; grandes jarrones de cristal llenos de flores de todas clases; piezas de porcelana para el servicio y anchas bandejas, en las cuales depositaron, con ocasión de los sucesos y para cuidar á los que se quedaban á hacer la fatiga, carnes, pasteles y otras cositas saladas, amén de los dulces y cremas que no escaseaban. En escaparates incrustados en los muros y con alas transparentes, ó de vidrio, quedaba al descubierto, para la admiración de los

visitantes, la bajilla de la casa, abundante, rica, artística, con bastantes piezas de plata, lo más de fina porcelana y el resto cristalería.

Lo primero que al entrar en la casa de mi compadre llamó mi atención fue el sinnúmero de asientos que se hallaban en los corredores: taburetes, butacas, sofás, sillas mecedoras y *betebeés;* y luégo el gran gentío que pululaba por todas partes y la animación que reinaba, semejando todo aquello más á una fiesta que á un duelo. Verdad es que no se hablaba sino á *sotto voce* y que se caminaba en puntillas; pero tales precauciones para no hacer ruido al enfermo parecían tomar empeño en romper aquel silencio que se quería guardar. Allí se encontraban, no solamente los parientes cercanos de mi compadre, como sus hijos, yernos, nueras y nietos que podían hacerlo, sino también muchos de sus amigos y la mayor parte de los vecinos. Era aquella una escogida sociedad en que podían estudiarse con facilidad todos los tipos de la *crême* medellinense.

Yo, sin saludar persona y sin que nadie se apercibiera de mi presencia, me dirigí directamente á una de las alcobas en donde supuse daría con mi comadre Cata ó con Sidora. Hallé á ésta con efecto en una pieza contigua á la en que tenían á mi compadre; la encontré solita, lo que celebré muchísimo, porque así tenía ocasión de saber de verdadera fuente cuál era el estado del enfermo y qué era lo que había pasado. Sidora bañada en lágrimas y llena de profunda tristeza, contestó cariñosamente á mi saludo, y sin esperar á que la interrogara, exclamó:

¡Ramoncito de mi vida, se muere papá! Traté de consolarla como pude; y requerida para que me contara lo sucedido, lo hizo de esta manera:

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Papá sintió desde anoche un ligero malestar y durmió mal; por la mañana al levantarse se quejó de dolor de cabeza; no obstante, se fue para el almacén, y cuando volvió á almorzar se manifestó contento, tomó sus alimentos acostumbrados y parecía que todo había pasado. Volvióse para la calle á la hora acostumbrada y se dedicó á sus quehaceres; pero como á las tres de la tarde lo atacó un fuerte *calofrío* que lo descompuso tánto, que hubo que traerlo en una silla de la "Agencia". De esa hora en adelante tomó la cama y la fiebre le ha subido de tal manera, que á ratos delira. Si Ud. lo viera, Ramoncito, cuán cambiado está, casi ni lo conocería. El Dr. Carvajal, nuestro médico, lo ha visto ya en dos veces y le ha hecho muchas aplicaciones; y tan alarmado se muestra con el estado de papá, que ha pedido permiso para reunir una junta de médicos, la que se verificará dentro de pocos instantes; creo que por allí habrá ya algunos esperando.

—Esta sí que está, Sidora, le contesté; y dígame ¿qué han pensado de confesión y testamento? ¿Han mandado por el sacerdote y el Notario? Ante todo conviene que arregle su alma y después sus negocios. Estas cosas no deben dejarse para las *diez de última*.

—En esas estaba yo pensando, Ramoncito, pero aquí en casa no se puede mentar Cura ni confesión, porque de mamá para abajo se ponen furiosos. A Ricardo le hablé esta tarde sobre el particular y casi me come y acabó por decirme beata entrometida. A Ud. lo estaba yo esperando para que, como persona de juicio y de nuestra intimidad, se interese para que no dejen morir á papá sin confesarse. Esto sería para mí la peor desgracia, más que la de perderlo.

Cuando en esta plática estábamos Sidora y yo, entró mi comadre, que salía de la pieza del enfermo, y como oyera lo que acababa de decir aquélla, se dirigió á mí y sin saludarme, y sin más preámbulo me dijo:

—Bueno, compadre, ya me figuro las que Ud. está tramando con Sidora, y por lo mismo le prevengo que *cuidadito* como va Ud. á mentarle nada á Simeón de confesión y de hacer testamento. Yo lo conozco á Ud. mucho y sé lo *rigorista* que es, y sé también que arriesga á matármelo. El no tiene sino un ligero resfriado, por más que diga lo contrario este *alaraquero* de Carvajal que siempre está viendo *gravedades* para después darse ínfulas de que salvó al enfermo; pero si Ud. se sale con las suyas, como de costumbre, y le hace comprender á Simeón que está grave, segura estoy de que se nos muere del miedo, tan nervioso es él así.

Cuando intenté interrumpirla para hacerle algunas objeciones, apareció Pachita, y de buenas á primeras se lanzó sobre mí diciéndome:

—¡Ah viejo canoso! ya sé á qué viniste. Apostara algo á que estás tramando con la beata de Sidora para matar á papá. Sí, mamá; si le hacen caso á Ramoncito y traen el Cura, lo matan, sí, lo matan.

—Pero comadre, pero Pachita, les contesté, cálmense un poco y vean las cosas con toda seriedad y por su verdadero punto de vista. Quiero creer que, como dice Ud., comadre Cata, mi compadre no tiene una enfermedad mortal, y que pronto se pondrá bueno. ¿Por eso perderá algo por reconciliarse con mi Dios y con arreglar sus negocios? Creo que no.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Ahora, supongan, por el contrario, que por desgracia se muere, ¿podrán Uds. consolarse con haberlo visto salir para ese viaje tan largo, de donde no se vuelve, sin que tuviera arreglados los negocios de su alma? Contéstenme con franqueza y sepan de una vez que si yo meto mi cucharada en estos asuntos, lo hago por cariño á mi compadre Simeón y á Uds. y de ninguna manera por interés.

—Así lo creemos, dijo mi comadre, y aunque vemos que Ud. tiene razón no nos resolvemos á darle gusto, porque nos da miedo.....

Casi puedo asegurar que mi comadre iba á ceder á mis instancias, y que Pachita ya no hacía repulsa; pero en eso llegó Ricardo, y como se impusiera de lo que tratábamos, echó á perder todo lo trabajado con sus baladronadas, con sus burlas y con la autoridad de que estaba revestido como hijo mayor.

En dos palabras nos dijo que él no permitiría que fueran á alarmar á su padre, quien era muy susceptible, y que se le causaría una gran impresión si se le daba á entender que estaba grave; que por lo demás, él, aunque no creía en la eficacia de la confesión, no se oponía á que se confesaran los católicos ni tampoco á que lo hiciera su padre, si lo deseaba; pero que la cosa no corría afán y que tiempo había de sobra para pensar en ella.

Sidora volteó á mirarme con ojos de angustia; y en esa mirada, tierna y compasiva, me dio á conocer cuánto era lo que ella sufría con esa manera superficial y frívola de los suyos y con el peligro en que ponían la salvación de su padre. Yo, envalentonado con tal mirada, quise volver al ataque para destruír la obra de Ricardo; pero éste y su madre, de mal

modo y con imperio, me dieron á entender que bastaba lo dicho y que no me permitirían pasar adelante.

Hube de someterme triste y humillado; y para consuelo solicité permiso para entrar á ver á mi compadre, el cual me concedieron, pero obligándome á guardar silencio sobre el relacionado asunto que había sido materia de discusión.

Seguido de mi dicha comadre y de Sidora penetré en la cámara del enfermo; y aunque la luz estaba un poco amortiguada pude, al primer golpe de vista, ver á éste que, en una rica cama francesa de madera, con enchapados de caoba y embutidos de marfil muy laboreados, se hallaba extendido de largo y de espaldas, cubriéndolo hasta la mitad del pecho una colcha de damasco *carmesí*. La cabeza la apoyaba en dos grandes almohadones muy adornados con *metidos* y *franjas*. Su respiración era anhelante; tenía los ojos completamente cerrados, y parecía que no se daba cuenta de lo que pasaba á su alrededor, pues ni siquiera notó nuestra llegada.

Me acerco al borde del lecho; y qué es lo que observo ¡Dios de mi vida! Aquel cuerpo extenuado, sin fuerzas y desfigurado, no podía ser el de un hombre, como el que yo había visto poco antes, lleno de vida, de salud y de vigor; y, sin embargo, era preciso convencerse de que un cambio tan inesperado como trascendental se había verificado en mi compadre Simeón. ¡Oh vanidad humana! ¡Cómo desaparecerías si el hombre en lugar de estar ocupado en lisonjear sus pasiones, presenciara, día por día, cuadros de esta especie para persuadirse de su debilidad y de su miseria! Tántas ilusiones, tántos ensueños de felicidad, tántos castillos en el ai-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

re, ¿ qué son en realidad? Flores de un día y nada más.

De aquel atleta, de aquel D. Simeón que yo he pintado de joven y que de viejo era todavía una naturaleza vigorosa y fuerte, no existía sino una sombra: semblante cadavérico, ojos hundidos, pómulos salientes, labios caídos y una mirada vaga, turbia é insegura.

Sidora se le arrimó cerca al oído y con voz bastante fuerte le dijo:

—Papá, papacito. Aquí está su compadre Ramón que quiere saludarlo. Abra los ojos y véalo; aquí está á su lado. No se dio por entendido, si bien como que hizo un esfuerzo para abrir los ojos.

Entonces mi comadre, con voz un poco más alta, le gritó:

—Simeón, hijo. Vea, aquí está mi compadre Ramón. ¿Quiere saludarlo? En esta vez una chispa de vida pareció reanimarlo, pues de repente se incorporó en la cama, y abriendo los ojos me reconoció al punto y con sus dos manos estrechó con efusión la que yo le tendí.

Díjele en seguida que sentía mucho el mal estado de su salud y que venía á ver qué se le ofrecía y si en algo le podía servir.

—Compadre, me contestó con voz muy débil y entrecortada, le agradezco mucho su interés por mí. Pero ¿ le parece que estoy muy grave ? ¿ Me moriré, compadrito ? Aquí los veo á todos como alarmados, pero yo me siento muy bien: algo de debilidad y alguna dificultad para respirar. Por lo demás, duermo mucho, nada me duele, y hasta ganita tengo de comer.

—Compadre, le dije, como Ud. sabe, yo no entiendo en esto de medicina, pero á juzgar por lo que me cuenta y por lo que se ve, Ud. no tiene nada serio. Algún resfriado, ó quizá la gripa que anda dando muy fuerte.

Pareció quedar D. Simeón muy satisfecho con mi dictamen y volviendo á acostarse quedó en la misma inmovilidad que antes. Me estuve á su lado un ratico y luégo me retiré á dar una vuelta por los corredores para refrescarme, pues me estaba asando de calor en aquel encierro, y también para meditar en lo que debía hacerse para que entrara la razón en aquella familia tan obstinada en consumar la ruina de su jefe, exponiéndolo á la pérdida de su alma.

En los corredores, salones, alcobas y costurero la gente se hallaba dividida en grupos que se formaban y descomponían caprichosamente; no obstante, su tendencia era á reunirse de acuerdo con la edad y las afinidades de cada cual. Por aquí un grupo de señoritas en el que se entremezclaban algunos *pepos;* por allí, uno de señoras casadas con escaso personal de varones; allá uno de hombres casados, de veinticinco á treinta años; mas allá uno de hombres provectos, contemporáneos de mi compadre; y por último, el de las viejas. Olvidaba en el tintero el de los criados, quienes celebraban su sesión en uno de los zaguanes que daba entrada á los departamentos interiores; á éste se habían agregado *ña* Manuela Velásquez y el *mocho* Castañeda, personajes muy conocidos, que como las aves de rapiña huelen á leguas la carne humana muerta ó enferma, y que sin que se sepa el cómo van derecho á donde hay un moribundo ó un cadáver.

En mi paseo por los susodichos corredores encontré primero con la agrupación de *pepos* y seño-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ritas, quienes al pasar yo se ocupaban en una conversación muy animada sobre qué era lo más sabroso y divertido entre un drama ó comedia, una zarzuela ó una ópera. Las opiniones se dividieron, y como no hubo mayoría por ninguna de ellas, se convino en dejar el asunto pendiente y se pasó á ventilar este punto trascendental. ¿Cuál de las zarzuelas puestas en esta ciudad en los años anteriores es la mejor? La mayoría se decidió por *La Tempestad;* pero Pachita Cogolludo y dos de sus adoradores pararon firme y sostuvieron que no había nada igual á *Miguel Strogoff.*

Continuando mi camino oigo que los casados se ocupan en hablar sobre finanzas; y como soy muy aficionado al ramo, me detengo á escuchar á Quintín Duarte, quien en esos momentos decía:

—Señores: Persuádanse de que el país se halla en completa crisis comercial y de que esta angustiosa situación no tiene otro remedio, ó solución posible, que la de que el Congreso próximo se resuelva á echar á la calle unos cien millones en billetes de circulación forzosa. Con esta respetable cantidad se llevarán á término los ferrocarriles proyectados, se aumentará el medio circulante que tánto escasea, y se dará vida y vigor á la minería y á la agricultura.

Tomó en seguida la palabra Camilo Aguirre, el conocido socio de la Casa bancaria de "Aguirre, Sobrino & C.ª", quien dirigiéndose á Duarte dijo:

—Hombre, Quintín: eso que acabas de manifestar revela en ti la más crasa ignorancia en materias económicas y peca abiertamente contra los más claros principios de la ciencia. ¿Conque crees tú que con la facultad que tiene el Gobierno de emitir por

medio del Banco Nacional billetes de circulación forzosa, se ha descubierto la piedra filosofal, y que con una sola plumada seremos una nación rica? Piensa, hombre.....

—Que piense, le replicó Quintín, arrebatándole la palabra, pues sí pienso, y es que tú eres de los majaderos que están creyendo en que la Economía Política es una verdadera ciencia. No, señor; hoy, y pésele á los engreídos economistas, los Gobiernos, con el uso del papel moneda y con la facultad de fijar el precio de la moneda, pueden crear á su antojo verdadera riqueza.

A su turno iba á replicar Aguirre; pero si lo hizo, no se le oyó, porque al propio tiempo fueron tántos los que hablaron, que aquello no se entendía. Yo, por mi parte, intenté meter mi basa, pero luégo dije en mis adentros, "machete, consérvate en tu vaina," y pasé adelante. Y con provecho en verdad, porque en aquel instante las señoras casadas y los señores que las acompañaban emprendieron en una conversación muy interesante de la cual pude enterarme. Trataban, con efecto, de resolver sobre si las mujeres son más necesarias en la conservación de la especie humana que los hombres, ó si, por el contrario, lo son estos últimos. Los argumentos de parte y parte fueron contundentes y decisivos, como que se dijo por las unas que sin mujeres no podían existir hombres y por los otros, que sin hombres no habría mujeres; sin embargo, quedó indeciso el punto controvertido por falta de Juez imparcial que lo fallara.

Seguí mi paseo y al pasar cerca del grupo de las venerables ancianas, en las que todavía se veía una que otra de *cabo* por dentro, costumbre que se

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

lástima que se vaya extinguiendo, Dª Trina Moreno estaba haciendo la apología del *achiote;* D.ª Josefita Argüelles se espaciaba hablando de lo bueno que es el *cacao* con azúcar; y otras matronas se ocupaban en lamentar los tiempos que pasaron, en que las cosas eran tan buenas y todo tan distinto.

En esas oigo que mientan minas en el grupo de los contemporáneos de mi compadre; y como con ellas me tocan generales, me acerco y escucho lo que sobre la materia decía D. Toribio Méndez. Este señor, entendido en este ramo de la industria, hizo á su auditorio una verdadera monografía de la minería, empezando por exponer con toda claridad y suficiencia los diversos modos empleados hasta ahora para extraer los codiciados metales de las entrañas de nuestra avara madre, la tierra, y concluyendo por datos muy preciosos sobre el laboreo de las minas de Porce. Juzgo que la conversación continuaría tan edificante como instructiva; pero yo no me esperé á su fin, porque en ese instante alcancé á ver á los de mi casa que entraban al corredor y salí á recibirlos. Lo propio hizo Pachita Cogolludo tan pronto como advirtió á mis hijas. Fue á su encuentro, con efecto, y ya abrazaba á la una, ya besaba la otra. Al fin asió á su preferida, á Blanca, y llevándola con precipitud la condujo á una alcoba cercana. Allí sentándose en una cama y colocándola en su regazo, le dio un estrecho abrazo y un beso, y le dijo:

—Vení acá, Blanca Pérez, vení acá, indina é ingrata. ¿Conque es decir que si papá no enferma no te vuelvo á ver? Ve, querida, me chocas tánto por maluca que sos, que estoy por matarte á besos.

—Mirá ole, contestóle Blanca, no me culpés, ni

te enojés conmigo; si supieras qué tan atareadas hemos estado! Hemos tenido un mundo de ropa para remendar y muchas cositas de coser para los niños; pero sobre todo, ya sabés que estamos haciendo los trajecitos para el casamiento de Arturo Eduardo, el de mi tío Pedro; y vos, malcriadia, ¿porqué no habías ido? ¿Tenés algún privilegio para que te vengan á ver?

—Ole, por aquí sí que han habido inconvenientes! No te podés imaginar.... pero, en fin, dejémonos de quejas; y ya que estamos juntas, conversemos harto, harto, hasta que nos sepa á cacho. ¿Te quedás esta noche acompañándome?

—Si papá me deja, con toda mi alma.

—Yo arreglo eso con el viejo; á mí nunca me dice que no. Bueno, y ¿qué hay de amores? ¿Cómo marcha lo de José Cano? ¿Por fin lo atrapaste?

—Ole, se me escapó ese pájaro. Creí de todas veras que la cosa iba adelante y que sólo faltaba el que me pidiera; pero cuando menos lo pensé, peleó conmigo, voló y hasta el sol de hoy, ni de lejos. Pero mirá, callate la boca y no digas nada, porque hay otro picando y se asusta.

—Olita, ¿de veras? ¿Y quién es?

—Venite á hacer de las nuevas; apostara algo á que ya sabés. Pues, Bartolo, el de Antoñito Uribe.

—Hum! si lo he comido; me gusta, buen muchacho y de porvenir. Te felicito de corazón.

—Decime vos ahora qué hay de tus cosas con Conrado. El está muy enamorado, te lo puedo asegurar.

—Y ¿qué sacamos con eso? Hai se podrá estar queriéndome toda la vida el *so* bobo y yo, espera y espera, á que le lluevan destinos ó dinero del cielo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

El pobrecito tiene muy buena voluntad y yo lo adoro, vos lo sabés; pero como Ramoncito no lleva trazas de protegerlo, ni tiene con qué, ni él las lleva de coger ocupación lucrativa, el día menos pensado lo reemplazo, por más hermano tuyo que sea.

—No vas á hacer eso, Pacha, por Dios; Conrado se moriría de tristeza.

Muy á mi pesar tuve que dejar de oír el remate de esta conversación que por tántos motivos me interesaba; pero mi comadre Cata me hizo llamar para que le ayudara á instalar la Junta de médicos, los cuales estaban listos. Se extrañará que para tan importante misión se echara mano de mi persona y no de las de los hijos y yernos; pero la extrañeza cesará cuando se sepa que Ricardo el mayor de la casa se había marchado para su club, que Amadeo se ocupaba en galantear á una dama, y que de los cinco yernos de mi compadre no se podía hacer un hombre que sirviera, por ineptos, perezosos é indolentes.

Los médicos convocados y citados para la reunión que debía verificarse esa noche eran ocho, inclusive el Dr. Carvajal, médico de cabecera; y de ellos recuerdo, así por lo pronto, por ser los más conocidos y reputados entre los más hábiles para curar las dolencias de la especie humana, á los Dres. Iriarte, Infante, Cañola y Guarín. Todos concurrieron á la hora señalada con una puntualidad nunca vista; pero hay que advertir que no vinieron solos, y que trajeron otros ocho de sus honorables cofrades, quienes por cariño al Sr. Cogolludo y por amor á la ciencia, se habían ofrecido desinteresadamente (¿?) á asistir á la Junta. Entre estos últimos, que no

mencionaré para evitarme molestias, contábase al doctorcito Manjarrés, recientemente venido de Bogotá en donde hizo sus estudios, el que deseaba, como es natural, poner en relieve sus conocimientos.

Después de saludar á unos y otros y de recibir las excusas de los entrometidos, los conduje al gran salón que se había preparado para el efecto, colocando al rededor de una mesa redonda, que todavía se usaba en ese tiempo, lujosos sillones con asientos, de tafilete unos, acolchonados otros, esterillados esotros.

Luégo que los hube instalado y que los puse á fumar cigarrillos de la Legitimidad, habanos ó ambalemas, según los gustos de cada cual, pues de todo había en abundancia en ricas cigarreras, intenté retirarme como era mi deber; pero Cañola y Guarín no lo permitieron, manifestándome que les podía ser de alguna utilidad, no para darles luz (ellos tenían mucha y también la había en la sala), sino para que les sirviera de órgano de comunicación con el exterior, es decir, para hacerles mandados. Acepté con humildad y buena voluntad mi papel, y me retiré á un extremo del salón á donde pudiera escuchar sin causar estorbo.

La sesión se abrió en seguida, siendo presidida por el decano de la facultad, Dr. Iriarte, á quien se confirió ese honor, como era lo natural. La palabra se le concedió en primer término al médico de cabecera Dr. Carvajal, para que explicara con todo detenimiento el carácter y síntomas de la enfermedad, el estado en que se hallaba el paciente y el sistema seguido en la curación. Carvajal cumplió en efecto con su comisión é hizo una exposición minuciosa, pero tan científica, que, á la verdad sea dicho, de ella yo no entendí palabra; sólo así en con-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

junto y por sobre aquel atropellamiento de términos técnicos, pude llegar á medio comprender que mi compadre estaba seriamente afectado de una congestión pulmonar con tendencias muy marcadas á producir desarreglos en el corazón; que tenía fiebre muy alta, cuarenta grados; que se hallaba sumamente débil; y en fin, que su situación era alarmante.

Enterados los *físicos* del informe de Carvajal guardaron silencio como cosa de cinco minutos, sin duda para encerrar su pensamiento y meditar sobre las graves cuestiones que debían resolver, pasados los cuales, la discusión se entabló, primeramente calmada y seria; pero luégo fueron tántos los que hablaron al propio tiempo, que aquello se volvió un bochinche en el que nadie se entendía. El Sr. Presidente los llamó al orden y al fin logró que se restableciera la calma y el silencio. En seguida se convino en que se procediera en la discusión de la misma manera acostumbrada en los cuerpos colegiados; y para empezar, Infante, con la fórmula de estilo, pidió la palabra, y dijo:

"Señor Presidente, Honorables colegas:

"Con gusto y placer he oído la luminosa y científica exposición clínico-terapéutica que nos acaba de hacer nuestro Dr. Carvajal, médico asistente del enfermo Sr. Cogolludo, y es con profunda pena como me tomo la libertad de contradecirlo en algunos conceptos fundamentales de la tesis que ha sostenido."

A continuación se enredó en una larga disertación sobre las enfermedades del corazón, sobre el paludismo y sobre el sistema *pasteriano;* y últimamente, concluyó por sostener que la enfermedad de mi

compadre no era otra que una fiebre palúdica de carácter pernicioso, y que los desórdenes que se notaban en los pulmones y en el corazón eran simplemente sintomáticos.

Guarín tomó la palabra después y á su vez sostuvo con muy buenos argumentos, que tampoco comprendí, que mi compadre lo que tenía era una *itis*, algo así como una endocarditis infecciosa, lo que hacía aparentemente verdadero el diagnóstico de Infante. Habló luégo el decano Iriarte en apoyo del sistema de Carvajal y éste para defenderse; y hasta aquí llegaron las cosas bien, pues empezó de nuevo una discusión desordenada, "dividiéndose la continencia de la causa" hasta el punto de que se formaron diversas agrupaciones, en las cuales se discutían puntos enteramente distintos.

Entonces, el único que no había proferido palabra en todo el curso de la sesión, el doctorcito Manjarrés, se levantó de un asiento, y en alta voz, que dominó las de los demás, pidió permiso para hablar. Probablemente por la novedad, ó sea por el deseo de oír este nuevo discípulo de Esculapio, todos callaron y el dicho Manjarrés se expresó de esta manera:

"Señores:

"Aunque el último y el de menos en esta respetable reunión de hombres sabios, yo me permito observaros que estamos incurriendo en una irregularidad que no me explico. Según entiendo, ninguno de nosotros, excepción hecha del Dr. Carvajal, ha examinado personalmente al paciente, y de aquí que se puede afirmar, sin pasar por temerario, que en la discusión que hemos sostenido en la presente sesión

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

estamos dando palos de ciego. Verdad es que el ilustrado "médico de cabecera" nos ha suministrado muy importantes datos que no son de desecho, pero no deja de ser cierto que ellos no satisfacen del todo, y que nunca podrán llegar á reemplazar las impresiones que se obtienen directamente por medio de los ojos. En virtud de la expuesta consideración, propongo que inmediatamente nos traslademos á la alcoba del enfermo para que cada cual le examine."

El orador se sentó, y como por encanto sus oyentes exclamaron en coro:

—Tiene razón Manjarrés. ¿Y cómo es que no se nos había ocurrido cosa tan clara?

Y ya se levantaban para marchar á la cámara del enfermo, cuando Carvajal les atajó el paso observándoles que ese examen no se debía hacer así en masa, pues que se arriesgaría á asustar al enfermo y quizá á matarlo. Asintieron también á este parecer y alguien propuso que se suspendiera la Junta hasta el siguiente día, á las siete p. m., y que en todo el curso de éste se le visitaría y examinaría separadamente por cada uno de los médicos, miembros de la Junta. Y en esto se convino definitivamente, á pesar de que yo me acercara y les hiciera presente que tal determinación tenía el inconveniente de que mi compadre no les había hecho escritura pública ni siquiera *documento* en que se comprometiera á esperarlos.

También les hablé de lo conveniente que sería que le manifestaran á la familia la necesidad que había de que el enfermo se confesara y arreglara sus papeles—cada loco con su tema.—La mayor parte de los que me escucharon dijeron qne ellos no se

metían en cosas de *conciencia*, y Carvajal estuvo de acuerdo conmigo, pero manifestó que él no se atrevía á contrariar á la familia, y principalmente á la señora de la casa que estaba opuesta del todo á que se advirtiera al Sr. Cogolludo de la gravedad de su situación. Concluído lo cual, y habiendo dispuesto que Carvajal é Iriarte continuaran de acuerdo encargados de la medicamentación, se despidieron los ilustres sabios y se marcharon para sus respectivas casas.

Cuando salí á los claustros á despedir los médicos, menos á los Dres. Iriarte y Carvajal que pasaron á visitar el enfermo, serían como las diez de la noche, y entonces tuve ocasión de imponerme de que la casa estaba casi sola y de que ya no quedaban sino uno que otro rezagado, entre los cuales contaremos á Conrado, el que si se quedaba no era por interés del enfermo, sino por el de la futura huérfana; á Blanca, que se dio por autorizada para acompañar á Pachita; á los mentados *mocho* Castañeda y Manuelita Velásquez, que á fuer de pasar una noche en casa grande y en donde hubiera qué pescar, andaban dando vueltas y ayudando en todo; á Dª Bonifacia Campero, mujer muy caritativa y santa, sin más defecto que el de quejarse de orfandad á los sesenta años, que se había apersonado como vecina y amiga de la casa en todo lo relativo á calentar alimentos y bebidas en la lámpara; y por último, á los demás habitantes de la casa, menos á Amadeo, que había salido á sus diligencias. Las demás hijas casadas, yernos, parientes, amigos y vecinos se habían marchado, unos antes, otros más tarde, pero todos después de haber merendado. A es-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

te respecto me contó Cándida, al día siguiente que nos vimos—pues ella fue también de las que se marcharon—que el *refresco* (vulgo merienda) había estado opíparo y muy bien servido. Parte de los visitantes se sentaron en la gran mesa del comedor hasta donde cupieron, y á los restantes se les llevó en charolitos á los lugares en donde se hallaban sentados. Era todo lo que se sirvió tan sabroso y provocativo, que mi mujer y las muchachas, que ya habían merendado en casa, repitieron.

La Pachita me condujo al comedor y allí hice mi agosto, pues como se recordará yo estaba con lo encapillado, es decir, con la mera comidita; y como yo no fuera hombre que pudiera repetir el merendar, por falta de buena digestión, fue mucho lo que celebré no haber aceptado la invitación de Cándida, porque. . . . qué diferencia, señores míos, entre aquello y lo de mi casa! Buen café con leche, té con íd., chocolate caucano y *parva* abundante, muy variada y á escoger, desde famosas tajadas de pan con mantequilla, hasta rosquetes de sagú. De sobremesa, dulces en profusión; yo me entendí con uno de higos y papaya que decía *comeme.*

Sacado el estómago de mal año, voló mi pensamiento al lugar en donde sufría mi compadre las angustias de la muerte—porque para mí la situación estaba gravísima—y yéndome detrás de aquél, me entré á la alcoba del enfermo, á esperar una ocasión propicia para ver si lograba hablar con éste á solas sobre el arreglo de su vida. Me estuve allí hasta pasadas las doce; pero todo fue en vano, pues mi comadre Cata no se separaba del borde de la cama, y á cada instante me miraba como en són de desafío y con unos ojos que querían decir "atrévete, entrome-

tido." Dio la desgracia, como lo fue en verdad y como adelante se verá, que los medicamentos que ordenaron darle los Dres. Iriarte y Carvajal le aprovecharon mucho al Sr. Cogolludo, pues á eso de las once el semblante cambió de una manera favorable; la respiración se hizo menos anhelosa, y el sueño más tranquilo, con ausencia completa de manifestaciones delirantes.

Volví á salir á los corredores, conversé un rato con el *mocho* Castañeda, quien me refirió que ya se habían oído ruidos en las pesebreras de la casa y que con toda seguridad era el alma de mi compadre que andaba deshaciendo los pasos. En esas se nos arrima *ña* Manuelita Velásquez y entró á hacernos una narración pormenorizada y completa de la enfermedad y muerte del Dr. Blair. Aquello duró mucho; y como ya se preparaba para hacer lo propio con las ídem del Sr. Obispo Gómez Plata, los dejé para entrarme á una alcoba en donde di con Dª Bonifacia, quien me cogió por su cuenta para lamentarse de su orfandad—quería la buena señora tener padres vivitos á los setenta años. Las lamentaciones dichas me sirvieron, empero, de gran provecho, pues á su són me dormí en una butaca en donde me había sentado, y así pasé toda la noche, sin volver á despertar y sin que nadie se acordara de mí.

Cuando *recordé* eran las siete y media, y ya la casa estaba de nuevo invadida por amigos y parientes. Apenas me levanté de la silla fuime derecho á la alcoba del enfermo y allí supe que la situación favorable se mantenía y que uno de los médicos de la consulta, que acaba de salir, había hecho buena cara. Resolví entonces dar una vuelteci-lla por mi *Oficina* y por casa, y así lo hice, aunque

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

prometiendo volver pronto, como me lo exigieron mi comadre y la pobre Sidora, que en mí ponía todas sus esperanzas, depués de Dios, para la confesión de su padre.

Como á eso de las doce regresé y me empeñé de nuevo en la tarea catequizadora de mi compadre y encontré la misma resistencia. Siempre la misma eterna dificultad de que el enfermo se asustaba y que la noticia lo mataba. Hasta las cinco de la tarde la situación no varió en nada y todo indicaba que la enfermedad, si no disminuía en gravedad, tampoco aumentaba. Durante el curso del día habían visitado al enfermo los médicos de cabecera y los de la consulta y eran tántos los remedios que se le habían aplicado, según las indicaciones que cada cual hacía, que ya no se sabía qué camino coger. De las cinco en adelante se observaron, sin embargo, malos síntomas; empezó á hacerse difícil la respiración; el semblante del paciente fue desfigurándose, y algo muy alarmante se notaba en la situación general. Todo lo cual me impresionó tánto, que me dejé de vueltas, y asumiendo toda la responsabilidad del caso, me decidí á traer un sacerdote, y yo mismo en persona salí en su busca; serían las seis de la tarde.

Dirigíme á la Vera-Cruz y no encontré á nadie que me diera razón, ni al Sr. Cura, ni á su Coadjutor, ni siquiera al Sacristán; salí á la Catedral, la hallé cerrada; fui en seguida á San José, el Sacristán me informó que el Sr. Cura estaba en Envigado y que el Coadjutor se había ido á hacer una confesión al campo, de la cual no había regresado. Decidí como último recurso acudir á los RR. PP. Jesuítas. Hablé con el Superior é inmediatamente ordenó al Padre Almeida que se fuera conmigo y partímos juntos al

instante, más volando que caminando. Llegaríamos á la casa de mi compadre como á las siete—una hora habría gastado yo en mi excursión—y entrámos; pero¡ oh desgracia grande! ya era tarde; mi compadre Simeón acababa de expirar sin más auxilio espiritual que el de Dª Bonifacia que le gritó los *Jesuses* y le ayudó á bien morir.

Cuando ese desgraciado acontecimiento acaecía la Junta de Médicos estaba reunida, y, según me informaron, cuando se les dio la noticia todavía estaban discordes sobre la verdadera enfermedad que mató al Sr. Cogolludo; y por lo que entiendo el punto no está todavía resuelto. Por lo tanto, los profanos en la ciencia tuvimos qué atenernos en ese particular al dictamen de Dª Bonifacia, quien declaró con toda seriedad que en su concepto mi compadre había muerto de enfermedad.

Ahora verá el lector las que me pasan á mí y lo que son las injusticias de este mundo al revés.

Tan pronto como entré á la pieza en donde estaba mi compadre, ya cadáver, rodeado de todos los suyos, que á cual gritaba y se lamentaba más, mi comadre Cata, que acababa de salir de una especie de acceso de locura, me vio, y desasiéndose de todos los que la tenían y le estaban haciendo oler esencias y dándole frotaciones de "agua de Florida", se lanzó sobre mí como una furia, y tomándome de un brazo y suministrándome un furibundo pellizco, me dijo :

—¿Qué venís á hacer aquí, viejo descomedido y el más malo de los amigos ? ¿ No te da vergüenza el haber dejado morir á mi pobre Simeón sin confesión ? De esta falta de caridad tendrás que dar cuenta á Dios.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Comadre, le contesté, tratando de zafármele, no diga eso por María Santísima, ni hable de esa manera en donde la oiga la gente. ¿Ya no recuerda Ud. cuánto fue lo que me empeñé y afané con Ud. y Pachita para que me dejaran traer un sacerdote?

—Sí es cierto, Ramoncito, lo que Ud. dice, pero Ud. no debió hacernos caso, pues era mucho lo aturdidas y *entontadas* que nos hallábamos en el trance tan terrible por el que hemos pasado. ¡Ah cuánto le agradeciéramos hoy el que nos hubiera contrariado! ¿Cómo me conformaré yo con ver morir á mi idolatrado enfermo en medio de todos los recursos sin que hubiera arreglado sus cuentas con mi Dios? ¿Y estos médicos del *diantre* qué es lo que estaban viendo que nada nos dijeron?

Y no fue solamente mi comadre quien me echó la culpa de aquel percance, pues Pachita y otra de las hijas casadas y hasta el mismo Ricardo, aquel que hablaba de que había tiempo para todo, cargaron conmigo. Pero para mi consuelo, Sidora, que muda en su profundo dolor nada decía, me miraba con una mirada que revelaba todo lo que su alma sufría con la estolidez de su familia y con la injusticia de que yo era víctima.

Me escabullí como Dios fue servido y me retiré á otra pieza á esperar que pasaran la tempestad y todos los arrebatos de dolor y de desesperación de aquella gente tan insensata como necia, á quien no se le ocurrió que mi compadre podía morir, sino cuando lo vieron tendido y con cuatro velas.

Siguieron á estos sucesos el aseo y vestida del cadáver y el arreglo del salón, en donde debía instalarse la cámara ardiente. Para lo primero se ocupó al *mocho* Castañeda y á otros dos personajes de la

laya que por allí aparecieron por casualidad (¿?). Para lo segundo, se llamó por expreso al *Mono* Naranjo, quien no dejó que le repitieran la razón; y tan pronto estuvo en la casa del finado, que el cadáver todavía lo encontró caliente; é hizo bien en apurar, pues por allí andaba Mondragón, listo á hacerle la competencia en el oficio. Debo advertir que yo no me ofrecí para el aseo y vestida del *cuerpo*, porque la injusticia de mi comadre me tenía disgustado, y porque desde chiquito le he tenido horror al frío de los muertos y, para decir verdad, ni aun me gusta verlos.

El *Mono*, que en su "Agencia Mortuoria" mantiene ataúdes á escoger, para pobres y ricos, hizo traer uno bastante bueno y de gusto, el cual figuraba una cruz de madera, imitación del natural. En él se acomodó á mi compadre, vestido con su ropita mejor, con guantes y bien afeitado, como quien va para un baile; y cuando el salón estuvo debidamente preparado, se hizo la traslación del cadáver al punto que le correspondía. Con esto, que tuvo lugar como á las nueve p. m., se dio principio al *velorio* propiamente dicho.

No pasaré adelante sin decir algo sobre la decoración de la "cámara ardiente." En este caso, el *Mono* echó el resto, como que había de dónde cobrar y como que lo autorizaron para que obrara á discreción y sin reservas. El gran salón fue desocupado de todos sus muebles, con excepción de algunos de los asientos, que se colocaron inmediatos á los muros; y á éstos se les cubrió en toda su extensión con telas negras y moradas; unas de encaje ó punto y otras de seda, formando con ambas plegados y moños de arte y de mucho gusto. Cualquiera diría

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

que entonces el susodicho *Mono* no había puesto mano en el arreglo; y acertaría de seguro, pues que puso gente de fuera, cosa que él nunca acostumbra sino en casos tan especiales como el presente. El altar ocupaba el costado que da á la calle y contenía una hermosa efigie del crucificado; varias imágenes de santos, ricamente enmarcadas; y algunos jarrones con matas apropiadas al asunto, ó sea aquellas que por su aspecto daban al cuadro un aire de tristeza.

En el centro del salón y perpendicular al altar, una mesa construída á propósito se colocó para recibir la caja mortuoria con su contenido; y á los lados, ocho grandes cirios de cera de olivo antioqueña, ardían, colocados en sendos candelabros de madera, plateados. El altar estaba alumbrado con velas esteáricas, puestas en candeleros de metal con sus respectivas pantallas de vidrio transparente.

Adheridas á los muros veíanse muchas de esas coronas de vidrio ó loza que nos mandan del extranjero; y por todas partes y con especialidad cubriendo el cadáver, lucían enormes coronas de flores naturales, que en obsequio de la familia remitieron los amigos y parientes.

El velorio empezó con los rezos de costumbre, en los que hacían coro ó llevaban la palabra, unas veces Dª Bonifacia, otras *ña* Manuelita, y contestaban las demás mujeres, pues en cuanto á los hombres, no recuerdo que uno solo tomara parte en esas oraciones. Los concurrentes se paseaban en los corredores y se ocupaban en hablar de sus negocios. Concluído el rezo, y cesado un tanto el llorar de los deudos del finado, que ya iban entrando en calma, por aquello "de que no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista", se pensó en los confortativos á "los del velorio", pues antes, con el apuro de la muerte de mi compadre, ni de merendar se había dado. Solamente los dolientes habían tragado uno que otro sorbete ó algunas de las buenas cositas que muchas de las amigas de la casa se habían apresurado á remitir para hacer más llevadera la pena.

En grupos de á cuatro, seis y hasta ocho personas fuimos concurriendo al comedor, en donde cada cual se satisfizo, por más exquisito que fuera, pues había de todo y en abundancia: carnes, dulces, té, chocolate y confituras; y aquello fue un entrar y salir toda la noche, y según creo hubo varios que repitieron y no una sola vez. En cuanto á mí, puedo asegurar sin mentir que una sola ocasión entré, ¿pero para qué más? quedé hasta aquí. (Hágase la señal en el cuello).

Con la digestión de tan abundante cena, que los más, al menos los hombres, salpicaron con buenos tragos de brandy, ron ó vino generoso—que de todo había—vino el sueño; y como á eso de las dos de la mañana ¡qué tendal aquel! Aseguro que si no fuera por los empleados que la Agencia mortuoria puso para reponer las velas, hasta el mismo cadáver lo espantan de *puro* solo. Con sólo decir que todas las camas, tarimas, sofás y sillones estaban atestados con gente durmiendo y que hasta hubo quién se durmiera sobre el tapiz que cubría el suelo de la cámara ardiente, está dicho todo.

Miento: al pie del ataúd y postrada de hinojos, la pobre Sidora rezaba, entre sollozo y sollozo, por el alma de su padre; y de ese lugar no se separó un instante hasta aquel en que los sacerdotes vinieron á conducir el cadáver á la iglesia.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

De las cinco a. m. en adelante empezó la gente á despertar, y empezó la animación y el movimiento, oyéndose de nuevo uno que otro llanto, ya de poco aliento, de parte de algunos de los del duelo. Los espasmos, los ataques nerviosos y las patéticas exclamaciones durarían apenas una hora, y en verdad que fue mucho durar para los tiempos que atravesamos.

A las ocho de la mañana, hora señalada en grandes cartelones, impresos en papel de luto y con letras de oro, que se fijaron en las principales esquinas de las calles, empezó el entierro. Al "salir el muerto de casa" mi comadre Cata y dos de sus hijas casadas se accidentaron, pero les ocurrió pronto el Dr. Carvajal y las volvió en sí. Las demás hijas lloraron y gritaron mucho, pero no pasaron á mayores. Mi mujer y mis hijas ayudaron á la *plañidería*, en todas las ocasiones oportunas, y cualquiera que las viera creería sin esfuerzo que habían perdido, aquélla á su esposo, éstas á su padre; y hasta Conrado ¿quién lo creyera? hizo también su papel, que con toda probabilidad ganó un ciento por ciento en el corazón de Pachita. ¡La gratitud ayuda tánto en estos lances!

La ceremonia fue imponente, no sólo por el lujo y el boato gastado, cuanto por la enorme concurrencia que acompañó el cadáver de su casa á la iglesia Catedral. Abundaron las *posas*, y en cada una de ellas una orquesta muy completa cantaba, en hermosas composiciones musicales, las preces acostumbradas en esos casos por la Iglesia.

Al pisar el umbral del templo la orquesta y los cantores entonaron el *de profundis*, concluído el cual se condujo el cadáver al pie del hermoso catafalco

que en el centro de la nave principal se había preparado. Pero hasta allí llegó el *mundo*, pues la gente toda se retiró al punto y no quedámos dentro del recinto del templo otros que los yernos del finado, sus tres hijos varones, el *mocho* Castañeda y yo; y además los clérigos operantes, los músicos y cantores. Conviene advertir que las cintas de la caja mortuoria fueron llevadas por respetables colegas y amigos de mi compadre, entre los cuales se contaba este humilde servidor.

Luégo que se dio fin á los oficios y que se cantaron las *vigilias*, condujimos el féretro al carro mortuorio, que partió en seguida para el cementerio, tomando la delantera. Detrás siguieron los miembros de la familia y el que esto escribe, en cinco coches que ocupámos solamente; los demás que se habían preparado no hicieron el viaje, por falta de á quién conducir.

Lo que ocurrió después es corto de contar. Llevado el cadáver al cementerio lo metimos de cabeza en el hueco que llamamos bóveda; luégo se tapó la boca de ésta con ladrillos muy cuñados y sobre el reboque de cimento de cal escribí yo con un punzón el nombre y apellido de mi compadre. Hecho lo cual dimos media vuelta y regresámos á la ciudad, los hijos y yernos de aquél pensando en lo que les debía tocar al hacerse la distribución de la herencia; y yo.... en que de aquel hombre tan robusto y lleno de vida, que había visto tres días antes rebozando dicha y contento, sólo existían su memoria, que bien pronto se borraría de entre los hombres, y unos cuantos huesos, cubiertos hoy de carne mortecina, y mañana, con el roer del gusano, unos tristes despojos convertidos en polvo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Concluye aquí en todo rigor la presente novela que parece historia; pero creo de necesidad el dar algunos datos importantes sobre la actual situación de la familia Cogolludo.

Inventariados los bienes que fueron del difunto mi compadre, y satisfechas las acreencias pasivas que no eran pocas, sólo sobraron para repartir entre sus herederos cien mil pesos, de los cuales no quedan hoy ni los restos. Mi comadre Cata, y Pachita, que está aún soltera y que lo estará hasta que muera, por falta de dote, poseen apenas una casita que valdrá seis mil pesos, y tienen qué trabajar para alimentarse y vestirse. Sidora, con los cinco mil pesos que le tocaron, se metió de Hermana de la Caridad, y por tierras lejanas anda. Ricardo, Amadeo y Carlos Enrique se hallan: el primero bebiendo y jugando cuando tiene qué; Amadeo se largó para el Valle del Cauca y no se ha vuelto á saber de él—¡si querría copiar á su *taita!*;—y el último está colocado en una oficina pública, en donde gana cincuenta pesos como escribiente. Las hijas casadas viven todas y lo mismo sus maridos; las unas no están mal de fortuna y las otras ahí van.

Pero se me preguntará: y aquel boato y aquel lujo ¿qué se hicieron? ¿Y qué queda del orgullo y nombradía de familia tan *cogolluda?* Los recuerdos de un tiempo mejor y las humillaciones y sinsabores de los que ni supieron bajar ni subir.

Del capital de mi compadre dieron cuenta, en dos por tres, sus dos hijos mayores que ni sabían trabajar ni supieron conservar.

CAPITULO IX

Las ruinas de Palmira

I

CUENTAN los que saben que en una ciudad de un país lejano existía, no há mucho tiempo, un rico acaudalado, muy buena persona y por añadidura, padre de tres hijos varones; y cuentan, asimismo, que este hombre, viéndose en vísperas de emprender el último viaje, aquél de donde no se vuelve jamás, pensó muy juiciosamente en que no le convenía desprenderse de su cubierta mortal sin tener arregladas sus cuentas con Nuestro Amo y Señor y sin poner en regla sus papeles y negocios. De esta suerte, cuando la *Simpelo* se acercó cautelosamente á su lecho de moribundo, para darle la última mano, ya lo encontró listo y bien preparado para dar el tremendo salto de esta mísera vida á la otra, que no sabemos si será mejor. Así, pues, sólo necesitó él pedirle á su obligada compañera una esperita para bendecir á sus hijos y para decir adiós al mundo y á sus engaños, hecho lo cual. . . . ¡sús! . . . . se fue por ahí derecho y no esperó razón.

Agregan los sabedores de esta verídica historia que el testamento que otorgó el difunto fue objeto de muchos comentarios y que dio mucho que decir, por las singularidades que contenía; y que con especialidad llamaron la atención pública las dos cláusulas

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

que por lo interesantes copiamos en seguida literalmente:

"4ª Instituyo á mis dos hijos mayores herederos universales de todos mis bienes muebles, raíces y semovientes, para que, pagadas mis deudas y hechos los demás gastos de última enfermedad, entierro &c. &c., inclusive los que demanden los sufragios por mi alma, entren á gozar de lo que sóbre en santa paz de Dios".

"5ª A mi hijo menor, á quien siempre he preferido por su buen corazón y su consagración al trabajo, no le dejo bienes de ninguna clase, porque sé que él será capaz de labrarse pronto una fortuna por su propio esfuerzo; pero en cambio, le doy los siguientes consejos para que los guarde religiosamente en su memoria, á fin de que le sirvan de regla de conducta en su peregrinación por este valle de miserias:

"1º No críes en tu casa hijos ajenos.

"2º No siembres en tu solar árboles que crezcan mucho, y

"3º No le confíes secretos á tu mujer".

Aquí termina la historia del buen rico que murió dejando tres hijos varones y mucho caudal; y en este mismo punto empieza la de sus tres inmediatos descendientes, sólo que la de los dos mayores no es conocida ni, según parece, fue escrita; y de aquí que nadie sepa qué fue de ellos ni qué uso hicieron de su dinero. No corrió la misma suerte el menor, pues respecto de éste sí se sabe de cierto cuál fue su vida y cómo la terminó.

Refieren, en efecto, crónicas verídicas y auténticas que al Desheredado (con este nombre se le de-

signó desde entonces), no se le dio un comino por la disposición aberrante del testamento de su padre que lo privó de su legítimo patrimonio, y que, dejando á sus hermanos en el tranquilo goce de sus bienes, abandonó su tierra natal y fue á establecerse por allá muy lejos, en otras regiones, en donde se puso á trabajar de lo lindo; y agregan las mismas que tan pronto como adquirió algún pasar se casó con una bonita muchacha, de muy buena familia y no escasa de fortuna, y compró casa con solar. Hecho lo cual, y lo que no es de creerse, sembró un *tamarindo* en el susodicho solar, y á renglón seguido se hizo cargo del mantenimiento y crianza de un expósito, para llenar el vacío que en su hogar dejaba la esterilidad de su mujer.

Andando los tiempos se vio al Desheredado en un trance de los más terribles, y cuentan que fue el suceso de esta manera: Una sombría y obscura noche de invierno, hallándose en su lecho durmiendo, sintió ruidos en el interior de su habitación y levantándose, armado de un rifle, ocurrió al lugar del suceso y dio con un ladrón que ya huía llevándose algunos objetos del servicio doméstico; trató de contenerlo, para aprehenderlo y quitarle lo robado; pero como el sujeto se le enfrentara de serio y pretendiera defenderse con un enorme cuchillo, se vio precisado á dispararle el arma de fuego y á causarle la muerte. Pero lo malo no estuvo en esto, pues cualquiera comprende que el Desheredado estaba en su derecho, sino, en que aturdido y temeroso de las consecuencias, optó por callarse su boca, por no dar cuenta á la justicia de lo sucedido, y por enterrar el cadáver en su propia casa. No estará por de-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

más advertir que de aquel trágico suceso sólo tuvieron noticia el autor del homicidio y su mujer.

Así las cosas, y cuando todo parecía olvidado, y cuando el héroe de este cuento vivía tranquilo y sin zozobra alguna, hétenme aquí que los enamorados esposos dieron en tener entre sí frecuentes camorras, hasta que llegó un día en que el marido se subió de punto y aplicó á su consorte, en pleno rostro, un famoso *mojicón*. Esta, que sintió en lo más profundo de su alma aquel agravio, se dejó de vueltas y por ahí derecho se fue á dar cuenta á la justicia del homicidio cometido por su marido, suministrando á la vez todos los datos necesarios para la investigación.

Instruyóse al instante el informativo; y como estos sucesos no pasaban en Colombia acaeció que á los cinco días cabales estaba comprobado el cuerpo del delito y acreditada la criminalidad del sindicado, y que á los diez se había condenado á muerte de horca al Desheredado. Incontinenti y sin dar más espera, se condujo al infeliz al lugar de la ejecución, y ¡cosa rara y nunca vista en la ciudad! la horca había desaparecido y el verdugo estaba enfermo y en imposibilidad de funcionar.

El pobre Desheredado empezó á concebir algunas esperanzas de que la falta de tan esenciales utensilios lo libraría de sufrir el último suplicio; pero ¡ay! ellos le resultaron pronto fallidos, como va á verse. De entre la curiosa multitud que lo rodeaba salió un hombre, quien espontáneamente se ofreció á hacer de verdugo en reemplazo del enfermo; y como se aceptara al punto su propuesta, tomó en seguida á la indefensa víctima y llevándola al pie de un frondoso y altísimo *tamarindo* que cerca de

allí existía, lo colgó de una de las grandes ramas de este árbol; y.... pocos instantes después, el Desheredado de marras era alma de la otra vida.

Dejo á la consideración del lector lo que pasaría en la mente de nuestro héroe al tener conocimiento, como lo tuvo de seguro, de que su mujer lo había denunciado; de que aquel verdugo improvisado y tan acomedido era su mismo hijo de crianza; y de que aquel árbol, del cual lo iban á colgar, era el propio *tamarindo* que él sembrara y cultivara con tánto esmero.

II

A este propósito de no seguir consejos, ó de hacer lo contrario de lo que ellos nos enseñan, yo sé de algunos que se han casado martes y que se los ha llevado el diablo; y de otros, que, siendo trece, se han sentado en una misma mesa y que si no les ha sucedido nada por lo pronto, al fin todos se han muerto, uno tras otro. Pero á tal respecto nada tan curioso como la *pejiguera* que le ocurrió á un amigo mío, que Dios tenga en su gloria, y fue la siguiente:

El vate antioqueño y ameno escritor de costumbres, Pedro A. Isaza y C., que á la hora ésta debe de estar habitando la mansión de los escogidos, dio á la luz pública, en un periódico de esta ciudad, muchos años há, un articulito titulado "Las visitas á la *Ilusión*", en el cual refería, con suma gracia y chiste, el cómo á un vecino de su pueblo, que tenía finquita cercana al lugar en donde habitaba con su familia, lo habían arruinado las visitas que de continuo recibía de todos sus parientes, amigos y relacionados; y que habiéndole comido medio lado, en comidas, almuerzos, *algos* y meriendas,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

le empezaron el otro, yéndose algunos de ellos de firme á su casa á mudar temperamento. ¡Estaba tan cerca la finquita! ¡Y era tan fácil y agradable el paseíto! ¡Y la familia era tan amable y complaciente!

Mi susodicho amigo que éstas vio ó leyó, dio y cabó por conseguir casa de campo para pasar en ella temporadas con su familia; y como lograra sus deseos, puso en obra bautizarla, lo que hizo con desusada pompa y mucho jolgorio, y ¿quiere el lector saber cómo la puso? (la finquita, digo). Pues óigalo bien: la bautizó con el nombre de la *Ilusión*. Y ¿qué sucedió después? Casi nada: que á mi lamentado amigo lo dejaron las visitas tan mondo y tan lirondo como al dueño de la *Ilusión* primera, y que de allí no pasó el cuento.

III

Pero hé aquí, amado lector de mi alma, que como el reino de los porfiados tiene muchísimos habitantes, según el decir de los que viajan por allá, y que, como dice el refrán, "nadie escarmienta en cabeza ajena", á un tío que yo tenía, llamado Robustiano Pérez por la gracia de Dios y de su Santa Madre, se le antojó poner á su primogénita el nombre de Palmira, antojo que según parece le nació de haber leído que por esos mundos del Oriente había existido una ciudad muy grande que asimismo se llamaba y de la cual no quedaba ni aun los *higuerillos*. Me contaba mi madre que al tío Robustiano no le valió, para sacarlo de tal capricho y extravagancia, el que le hicieran reflexiones los de la casa, ni que el mismo Sr. Cura se opusiera de firme á poner nombre tan pagano. No, señores. No hubo remedio

humano: pusieron Palmira á la niña de mi tío, y Palmira se llamó la joven y Palmira la mujer. Y tuvo Palmira un fin tan triste, que nada tuvo que envidiarle en esa materia á la misma ciudad su tocaya.

Ahora bien: es la historia fidedigna y edificante de estas ruinas humanas la que hoy me propongo escribir en el presente capítulo; y ninguno vaya á creer que yo he de meterme ni tener dares con la grande y populosa ciudad, en donde reinó aquella desgraciada Zenobía, víctima de la ambición romana. Verá, quien estas líneas leyere hasta su fin, que el tema que he escogido no es extraño al objeto de estas memorias, y que mucho se roza el asunto de que se trata con este humilde servidor del respetable público; y se persuadirá, asimismo, de que en él se hará un estudio bastante importante sobre la mala educación que damos á la mujer entre nosotros.

IV

Señores: ¡qué bella niña era Palmira! Yo la conocí—éramos casi de la misma edad—cuando apenas contaba diez años; y desde ese entonces era un primor de diablito que servía de tormento á los jóvenes y aun á los viejos. Puede decirse que Palmira nació con el raro privilegio de ser el encanto y la admiración de todos los que llegaban á conocerla.

Figúrese el lector una chiquilla delgadita y enhiesta como una palmera; blanca como alabastro; de pelo negro, ligeramente ondulado y abundante; de unos ojos garzos y grandes, tan expresivos en el mirar y tan decidores que no hay qué decir; de una boquita de querubín, en la que vagaba sin cesar una sonrisa picaresca; y por último, de unos piececitos tan diminutos, que casi podría creerse que por los aires andaba. Y agréguese ahora un garbo y una

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

gracia sin iguales en el andar y en el vestir, y un airecito malicioso y provocativo que iba diciendo por doquiera: "aquí voy yo y nadie conmigo se compare", y se verá que no exagero cuando concluyo por afirmar que mi primita era un primor de criatura.

Con tan excelentes cualidades la niñita creció, y pronto, pronto, se hizo mujer. ¡Y qué mujer aquélla! ¡Jesús me ampare! Todos esos encantos, con los cuales la dotó pródigamente la naturaleza, se engrandecieron y se hicieron más y más visibles con el completo desarrollo de aquel sér angelical. ¡Virgen del monte Carmelo! Jamás en mis ensueños de poeta, que los he tenido, por más que no me lo crean, he podido imaginarme una criatura tan perfecta como Palmira Pérez. Ese cuerpecito que de pequeño tenía languideces tan tentadoras, con su crecimiento adquirió formas tan mórbidas y tan provocativas, que cuando allá en mis adentros me la retrato siento unas cosas y unas desazones que ni yo mismo sé de dónde soy vecino. Sus ojos, respecto de los cuales no puede decirse que se embellecieron más, adquirieron, sin embargo, tal expresión, que nadie era capaz de resistirles impasible una sola de sus miradas.

En suma: la prima mía vino á ser á los diez y ocho años una mujer verdaderamente hermosa, con esa hermosura capaz de producir cataclismos y de derribar imperios. Fue admirada y adorada por todos los que la conocían, y llegó á ocupar en la alta sociedad medellinense, y sin disputa, el trono de la belleza. Como era natural, fue llamada con empeño á todos los salones; y no hubo familia, por aristocrática que fuera, que no tratara de solicitar su

amistad, y eso que tío Robustiano no era rico. Apenas había tertulia, baile, sarao ó kermesse en donde no se hallara Palmira desempeñando el principal papel; y siempre rodeada, como soberana reina, de una numerosa corte de admiradores que se disputaban á porfía sus miradas ó una sonrisa cariñosa.

Pero hé aquí, querido lector, que como todo tejido, fino ú ordinario, tiene su revés, Palmira también tenía el suyo, y por cierto no de los más bonitos.

Tío Robustiano, que era un tonto rematado, y su pobre mujer, que no le iba en zaga, no supieron ni quisieron cultivar aquel retoño exuberante con el cual la Providencia Divina bendijo su hogar; y tan así fue, que en vez de aprovechar los talentos naturales de su hija y sus buenas disposiciones, haciéndola emprender estudios de alguna utilidad y aprender alguna industria que le pudiera dar la vida en casos de desgracia, la dejaron crecer como moro sin señor, ó como árbol de virgen bosque, sin cuidarse de encauzar esa abundante savia que rebozaba por doquiera.

Muchas ocasiones le decía yo á mi tía: "Mire tía: no descuide á Palmira: póngala en el Colegio para que aprenda algo", y casi siempre me contestaba aquélla: "Callate la boca, muchacho. A vos quién te mete en esas endormias. Yo sé lo que hago y jamás consentiré en que mi hija, tan bella como es, vaya á enfermarse con esas liturgias que para nada necesita. Entendé, Ramón, que la mujer hermosa con serlo tiene, y le sobran esas literaturas que ahora están tan de moda".

A mi tío también me atreví á hablarle algún día en igual sentido y con las mismas me salió.

De esta manera, si Palmira creció hermosa, lo-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

zana y llena de gracias y atractivos para deslumbrar los ojos de los que la miraban y para revolucionar apetitos, su fondo intelectual era un caos de ignorancia supina, y su sentido moral carecía en absoluto de sólida base. La descuidada educación de aquella joven hizo de ella un figurín propio para servir de modelo á todas las mujeres, pues nadie mejor que ella sabía vestirse y adornarse; pero al propio tiempo la formó tan inútil para las luchas de la vida, como que más adelante la veremos doblegarse como débil caña á los primeros embates de la dura suerte.

Los conocimientos literarios de Palmira, adquiridos en unos pocos meses en que le pusieron maestro en la casa, no pasaron nunca de leer regularmente en ambas letras; de escribir bastante mal una letra patojita, ajena de toda ortografía; y hasta allí llegó, que yo sepa. Ni nociones de Historia Patria, ni de Geografía, ni de Gramática; ni siquiera le enseñaron las cuatro elementales operaciones de la Aritmética, porque diz que le ofuscaba mucho la cabeza á la niña tánto número y podía hacerle daño. Sus conocimientos religiosos alcanzaron á aprender de memoria algunas oraciones que le enseñara su madre, desprovistas, por supuesto, de todo estudio serio sobre la materia.

Con un tan pobre equipaje salió á volar la mariposa; y como comprendiera intuitivamente mi prima que, fuera de sus doradas alas y deslumbrantes colores, algo le faltaba para lucir, le dio por instruírse con la lectura de novelas y se atrapó cuantas pudo haber á la mano; y comoquiera que nadie la dirigiera en el escogimiento de obras, ni ella se preocupara por las calidades de éstas, ya se puede

colegir cuánto daño no harían en una imaginación ardiente y en una cabeza vacía las atrevidas pinturas y los cuadros de vivo realismo de romanceros y novelistas; sobre todo, si se considera que tan perniciosa semilla caía en un terreno virgen y en una naturaleza incapaz de defenderse, por falta de vigor moral, contra los miasmas pestilentes de esa atmósfera saturada de males.

Sucedió, en efecto, lo que natural y necesariamente debía suceder, que Palmira, sin apoyo moral y sin lastre intelectual, no fue capaz de librarse de las saetas del orgullo, de esa innoble pasión, hija legítima del mismo Satanás; y que respirando, instante por intante, el incienso que en aras de su hermosura quemaban sus admiradores, llegó un día en que se creyó superior á todos los mortales y en que pensó ser una especie de semidiosa á quien todos debían completa sumisión y obediencia.

De dulce y afable que era su natural, convirtióse en sarcástica y dura de corazón. Inspiró á muchos de sus admiradores pasión profunda; y cuando, dándoles alguna esperanza, los contemplaba en el colmo del delirio amoroso, de repente los abandonaba con una brusquedad irritante, arrojándolos á los desiertos del desengaño, sin cuidarse de los dolores de sus víctimas y sin dirigirles una palabra de consuelo. Por el contrario, parecía recrearse con la sangre que brotaba de las heridas que ella misma hacía en esos incautos corazones. Por de contado que las víctimas de que vengo hablando los reclutaba mi prima entre la flor y la nata de nuestra sociedad, pues por lo que toca á gentes de inferior calidad, no vaya á creerse que ella les dirigiera siquiera una

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

mirada ni que les contestara un saludo de mera cortesía.

Lo que acabo de exponer pasaba cuando mi prima cumplía veinte primaveras y otros tantos inviernos y cuando la reina de la hermosura y la hija mimada de las gracias se hallaba en el apogeo de su esplendor. La flor abría sus más tiernos, flexibles y sedosos pétalos y ostentaba orgullosa la brillantez de sus más vivos colores.

Por ese entonces el pobre de Ramón Pérez, es decir, el que estas líneas escribe, vino á sufrir en su propia persona los efectos de la arrogancia y de la altivez de la niña Palmira. Y hé aquí el cómo fue.

A fuer de pariente, y más por vanidad de figurar como primo de una señorita tan considerada y de tánta notabilidad, visitaba yo con frecuencia la casa de mis tíos; y como era de rigor, concluí al fin por arder en aquellas llamas, en cuyo suave calor no había mariposa que no se consumiera. Y tan perdidamente me enamoré de Palmira que llegué á volverme loco de atar, y de seguro que al Manicomio mé llevan, si ella no se hubiera adelantado á propinar el remedio á mi mal.

Yo no había desaprovechado ninguna ocasión para manifestar á mi prima cuánto la amaba y ella, que sabía comprender mejor que nadie esta clase de manifestaciones, por mudas que fueran, no había hecho poco en verdad para envalentonarme y para alimentar mis esperanzas; y tan persuadido llegué á estar de que mi amor no se sembraba en tierra estéril, que al fin resolví dar el golpe de gracia y me fui *á fondo*.

Una noche nos hallamos solos en el salón de recibo, sentados uno cerca al otro. El aroma

embriagador que de esa diosa se exhalaba y el efecto maravilloso que en mis oídos producía esa voz tentadora de sirena me dieron el valor que tánto necesitaba para dar el último asalto á la fortaleza, y así fue que, poniéndome intrépidamente de rodillas á los pies de Palmira, la dije:

"Encantadora prima, 'la plus belle de toutes les femmes', yo te adoro. Dime que me amas ó aquí mismo acabará mi vida". El trozo no podía ser más patético, sentimental y claro; sin embargo, Palmira pareció al principio que no lo comprendía, porque se quedó mirándome como sorprendida. Pero como al fin algo leyó en mis ojos, que fueron más elocuentes que mis palabras, se levantó de su asiento y, sin volver á mirarme y sin contestarme una palabra, se dirigió á la puerta y desapareció de mi vista.

Al salir ella á los corredores lanzó una fuerte carcajada y exclamó en seguida en alta voz, como para que oyeran hasta los sordos:

"Este mi primo Ramón Pérez es un tonto rematado ó se está volviendo loco".

Siento decirlo, pero mi prima se equivocó de medio á medio, porque lo que me volví no fue loco, sino cuerdo y mucho. Y en verdad, al contemplar aquel aire altanero, ese tono hiriente y despreciativo, esa falta de caridad y de consideraciones por el hombre que no le había cometido otro agravio que el de adorarla, me persuadí, como por encanto, que mi primita no era la mujer llamada á hacerme feliz, é incontinenti quedé curado radicalmente de todo mal de amor. Cualquiera dirá, con razón, que yo no hice otra cosa que imitar á la zorra aquella de las uvas maduras que no pudo alcanzar; pero aunque así sea, es lo cierto, y muy verdadero, que ya sea

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

por esto ó ya por aquello, yo quedé libre de todo compromiso con mi prima, y que le vivo muy agradecido por no haberme recibido en una nave que se fue á pique.

V

Pasan los años, algo así como cuatro, y Palmira Pérez permanece soltera aún. Muchos son los que la han pretendido por lo serio y otros tantos son los que ella ha desdeñado. Pero en la época á que nos acercamos las cosas se le estaban poniendo malas á mi ilustre prima. Empezó, con efecto, por venir á conocimiento de que había abusado demasiado de su situación, y de que los pretendientes de la alta sociedad se le estaban alejando y que con toda probabilidad algunos de ellos, si no los más, estaban pensando que mujer tan hermosa, tan ávida de placeres y tan vana y mimada sería en el hogar una vorágine que se lo tragaría todo, bien que es de creer que estas verdades no se le ocurrieron á nadie hasta cuando se hizo público que la fortuna de tío Robustiano venía á menos. Fue entonces cuando se pudo decir con razón que "cayó venda".

Dos años más y los pétalos de la hermosa flor empiezan á palidecer y á perder la brillantez de sus colores. No obstante, á los veintiséis todavía era Palmira una belleza, aunque de atractivos de cierto orden; sólo que en su rostro se notaba un algo particular, así como los primeros *descolorimientos* de sus mejillas; y en todo su sér, un no sé qué que no se explicaba, pero que estaba diciendo, con elocuencia abrumadora, que la ley inexorable y terrible de las transformaciones de la naturaleza se estaba cumpliendo rigurosamente en ese sér privilegiado que

después de llegar á la cima de la perfección empezaba á declinar.

Pero el cambio que en Palmira se notaba era mucho más trascendental en cuanto á su modo de ser, pues á medida que ella sentía que sobre su cabeza de reina aparecían blancos hilos de plata y que la dura mano del tiempo cumplía su tarea destructora, su orgullo insensato iba abatiéndose por grados y en proporciones iguales. De fiera, desdeñosa é indiferente tornóse, poco á poco, en afable y cariñosa; y terminó en una verdadera *coqueta*, dejando desde entonces de ser objeto de anhelada conquista para convertirse en conquistadora.

Desde dicha época, en la que debemos convenir entró Palmira en verdadera decadencia, datan los primeros esponsales que ella celebró y continúan los segundos y los siguientes. Empezaremos por el arreglo de matrimonio con D. Fermín Osorio, sujeto muy estimable, aunque un poco entrado en años. Todo iba viento en popa y ya estaba preparado el ajuar y cambiadas las argollas, cuyo uso ya empezaba, cuando, sin saberse porqué, el pájaro voló y no volvió á vérsele á diez leguas á la redonda. Entró á reemplazar á D. Fermín un súbdito de su Majestad británica; pero en este segundo lance también fue desgraciada mi prima, pues éste su futuro murió en el viaje que hizo á arreglar en su patria sus negocios y á traer la fe de bautizo. Varios otros sujetos metieron la *patica;* pero sucedió que la sacaron muy pronto, no valiéndoles el que les dijera, para que volvieran á meterla, que "el perrito estaba amarrado".

A todas estas, tío Robustiano, que se había empeñado en satisfacer á porfía las vanidades de su

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

hija y que en la belleza de ésta fijaba todo su porvenir, cayó por completo en ruina, y acabando con todo lo que le quedaba de su ya escasa fortuna se vio precisado á abandonar la buena casa en que había criado todos sus hijos y á ir á habitar otra muy mal situada. Esta gravísima circunstancia, y la no menos grave de empezar á aparecer en el rostro de la Srta. Palmira unas cuantas manchas, á la manera como las pardas nubecillas empañan á veces el azulado cielo, produjeron en la situación de aquélla un cambio de mucha trascendencia, que ella misma no pudo dejar de notar, por más que trataba de ocultárselo. Observó primeramente, la pobre, que todas sus amigas de la *crême*, que en otro tiempo concurrían á honrar su corte de reina de la belleza, se le iban alejando, unas tras otras, hasta que al fin dejaron de visitarla del todo. Notó, en seguida, que los cachacos que la cortejaban ya no eran de aquellos de la primera clase, sino colegiales y gentes de un orden muy inferior.

Y como á la sazón los años corrían que volaban, Palmira vino á convertirse, de coqueta amable y cariñosa, en verdadera *braceadora*, llegando á un extremo tan increíble, como que ya no pasaba cerca de ella un varón sin que se lo quisiera comer con los ojos, ó le pelara los dientes. Por lo visto que las aguas en donde entonces echara sus redes no eran aquellas puras y cristalinas que creaban los plateados ó dorados peces que de antaño desdeñara, sino unas muy turbias y cenagosas, en donde sólo pelechan *anguillas*, *corronchos* y otros pescaditos de muy mala catadura.

En este camino de decadencia física y social fue descendiendo Palmira con bastante rapidez, más de

la necsaria; y en la misma proporción descendente iban, por supuesto, sus pretendientes. El último que tuvo fue el desventurado mortal á quien entregó su mano, sus desteñidas bellezas y sus carnes, ya maceradas por la acción corrosiva de los afeites y del tiempo; y fue el tal un mozuelo llamado Pepe Cortinas, conocido con el apodo de "El Recortado" y muy notable por sus malas mañas y fechorías. Basta decir que siendo hijo de muy honorables padres no había sido para éstos sino un motivo de vergüenzas y humillaciones sin cuento. En una palabra: Cortinas era un tipo de esos degenerados de la sociedad, buen candidato para una Casa de Reclusión ó para un Presidio, si se apuraban las cosas.

Tocóle, pues, á ese mal sujeto y peor suelto, el sacar á mi prima de ese insondable *chiflón* en donde la pobrecita ya se ahogaba. Verificado el matrimonio, que (aquí entre nós) hizo poco ruido, y al cual no asistí por razones que se cogen al vuelo, perdí de vista á la pareja; y con toda probabilidad no me hubiera vuelto á acordar de los Cortinas, marido y mujer, si ocho ó diez años después no hubiera recibido, un día al entrar en mi casa, una esquelita sin cubierta y en papel no muy limpio, la cual así decía:

"Querido primo:

"Como espero que no me guardarás rencor por lo pasado y como conozco tu buen corazón, me atrevo á suplicarte que vengas á verme; soy muy desgraciada y necesito de tu protección y amparo.

"Tuya,

"*Palmira*".

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

VI

Conviene, antes de pasar adelante en la narración, que hagamos reminiscencias de algunos hechos ocurridos en la familia de mis tíos.

El tío Robustiano á poco tiempo de haber colocado á su primogénita como le fue posible, dadas las malas circunstancias en que hizo el negocio, tuvo á bien abandonar esta vida de penalidades sin cuento y fuese á gozar de otra mejor, mediante la misericordia divina. La tía Toña (Antonia) con sus otros retoños quedó, desde entonces, en una situación muy apurada y fueron muchas las ocasiones en que necesitó ocurrir á la caridad pública para no morir de hambre. Tenía, en verdad, hijos varones, pero todos, á excepción de uno, alzaron el vuelo y éste de nada le servía por su tierna edad y mala salud. La fuerza la hacían la viejecita y Adelaida, su otra hija, quien por haber crecido en los malos tiempos de la familia era una criatura humilde, muy laboriosa y sin pretensiones de ninguna clase, bien que no tenía en qué fundarlas, pues ni era bonita ni graciosa.

Así se hallaban las cosas en la familia de mi tío, cuando, según supe después, reapareció Palmira trayendo, por todo equipaje, un lindo muchacho de siete años y lo encapillado. Es de saberse que á la infeliz hermosa le fue de perros en su matrimonio: su marido, después de maltratarla con frecuencia y de mantenerla de ceca en meca, pues nunca tuvieron reposo, y siempre llena de escaseces en todos los ramos, la abandonó al fin en Cartago, de donde desapareció sin que hasta ahora se sepa qué ha sido de él ni de su paradero.

Volviendo ahora á lo del llamamiento, diré que lo atendí al punto; y ¿cómo en verdad podía hacer otra cosa? Por duro que tuviera uno el corazón no era posible dejarse dominar por el resentimiento y por el amor propio ofendido hasta el punto de denegarse á dar algún consuelo á aquella desventurada. Esa misma noche, en efecto, me presenté en la casa de mi tía Toña; y debo confesarlo: al golpear á la puerta me sentía verdaderamente avergonzado, ó mejor, dominado por el remordimiento, pues desde que aquella gente cayó en tánta pobreza no había vuelto á visitarlos, ni siquiera á averiguar por la suerte que habían corrido; bien es verdad que ese sentimiento desapareció pronto con sólo pensar que así es el mundo y que lo que yo había hecho es moneda corriente y cosa muy usada en mi tierra.

Di con mi tía y Adelaida, quienes me recibieron con amabilidad y cariño y como si yo hubiera sido siempre un pariente y amigo cumplido. Después de averiguar por el estado de su salud y de ensayar una infeliz excusa por mi larga ausencia, fundándola en mis muchos quehaceres y en lo preocupado que vivía, pregunté por Palmira "y yo que miento al ruin de Roma y el que asoma". Abrióse, con efecto, la puerta que de la salita daba á una alcoba y Palmira se presentó en escena y.....¡ Jesús me ampare ! casi me privo del susto.

Cuando yo esperaba hallarme en presencia de una mujer de un aspecto serio y de un semblante entristecido y acongojado, en el cual se vieran las huellas dejadas por los sufrimientos y las lágrimas ; de una mujer vestida con la sencillez y la manera decorosa que su lastimera situación lo requería; y

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

en fin, de una mujer que inspirara el interés y la simpatía que la desgracia hace nacer aun en las almas más recias, héme aquí que me encuentro con una especie de espectro arlequinesco y charro, formado de un montón de trapos y de cintajos de colores chillones y de un zurullo de cabellos que bien se conocían desde lejos, á la escasa luz de una vela de sebo, que habían crecido y nacido en terrenos diferentes, y sobresaliendo entre todo ese conjunto de vulgaridades una cara pintorreada, á la manera como se pintan los payasos en las maromas, y unos ojos negros y grandes, ya opacos y sin brillo. ¿Era este espantajo la misma Palmira delante de quien yo me prosterné de hinojos rendido de amor? Era de dudarlo si al oírla hablar no se persuadiera uno de la identidad entre ambos. El mismo suave acento, la misma dulzura, el mismo timbrado tono. Eso le quedaba de todos sus tesoros de belleza.

Tal fue la sorpresa que experimenté al ver á Palmira, que ella pudo observar la impresión desagradable que su figura me causaba; y un poco mortificada, quizá, empezó por preguntarme:

¿Cómo, no me roconoces? ¿Tan cambiada estoy?

No pude menos que manifestarle, aunque tratando de endulzar la píldora, lo que en realidad sentía; y aunque me pareció disgustada con mi franqueza, trató de disimular y entró en seguida á referirme todas sus cuitas y trabajos, no omitiendo circunstancia alguna importante para hacerme comprender, lo que estaba por demás, cuán dura suerte le había cabido con ese malhadado enlace que, como se ha insinuado en su lugar, llevó á cabo por falta de otro candidato mejor.

Por lo que conversámos después pude imponerme pronto, pronto, de que el modo de ser moral de mi prima y su carácter ligero é insubstancial no habían variado en nada, pues, á decir verdad, Palmira al referir sus padecimientos más lo hacía por interesar y por hacerse heroína de novela que porque en realidad ella se preocupara seriamente de su malísima situación. No; Palmira, así ajada, desteñida, paupérrima y abandonada por su marido, por añadidura, no pensaba en otra cosa que en aderezarse y en componerse para cubrir con artificios y engaños los estragos que los años y los pesares habían causado en su persona. Pero lo malo para Palmira era que siendo sus recursos pecuniarios tan escasos, sus deseos no podían cumplirse ni aun á medias, y que empeñada en esa loca tarea no reparó en medios y echó mano de cuanto trapo viejo le vino á la mano, sin cuidarse, por supuesto, de que en vez de presentarse decente y modestamente vestida aparecía á la vista del público como un tipo ridículo y grotesco.

¿Cómo, me preguntaba yo, es posible que la que ayer no más era la misma gracia en el vestir y la que tánto sabía adornar su cuerpo con refinado gusto y elegancia, sea hoy la mujer *cursi* y ramplona que tengo á la vista?

Como complemento ó resultado de mis observaciones concluí por persuadirme de que este cambio de mi prima, que tánto me admiraba, dependía en gran parte de que ella, como la mayoría de las gentes, no había sabido bajar, cosa que es, por más que no se crea, muchísimo más difícil que subir.

Hé aquí, me decía yo, los efectos visibles y patentes de una mala educación. Si á Palmira se le

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

hubieran inculcado otra clase de sentimientos más cristianos; si se le hubiera hecho comprender que la belleza es flor de un día y que en esta sola cualidad, ó llámese como se quiera, no puede cifrarse un porvenir; y sobre todo, si se le hubiera enseñado algún oficio ó industria que le sirviera de tabla de salvación en la desatada mar del infortunio, de seguro que otra suerte distinta le habría tocado. Así abandonada por su marido, así combatida por las olas de un mar embravecido, hubiera hallado fuerzas de flaqueza en su virtud, y, dedicándose á una vida modesta y de trabajo, podría haber luchado con ventaja contra los embates de la desgracia.

Pero nó; se le dejó crecer abandonada á sí misma y no se pensó nunca en otra cosa que en mimarla y consentirla; y sucedió lo que natural y lógicamente tenía que acaecer: que cuando fue necesario luchar con los malos tiempos y cuando aquella belleza y juventud desaparecieron, esa alma nutrida con tan malsanos alimentos no supo ni pudo dar una sola nota de grandeza y de energía, y vino á caer, no tristemente, lo que hubiera sido menos malo, sino ridículamente, que fue lo peor. Esas naturalezas viciadas y enfermizas, neuróticas por educación, no llegarán á comprender jamás que la misión del hombre en la tierra es múltiple y grandiosa y que en cualquier situación en que uno se encuentre tiene una misión santa que llenar.

De seguro es que si á Palmira se le hubiera dirigido bien y si su fondo moral se hubiera templado en el crisol de las santas doctrinas del cristianismo ella hubiera sido muy capaz de contener á su marido en la carrera de perdición en la cual acabó de precipitarlo con sus exigencias y necedades; pero si sus esfuerzos en este sentido hubieran sido estériles y vanos, al menos le quedaría el consuelo de haber cumplido con su deber, y le habrían sobrado fuerzas y energías para mantenerse en una posición honrosa, y para impedir que su hijo siguiera las mismas huellas de su padre.

Empero, nada de esto sucedió ni podía suceder. Vana hasta lo sumo, indolente, ignorante, inútil como la que más y sin algo sólido en la cabeza, sus talentos y sus gracias naturales de poco le sirvieron; y así vamos á ver que prefirió á una vida de abnegación y de resignada modestia los locos devaneos y la inacción estúpida de quien intenta vencer en la lucha por la vida sin poner los medios para ello. Hizo algo peor todavía: no llegó á persuadirse de que sus bellos días habían pasado; y, como ya lo hemos narrado, terminó por caer en el ridículo más grande con la manía de emperifollarse y adornarse como una joven.

VII

Me despedí de Palmira y de todos los de la casa, no sin dejarles algunos auxilios pecuniarios para limpiar mis descuidos anteriores, y no sin dar á mi prima algunos consejos muy prudentes y edificantes, los cuales, según pude persuadirme después, por un oído le entraron y por otro le salieron.

Bastantes días pasaron sin que yo tuviera noticias de nuestra heroína de marras; y, debo confesarlo, ya hasta se me estaba olvidando. ¡Se olvida tan pronto aquello que no nos interesa! Mas cuando menos lo esperaba compareció, sino en persona y en carne y hueso, sí por escrito. Recibí de ella

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

una esquelita en la que me pedía prestados veinte pesos de ocho décimos. No tenía para tanto y le mandé diez. Días después me exigió otro préstamo, siempre por escrito, de quince pesos de la misma moneda y le remití siete. A la semana siguiente limitó su exigencia á cinco duros, y siguiendo el mismo sistema adoptado le di la mitad. Pero comoquiera que las exigencias de dinero se sucedieron, aunque siempre en proporción decreciente, llegó un día en que la contentara con diez centavos. Ultimamente, la cosa iba tan á lo largo que yo terminé como lo hacen todos los amigos en semejantes ocasiones y me denegué en absoluto á darle un medio más.

Transcurrido algún tiempo volví á verla en misa, y pude observar que se hallaba vestida con un traje de raso negro, muy vistoso y de muchas arandelas—regalo de una de sus viejas amigas que lo había abandonado por ser de moda pasada—y que llevaba puestos una pobre y vieja mantilla que hacía un deplorable contraste con aquél, y flores en la cabeza y otros adornos de pésimo gusto. Todo el mundo se fijaba en ella para reír á su costa y la tonta creía, tan ciega la tenía su necedad, que ella era el objeto de la admiración pública.

Supe, por los mismos días, que los *petardos* de mi prima no eran dirigidos á mí únicamente y que, por el contrario, sus victimas se contaban por millares. Me informaron, asimismo, que en esta materia de vivir de lo ajeno había adelantado tánto que hasta un calendario de las familias llevaba para pedir dinero en *los cabos de año* de los difuntos, en los cumpleaños de los vivos y en cualquier otra fecha memorable. Y tánto usó y abusó de sus antiguas relaciones, que al fin se vio abandonada de todos y en la necesidad de descender en la escala social hasta un lugar en donde ya no se le volvió á ver ni á notar. A todas éstas el mimado de su hijo creció y se hizo hombre; pero en lugar de encontrar en este muchacho mal criado y mal *sujeto* un apoyo para su miseria y orfandad, tuvo que ocurrir á sujetarlo de veras en un cuartel, en donde hoy se halla á gusto y contentamiento de los que lo conocieron y supieron estimar en lo poco que valía.

VIII

Llegamos por fin al deseado término de esta verídica historia; y para concluírla, como se debe, diré al benévolo lector, que hasta este punto me haya acompañado, que hará unos tres ó cuatro meses que volví á dar con mi heroína. ¿En dónde? ¿Quiere saberlo? En la Casa de mendigos de La Ladera la encontré una tarde, en que como socio de San Vicente me tocó visitar ese Establecimiento. Allí fue recogida por caridad y por desvalida; y allí vive, siempre de balde; pero tan *arruinada*, que son tortas y pan pintado la situación en que se halla su tocaya, la Palmira histórica, con esta diferencia, sí, que de ésta quedan los recuerdos gloriosos que para siempre vivirán grabados en la memoria de los hombres y quizá monumentales ruinas dignas de admiración y de respeto, mientras que de aquellas ruinas de carne y hueso no quedará otra cosa que los escombros de una belleza mal aprovechada y peor servida.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

BIBLIOTECA
Jerónimo Cardona V.
MEDELLIN

CAPITULO X

Colás

I

HASTA dónde alcance la parte material del hombre á ejercer influencias sobre su parte espiritual y, al contrario, ésta sobre aquélla, nadie lo sabe. Pero lo que sí se sabe de cierto es que en ese sér, que asimismo se llama el rey de la Creación, existen dos elementos distintos en su naturaleza, los cuales, á pesar de su estrecha unión, viven en constante lucha, tratando cada cual de ellos de predominar sobre su obligado compañero. Los resultados de ese constante batallar, que sólo termina con la muerte, son á veces tangibles y manifiestos, y otras, aunque reales, permanecen invisibles á las miradas del más experto observador.

En lo general se nota que á un cuerpo sano, robusto y bien conformado corresponde una alma equilibrada, con funciones regulares; y que un cuerpo enfermizo, contrahecho ó de escasa vitalidad, sirve de incómoda morada á un espíritu apocado y frío y nada inteligente. Si estudiamos estos fenómenos por su opuesta faz, observaremos que las tristezas del alma y los dolores morales refluyen directamente sobre el organismo físico, y hasta el punto, en algunas ocasiones, de llegar á romper el *Trait d'union* que llamamos vida.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

La regla que acabo de sentar tiene, sin embargo, sus excepciones muy notables, no siendo raros los individuos que la desmienten. ¿Quién no ha observado, con efecto, que hombres bien conformados y de aspecto agradable llevan dentro de sí almas estólidas, mientras que otros organismos humanos de repugnante aspecto y mal configurados encierran un espíritu inteligente y vigoroso? ¿Serán las almas desiguales en cualidades de inteligencia, voluntad é imaginación? No lo creo, y de ello estoy seguro, como que para mí las diferencias que he anotado dependen, más que todo, de desequilibrios entre los dos elementos que componen el organismo humano y de imperfecciones en los medios que el alma tiene para comunicarse con el exterior.

Las expuestas observaciones nos llevan naturalmente al conocimiento de las siguientes verdades: 1ª Que las relaciones entre la materia y el espíritu no son conocidas y que hasta el día de hoy no se ha podido sujetarlas á reglas fijas é invariables; y 2ª Que todavía es un problema, indescifrable á la razón humana, el cómo funcionan en su íntimo contacto el cuerpo y el alma.

La ciencia de los esculapios antiguos y modernos ha sido impotente para señalar los límites entre la cordura y la locura; y, asimismo, lo ha sido para señalar, en la generalidad de los casos, qué causas físicas producen alteraciones y desequilibrios intelectuales. Hay más: el mismo escalpelo del cirujano se ha empeñado en vano en buscar en el cerebro de los locos rematados la causa de sus trastornos mentales; y digo en vano, porque en la mayor parte de las autopsias practicadas con tal objeto no se ha hallado ni una sola huella física que corresponda

á la enfermedad del espíritu del paciente. Se sabe también que los frenólogos, con sus teorías sobre las concordancias entre lo físico y lo moral, y los lombrosianos, con las suyas sobre el hombre criminal, no han dado un paso adelante más allá de lo conocido.

Pero sea de todo esto lo que fuere, y dejando á cada cual que piense lo de su gusto sobre tan arduas, como escabrosas, materias que yo no pretendo ni intento profundizar, debemos estar persuadidos de que Dios, nuestro Creador, en sus inescrutables designios, ha establecido esas desigualdades al repartir sus dones en cantidades y proporciones diferentes, como que á unos ha hecho altos, robustos y hermosos, y á otros, todo lo contrario: pequeños, enclenques y feos; á unos inteligentes, despiertos y con gracia, y á otros topos, apocados y simples con gana.

¿Encerrarán dichas desigualdades en dones físicos y espirituales una verdadera injusticia? No cometería yo el sacrilegio de contestar afirmativamente esta pregunta; y no lo cometería, porque para mí, y de aquí no me desbanca nadie, mi Amo y Señor tiene siempre la razón; y cuando El hace sus cosas sabe por qué las hace y le quedan bien hechas, mal que le pese á nuestra ignorancia y á nuestra soberbia.

Partiendo de tan segura como sólida base, y aceptando como es de nuestro deber los decretos de lo Alto, aquellos que en la lotería de la vida hayan sacado la *boleta premiada* no deben olvidar que esos tesoros, tan gratuitamente concedidos por la Divina Providencia, no son para derrochar á nuestro capricho y antojo; y que si con ellos se nos ha favo-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

recido, aparentemente con menoscabo de algunos de nuestros prójimos, es con la ineludible condición de que los empleemos en hacer el bien. Por lo que respecta á los desheredados, ó sea á los que en la susodicha lotería obtuvieron la *boleta blanca*, no les queda otro camino razonable que conformarse con su suerte, por dura que parezca, y esperar confiados en que vendrá para ellos algo capaz de restablecer el fiel de la balanza de la Justicia, para que se cumpla la inviolable ley de las compensaciones. Pero entretanto que esto sucede, lo que para muchos desgraciados parecerá demasiado tarde, es necesario que los privilegiados con dones físicos é intelectuales tengamos caridad y compasión para esos de nuestros semejantes que han sido desheredados; y que en lugar de mirarlos con desdén ó indiferencia, y de hacerlos el objeto de nuestras burlas, procuremos ayudarlos, fortalecerlos y alentarlos para que puedan combatir con éxito en la lucha por la vida, en la cual han entrado con armas tan imperfectas.

¿Hemos procedido siempre de acuerdo con estas saludables máximas? ¿Y no nos acusa la conciencia de haber sido fríos é indiferentes con la suerte de los infelices pobres de espíritu ó enfermos del alma que hemos encontrado en nuestro camino, cuando menos si no nos hemos entretenido en divertirnos con su infelicidad, haciéndolos objetos de nuestras burlas?

Que conteste el que pueda, que en cuanto á mí, siempre viviré persuadido de esta triste y desconsoladora verdad: que en la familia de Adán existe la malévola tendencia de agravar la pobre condición de los infelices con quienes la Naturaleza fue avara,

tendencia que se manifestó en los primitivos tiempos, sacrificando despiadadamente á los inocentes niños que nacían deformes; y en nuestros días, haciendo burla y chacota de los pobres de espíritu y de todos sus congéneres.

II

—Y cómo es Sr. Pérez, me preguntará alguno de mis lectores ¿ha abandonado Ud. su estilo jovial, llano y ameno para meterse en filosofías que tan poco entiende? Vea bien lo que hace, agregará el mismo, y no se enrede en esas lucubraciones que le vienen tan mal como un vestido ajeno.

—Confieso, lector, mi pecado, y te prometo corregirme de hoy en adelante, siguiendo tu consejo; pero antes de todo, permíteme que te diga ó explique el porqué de mi anterior proceder.

Yo tenía un primo; y digo tenía porque el pobrecito Colás (así se llamaba) se lo llevó el diablo en persona, si es que mi Dios no puso remedio á tiempo, cosa que hasta ahora no ha podido averiguarse. Y Colás era tan mi primo, como que nació—así lo reza la partida de bautismo—del matrinio de mi tía Rita Pérez con D. Ciriaco Ruiz, de los mismos Ruices del Aguacatal que tánto conoce de vista é historia el lector medellinense.

Pues bien: ha de saberse, para ir aclarando puntos, que este Colás fue un tonto rematado desde chiquito, y que por ello y por su simplicidad y pobreza de espíritu, que fue mucha, el mundo le dio con la *pata* en toda forma, hasta el punto ¿quién lo había de creer? de que se le llevó, por una serie

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

continuada de vejámenes y de burlas, al último extremo: al suicidio.

Y esto sabido, y sabiendo también que yo quise como á un hermano á este compañero de mi infancia, se comprenderá el porqué, cuando viene á mi memoria el recuerdo de tan infeliz criatura, estalle yo en verdaderos exabruptos de santa indignación contra los miserables que, por pura diversión y entretenimiento, lanzaron en los abismos de la desesperación y del crimen á la desgraciada criatura, cuya triste muerte deploraré mientras viva.

Sí, Colás de mi alma, tu mísera existencia y la manera irregular como te marchaste de estos valles de abrojos me causaron tan dolorosa pena, que el solo recuerdo de tan infaustos sucesos viene á herir de lleno las fibras más sensibles de mi corazón. ¡Y cómo no! cuando considero que porque fuiste humilde, sano, candoroso y bueno, en demasía, el mundo te correspondió crucificándote como á Jesús, si no en una verdadera cruz de madera, sí en otra, no menos oprobiosa: la del escarnio.

Permíteme, pues, amado Colás, si como creo me estarás escuchando, que te consagre estas líneas, siquiera sea como una protesta contra tus verdugos, y que eleve al Cielo una plegaria por la salvación de tu alma; pero no me exijas, nó, que pida perdón para tus enemigos, porque hasta allá no llego yo, por más que me lo mande nuestra santa madre la Iglesia y el mismo Jesucristo. ¡Son tan culpables y tan merecedores de un castigo!

La historia de Colás es verdaderamente interesante por la variedad de los episodios que con ella se relacionan y por el carácter *sui géneris* del personaje que en ella figura como protagonista; y yo al

intentar referirla, con todos sus pelos y señales, no me propongo únicamente deleitar, sino también, y muy principalmente, el producir en el ánimo de mis lectores una especie de reacción moral en favor de los seres desgraciados con quienes Naturaleza ha sido tan avara. Y si, como espero, algo he de conseguir en este mi bueno y caritativo propósito, quedaré plenamente satisfecho, aunque ese algo sea tan pequeño como un grano de arena. Otros serán más afortunados y con la reunión de granos se formará una montaña.

¿Y porqué he de desconfiar? ¿Y porqué no he de obtener en mi simpática labor un brillante resultado? ¿No han alcanzado éxito, y grande, los espíritus ilustrados que en el viejo mundo han tomado bajo su protección y amparo las pobres bestias que por sus enfermedades y un largo vivir han dejado de ser útiles al hombre? ¿Y cómo? ¿No tendrán los seres humanos, á que vengo refiriéndome, mejor derecho á nuestro aprecio y consideración que los mismos animales irracionales? La contestación está de sobra.

III

Mi primo Colás (Nicolás) empezó su vida bajo muy malos auspicios, como que se apareció por estos mundos de Dios en el curso del año de 1851, hallándose esta República nuéstra—entonces llamada Nueva Granada—sufriendo las consecuencias de una guerra civil. Si Colás al nacer hubiera podido echar una mirada curiosa sobre lo que pasaba fuera de las cuatro paredes de la pieza en donde se colocó su cunita de mimbres, qué de cuadros de deso-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

lación y de tristeza hubiera contemplado. Y gracias que encerrado estaba el parvulito, que de no, hasta sordo se hubiera vuelto con los estruendos retumbantes de cañones y mosquetes.

Con efecto, mientras que el pequeño Colás se deleitaba, ajeno de toda preocupación, chupando el suave néctar que manaba de las abundantes fuentes de su amorosa madre, la gente peleaba, que peleaba, que era un gusto, y la sangre corría, que corría, como un río. No obstante, nada de tan descomunales como fratricidas contiendas hubieran influído en la suerte futura del angelito, si el simple y resimple de tío Ciriaco no se le mete en la mollera echarla de *patriota*, ocurrencia que le valió, no una corona de laurel, como él lo deseaba, sino una de ciprés que su mujer colocó piadosamente sobre su tumba.

Al pobrecito se lo *zumbaron* en toda regla en las tapias del cementerio de Rionegro, sin que hasta ahora haya podido averiguarse si tal desastre le ocurrió por guapo ó por cobarde; y digo esto último, porque las estúpidas balas, según dicen las gentes del oficio, diz que no escogen, siendo abundantes las ocasiones en que las malvadas esferitas se entretienen en atrapar á aquellos individuos que más tratan de escapar la *caja*.

Pero hayan pasado las cosas de esta ó de esotra manera, es lo cierto que á tío Ciriaco lo mataron; y que como no dejó bienes corporales, las comodidades de la familia de mi tía Rita menguaron notablemente y dura y trabajosa fue la vida que ella empezó á llevar con todos los suyos.

No obstante tan desfavorables circunstancias, y venciendo imposibles, mi tía se dedicó al cuidado del último fruto probable de sus entrañas; y tal

amor puso en el chiquillo, como que era el único varón de la familia, y como que en él fincó todas sus esperanzas de obtener en lo futuro un apoyo para su vejez. Verdad es que Colás daba muestras evidentes y palpables de ser un cristiano mal fabricado; pero mi tía, como madre que era, ninguna de esas imperfecciones notaba, y continuaba creyendo con toda buena fe, que aquel su hijito era un portento de cuerpo y de alma; y de seguro que nadie hubiera sido capaz de disuadirla de esa idea, bien que tampoco persona alguna lo intentó. ¡Cuándo las madres serán de distinta manera, y cuándo podrán ver á sus hijos con otros ojos que los de su entrañable amor!

Tampoco se preocupaba la buena señora de que á los veintiocho meses cumplidos Colás no balbuciera palabra, y que en todos sus procederes revelara que iba á parar en un tonto de marca mayor; y de aquí que si algún pariente cercano se atrevía á hacerle alguna observación al caso, ella siempre encontraba á la mano una contestación satisfactoria que dar, atribuyendo el tardo desarrollo físico é intelectual de su retoño á alguna causa de efectos transitorios.

—"El niñito ha sido enfermito, y las lombrices no lo dejan hablar, decía; y luégo agregaba, sin esperar réplica: deje Ud. que yo le dé la *pica-pica* (urticaria) y verá que habla más que una *cotorra*. (Debo observar que Dª Rita Pérez no conocía diputados y que por ello no hacía la comparación de estilo). ¿No lo ve tan vivito? ¡Si va á ser un sabio! Yo se lo aseguro."

Pasaron los tiempos y Colás habló, sólo que el *guirigay* que salía de sus labios, cuando ya mudaba

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dientes, no se lo entendía ni su misma madre, con ser que lo escuchaba noche y día. Y si poco adelantaba en la *pronuncia*, al mismo paso andaba en lo de aprender, como que á los ocho años de edad no conocía una letra, ni sabía el *bendito*, ni era capaz de persignarse ni con ayudas. Cumplió los diez años, y todo en él indicaba que no iría á donde hay *siete-cueros* (flor de Mayo), pues continuaba expresándose con dificultad, y su lento desarrollo físico daba grima. Era, con efecto, tan raquítica y desmedrada la figurita de Colás, que quienquiera que lo conociera no podía atribuírle más de seis años, y eso apurando mucho.

No era, sin embargo, la diminuta figura de nuestro héroe ni su extremada delgadez lo que llamaba la atención de quienes lo observaban; no, que lo que en él sobresalía era su descomunal fealdad. ¿Y porqué era feo Colás? Por eso. ¿Y cómo por eso? ¿No se sabe acaso porqué es fea una persona?

Verdaderamente, nadie puede decir en qué consiste lo bello y lo feo, ni cuál es la línea de demarcación que separa lo primero de lo segundo, pues hasta el presente no se puede decir con seguridad que existan tipos que sirvan de modelo de lo uno ó de lo otro.

Pero sea comoquiera, es lo cierto que así, sin reglas y sin modelo, pocos se equivocan al apreciar las cualidades físicas de un individuo ó sus defectos ídem, sobre todo cuando la línea de separación está muy lejana. Y es, porque cada cual ha llegado á formarse la idea de que es bello todo aquello que presenta un conjunto armonioso y esa nitidez y elegancia de formas que encantan y embelesan el sentimiento estético, sin que este mismo pueda darse

cuenta del porqué de tan agradables impresiones; y que es feo todo lo que disuena y peca contra la armonía, y todo lo que produce á la vista una sensación desagradable, á veces viva y latente.

Verdad es, que así como entre la claridad del pleno día y las tinieblas de la noche hay ciertos desvanecimientos de colores que llegan á producir vacilación sobre si se está en aquél ó en ésta, de la propia manera hay entre la belleza y la fealdad ciertas graduaciones que producen incertidumbre y diversidad de pareceres. Pero dicho sea de una vez, Colás no se hallaba en este último caso y sobre su fealdad no podía caber duda ni vacilaciones: estaba en plena noche.

Más adelante, cuando ya se lo presentemos al lector, hombre hecho y derecho, haremos patente esta verdad con algunas pinceladas, y por ahora contentémonos con lo dicho, para no recargar demasiado el cuadro.

IV

Llegó el día en que tía Rita comprendió que no debía desperdiciar más tiempo para empezar la educación de Colás y, previo el consejo de los de la familia, colocólo en la escuela de primeras letras del esclarecido y renombrado D. Wenceslao Facio Lince, de grata recordación.

La entrada de Colás á la escuela fue un verdadero acontecimiento que hizo época, en términos que todavía existen muchos de los estudiantes que recuerdan con gusto el golgorio y la algazara que se formó. La triste figurilla del muchacho, su encogimiento y natural timidez llamaron desde al par-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tir la atención de los escolares, y como fácilmente comprendieran que no tenían nada que temer de la escogida víctima, se lanzaron sobre ella como hambrientos lobos, si no para devorarla, sí para saciar el instinto de persecución sobre los débiles que domina al hombre desde niño. Hé aquí cómo sucedió el caso.

Recibido con una general carcajada, y viéndose el objeto de las miradas burlonas de sus futuros compañeros, Colás trató de ocultar su persona ó de pasar inadvertido, situándose en uno de los rincones del gran salón que servía de lugar de estudio; pero esta natural estratagema de nada le sirvió, y antes bien avivó la malévola prevención de los escolares. Con efecto, aprovechando los descuidos del maestro, ó sus ocupaciones, comenzaron por dirigirle á quema-ropa dicharachos que el infeliz, en su aturdimiento, ni oía ni entendía. Luégo los más audaces se le fueron acercando, y con inaudito descaro lo insultaban y befaban.

—¿Qué vienes á hacer aquí, pichón de lechuza? le preguntaba uno.

—Véte de aquí, *chucho* mal nacido, le decía el otro.

Y así cada cual mojaba su lanza, ó mejor su lengua, en aquella indefensa criatura, que nada contestaba, y que por toda defensa agachaba la cabeza, llena de turbación y espanto.

El maestro Wenceslao advirtió lo que estaba pasando, é irritado con razón contra la alevosía de sus discípulos se les fue encima con disimulo y repartió *pretina* á diestra y siniestra y tiró orejas que fue un gusto. La tempestad que amenazaba al héroe en cuestión pareció haberse calmado un momento con la azotaina; pero este respiro duró poco, porque pronto volvieron al ataque con más furia y osadía.

Uno de los estudiantes más crecidos se acercó á Colás y con aire de compasión empezó á consolarlo y á ofrecerle su apoyo; mientras tanto, otro, que estaba en el plan fraguado de antemano, ataba fuertemente, con un hilo de cáñamo, una punta de la chaqueta, ó saco, de Colás á la pata de la silla en que él se hallaba sentado, y todo paró allí por lo pronto; pero cuando llegó el momento de salir de la escuela la turba estudiantil, se formó un grande alboroto, al ver que el pobrecito Colás salía arrastrando tras sí su asiento. Vuelta á los *pretinazos* y á las tiradas de orejas, aunque siempre sin resultado favorable para Colás, quien continuó recibiendo la rechifla de sus despiadados compañeros. ¡Y cosa rara! no hubo uno solo que tuviera compasión de él y que saliera á su defensa.

Y desde aquel día nefasto en los anales de la vida de Colás puede decirse con toda seguridad que empezó la pasión de este desdichado miembro de la raza humana.

¡Y qué pasión aquella tan larga y tan sin tregua!

V

Nueve meses duró Colás en la escuela del maestro Wenceslao, y otros tantos fueron de constante sufrimiento para él, pues que en vez de disminuír con el tiempo la saña que en su contra desplegaron sus condiscípulos, cada día aumentaba ésta; y cuenta que para nada le valió al desgraciado que el maestro interpusiera su autoridad y mando para im-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

pedir los desafueros, porque este noble proceder enardeció más y más el ánimo prevenido de los estudiantes, quienes lo atribuían, no como proveniente de un sentimiento de justicia y caridad de parte del Sr. Facio Lince, sino de bajas adulaciones de parte de Colás.

Llegó por fin un momento en que el venerable preceptor comprendió que las cosas se hallaban en un punto del cual no se podía pasar, sin que él incurriera en grande responsabilidad; y de aquí, que haciendo llamar á tía Rita le expuso la cuestión de llano en plano y le suplicó que sacara á su hijo de la escuela. La pobre tía fue mucho lo que se confundió; pero como comprendiera que el mal no tenía otro remedio, con dolor de su corazón convino en ello, y Colás no volvió al establecimiento de educación en donde tantos y tan malos ratos había pasado.

De esa época en adelante el protagonista de mi cuento rodó de escuela en escuela, no parando en ninguna mucho tiempo, por la sencilla razón de que en todas partes encontraba la misma animosidad y el mismo espíritu de hostilidad en sus condiscípulos. ¿Y todo por qué? Porque no era bonito, porque era pusilánime y porque se dejaba abofetear y maltratar de cualquiera, sin chistar palabra y sin levantar la mano para ofender á nadie.

¡Siempre y en todas partes el reinado de la fuerza y de la osadía; aquí como allá; en lo pequeño como en lo grande! Así es el mundo, pese á tal.

Entró por último al Colegio que, con el nombre de *San Luis*, regentaron en esta ciudad, por los años de 1863 y 1864, los beneméritos institutores, hermanos Molinas, y el ilustre matemático D.

Apolinar Escobar, muerto para el mundo tanto tiempo há; y en este establecimiento siguió Colás transitando su calle de amargura, sólo que sus penas se agravaron, porque en ese entonces empezó él á comprender mejor la intensidad de su inmensa desgracia, como que el pobre vino á persuadirse de que era el objeto de las burlas de sus compañeros por esa sencillez de corazón y por esa pobreza de espíritu que eran ingénitas en él y de las cuales no podía desasirse por más que lo bregaba.

A pesar de lo expuesto, y de lo que más arriba dije acerca de las pocas aptitudes intelectuales de Colás, debo advertir que en él hubo un cambio muy notable en esta materia, pues que con la edad y un poco más de desarrollo físico del que ya le conocimos, su inteligencia llegó á despejarse un tanto hasta el punto de que en sus clases no fuera uno de los peores estudiantes, y hasta el de sobresalir en el ramo de las matemáticas. Es de advertir también que estas loables aptitudes, acompañadas de una aplicación nunca vista, de poco ó nada le sirvieron á Colás, sino fueron para hacer más dura y terrible su suerte, pues á medida que su inteligencia se despejaba y vislumbraba nuevos horizontes, él se hacía cargo más y más de su simplicidad y de su carencia de fuerzas para luchar con el mundo.

Había otra cosa peor para él, y era que lo desapasible de su voz y el tono dejativo y destemplado con que hablaba le impedían lucir sus pocas habilidades intelectuales, porque casi siempre quien lo oía no podía dejar de reír, por mucho que bregara para no hacerlo, como le sucedía á sus maestros. Pero en donde á Colás le iba más mal era en los exámenes públicos, porque apenas empezaba á contestar

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

con mucho desparpajo y con conciencia de lo que decía, los apuntados defectos de su voz y su apostura tan sin gracia causaban gran impresión en los circunstantes; y como luégo empezaran las sonrisas burlonas y los secretos, el pobre se turbaba y concluía por *tupirse* y por no contestar nada al derecho.

Colás y yo nos criamos juntos, pues nuestras respectivas familias como muy emparentadas y vecinas cultivaban estrechas relaciones; y de aquí que ni él salía de casa ni yo de la suya. Y aunque poco nos separábamos, lo hacíamos, sin embargo, para ir á nuestras respectivas escuelas, pues por mucho tiempo no estuvimos en una misma. Fue en *San Luis*, en donde vinimos á ser condiscípulos.

Allí, en ese establecimiento, para mí tan querido y del cual guardo tan gratos recuerdos, fue en donde tuve ocasión para cerciorarme más, si cabía, de la dura suerte de mi primo; y allí mismo fue en donde empecé á ejercer sobre él un verdadero protectorado, ya aconsejándolo para que obrara con cordura, ya consolándolo en sus horas de profunda tristeza; ora defendiéndolo á brazo partido de las continuas agresiones de sus condiscípulos, ora evitándole las molestias y sinsabores que le proporcionaban á cada paso. Y cuenta que mis buenos y desinteresados servicios de muchas lo libraron, bien que en más de las veces tuve que empeñarme en incruentos combates al pugilato, en los cuales no salí siempre victorioso. Sin embargo, como se sabía que yo salía siempre á la palestra en defensa de mi primo cuando algo se intentaba contra él, los más de los estudiantes se abstenían de molestarlo cuando estaba yo de cuerpo presente; pero como me separara de él un momento, allá te va contra el

muchacho, y la persecución y la inquina estudiantil seguían su camino, sin lástima y sin compasión.

El Colegio de *San Luis* se cerró definitivamente al final del año de 1864, y la carrera literaria y científica de Colás también terminó, porque su madre pensó, con razón, que ya era tiempo y oportunidad de ponerlo á trabajar de firme para que ayudara á sostener la carga; pero lo que no tuvo término fue la pasión del infeliz muchacho, como vamos á persuadirnos.

VI

Colocado por mi tía en un almacén de los de primera clase, en donde empezó á devengar en su calidad de *dependiente* la, para él, enorme cantidad de diez y seis piezas de ocho décimos, Colás creyó haber alcanzado "la gloria chiquita," como que el pobre se forjó la grata ilusión de que á la par que entraba en una carrera que le prometía venturoso porvenir, quedaría libre al propio tiempo de la inquina estudiantil que hasta entonces había sido su verdugo. ¡Pero qué poco le acariciaron esas halagüeñas esperanzas y cuán pronto vinieron los desengaños!

Con el ejercicio de la profesión del comerciante, Colás se puso, si podemos decirlo así, en relieve en la sociedad medellinense, con lo cual no fueron ya sus condiscípulos de colegio quienes se empeñaron en perseguirlo y molestarlo de todas maneras, sino los comerciantes—sus cofrades—los pilluelos de la calle y los *pepos* de moda y *tutti le mundi*. Huyendo de esta sistemática prevención, Colás poco salía á la calle, por puro gusto, precisamente por evitar lo que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

él tanto temía: las burlas de sus prójimos; pero como de necesidad tenía que asistir al almacén en donde trabajaba, el solo tránsito de su casa á éste lo exponía al apuntado peligro, pues como si las gentes vivieran en acechanza suya, esos momentos los aprovechaban para detenerlo y para hacer chacota de él de cuantas maneras se pueda imaginar. Ya haciéndolo hablar desatinos; ya engañándolo con embustes que el muy simple creía á pie juntillas, por absurdas que fueran las tretas que le fraguaran; y ya el uno le pintaba calaveras en la espalda por el medio tan conocido de un pedazo de paño pintado de cal ó de *tisa;* y ya el otro le ataba *colas* á la chaqueta; ora ese otro le quitaba el sombrero para escondérselo, ora el de más allá le ensuciaba el rostro con corcho carbonizado.

Al fin lograba Colás llegar al almacén, no sin demoras y sin que su patrón lo amonestara y aun lo regañara fuertemente por su poca puntualidad; pero ese lugar no le servía de refugio, pues en las mismas barbas de su dicho patrón los chicuelos que pasaban no dejaban de lanzarle algún dicharacho, y el que menos, le gritaba con cierto "tonito impunante" que era lo que más le ofendia y mortificaba:

—"Colás", y seguía de largo.

Y al fin las cosas se apuraron tánto, y era tánto lo que molestaban á Colás los *pepos* y pilluelos, que el patrón concluyó por aburrirse y por despedir al muchacho, no obstante las lágrimas de éste y las súplicas de tía Rita. Debido á los esfuerzos de su madre, Colás obtuvo nueva colocación en otra Casa de comercio; pero como las mismas escenas se repitieran sin variante alguna, le sucedió, como dice el

refrán, el mismo verso, y á los dos ó tres meses fue despedido.

Como bien pronto se hizo pública en los del oficio la causa ó motivo por que había salido Colás de las expuestas colocaciones, ya nadie quiso admitirlo; y fueron, por lo tanto, estériles los esfuerzos que hizo tía Rita en ese sentido. Tuvo, pues, ésta que virar de bordo y dirigir á su hijo por otros rumbos, y como encontrara buena, aunque no tanto como la del comercio, la carrera de los empleos públicos, pide aquí y suplica allí, encontró para su hijo un puesto de escribiente en una oficina pública. En esta nueva vía tampoco pelechó Colás, habiendo pasado en un espacio de tiempo, de menos de un año, por más de cuatro oficinas, sin asentarse en ninguna, llegando por último á quedar cesante.

¿Y todo porqué? Por la misma causa apuntada: porque en la oficina en que trabajara Colás no había sosiego ni orden, empeñados todos los subalternos en divertirse con el pobre muchacho. Y de aquí que el Jefe, por más que le doliera el paso, tenía que darlo; y en efecto, echado Colás, el mal cesaba.

De la carrera pública á la de las artes manuales pasó nuestro héroe, muy á pesar suyo y de su buena madre; y fue carpintero, y zapatero, y sastre, y pintor de brocha gorda, y ejerció otros oficios de la laya que ya no recuerdo; pero por todas estas industrias pasó como exhalación, siempre por la misma causa: porque los maestros acababan por fastidiarse.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

VII

Por los tiempos á que vengo refiriéndome, Colás había alcanzado un completo desarrollo físico; y digo completo, no porque con esto quiera significar que el pobre de mi primo llegara á ser un hombre cabal, pues mucho le faltaba para ello, sino porque él avanzó hasta el punto de donde ya no podía dar un paso más.

Verdad es que á mi héroe no le faltaba nada de lo que es esencial á la criatura humana, pues que tenía brazos y piernas con sus naturales remates, tronco regularmente proporcionado, cuello como todo hijo de vecino y cabeza con sus correspondientes aditamentos de ojos, narices &c. &c.; y verdad es, también, que no había razón para calificarlo de deforme ó monstruoso en el correcto sentido de estas palabras; y, sin embargo de lo dicho, no se le podía considerar como un hombre cabal y completo, porque algo faltaba en su organismo que no permitía que su espíritu funcionara convenientemente, y porque mucho había en él que pecaba contra las más elementales reglas de la estética. Ciertamente, Colás que de chiquito era feo, de grande quedó "comeme."

Figuraos, bondadoso lector mío, un cuerpecito de baja estatura y muy delgado, estebado de piernas un tanto y con una ligera curvatura hacia adelante en la columna vertebral, y colocad sobre los hombros de ese cuerpo una cabeza no más grande que un *coco* de tamaño natural y en ese individuo tendréis á Colás en persona, á los veintiún años cumplidos. Pero si queréis más datos, agregad á los expuestos que su cabellera consistía en unas escasas hebras castañas, lacias y desgrasadas; que su frente no medía ni los

dos clásicos dedos; que sus sienes eran deprimidas hasta lo posible; que sus ojos, más que pequeños, eran de color verdoso, de humilde expresión y de mirar turbio y vago; que sus narices, pronunciadas más de lo necesario, tenían carne para un almuerzo de caníbales; y, en fin, que su boca era enormemente grande, y de labios tan delgados como un papel.

Si no quedáis satisfecho, sabed que la tez del rostro de Colás era escabrosa y de un color amoratado, como que en ella había hecho de las suyas una plaga de *barros*, y que todo su conjunto, modelo de desgarbo y ayuno de gracia alguna, presentaba un aspecto tan desagradable, que prevenía en su contra desde el momento que se le miraba por primera vez.

Ahora me permito preguntar: ¿Habrá habido un hombre más de malas que Colás? No lo creo, como que estoy persuadido de que le llevó muchas ventajas en esta materia á su prima Palmira Pérez, que tuvo tan triste fin, y al mismo que estas líneas escribe, que no se sabe cuál tendrá. Y eso que no hemos traído á colación la simplicidad del sujeto, su pusilanimidad reconocida y su pobreza de espíritu, que se revelaba en todos sus actos, que si se cuenta con éstas ¿qué no se podría contestar?

VIII

Continuando la narración, que interrumpí para hacer el boceto que acabo de delinear en el número anterior, diré que Colás tomó á las últimas la industria del *mandadero*, oficio que si no es muy lucrativo ni lleva á quien lo ejerce á una alta posición social, en cambio tiene otras ventajas no despreciables, como la de dejar cierta independencia y alguna libertad de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

acción. Para mi primo, especialmente, dicho oficio le venía á pedir de boca, pues aunque no lo libraba de las constantes burlas de que era víctima y de que tanto he hablado en el curso de este capítulo, al menos le permitía mantenerse muy aseado y convenientemente vestido y le daba entrada en casas muy honorables, en donde si bien se divertían á su costa, algo lo consideraban y lo atendían, llegando á sentarlo á la mesa en las reuniones de familia.

Porque ha de saberse, y esto es muy importante en la presente historia, que Colás, así simple y sencillo, y así *majaderote* como era, no llegó nunca á degradar su dignidad de hombre ni á entregarse á ninguna clase de vicios. Por virtud, por temperamento, fue casto, bueno y recto de procederes hasta su temprana y deplorable muerte.

De aquí que deba saberse también que Colás jamás aceptó de grado las ofensas que se le hacían, abusando de su simplicidad, pues desde que comprendió que todos se burlaban de él, trató siempre de protestar con toda la energía de su alma contra los malévolos procederes de sus semejantes, sólo que su natural timidez le impedía hacerse sentir como debiera é imponer á sus agresores una severa sanción.

Por lo demás, ¿de qué le habría valido al pobrecito enojarse y ponerse en actitud hostil y amenazante, cuando nadie hacía caso de sus amenazas y enojos?

Veamos, como ejemplo de lo dicho, un caso que le aconteció en una de las ocasiones en que dio muestras de sus posibles energías.

Algunos de los *pepos* que lo solían convidar á paseos en són de amigos, para divertirse á costa de sus simplezas, haciéndole hablar desatinos y pronunciar

arengas á las cuales él se estaba aficionando, debido á las pérfidas adulaciones que le prodigaban, lo llevaron cierto día á los baños de "Amito," en donde, después de cuidarlo fastuosamente, uno de sus compañeros le dio un fuerte empujón que lo hizo caer en una de las grandes albercas, hallandose vestido.

Colás salió del pozo de agua, mojado como un pollo, y rebosando en santa ira, por aquel inusitado ultraje á su persona, se dirigió á su agresor en tono alto y serio provocándolo formalmente á un duelo. Y éstas que dice Colás, y sus compañeros que piensan para sus adentros: "hé aquí una ocasión para una deliciosa jornada; aprovechémosla"; y así como lo pensaron, lo hicieron.

Con efecto, instaron al provocado para que aceptara sin vacilar el reto y que recogiera el guante; y allí mismo se designaron los testigos, se escogieron las armas: la pistola, y se establecieron las demás condiciones, como el sitio, la colocación de los combatientes &c. &c. El lance debía tener lugar cerca de la plaza de Villanueva, hoy parque de Bolívar, en el terreno en que se construye la nueva catedral; y debería verificarse á las siete p. m. de esa misma noche, debiendo concurrir á él únicamente los dos combatientes y los cuatro testigos que se habían escogido entre los mismos compañeros de diversión.

Pactado este convenio, y vuelto que hubieron á esta ciudad los que intervinieron en él, Colás se dirigió á su casa seriamente preocupado y se encerró en su cuarto, echando por dentro llave á la cerradura. Llamado á comer por su madre, se excusó por indispuesto; y como á eso de las seis y media anunció que iba á salir un rato á dar un paseo para hacer

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

apetito y que pronto volvería. Unica vez que mintió el infeliz.

¿Qué pasó en el alma de Colás durante las largas horas que estuvo en completa soledad? Nadie lo sabe; pero bien puede colegirse que la larga carta que escribió para su madre, y que ésta nunca recibió, por razones que más adelante se verán, contenía un eterno adiós y quizá una petición de perdón por la mala acción que proyectaba ejecutar.

Como á las seis y tres cuartos se encontró Colás con sus dos padrinos en el puente de Junín, y de allí se dirigieron los tres directamente al lugar del singular combate. No había por allí nadie; y el silencio reinaba por doquiera en ese erial de piso desigual y cubierto de malezas, por donde nadie transitaba, y menos en aquellas horas.

Pocos instantes después llegó el otro combatiente con sus respectivos padrinos; y después de los saludos de estilo, y asumiendo todos los personajes del melodrama que se iba á representar suma gravedad, se procedió á ponerlo en ejecución.

Se empezó por colocar á los combatientes en pie, á veinticinco pasos de distancia, siendo de notar que éstos casi ni se alcanzaban á ver, debido á los arbustos que entre ellos se interponían y á la obscuridad de la noche. Cualquiera hubiera caído en la cuenta de esta irregularidad, menos Colás que no tenía sino una vaga idea de lo que era un duelo.

En seguida se entregó á cada uno de ellos una pistola, de unas muy ordinarias que vendía D. Manuelito Santamaría á ochenta centavos el ejemplar; y á continuación, y después de algunas prevenciones que cada par de testigos hiciera á su ahijado, uno de éstos dijo en alta voz: á la una.... á las dos.... á

las tres; y proferida esta última expresión, dos mezquinas llamaradas alumbraron el espacio y la detonación de dos armas de fuego retumbó, reproduciéndose el eco en las primeras casas de la Calle de Junín.

Inmediatamente el contrario de Colás se dejó caer al suelo, y exclamó:

¡Me ha matado! ¡Socorro! ¡Un Cura!

Los cuatro testigos se lanzaron á una á levantar al herido; y Colás, que éstas viera y oyera, se largó á correr sin dirección fija y sin que nadie notara su partida.

Al propio tiempo, de los matorrales vecinos fueron saliendo otros personajes, que se presentaron en escena á averiguar lo ocurrido, y que no eran otros que el resto de los *pepos* que en los baños de Amito habían fraguado la diversión, ó sea la burla; y efectivamente, burla era, y muy grande, pues que las pistolas que se entregaron á los combatientes no estaban cargadas con proyectiles. Todos estaban en el plan, menos Colás, quien desempeñó su papel muy valerosamente y con conciencia del peligro á que se exponía, sólo que al fin aflojó, cuando creyó que había matado á su enemigo. Lo curioso del caso fue que el contrario de Colás hizo su papel tan á lo vivo, que al fingirse herido engañó á los mismos testigos, quienes, al ocurrir á reconocerlo, lo hicieron creyendo que en realidad lo estaba.

Acabando de pasar los narrados sucesos, me presenté yo en el lugar en donde se habían verificado, á donde ocurrí ansioso por evitar á mi primo este nuevo escarnio. Uno de mis amigos me impuso, como á eso de las siete y cuarto, de lo que iba á suceder; y por más que volé, llegué tarde, aunque no tanto que no pudiera increpar á esos malos caballeros

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

su inicuo proceder, haciendo recaer sobre ellos toda la responsabilidad sobre las consecuencias de una tan cruel como inmerecida burla, hecha en un pobre hombre como lo era Colás. ¡Vaya si perdí mi tiempo! Por un oído les entraron mis amonestaciones y por el otro les salieron; y continuaron riendo de la ocurrencia y haciendo gorja de mi justa cólera.

Entretanto á alguien se le ocurrió preguntar por Colás, y hasta entonces vinimos á caer en la cuenta de que no estaba por allí; y como me informara de que nadie lo había visto después del incruento lance, corrí en busca de él, temiendo, con razón, que persuadido como debía estar de que había cometido un homicidio, pudiera hacer un nuevo disparate.

Hallélo por fortuna encerrado en su cuartito de dormir, el mismo en donde había escrito la carta para su madre, y á duras penas logré que me abriera. Cara á cara con él le puse en conocimiento lo que había ocurrido, y lo regañé seriamente por su tontería. El me escuchó resignado y sumiso; pero cuando le dije que las pistolas no estaban cargadas con proyectiles, se levantó lleno de indignación y me dijo:

—¡Mientes, ó te han engañado! A mí me pasó una bala zumbando, y casi me lleva una oreja.

Traté de convencerlo de que ese duelo había sido una farsa, y temo no haberlo conseguido, por lo que creo que murió creyendo que se había batido en toda forma.

IX

Después del anterior percance le ocurrieron á Colás otros y otros que lo hicieron salir de paciencia y estallar en arrebatos de noble indignación; pero como siempre, estérilmente, por no encontrar su-

jeto responsable sobre quien recayera su justa cólera. Recuerdo ahora que en una ocasión que fui á verlo, por hallarse enfermo, lo encontré en la más grande desesperación y mesándose los cabellos. Al verme se dirigió hacia mí y con inusitada vehemencia me dijo:

—Ramón, por Dios, sálvame que me voy á condenar. Yo no puedo resistir más tiempo esta vida de persecuciones y de burlas.

—¿Pero qué es lo que te sucede que tánto te atribula? le pregunté interrumpiéndole.

—¿Que qué me sucede?....Vé, me contestó sacando del bolsillo de su pantalón una cajetilla vacía de cigarrillos, la cual me entregó, cubriéndose en seguida la cara con ambas manos y poniéndose á llorar.

Lleno de compasión por aquel desgraciado y sin sospechar la causa de su congoja, eché una mirada escrutadora sobre el objeto que me había entregado, y ¡qué es lo que veo! á Colás en persona retratado en la cajetilla en una posición asaz ridícula y con un enorme cigarro en la boca.

—Pero, hombre de Dios, ¿cómo has podido permitir que te retraten en esa triste figura? ¿Estás acaso loco ó te estás volviendo un mentecato?

—¡Hombre! no me digas nada.....yo no recuerdo.....soy tan desgraciado..... Guardó luégo silencio y volvió á soltarse en llanto.

Como me fue posible bregué por consolarlo un tanto, prometiéndole que averiguaría quién era el autor de esa nueva y cruel burla.

Y aunque en realidad no era mi intento el darle cuenta de su gratuito ofensor, pues un nombre más en la lista de sus perseguidores no le serviría para

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

otra cosa que para aumentar sus amarguras, sí me puse en la pista, tan pronto como salí de la casa de tía Rita, y averigüé sin mucho trabajo que á Colás lo habían retratado con engaños en esa figura y que á un comerciante, introductor al país de cigarrillos de la Habana, se le había ocurrido llamar la atención de los consumidores del artículo con la estampa del infeliz de mi primo. Que este proceder hiriera la dignidad de una criatura tan sin apoyo como Colás y le desgarrara el corazón, qué importaba. Lo importante era ganar dinero, aunque fuera á costa de una víctima indefensa.

Algún tiempo después de este suceso que tánto mortificó á mi héroe, circuló en la ciudad, de mano en mano, un retrato muy semejante al mismo, en que el pobrecito aparecía en figura de un mico, que se columpiaba de las ramas de un árbol, colgado de la cola. Por felicidad Colás no tuvo conocimiento de este nuevo ludibrio; y si lo tuvo, que yo no lo supe, se guardó bien de decir una palabra sobre el particular.

X

Todo lo que hasta aquí dejo narrado y otras cosas no de tanta substancia que me callo, son tortas y pan si lo comparamos con la última cuita de Colás, ó sea con aquella que en la cadena de sus sufrimientos podemos llamar, á estilo de pirotécnico, *el trueno gordo*.

Las cosas pasaron de la siguiente manera y son tan verdaderas, como que yo doy fe de ellas en mi carácter de testigo presencial.

Colás, como *mandadero*, le había dado en lo posible á este oficio cierto carácter aristocrático, que concordaba con sus hábitos y con su posición social,

lo que en otros términos quiere decir que él no era un simple peón que se encargara de trasladar fardos de un punto á otro y de llevar bestias á sus *cuidos*, sino que conducía la correspondencia de los comerciantes, daba recados, y solía llevar á las casas de las señoras *muestras* ó artículos de las tiendas y almacenes para escoger.

Y cupo al primo mío de quien vengo hablando la mala suerte de que en una cierta casa de un rico capitalista, llamado D. Pantaleón Guzmán, se encariñaran con él las niñas y las señoras y que de continuo lo estuvieran ocupando en las comisiones arriba dichas y en algunas de más importancia, como que á veces les servía de escudero para llevarlas de noche á hacer visitas, cuando el papá no podía ó no quería ir, y los muchachos estaban en su club.

Entre las niñas Guzmanes se distinguía, por un verdadero cariño á Colás, que ella traducía en cariñosos cuidados y atenciones, Teresita, una morena picante de diez y ocho abriles, de gracia andaluza y tan provocativa como una manzana bogotana. Colás, que tan poco acostumbrado estaba á escuchar manifestaciones de esta naturaleza, y sobre todo, de parte de las mujeres, las recibía lleno de agradecimiento y con no poca satisfacción y orgullo; pero si aquí hubiera parado la cosa, nada habría de particular.

Pero sucedió lo que cualquiera pudo prever, por más palurdo que sea; que Colás, que hasta entonces no había dado su brazo á torcer en materia de amores, dio cabida en su noble corazón á la pasión que el dios ciego dirige con tan poco acierto; y de la noche á la mañana, héteme aquí que quedó hecho un Cupido.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Pero no comoquiera, sino enamorado de veras, con locura y frenesí; y tanto, que el pobre no volvió á comer, ni á dormir, ni á pensar en otra cosa que en aquella hermosa joven, cuya posesión fue desde ese instante para él la única aspiración de su vida.

El constante meditar en una sola idea; la continua abstinencia de alimentos y el no dormir, fueron labrando la existencia de Colás, hasta el punto de que su exterior dio muestras patentes de lo que en su interior pasaba; y como su buena madre notara las huellas visibles que el mal hacía en el físico de su hijito, alarmóse la cuitada señora con razón, y ello hizo que me hiciera llamar para exponerme el caso y para que le indicara el remedio.

Como hacía algunos días que no hablaba con Colás, por haberme ausentado temporalmente de esta ciudad, sorprendióme la noticia de lo que estaba pasando; y ansioso de conocer la causa volé á interrogar al paciente. Fueron vanas mis instancias para hacerlo hablar claro; pero como entre evasiva y evasiva soltaba unos profundos suspiros de á legua, no me fue necesario más para conocer la naturaleza de su enfermedad; y con esto, y con lo que pude observar en una visita que hice á la casa de la familia Guzmán, hallándose Colás de presente, quedé más que enterado de esta nueva desgracia.

Y desgracia era en verdad esta insensata pasión de mi primo, como que el cuitado, según se comprende, estaba muy lejos de poder lograr sus deseos y de alcanzar que una señorita de la calidad y condiciones de Teresita lo mirara con otros ojos que los de una caritativa compasión. Pero lo malo del cuento estuvo en que Colás, envalentonado con la acogida afable y cariñosa que ella le dispensaba, no

esperó á más y se lanzó de lleno en una propuesta matrimonial que desde el partir fue rechazada con mucho tino y discreción. Mas él, encaprichado y loco de amor, no comprendió el alcance de la negativa é insistió una y otra vez, hasta que Teresita, alarmada con la tenacidad del mancebo, refirió á su familia lo que estaba ocurriendo, y al punto D. Pantaleón dio orden expresa para que en adelante no se permitiera á Colás la entrada á la casa.

El golpe anonadó á éste y por muchos días estuvo encerrado sin dejarse ver de nadie; al fin logré que me recibiera, y como yo ya estaba impuesto de lo sucedido, traté de consolarlo y de disuadirlo de tan locas como temerarias pretensiones. El pareció convencido de mis razones y yo persuadido de que abandonaría definitivamente el campo. Pero no fue así, por desgracia, pues apenas salió á la calle, fuese directamente y se paró de plantón en una de las esquinas más inmediatas á la casa de Teresita, el cual lugar no abandonaba sino cuando las apremiantes necesidades físicas lo obligaban á ello, ó cuando la niña salía á paseo ó á visitas, pues detrás de ella seguía como perro faldero. Y desde entonces Colás no volvió á trabajar ni á pensar en otra cosa que en la dama de sus pensamientos; y cuenta que aquella su acechanza constante iba tan de largo, que ya la familia de D. Pantaleón se alarmó seriamente y empezó á dar pasos para librarse de huésped tan importuno. Con tal objeto, y conociendo las influencias que yo tenía sobre Colás, me comisionó á mí para que las hiciera valer en el sentido que se deseaba, é inmediatamente me puse á la obra; pero sin resultado alguno favorable, porque ya el pobre muchacho estaba más que ido de punto, y se le había metido en la

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cabeza que la muchacha lo adoraba, y que si no le daba el sí era porque sus padres no la dejaban. Se echó mano de otros expedientes, y se llegó hasta el extremo de que los hermanos de la perseguida amenazaran al tenaz perseguidor con azotarlo ó apalearlo, y el mismo, idéntico resultado se obtuvo: Colás no cedió, y continuó empecinado como antes y siempre firme en su puesto, como disciplinado centinela.

Tal tenacidad no se hubiera podido explicar en un hombre que había oído de su amada una tan formal negativa á sus amorosas propuestas y que constantemente recibía de ella desaires sin cuento, si no se hubiera sabido después, y por desgracia demasiado tarde, que toda la causa de aquel loco proceder dependió de la intervención que en el asunto tomaron algunos extraños, según va á verse en seguida.

Como la constante atalaya de parte de Colás en las inmediaciones de la casa de habitación de Teresita llamara la atención del público, dos personajes, cuyos nombres bien me sé, pero que me guardo, se impusieron sin dificultad del objeto que aquél se proponía; y así, por vía de diversión y de sano entretenimiento, se acercaron á mi primo y empezaron á halagar su vanidad y á hacerlo concebir esperanzas, alentándolo en su empresa para que no desistiera de ella. Pero no fue eso sólo lo que hicieron; fue lo peor y más vituperable y criminal, que lo incitaron á escribirle á Teresita, ofreciéndole que ellos le harían llegar las cartas á su destino. El tonto de mi primo se tragó fácilmente el anzuelo, y dio en escribir como un Tostado cartas y cartas, y todas ellas tan tiernas y amorosas y tan llenas de una pasión tan desbordada, que á la par que inspiraban lástima, daban miedo. Escrita una de dichas cartas, Colás recibía pronto contestación de Teresita, obra, por supuesto y que sobra el decirlo, de los que habían emprendido la grata labor de divertirse con las torturas de un desgraciado. En las contestaciones, la pretendida se manifestaba en el mismo alto tono del pretendiente, y concluía siempre por decirle que ella era muy desgraciada, que sus padres la tenían coartada y sin libertad para obrar y para hacerle manifestaciones; pero que por ello no desmayara ni fuera inconstante en el amor, pues que, Dios mediante, llegaría un día en que vencerían las resistencias y que unirían para siempre sus dos existencias.

Así pasaron los tiempos—algo como un año—hasta que un día los embaucadores de Colás comprendieron que estaban cometiendo una acción villana y que su proceder podía traer consecuencias graves para muchos y para ellos también. Entonces, para deshacer lo hecho y poner punto al asunto, fraguaron una nueva carta de Teresita para Colás, en la cual ésta le decía terminantemente que estaba arrepentida de haberle correspondido y que le suplicaba que de allí en adelante no volviera á ponerse ante sus ojos.

Colás abrió esa carta, la devoró más que la leyó; y después de haberla bañado con sus lágrimas y de guardarla cuidadosamente, tomó en silencio la dirección de la "Quebrada-abajo," y cuando llegó á las playas del río, cerca de la desembocadura de la Santaelena, resueltamente y sin vacilaciones, se arrimó á un *guayabo*, que á la altura de vara y media se abría en horqueta; metió entre los dos brazos del árbol su cuello; y en seguida se dejó caer sobre su propio cuerpo, causándose la muerte de horca más

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

singular y prosaica que registran los anales de la Historia.

¡Pobre Colás! Dios le haya perdonado, ya que hasta en esto del morir fue de malas.

FIN

DE PASO

NOVELA DE COSTUMBRES

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

DE PASO

CAPITULO I

Como á las dos de la tarde de un sábado del mes de Noviembre de 1870, dos apuestos y gallardos jinetes, cabalgando, el uno en un hermoso caballo rucio y el otro en una mula retinta, de hocico acanelado, caballo y mula ricamente enjaezados, se despedían de abrazo estrecho en la plaza del pueblo de Caldas, frente al "Hotel Angel" de donde acababan de salir y en el cual habían almorzado juntos.

El primero, volviendo riendas, dirigióse hacia el Norte para regresar á Medellín; y el de la mula retinta continuó su viaje, tomando el camino que conduce á Fredonia por la cuesta de "El Cardal". Dejaremos á aquél que torne á su hogar y que desaparezca á nuestra vista, pues por ahora no nos interesa, y acompañemos de buena gana al caballero en mula, si es que queremos tomarle gusto y substancia á la presente historia.

Nuestro héroe, que lo es justamente este último personaje, lleva por nombre de pila el de José, á secas, y por apellido, el de Espinosa; y en los tiempos á que hacemos referencia era un joven rayano en los veinticinco, de aspecto simpático y agradable, y de formas físicas bastante regulares y propor-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cionadas. Y si bien no se le podía tener, ó considerar, como un hombre hermoso, sus facciones correctas, la dulce expresión de su mirada, su frente ancha y despejada y su presencia toda, prevenían en su favor de tal manera, que bastaba verlo para que al punto se encariñara uno con él. Tal hay en la creación seres privilegiados, que gozando de la general simpatía, llevan ganada más de la mitad en la lucha por la vida; muy al contrario de otros que, menos felices ó afortunados, encuentran en su camino, como uno de los principales obstáculos, la misma antipatía que su propia personalidad inspira á los demás. Desigualdades que irritan! anomalías que repugnan! exclamaremos. Inútil queja, pues tales desigualdades y anomalías están en la naturaleza de las cosas, y subsistirán, mal que nos pese, mientras haya mundo y seres vivientes que lo habiten.

Por lo demás, el joven Espinosa era todo lo que puede llamarse un cachaco. Valiente, sin fanfarronería, franco, varonil, decidor y amante de los placeres en todas sus manifestaciones, no llegando nunca á los extremos, ni apurando la copa hasta el fondo. Gran gastador era; y cuando sus antojos ó apetitos lo guiaban no había sacrificio pecuniario que no hiciera; y lo propio sucedía cuando quería aparecer galante ante las damas ó hidalgo y generoso con sus amigos y compañeros. Felizmente para él, esta manera de ser, ó de vivir, que por lo regular acarrea á las gentes que la usan tan funestos resultados, en nada había afectado su existencia, debido, sin duda, á que tenía como cualidades contrarias las de ser gran trabajador, muy arreglado y metódico en sus cosas; y, aunque parezca una paradoja, bien se le podía considerar como económico á

su modo. Es lo cierto que Espinosa había logrado conservar y aun aumentar el patrimonio que le legaron sus mayores; y que viviendo con relativa holgura no se había visto nunca expuesto á las escaceses y dificultades en que se encuentran generalmente los pródigos y desbaratados.

José Espinosa no había hecho estudios profesionales y no era, por lo tanto, doctor en ninguno de los ramos del saber humano; no obstante, sus estudios en humanidades, en los que sobresalió, lo colocaban en una situación distinguida entre el vulgo de las gentes. Hablabá su propio idioma, el castellano, con alguna corrección, y en él se expresaba con facilidad y relativa elegancia; y en cuanto á idiomas extranjeros, conocía algo del latín, del inglés y del francés, al menos para traducirlos y para echar á lucir sus buenos trozos cuando se hallaba entre legos. Sus conocimientos en ciencias naturales, en historia y en geografía no eran escasos, y tampoco lo eran los que tenía en matemáticas puras.

Mucha parte de su tiempo libre lo dedicaba á la lectura de libros de mero entretenimiento, pero no por ello descuidaba del todo el echar sus ojeadas sobre algunas obras serias y de provecho. En lo que nadie le igualaba era en lo de estar al corriente y al tanto de lo que ocurría en este pícaro mundo y con especialidad en las viejas naciones de Europa, pues llevaba al dedillo cuenta y razón de los acontecimientos notables y de todo cambio de personal en los gobiernos. Se sabía la historia de todas las dinastías reinantes y caídas y la de todos sus miembros vivos y difuntos, con más todos sus enlaces y parentescos.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

En asuntos religiosos, era un creyente sinceramente católico, como que esa fue la religión en que nació; pero descuidado y de esos que sólo se acuerdan de Dios, y del culto que debe rendírsele, cuando se ven amenazados de un serio peligro ó cuando se hallan á las puertas de la tumba. Seguía en esto la corriente de los tiempos. ¡Cuántos como él no incurren en la misma falta! Debemos, sin embargo, manifestar en su abono que de tarde en tarde solía independizarse de la atmósfera de incredulidad que lo rodeaba para correr á postrarse á los pies de un ministro del altar y confesar sus culpas.

En resumen: El personaje que venimos describiendo era un buen ciudadano, amén de ser caritativo y bondadoso por inclinación natural y por carácter, bien que no debamos ocultar que adolecía de muchos de los defectos que son comunes á la especie humana. ¿No era él hombre y no descendía de aquellos que pecaron por primera vez?

Entre sus defectos, si defecto puede llamarse, tenía Espinosa el de ser de un temperamento calculador, frío, un tanto egoísta y demasiado prosaico; y si tratamos de buscarle un sitio entre las dos grandes agrupaciones humanas que tan magistralmente caracterizó el célebre manco de Lepanto, con sus dos esculturales tipos de D. Quijote y Sancho, no vacilaríamos en darle colocación entre las *sanchezcas* huestes. Para él, realista de carne y hueso como era, la vida debía tomarse por el lado práctico, provechoso y placentero; y vivirla sosegadamente, sin apuros, como quien saborea una sabrosa y espumante copa de champaña que pronto ha de acabarse. Nada de locas ilusiones, ni de fantásticos ensueños, ni de devaneos estériles; "al grano, al

grano", hé aquí el fondo de su filosofía. Huía por instinto de las exageraciones de toda clase, y consideraba como tales las que él denominaba *sensiblerías* de poetas y prosadores. Y en esta parte tenía en cierta manera razón, por cuanto su sensibilidad, un tanto embotada por su sistema, no alcanzaba á percibir las bellezas que entusiasman á esos poetas que él tenía como exagerados ó soñadores.

Conocido un poco nuestro héroe, así en lo físico, como en lo moral é intelectual, volvamos atrás para que echemos una rápida mirada sobre antecedentes de importancia que conviene que sepamos. Mientras esto hacemos, el viajero adelantará en su camino, en el cual volveremos á encontrarlo en el momento oportuno y cuando sea de nuestro gusto.

El joven Espinosa perdió sus padres entre los trece y los quince años, y no le quedaron otros parientes cercanos que una hermana casada, con quien vivió durante su orfandad y con quien vivía hasta la época en que lo hemos presentado al lector. Aquéllos le dejaron como herencia unos veinticinco mil pesos, parte en dinero y parte en una casa situada en Medellín, que aun conservaba y tenía dada en arrendamiento. Estos bienes fueron manejados con escrupulosidad y honradez por su cuñado, quien al llegar Espinosa á la mayor edad, le hizo entrega de ellos con todos sus adelantos, que no fueron pocos.

Con tan *bonito* capital, como decimos en Antioquia, se dedicó Espinosa á la industria del comercio, la que ejerció por unos pocos años; pero al fin, disgustado con una profesión que no era la de su agrado, se desprendió de sus mercancías con el objeto de dedicarse á los trabajos agrícolas, por los cuales sentía gran afición. Con ese propósito inició

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

la compra de una finca de yerbales de *Pará*, ubicada en territorio de Jericó, en las riberas del río Cauca; y el viaje que le vemos emprender lo hacía precisamente con el fin de conocer con sus propios ojos la propiedad que deseaba adquirir. El dueño de ésta se le había anticipado unos cuantos días y estaba aguardándolo.

Para realizar su proyecto liquidó sus negocios; arregló sus cuentas; compró dos magníficas mulas, una para la silla y otra para la carga; é hizo abasto de todo lo necesario para un viajero que desea pasarlo bien, ó al menos aminorar las incomodidades de nuestras malas y desprovistas posadas, hecho lo cual, salió de su casa en la mañana del día al principio mencionado, después de despedirse de su hermana y de su cuñado y de besar á sus cuatro sobrinos que eran su encanto y el término de todos sus afectos de familia. Porque debemos decirlo, para llenar un vacío de nuestro anterior relato, Espinosa no había doblegado su cuello bajo la coyunda matrimonial.

Muy adicto al bello sexo y muy dedicado á cortejarlo cuandoquiera que se le presentaba la ocasión, fueron varias las veces en que se vio enredado en amoríos de carácter serio; pero tan pronto como la situación se extremaba hasta el punto de considerarse obligado á solicitar la mano de la pretendida izaba las velas de su nave, cortaba las amarras y.. ----------"adiós, niña hermosa, hasta el valle de Josafat", decía, y no se le volvía á ver en esas aguas.

Tan irregular proceder, que nadie se explicaba en un joven de tan buenos precedentes, y al cual nosotros no le señalaremos otra causa que la de no

haberle llegado su cuarto de hora ó el momento psicológico que debía decidir de su porvenir, amenguó en mucho la reputación de Espinosa, especialmente entre el gremio de madres y niñas; y tanto fue así, que desde el momento en que se sabía que pretendía á una de estas últimas, toda la comunidad mujeril hacía suyo el negocio y volaba á impedir con sus consejos y advertencias que la pretendida muchacha le correspondiera. Empero debe saberse que tales advertencias y consejos eran casi siempre inútiles, por la sencilla razón de que el atractivo del personaje en cuestión era tan irresistible, que la niña en quien él ponía los ojos quedaba presa de amor al punto; ¡y cómo! que para salir del encanto no le valía ni la ayuda de las vecinas. Espinosa, por su parte, había logrado salir ileso en tan peligrosas cacerías, y hasta el momento en que el lector viene á conocerlo podemos asegurar sin temeridad que no había caído en sus propias redes. ¿Permanecerá él siempre invulnerable, ó le llegará la hora en que el funesto dardo lo hiera?

Eso lo veremos.

Espinosa salió de Medellín, lugar de su nacimiento y de su residencia ordinaria, en compañía de su más íntimo amigo, de aquel de quien se despidió en la plaza de Caldas; y entraba en su programa el pasar la noche en el pueblo de Fredonia, ó un poco más allá, en una de las posadas del "Alto de Combia"; sin embargo, en vista del modo como estaban sucediéndose las cosas, bien llevaba trazas de no cumplirlo. Sucedió, con efecto, que debido á unas cuantas copas de ron que en el tránsito se tomara con su compañero, á lo mucho que las conversaron y al largo almuerzo que hicieron, también bas-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tante charlado y un poco remojado con un vinito tinto de lo bueno, la salida del citado pueblo de Caldas no vino á verificarse sino á una hora muy avanzada del día.

Serían las tres y media de la tarde cuando alcanzámos á nuestro viajero coronando la conocida altura de "El Cardal", lugar notable, geográficamente, por ser el punto por donde la vía pública trasmonta el ramal de la cordillera de los Andes que en esa región separa las aguas del caudaloso Cauca de las de su afluente el Porce ó Aburrá; é históricamente, por haber sido el teatro de un crimen célebre en los fastos del foro antioqueño: el asesinato cometido en la persona de un conductor de correo. Precisamente, en los momentos en que damos alcance á Espinosa descubría éste su cabeza ante la humilde cruz de madera que sobre un montón de piedra suelta, á guisa de peaña, una mano caritativa había colocado para traer á la memoria del viajero el trágico suceso y pedirle una oración por el alma de la víctima.

De la expresada altura en adelante el camino que debía seguir Espinosa desciende por una pendiente larga, pero no muy rápida, hasta vadear el riachuelo "Sinifaná" ó "Zenufaná" y otro cuyo nombre no recordamos que cerca al vado se le junta; trepa luégo una pendiente negativa hasta dominar un alto y delgado contrafuerte en el punto llamado "Piedraverde"; de allí vuelve á descender un poco, y tomando en seguida, y de costado, las escarpadas faldas de una montaña muy elevada llega al paraje de "La Quiebra", nombre con el cual se conoce la garganta ó cuello que forma allí el gran ramal que se destaca de la altura de "Sanmiguel", y que elevándose en "Uvital", "Cerrobravo", "Sillón" y "Cerro de tusa", va á perderse en las márgenes del Cauca, á inmediaciones de la desembocadura de la "Sinifaná."

En la época de que venimos hablando, la expresada vía trepaba á la cima del "Uvital" y á continuación descendía á los "Planes de Fredonia"; pero hoy las cosas han variado un tanto. El Gobierno Departamental hizo construír un desvío ó variación de la línea, el cual, partiendo de un punto más allá de "Piedraverde", toma las márgenes del riachuelo de este nombre, faldea luégo el "Uvital" y va á encontrar en los susodichos "Planes" el camino viejo. Causa ha sido ésta para que las antiguas posadas existentes en el trayecto de camino desviado se hallen hoy abandonadas en su mayor parte, ó que al menos, á las que hoy subsisten, como simples habitaciones de gente campesina, no llegue nadie en busca de hospitalidad.

Con dificultad podrá encontrarse en país alguno una región más abrupta, más rugosa y más atormentada por los cataclismos que en sus mocedades sufriera la Tierra que aquella que estamos recorriendo en pos del héroe de esta novela. Al contemplarla desde cualquiera de las alturas que la dominan no puede uno darse cuenta y razón de cómo está formada ni cuál es el orden que siguen sus cordilleras, sus estribos y sus colinas, ni en qué dirección corren las aguas que la cruzan y la riegan. Todo aquello es un laberinto intrincado de alturas y serranías que ya se apartan, ya se chocan, y de hondonadas tan estrechas y profundas que más bien merecen el nombre de ranuras. Agregaremos á lo expuesto, para hacer patente cuán triste y aburridor es el paisaje que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

describimos, una vegetación sin gracia y sin grandeza; una atmósfera húmeda y casi siempre cargada de vapores; un horizonte tan reducido, que á penas si da lugar á que penetren en esas angosturas los rayos del sol en las altas horas del dia; y por último, un camino.....¡pero qué camino, amado lector de mi alma! una vereda estrecha, escabrosa, construída sin arte y sin plan, por donde quiera, y que presenta á cada paso un abismo ó un derrumbadero, en donde al menor descuido se precipitan el viajero y su montura. Ítem más: las lluvias torrenciales en las épocas de invierno hacen que se formen grandes derrubios que se llevan parte de la vía y á veces toda, ó por lo menos contribuyen, con el mucho transitar de animales, á que se hagan profundos barrizales que no dan paso ni á los transeúntes pedestres. No obstante tan desfavorables condiciones, ciertos dias de la semana, con especialidad los sábados, se observa en esas sinuosidades alguna animación producida por los arrieros que las atraviesan con sus recuas para ir á Fredonia por cargamentos de maíz, frísoles y tabaco. De trecho en trecho suele oírse, acá, esas enérgicas interjecciones con las que el arriero antioqueño despierta la pereza de sus recuas; allá, las cadenciosas notas con que el mismo quiere poner un lenitivo á sus pesares, ó dar salida á sus alegrías.

El viajero de que venimos hablando distraía su tedio y sus tristezas—¿quién no las tiene?—escuchando esas tan hirientes como sugestivas interjecciones y los cantares que tánto revelan la índole de nuestro pueblo campesino; sin embargo, en el momento en que lo hemos alcanzado lo vemos afanoso é impaciente espolear la "Retinta" con el fin de reunirse á su peón y su equipaje, los cuales veía á alguna distancia descendiendo la opuesta cuesta de "El Cardal". Muy pronto y á fuerza de galopar, logró acortar la distancia que de ellos lo separaba, y cuando juzgó que podía ser oído por su peón gritó:

Hoombre, Félix, aguardaaaame ahiiii.....

El sonido de su voz que repercutió por cerros y quebradas fue á oídos del llamado, quien al propio instante y en tono todavía más alto, que oirían hasta las mismas peñas, contestó:

—Apuuuuure, mi amooooo, que aquí lo esperoooo.

El personaje á quien Espinosa llamaba y á quien dio el nombre de Félix, era el peón que lo acompañaba en calidad de sirviente y de conductor del equipaje. Era éste un hombre de raza negra, con alguna mezcla, aunque imperceptible por lo escasa, de la blanca; en otros términos, el tal Félix era un verdadero mulato en el que predominaba en gran manera el elemento africano, lo que á la legua se dejaba ver por su cerrada cabellera, más de lana que de pelo; por sus anchas y achatadas narices; y por el espesor de sus grandes labios. Tenía como cincuenta años y era alto, delgado, fornido, robusto sin obesidad, de musculatura recia y de fuerza extraordinaria, amén de una salud á prueba de todos los climas. Moralmente hablando, Félix era un buen ciudadano, de costumbres puras, sobrio en la bebida, humilde, religioso y sencillo como un niño, cualidades que lo hacían ser el prototipo del buen criado, tan escaso hoy entre nosotros por razones que son de todos conocidas y que callamos por prudencia.

El mulato de que estamos tratando fue esclavo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de vientre de los abuelos paternos de Espinosa y aunque recuperó su libertad á los diez y ocho años, por ministerio de la ley, jamás quiso abandonar la casa de sus antiguos amos ni las de los descendientes de éstos. En los tiempos en que venimos á conocerlo acompañaba á todas partes á su amo José (así lo llamaba); y no solamente le servía como un criado solícito, sino que además lo cuidaba y le atendía como si aquél fuera su propio hijo, no teniendo en su existencia otro objetivo que la felicidad de los dos hermanos (Espinosa y su hermana).

Durante el trayecto de Caldas á "El Cardal" nuestros viajeros—nos referimos á amo y criado—caminaron bajo la influencia de los rayos de un sol de fuego, cuya fuerza y calor eran interrumpidos á intervalos, más ó menos largos, por inmensos *cúmulus* que en forma de elevados torreones cruzaban el espacio; pero á medida que ya juntos fueron descendiendo la mencionada cuesta, el cielo fue encapotándose más y más, los *cúmulus* convirtiéronse en enormes y dilatados *nimbus;* y al fin, todos los signos indicaban que se acercaba la tempestad, como así se lo hizo notar Félix á su amo, aconsejándole que con tiempo se pusiera el encauchado, poniéndose él á la vez el suyo—¡y cuenta que cuando el mulato tomaba tales precauciones, era seguro que llovía!

Con efecto, el chaparrón no se hizo esperar, y de improviso se desató con violencia aterradora. El agua empezó á caer á grandes goterones entremezclados con enormes granizos del tamaño de un grano de café en cereza, los cuales no dejaban caminar ni á gentes ni á animales; el espacio se cubrió de una espesa bruma que no permitía ver, por doquiera que

la vista se dirigía, sino una masa color de agua cenicienta; el lecho del camino convirtióse en verdadero torrente, cuyas aguas arrastraban piedras, tierra y restos vegetales; y por último, de instante en instante, los relámpagos se sucedían iluminando el terrible espectáculo; y el trueno, esa voz imponente de lo Alto, se hacía oír: primero, seca, estruendosa; en seguida, casi cadenciosa, con sonoridades altas y bajas; y al fin, sus postrimeros acordes iban á extinguirse en las lejanas sierras ó en las cuencas de los profundos valles.

Muy á su pesar se vieron los viajeros obligados á detener su marcha y á buscar abrigo contra los elementos enfurecidos en una casita de mala apariencia y de peor realidad, que encontraron á la misma vera del camino, en el estrecho corredor de la cual apenas pudieron acomodarse con sus bestias. Allí permanecieron por espacio de una hora; y cuando la calma se restableció un poco y la lluvia cesó en su mayor violencia, continuaron su marcha, la que también debieron interrumpir más adelante porque la "Sinifaná" les atajó el paso con sus impetuosas aguas, centuplicadas con las lluvias. Lo cierto es que con las demoras apuntadas y otras que no mencionaremos por no alargarnos demasiado, Espinosa y su criado no llegaron á las posadas de "Piedraverde" hasta muy entrada la *oración*, casi á las seis y media. Allí intentaron pernoctar, y sobre ello insistió Félix, quien manifestó á su amo que el continuar la marcha á tales horas y en tan desventajosas circunstancias era cosa peligrosa en demasía. Este último, bien que no con todo su gusto, consintió en quedarse; pero al punto se persuadieron ambos de que el proyecto no se podía realizar. Las salas, co-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

rredores y zarzos (cielos rasos) estaban materialmente atestados de arrieros y cargamentos; y las piezas para huéspedes se hallaban ocupadas con dos familias que se habían adelantado á solicitar hospitalidad desde temprano.

Era, pues, necesario seguir, y así lo hicieron. A poco de andar la noche cerró por completo; la lluvir empezó á caer de nuevo, aunque á menudas gotas, y la obscuridad y el silencio reinaron por doquiera: ni una luz en lontananza, ni una estrella en el firmamento, ni más ruido que el que producía el agua al caer sobre árboles y malezas, ó al correr por zanjas y *canalones*. Todo era silencio y soledad. ¿Quién á tales horas y en noche tal se atrevería á aventurarse en semejantes mataderos? José y Félix se guiaban por el instinto de la bestia que montaba el uno y que conducía el otro; y, de vez en cuando, por la luz de los relámpagos de lejana tempestad, que aunque tenue, les permitía ver, aquí, un profundo barranco, allí, un hondo barrizal, más allá, un torrente espumoso y sucio que atravesaba el camino ó que seguía su dirección, cubriéndolo en todo ó en la mayor parte de su anchura.

La marcha se verificaba en el siguiente orden: Félix, llevando la mula de la carga por delante, pero no abandonando la cuerda del ronzal con la cual podía sujetarla á voluntad, iba á la vanguardia; y detrás marchaba Espinosa cabalgando en la "Retinta", de la cual no se desmontaba por más que en varias ocasiones se lo suplicaba su compañero, doquiera que veía un peligro que el otro despreciaba.

De vez en cuando se oía la voz del mulato que exclamaba:

—Amo, amo.

Y la de Espinosa, que contestaba:

¿Qué dices, hombre?

—Que eche por el ladito de arriba, que por abajo está muy jondo.

—Está bien, volvía á contestar Espinosa y obraba de acuerdo con el consejo.

Y más adelante volvía á exclamar el primero:

—Cuidado, mi amo, con un palo que está aquí atravesado; agáchese su mercé, que á yo casi me rompe la fruta el maldito.

—Está bien, hombre, decía Espinosa y se agachaba para evitar el peligro.

Con tales precauciones y sin accidentes notables anduvieron caballero y escudero un buen rato; y cuando ya les faltaban unas pocas cuadras para llegar á la posada próxima, en donde pensaban hospedarse, el último le gritó al primero:

—Amo, aquí hay una estrechura muy maluca, y en ainas se me cae la "Alazana" (éste era el nombre que él le daba á la mula de carga). Ponga mucho cuidado, ó desmóntese su mercé, que será lo mejor.

Y aun no había acabado Félix de proferir estas palabras, cuando llegó á sus oídos un grito desgarrador, más bien un lamento, y la voz de Espinosa que le decía con acento lastimero:

Hombre: se cayó la Retinta y me ha matado.

Los dos viajeros habían tomado por una especie de desvío ó atajo practicado por los arrieros para evitar un pantano muy profundo que en ese punto existía; pero tal desvío era tan estrecho y peligroso de pasar, que ni aun de día se podía hacerlo sin exponerse á una caída casi segura. La "Alazana" con la carga

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de baúles se vio en apuros, pero al fin salió salva del aprieto; no así la "Retinta" con su carga humana: dio un paso en falso y el mismo esfuerzo que hizo para recuperar su posición natural la precipitó en el barrizal, arrastrando consigo al jinete que la montaba. Mula y caballero quedaron casi sumergidos en el espeso lodo, haciéndose sentir sobre una pierna de éste todo el peso del animal.

Al instante en que el criado oyó el grito lastimero de su amo y que comprendió lo sucedido, se lanzó sin vacilar en el atolladero; y andando con cautela y muy mañosamente, logró llegar á tientas al punto en donde se hallaban los sujetos que tanto necesitaban de su ayuda.

Coger á la Retinta y levantarla casi en peso fue obra de un segundo, conseguido lo cual, y colocándola en lugar seguro, recogió á Espinosa con tanta facilidad como si tratara de un niño y fue á llevarlo al lugar menos húmedo que encontró á la mano. Este dejó hacer, sin proferir palabra, como que se hallaba casi desvanecido, ó al menos en un estado de postración tal, que él mismo ya no se daba cuenta de lo que le estaba aconteciendo ni de lo que le había acontecido; pero al volver en sí, instantes después, de su pecho salieron quejidos tan tristes, que partieron el alma del pobre negro, que loco y desatentado no sabía cómo salir de trance tan terrible.

—Amo, amito, le decía á Espinosa, abrazándolo con paternal cariño y llorando como una mujer: ¿Qué es lo que le ha sucedido? ¿En dónde le duele? ¿Qué es lo que hacemos en esta tan grande calamidad? Diga su mercé, porque lo que es yo, estoy tan

imbombo, que ni sé en dónde tengo la cabeza. ¡Dios mío! ¡madre santísima, favorecenos!

El golpeado, haciendo de tripas corazón, pudo contestarle á su atribulado sirviente.

—Hombre, Félix: siento un dolor tan agudo en la pierna derecha, que estoy casi cierto de que me la he quebrado; y tampoco tengo movimiento en ella. Arrímate un poco más y tócame con maña y suavidad.

Félix cumplió las órdenes de su amo y pudo cerciorarse sin dificultad de que los temores de éste no eran exagerados ni sin fundamento: ambos huesos de la pierna maltratada, la tibia y el peroné, se habían fracturado hasta el extremo de que la parte inferior se podía casi doblar sobre la superior.

—Míra, hombre, continuó diciendo Espinosa, no te aturdas ni te confundas, que esto no es nada, y pronto tendrá remedio, Dios mediante. Ata las bestias en algún árbol, para que no se pierdan, y échame á tus espaldas para que me conduzcas á la casita de "La Quiebra", que no debe estar lejos de aquí.

Así lo hizo Félix, pero con tan mal suceso que á los pocos pasos que dio con su preciosa carga tuvo que detenerse y ponerla en el suelo, porque Espinosa no pudo soportar el dolor que le produjera el balanceo de la pierna rota, la cual quedaba colgando y sin apoyo alguno. Después de algunas vacilaciones y proyectos, amo y criado optaron por el único practicable en tan apuradas circunstancias: el de que este último fuera á la posada en busca de auxilio. Preparó Félix á Espinosa una improvisada cama al pie de un árbol de espeso follaje, tendiendo en el húmedo suelo los encerados que cu-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

brían la carga; colocólo en ella cuidadosamente y cubrióla con el encauchado ó ruana impermeable. Montó en seguida en la Retinta, y encomendando á su amo á la especial protección de San Rafael y de las ánimas benditas se marchó en dirección á la posada.

Quince minutos habrían transcurrido, los cuales fueron para nuestro cuitado caballero quince siglos —tan grandes eran sus sufrimientos en aquella soledad y desamparo,—cuando llegaron á él rumores de voces, que, momento por momento, fueron haciéndose más perceptibles hasta distinguirse la del fiel criado, que en alta voz decía:

—Niño José, tenga paciencia y no se desespere, que aquí vamos.

Poco después el herido distinguió á corta distancia dos luces que se movían como acercándose; y pasados algunos segundos se presentó á su vista un grupo de personas compuesto de Félix, que hacía cabeza; de una joven como de diez y ocho años, vestida sencillamente, como visten nuestras gentes del campo, quien cubría su cabeza y espalda con una tela de fique (vulgo costal) y traía en una de sus manos un farol de madera y género con una vela encendida dentro; de un hombre alto y robusto— el dueño de la posada—quien se hallaba provisto también de farol; y por último, de cuatro hombres del pueblo, arrieros que posaban esa noche en La Quiebra, los cuales traían sobre sus hombros una tarima de unas tres varas de largo por una de ancho.

La primera persona que del dicho grupo se adelantó y llegó hasta donde estaba extendido Espinosa fue la mencionada joven, quien al alumbrar con

su farol tan triste cuadro y al contemplar el estado en que se hallaba aquél, exclamó:

—¡Pobrecito señor! ¡Si está de pantano que ni aun se conoce! Arrímense acá muchachos, agregó dirigiéndose á los arrieros, para que lo pongamos en la tarima y lo llevemos, que aquí nada podemos hacer por él.

Y luégo, hablándole á Espinosa, le dijo con voz cariñosa y con acento de protección:

—Señor, ¿está Ud. muy golpeado? ¿Qué le duele? ¿Y qué es lo que le ha sucedido, que su criado está tan aturdido que nada nos ha explicado?

Espinosa, movido por aquella dulce voz que tan bien revelaba el sentimiento de caridad y de interés de la persona que la profería, dio á la joven con la mirada una muestra de verdadera gratitud, y haciendo un esfuerzo le contestó:

—Es poca cosa lo que me ha sucedido: la mula en que vengo se dio una caída en ese barrizal y me rompió una pierna. Sufro mucho del dolor que tengo, pero eso no es de cuidado. Gracias, mil gracias por el interés que Ud. ha manifestado por mí al exponerse en tales caminos como éste y en semejante noche.

—No tiene Ud. porqué agradecerme; yo no he hecho en esta ocasión otra cosa que lo que haría Ud., ó cualquiera otra persona, en mi lugar. Vamos á subirlo sobre la tarima que hemos traído; estése quietecito para que no le apure el dolor.

Siguiendo las instrucciones de la joven y ayudados por Félix y el posadero, colocaron los arrieros á Espinosa sobre la tarima, y precedidos por la primera y el último, que iban alumbrando el camino, alzaron su carga y tomaron el que conducía á

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

la posada. Félix, contento y satisfecho por haber sacado á su amo de tan duro trance, marchaba detrás conduciendo la bestia con el equipaje.

Media hora después, como á eso de las ocho de la noche, llegaba la caravana á las puertas de la posada de "La Quiebra", causando á los moradores de ésta un gran susto, pues nadie dudó, al ver el portátil aparato, que en él llevaban un cadáver.

CAPITULO II

Antes de que demos cuenta de los incidentes que se verificaron á la llegada del mal ferido caballero á la morada en que buscó abrigo y hospitalidad en noche para él bien aciaga, bueno y conveniente será que echemos una curiosa mirada sobre esa mansión y que hagamos conocimiento de las personas que la habitaban, ya que la primera ha de ser el teatro en donde se desarrollarán los principales acontecimientos que intentamos narrar; y ya que las segundas desempeñarán papel muy importante en el curso de esta historia.

La posada de "La Quiebra" la constituían un predio de unas veinte cuadras, y una casita de aspecto común, á la manera como se ven tantas de su clase á la vera de nuestros caminos. El edificio se hallaba (hablamos de la época á que esta narración se refiere) sobre el propio lomo del gran contrafuerte que se desprende de la altura de San Miguel y del que atrás hicimos mención, y en el punto céntrico de la depresión ó cuello que allí se forma y

que lleva el nombre de *Quiebra*. Tenía el dicho edificio ó casa: á su frente, el cerro del "Uvital" que á sus goteras empiesa á levantarse; y á su espalda, otro más elevado cuyo nombre no recordamos. A su izquierda, ó sea hacia el Sur, se abría el boquete (La Quiebra) que permitía al espectador espaciarse en una gran extensión de las montañas antioqueñas y aun admirar en las bellas y despejadas mañanas las doradas cimas del gigantesco Ruiz; y á su derecha se descubría el triste y rugoso panorama de las tierras que de "El Cardal" en adelante hemos recorrido acompañando á nuestros dos viajeros. La fachada principal del edificio daba sobre el camino *real* que arriba describímos; y por su costado Norte pasaba la vía que de allí mismo se desprendía para el Retiro, bien que entre ésta y la casa se interponía una faja cercada que constituía la bien cultivada huerta.

Expuesta la relativa situación del edificio de que tratamos, diremos en seguida que aquél estaba levantado sobre bahareques rellenos de barro crudo, lustrados con boñiga mezclada con tierra arenisca y blanqueados con *tierra blanca* á falta de otra materia colorante de mejor calidad; que su caballete se hallaba cubierto con pajas de *murrapo* y de *maciega* y los corredores y caedizos con tejas de un color amarillo descolorido, que casi paraba en blanco.

El repartimiento de los cuartos ó departamentos era el acostumbrado entre nosotros en esa clase de sencillas y modestas habitaciones. Al exterior y dando sobre el propio camino público, el clásico y angosto corredor cuyo techo se sostenía por pilares cilíndricos sin pulimento alguno, y sobre el cual se veían dos puertas y una ventana pequeña, sin balaústres. El cuerpo principal lo formaban la sala que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

servía á la vez de centro de reunión y de pasadizo para el interior de la vivienda; y dos cuartos laterales destinados: el uno, para el uso personal de los posaderos; y el otro, para dormitorio común de los huéspedes de menor cuantía. El *zarzo* formado por el cielo raso de estas tres piezas, al cual se subía por una escala de un madero grueso, con piquetes que hacían de peldaños, servía también de dormitorio, en parte, y en parte para troje y para guardar trebejos.

A los costados del edificio y bajo los caedizos existían otros dos cuartos más pequeños: el del Norte, con ventana al corredor y con comunicación interior con el dormitorio de los posaderos, estaba habilitado de tienda ó pulpería; y el del lado Sur, era el que se había destinado para los pocos huéspedes de posición que solían detenerse á pasar una noche en la posada. Sobre el corredor interior que daba frente á la cocina estaba construída provisionalmente una diminuta piececita, de la cual hablaremos más adelante y para entonces nos reservamos su descripción.

Entre la casa propiamente dicha y la cocina que se hallaba separada, y que, dicho de una vez, era de techo pajizo y levantada sobre estacones sin bahareque, se interponía el patio, en el centro del cual lucían su follaje un chirimoyo y un naranjo agrio; y más cerca de la cocina, la alberca para el agua potable, sobre la cual caía, de una vara de altura, un abundoso y cristalino chorro.

Todo el mueblaje de la posada era más que humilde, bien que no revelaba en sus dueños pobreza extrema, sino falta de gusto y de costumbre de vivir con comodidades. Consistía la mayor parte de él

en unas camas de las llamadas *cujas*; en dos ó tres mesas ordinarias; en algunas pocas sillas, entre ellas una de brazos, todas forradas en cuero sin curtir; y por último, en algunos otros utensilios de menor importancia.

Merece una especial consideración la pulpería, por lo curiosa y abigarrada. Dos barbacoas de delgados maderos apenas descortezados, superpuestas y arrimadas al bahareque, constituían los anaqueles ó armarios en donde se colocaban los objetos expuestos á la venta y más delicados, pues las hortalizas y granos yacían, aquéllas en el puro suelo, éstos, en cajones de madera ó en sacos de fique (v. costales). Por lo regular figuraban en las mencionadas barbacoas unas dos docenas de botellas vacías; una de á litro, con aguardiente de anís común; otra con anisado; y otra con vino seco de consagrar, aunque á veces había también otra con *champurreado* (mezcla de aguardiente y vino ordinario muy apetecida por el pueblo). No faltaban jamás un plato grande pintado de flores de un azul subido, sobre el cual se colocaban dos ó tres copitas y un vaso pequeño con una señal de lacre que indicaba la cantidad de licor que debía darse por medio real; media docena de platitos ordinarios que de continuo contenían dulce en caldo, de higos y papaya, y su correspondiente rebanada de quesito (queso de una preparación especial), y por último, sobre un paño bordado con hilo morado, de *caracol*, lucían su robustez las conservas de coco y de *arracacha*, de las llamadas *bravas* por su preparación rudimentaria.

Vendíase también *quesito* por mayor y al detal; y los sábados era muy solicitado el *pan de queso* acabado de sacar del horno, las hojaldres y panecitos,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

bien que de todo esto algo quedaba para la semana, todo lo cual se colocaba en la *escusa*. Colgando del techo y en lugar prominente y muy visible, se exhibía con frecuencia un famoso racimo de bananos, los cuales tenían un notable consumo. No olvidaremos la olla chichera, que siempre se encontraba llena, no porque esta bebida se consumiera poco, sino porque se procuraba tener una de repuesto.

Como peculiaridades de la posada de que venimos hablando, agregaremos: que el cuarto de los *blancos*, el conocido con este distintivo por la calidad de las personas que en él se hospedaban, estaba aislado del resto del edificio, tenía su puerta de comunicación al corredor exterior y recibía el aire y la luz por una ventanita de balaústres de *macana* (madera de palmera), desde la cual se dominaba el hermoso paisaje del Sur á que antes aludímos, y se respiraban los suaves aromas de un jardincito que allí cerca cultivaba una mano cuidadosa y hábil.

Como adornos característicos de la sala registraremos: en primer lugar la tinaja colocada sobre un madero, atravesado en uno de los rincones de aquélla, que ostentaba la luciente y colorada tez y los pétalos de rosa y de geranio que la adornaban; un pequeño oratorio, situado en el rincón opuesto al de la tinaja dicha, con seis ó siete vetustas imágenes de santos litografiados, de un mérito más que escaso, y su urna, ó pesebre, en el que figuraban, como de costumbre, las pequeñas estatuas que representan la Santa Familia y las dos bestias que desempeñaron tan simpático oficio en aquella noche de feliz recordación para todo cristiano; y un jarrón, ó florero, lleno de rosas, hortensias y otras flores, el cual se hallaba en tan mala situación, que á no ser por las pegaduras de albayalde que se trataban de disimular con cubierta de musgo, ya no podría servir para el objeto á que se le destinaba. En los muros hacían juego, muy curioso, pinturas á la aguada que representaban paisajes ó escenas campestres; y ellas, aunque de colores chillones y estrambóticos, como obra de un pintor tan inhábil como candoroso, no dejaban de tener relativo mérito, debido á su misma originalidad y extravagancia. Figuraos unos cuadros en los cuales las vacas aparecían más grandes que las casas de habitación, y los árboles se veían más pequeños que los hombres, y tendréis apenas una idea incompleta de aquel *sui géneris* arte de pintar.

Concluiremos esta parte de nuestra labor descriptiva observando que el llamado cuarto de los *blancos*, en materia de arreglo y mueblaje era una excepción al resto de la habitación; tenía un pequeño escritorio muy regular; dos taburetes forrados en vaqueta y pintados; y una cama presentable, con grueso colchón de paja, dos almohadas con relleno de lana de *balso* y además cubierta con tendidos limpios y bien conservados.

Diremos en seguida quiénes eran los moradores de la posada de "La Quiebra" la cual hemos hecho conocer del lector con sus pormenores y detalles.

Llamábase Hermenegildo Ramírez el jefe de la familia que habitaba la susodicha morada; y en la época en la cual vamos á tratarlo muy de cerca este individuo era conocido en toda la comarca y lugares vecinos con el diminutivo de *Merejo*, precedido del apodo vulgar de *ñato* (chato), apodo sarcástico, porque el tal Merejo, por el contrario, se dis-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tinguía precisamente por unas narices de colosales dimensiones.

El chato Merejo (usaremos la palabra castiza) había observado en su ya larga vida—pasaba de los cincuenta—una conducta detestable, pudiéndose afirmar, sin riesgo de aparecer exagerados ó de ser tenidos por calumniadores, que no había vicio que no hubiera cultivado: tahur fullero, mal pagador, bebedor en grande escala, díscolo y pendenciero, y mal marido á carta cabal. Diremos en su descargo que sus pésimos procederes no llegaron á tanto que lo hicieran acreedor á penas de carácter corporal, no habiendo pasado las cosas de tenerse que entender muy á menudo con la policía correccional, por su contumacia en el juego y en la bebida.

Así y todo, el chato Merejo había encontrado una mujer que lo aceptara como marido, que le tolerara sus *monas* y su mal carácter, y que le ayudara á llevar la carga de la vida. En su matrimonio tuvo varios hijos, de los cuales sólo le quedaba uno, varón por cierto.

El chato Merejo era de raza blanca española; pero por la pobreza en que había vivido durante la mayor parte de su existencia, por su crasa ignorancia y por su descuidada educación, apenas si se distinguía de las bajas gentes de nuestro pueblo. No sabía leer ni escribir, ni contar, y puede asegurarse que su ruda inteligencia no había alcanzado á penetrar que el hombre haya nacido para otra cosa mejor que para satisfacer sus apetitos carnales, ni que hubiera otra ley superior que la del más fuerte. Sus ideas religiosas, si ideas podían llamarse los escasos rudimentos que aprendiera de sus padres, eran vagas y poco precisas, sin que por esto dejara de ser

fanático en el verdadero significado de esta palabra y asaz superticioso.

El cambio de fortuna que experimentó Merejo, y del cual hablaremos más adelante, influyó un tanto en su modo de ser, pues abandonó en mucho sus ociosidades, y logró dominar en parte sus malas pasiones, bien que estas últimas vinieron á quedar como refundidas en la más sórdida avaricia de las conocidas, de aquellas que no reconocen vallas ni tienen escrúpulos de ninguna clase.

Dª Rosana Benjumea, la esposa del chato Merejo, era una mujer tál cual su marido la merecía: vulgar en sumo grado, zurda en maneras, descuidada en el hablar y en el vestir, y acaparadora de dinero que era un gusto. Por añadidura, era poseedora de un geniazo de todos los diablos, el cual mantenía reservado para todos los suyos y para las pobres gentes con quienes tenía que tratar, pues con las gentes de alguna importancia, de quienes esperaba medrar de alguna manera, se manifestaba siempre zalamera y cariñosa. En justicia y en verdad, debemos reconocerle á la Dª Rosana su fidelidad conyugal, la falta de vicios degradantes y el ser gran trabajadora.

Y con esto queda dicho que marido y mujer se las entendían, bien que en sus continuas querellas no siempre salía aquél mejor librado.

El hijo único del matrimonio que dejámos descrito, fue bautizado, según rezan los libros parroquiales de Sanantonio de Pereira, con el nombre de Macario, pero no se le conocía entre propios y extraños con otro que con el diminutivo de Carito, y con éste lo designaremos en adelante. Este muhacho, de unos veinte años de edad, era un tipo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

raro, si los hay, mezcla de contradicciones y muy difícil de pintar. Si decimos que era apocado ó casi bobo, probablemente mentiríamos, porque de todo tendría menos de majadero; pero si afirmamos que fuera un espíritu completo y sano, tampoco estaríamos en lo cierto. ¿Qué clase de personaje era, pues, el tal Carito?

Por lo pronto haremos saber que hasta el momento en que se lo presentamos al lector no se le conocía afición alguna ni al matrimonio, ni á las mujeres, ni al dinero, ni al juego, ni á vicio de ninguna clase. Era un ayunque en el trabajo y una bestia de carga que sus padres utilizaban provechosamente. ¿Merecía por ello Carito el calificativo de un buen muchacho? Líbrenos Dios de dárselo.

Carito era un muchacho mal criado en el genuino sentido de esta palabra: refunfuñador, huraño, desobediente, descomedido y descuidado en su persona como el que más. Su vestido se hallaba casi siempre desgarrado, el cual se componía únicamente de una camisa de diagonal, que no se abotonaba nunca, dejando ver á toda hora su pecho cubierto de espesos y negros bellos; de unos calzones de manta bogotana, de los llamados "cogepuercos" por lo corto de sus piernas; y de un sombrero de paja de cañabrava, despachurrado y sucio. Jamás se bañaba Carito y en su melenuda cabeza no penetraban las tijeras y el peine, sino en ocasiones muy solemnes y contadas.

Como lo hemos dicho, Carito era un gran trabajador; pero debemos advertir, para lo que convenga, que trabajaba porque él lo quería y porque se había impuesto voluntariamente ciertas tareas, y no

porque nadie se las impusiera. Un mandato cualquiera de parte de sus padres, ó de algún extraño, era motivo suficiente para que Carito se abstuviera de obrar; y si algún huésped lo solicitaba para que le prestara algún servicio y tenía la simpleza de proponérselo y de ofrecerle alguna remuneración, cuenta que ni por un millón le servía. Para obtener algo de esta especie de ogro era necesario hablar alto de lo que faltaba ó debía hacerse; y cuando así se obraba, mansamente Carito iba saliendo y hacía lo que de él se exigía de una manera indirecta. No hablaba sino lo puramente necesario y eso por monosílabos. Nadie lo vio reír ni llorar; y sus iras, poco frecuentes, apenas si le salían á la cara. Nunca tuvo amigos ni tampoco se le conocieron antipatías ó animosidades contra personas determinadas.

Los padres de Carito lo miraban con completa indiferencia y jamás se vio que lo trataran con cariño, ó que le hicieran alguna manifestación afectuosa, y él les pagaba en la propia moneda. Algunas veces, cuando alguno le dirigía una expresión burlesca ú ofensiva, ponía un semblante tan feroz, que el agresor se daba su maña para salir del apuro, bien retirándose, ó bien volviendo chanza la cosa; y con razón, pues el hombrecito, por su fuerza hercúlea, era temible; debe, sin embargo, manifestarse que Carito no pasaba de allí y que no se supo que con nadie hubiera entrado en pelea.

Carito era lo que se llama un hombre feo, soberanamente feo. Pequeño de estatura, grueso de cintura y ancho de pecho y espaldas; tenía á la par una cabeza descomunal, en la cual crecían abundantes cabellos, lacios y cerdosos. Su rostro se caracterizaba por una frente estrecha; por unos ojitos casi

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

siempre opacos, medio dormidos, aunque con fulgores de víbora en ocasiones solemnes, pero raras; por una boca grande, con labios cortos, que dejaban ver con entera libertad dos hileras de blancos y bien conservados dientes; y, en fin, por unas exuberantes y prematuras barbas, semejantes en calidad á sus cabellos, las que le cubrían completamente la cara hasta empatar con las cejas.

La educación del personaje en que nos ocupamos corría parejas con el descuido de su persona, y hasta algún tiempo antes de aquel en que hemos venido á conocerlo, el pobre muchacho era el sér más ignorante de los nacidos. Ni nociones de escritura y lectura tenía, y nada sabía de religión y de sus misterios. Según veremos más adelante algo había aprendido de todo esto, aunque muy poco, debido á la obra de una persona caritativa que pronto conoceremos.

Muchas veces, cuando nos detenemos á hacer consideraciones sobre este tipo de nuestra raza, nos hemos preguntado: ¿Para qué nacería Carito y cuál podrá ser su misión en este mundo? ¿Será cierto, como algunos sostienen, que hay creaciones sin objeto y vidas completamente estériles?

Erraría, y muy hondamente, quien tal pensara. Carito, como todos los seres creados, nació con una misión que él llenará á su tiempo; y de ello nos convenceremos pronto si seguimos el curso de esta historia.

Los tres personajes que acabamos de describir, ó sean el esposo, la mujer y el hijo, habían rodado de pueblo en pueblo pasando las de San Quintín y otras peores, viéndose en más de una ocasión en

completa miseria; pero en la época en que lo estamos visitando la situación de la familia Ramírez había variado de una manera favorable, pecuniaria y moralmente; lo último, porque, como ya lo tenemos dicho, el chato Merejo, con el correr de los años, había dominado un tanto sus malas pasiones, abandonando por completo los juegos de azar y limitando la bebida de licores embriagantes á algunos de los domingos en que salía al pueblo.

El mejoramiento de holgura de la familia Ramírez provino de lo siguiente: un buen hermano del chato Merejo, movido á compasión por el deplorable estado de éste y de los suyos, se propuso protegerlo; y como por ese entonces el dueño de la posada de "La Quiebra" resolviera vender esta propiedad, el citado pariente la compró y le hizo cesión de ella al chato para que trabajara en ella y quedara suya si lograba pagarla. Entró Merejo en el negocio y se lanzó con ánimo decidido en la vida de posadero, resuelto á salir de pobre, aunque para ello tuviera que esquilmar á media humanidad.

Estos sucesos ocurrieron por allá en 1864, y seis años después, en 1870, ya encontramos á Merejo y á su familia en buenas. A fuerza de trabajar, de economizar y de apretar la barriga propia y la ajena, pagaron el predio en que vivían; y ya la esposa tenía su *cata* (ahorro) y aun gozaban de relativas comodidades: poseían vaca parida, macho de carga *bastimentero* y un caballejo para el uso del jefe de la casa.

Como prueba de que los Ramírez de "La Quiebra" no estaban muy escasos, diremos en conclusión que gastaban cocinera, la cual hacía las veces

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de sirviente en otros oficios. Era ella una negra serril, *pasuda* y achatada, de nombre Candelaria, pero se le designaba generalmente con el apodo de la Marimonda. Era, además, brava como un ají y mal hablada como un arriero; pero en tratándose de servir á sus amos y á todo el que arrimaba á la posada, con especialidad si era blanco, nadie la igualaba. Y cuenta que este último buen proceder no era para la Marimonda cosa improductiva, pues casi siempre los viajeros de comodidad la obsequiaban con algún regalo en dinero. A este propósito ella refería, muy ufana, que un *Míster* muy *cachaco* le había regalado un *fuerte*, con el cual compró una saya de fula de la India. Vestía siempre con este traje, con una camisola que no sujetaba á su cintura y que dejaba en plena libertad su prominente seno; su cabeza la cubría constantemente con una cofia de paño (v. montera), las faldas de la cual caían sobre sus espaldas ocultando sus dos raquíticas trenzas. Nunca usó mantilla, ni otro abrigo semejante, ni aun para ir á misa.

La Marimonda era oriunda de los "Planes de Fredonia", en donde dio con ella Dª Rosana para traerla á su servicio, contratándola á dos pesos mensuales y la manutención. La negra se acomodó con sus nuevos amos y ya llevaba cosa de cuatro años de estar á su lado, sin que hasta el presente diera muestras de querer marcharse, por más amenazas que al efecto hiciera cuando se subía de punto y armaba las de Dios es Cristo con sus amos.

Otro personaje más había venido á formar parte de la familia Ramírez, pero á éste lo daremos á conocer en el capítulo siguiente.

CAPITULO III

La joven que en la terrible noche de que hemos hablado corrió solícita y valerosa á socorrer á su semejante que se hallaba en situación desgraciada y que tan cariñosa y amable acogió al herido, se llamaba Palerma y era hija única del matrimonio de Patrocinio Duque y Bernarda Benjumea, oriundos ambos del Municipio de Rionegro.

Duque ejerció durante su vida, que no fue larga, y sí muy estrecha, la profesión de maestro de escuela, y en el desempeño de tan ingrata como dura labor lo sorprendió la muerte, lo que acaeció por allá en el año de 1867, y cuando se hallaba ejerciendo su profesión de pedagogo en el pueblo de Amagá. Dejó el maestrico Duque (con este calificativo era conocido) en la más completa orfandad y pobreza á su joven esposa y á su hija Palerma, que entonces contaba quince años.

La viuda y la huérfana hubieron de ocurrir, para ganarse la subsistencia, á trabajar materialmente noche y día, ocupándose en coser, aplanchar y fabricar cigarros; pero la primera, que no gozaba de buena salud, no pudo soportar tan duras labores; y apenas cumplido el año de su viudez voló á vida mejor en busca de descanso para sus penas y de alivio á sus dolores.

Quedó la joven sumida en absoluta miseria y sin más amparo que la Providencia divina: sin abuelos y sin más parientes cercanos que pudieran protegerla que una hermana de su madre, que lo era la Dª Rosana que ya conocemos. Tuvo, pues, por última necesidad, que asilarse, por lo pronto, en casa de una familia vecina que la recogió bondadosa-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

mente y de buen grado; pero como desde luégo comprendiera la joven huérfana que las buenas gentes que por caridad la recibían en su hogar eran sumamente pobres para ofrecerle un asilo seguro y duradero, acordóse de su tía, á quien no había visto nunca y sólo conocía de oídas, y resolvió escribirle dándole noticia de su extremada situación y desamparo, pidiéndole á la vez que la recibiera en su casa, en donde estaba pronta á trabajar para remunerarle el servicio que le iba á prestar.

La Dª Rosana, ya sea de corazón, por ese cariño natural que se tiene á los de nuestra propia sangre, ó bien por aprovechar la oportunidad que se le presentaba á pedir de boca para hacerse á una compañera que le ayudara á llevar la pesada carga que ella soportaba sola, recibió con sumo agrado y complacencia la solicitud de su sobrina y por la posta despachó á su marido en busca de ésta.

La joven Palerma llegó á "La Quiebra" en compañía de su tío político en el mes de Octubre de 1868; de suerte que cuando Espinosa vino á tropezar con ella, y nosotros por ende, apenas contaba diez y ocho años, edad en que había alcanzado todo su desarrollo físico é intelectual.

Palerma era en ese tiempo, y fuera de toda ponderación de novelista, una hermosa mujer, de aquellas á quienes no se puede mirar con indiferencia por más prevenido que se halle uno para huir de los encantos y hechizos del sexo privilegiado. De alta estatura, sin exceso, delgada y de formas tan correctas que el más exigente artista no podría desdeñarla como modelo. Estas cualidades eran pocas, si contemplamos la morbidez de sus carnes, el suave contorno de su talle y la gracia seductora de sus

movimientos, sin que en esto último entrara para nada ni el arte ni el estudio. Todo en ella era natural, sólo que esa naturalidad no envolvía en sí la rusticidad de las gentes campesinas, en las cuales predomina, como es sabido, la bronquedad en las formas y la torpeza en los movimientos.

Era su tez blanca como el alabastro, bien que ligeramente sonrosada con un disimulado colorido; sus ojos negros y grandes tenían una expresión tan decidora, que más parecía que hablaban que miraban; su nariz medio aguileña, de proporciones y corte escultural; su boca era pequeña, y aunque de labios un poco gruesos, esto en nada la afeaba, pues, por el contrario, le daban más expresión y gracia, sobre todo cuando ligeramente contraídos permitían entrever los blanquísimos y bien cortados dientes; y por último, era su cuello artísticamente torneado y de dimensiones concordantes con el resto de su busto.

Agregaremos á lo dicho: una bella cabecita cubierta con negra, sedosa y ondulada cabellera, la cual peinaba con elegancia y sencillez, dejando caer sobre sus espaldas la abundante y larga trenza; un par de diminutos pies, casi siempre desnudos y constantemente limpios, y unas manos blancas, de largos dedos, defendidos con uñas de transparente ópalo, y tendremos, lo repetimos, un admirable tipo de mujer, digno de ser colocado en la suntuosa galería de un *amateur*.

Pero si la belleza física de Palerma encantaba desde que se la veía por primera vez, y si mientras más se la miraba mayor admiración producía, la belleza de su espíritu era superior á aquélla en gran manera. La buena educación moral y religiosa que ha-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

bía recibido, obrando sobre una naturaleza nacida para el bien, no podía menos de producir tan abundante como sano fruto; y bien se dejaba comprender que la Providencia había dotado á nuestra joven de grandes cualidades naturales, como previendo la dura y terrible lucha en que debía debatirse y los peligros que debían amenazarla por doquiera.

No se crea, por lo dicho, que á Palerma le había caído todo del cielo y que su modo especial de ser fuera una pura creación de esos soñadores, quienes sin dificultad, y como la cosa más natural del mundo, hacen salir un ángel de un foco de inmundicia y podredumbre, como si los hombres no fueran, por lo general, la obra de sus progenitores y como si no debiera considerarse como verdad del Evangelio, aquello de que "de tales padres, tales hijos" y "de tal palo, tal astilla". No; si Palerma fue agraciada con ricos dones, la obra de Dios y de la naturaleza había sido completada, si se nos permite la temeridad de esta expresión, por los padres de la joven.

El maestro Duque no fue hombre de profundos conocimientos; pero en cambio, sí uno de esos caracteres templados en el sagrado fuego del deber y en los cuales la virtud se anida como en su propia casa. Humildes, abnegados y desconocidos de todos y nunca apreciados y estimados en lo que valen, son verdaderas piedras preciosas—mal talladas quizá, y peor engastadas,—y que, sin embargo, constituyen el fundamento y la vida de las sociedades en que viven. Era, además, el maestrico un trabajador incansable y muy dedicado al estudio; y aunque su empeño principal fuera el de cumplir religiosamente con la misión que se le había confiado de

enseñar al que no sabe, no descuidó la educación de su hija única, de quien se propuso sacar una mujer de provecho, útil á su patria y á su familia. Inculcó en la niña, y luégo en la joven, los conocimientos que poseía; le hizo adquirir el hábito del trabajo y del estudio; inspiróle un acendrado amor á la virtud, y por último, supo dirigir esa tierna y candorosa almita hacia su fin: hacia Dios. De tal manera formó el carácter de su hija, que hizo de ella una mujer capaz de los más grandes sacrificios en aras del deber.

Dª Bernarda, por su parte, tampoco descuidó lo que á ella, como madre, correspondía en la educación de la joven. Enseñóle la costura, algo de corte y otros oficios propios de la mujer, no desdeñando instruírla en esas pequeñas labores domésticas, que parecen tan insignificantes y vulgares y que son, sin embargo, un verdadero adorno y uno de los más poderosos medios para que la esposa y la madre sean entre los suyos un firme apoyo y el eje sobre que rueda la familia cristiana.

Tal fue la joven, que por una de esas aberraciones inexplicables que nadie alcanza á comprender, vino á verse incrustada en aquel medio bárbaro y en aquella familia de posaderos tan desprovista de sentimientos morales y de educación, y á servir de incentivo á la licencia de hombres, que "de paso" no creían cometer la más leve falta hiriendo la delicadeza de una doncella inocente y pura.

Como era de esperarse y natural que sucediera, no había pasado mucho tiempo cuando ya Palerma se había hecho dueña del cariño de las personas que componían la familia Ramírez, pues la buena muchacha conoció desde al partir el carácter de las

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

zurdas gentes con quienes tenía que vivir, y desplegó tánto tino y tan fino tacto para tratarlas, que si no logró domesticar del todo esas naturalezas salvajes, obtuvo al menos sobre ellas la suficiente influencia para dulcificar ó amortiguar ciertas escabrosidades y poder sobrellevar así la apurada situación que á tan duras pruebas iba á someterla.

Empezando por el chato Merejo, diremos que éste le cobró gran afición, y si bien es cierto que el trato que éste le daba no era de lo más delicado ni el más á propósito para una joven de las cualidades y educación de Palerma, era ésta, no obstante, la única persona que con su dulzura y buenas maneras lograba dominar los arrebatos de esa alma vulgar y fiera.

Dª Rosana descargaba con frecuencia su atrabilis sobre su sobrina; pero como jamás ésta se le enfrentaba ni se permitiera darle una contestación displicente que significara enojo ó molestia, al fin la irritable tía se veía en la necesidad de declararse vencida, y no eran pocas las ocasiones en que terminaba rabiando consigo misma por sus injusticias contra la humilde muchacha. La negra Marimonda se veía en su niña (así llamaba siempre á la huérfana). Y con razón que la adorara, porque Palerma se había dedicado á enseñarle á rezar, á confesarse y á hacer varios oficios, y era ella quien le cosía sus escasas y sencillas prendas de vestir.

Pero aun había en la posada de "La Quiebra" una persona sobre la cual la joven de que venimos hablando había ejercido una más grande y poderosa influencia: nos referimos al semisalvaje de Carito. Ciertamente, aquel sér huraño, indolente é indómito; aquel sér indiferente á los afectos y á los odios;

aquella vegetación abandonada á su propia suerte llegó á amar un día á su prima con verdadera pasión, desinteresada é intensa. El desaliñado muchacho, tan desabrido y descortés para con los de su casa y con los de la calle, que por nadie se afanaba y que á nadie obedecía, vino á ser, por la misma naturaleza de las cosas, un esclavo sumiso de Palerma; y tanto, que bastaba una mirada de la joven, ó una sola palabra, para que él corriera solícito á ponerse á los pies de ella, rendido y humilde como un perro á quien se regaña. Y cuenta que esto lo hacía con gusto, con buena voluntad, con abnegación y desinterés.

¿Porqué? Porque Carito, si bien para él Palerma era la única estrella del obscuro cielo de su vida, y el único sér á quien había consagrado sus afectos todos, jamás llegó á pensar que pudiera hacerla su mujer. ¡Existía tan inmensa distancia entre los dos! Y él lo comprendía así; y se conformaba con su suerte, sin exhalar una queja. Más podemos decir: el amor que Carito consagró á su prima no tenía nada de carnal ni de mundano; era de un orden más elevado. La quería como el hijo á su madre, como el perro á su amo, como la yedra al árbol que le sirve de sostén. Por lo demás, ese amor ó cariño, como quiera llamársele, no era caprichoso, sino que, por el contrario, su existencia era muy natural. Hasta el día en que Carito conoció á Palerma no sabía él qué cosa era el afecto de un sér viviente, ni hasta entonces había recibido una caricia ni oído una voz de aliento y de consuelo. El pobre muchacho, con su genio pusilánime y aberrante, era un desgraciado á quien nadie volvía á mirar; á quien todos hacían el asco, inclusive sus mismos padres;

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

y á quien nadie consideraba como otra cosa que como un animal doméstico del servicio.

La huérfana, con su poderoso instinto y con su gran penetración, leyó en el fondo del alma del infeliz paria, y comprendiendo el verdadero mal que á éste aquejaba se empeñó en curarlo y en elevarlo á la categoría de hombre, para lo cual empezó por agasajarlo y por enseñarle los primeros rudimentos del saber humano.

El infeliz muchacho se prestó con docilidad á coadyuvar á la tarea de su protectora y sintió en su pecho arder la llama santificante de la gratitud.

La popularidad de la joven Palerma no se limitaba, en la época á que venimos haciendo alusión, á las estrechas paredes de la "Posada de La Quiebra", pues á una legua, á la redonda, era conocida y acatada por todos los vecinos, quienes al concurrir á la posada dicha, los unos en busca de víveres y los otros de diversión, habían recibido de la joven ya algún servicio, ya un buen consejo, y siempre, un tratamiento afable y cariñoso. Fueron estas buenas gentes quienes le dieron el calificativo de *niña*, que no le escaseaban nunca, y que acabó por ser de uso general.

Fuera del radio de esas montañas el nombre de la *niña* Palerma fue pasando de boca en boca, debido á los arrieros y pasajeros que transitaban por el camino de "La Quiebra", quienes no podían menos de admirar la belleza y los encantos de la joven posadera ni dejar de hablar de ese primor de criatura en dondequiera que se hallaran.

Era ella, por lo demás, tan simpática, tan comunicativa y tan servicial, que desde el momento en

que se le veía y se le hablaba se ganaba los corazones. Con especialidad los arrieros se desvivían por la *niña* Palerma.

Cuando alguno de ellos pernoctaba en la posada ó en sus cercanías, era con ella con quien gustaba entenderse para comprarle la copa de licor ó los alimentos; y no había uno que, al llegar á pedir hospitalidad ó que pasara de largo, no le hiciera algún saludo cariñoso y expresivo.

"Adiós, niña Palerma, hasta la vuelta", decía éste; "adiós, encantadora Palerma, ténganos las cosas buenas", gritaba aquél—y así cada cual.

En fin, nadie transitaba por "La Quiebra" que no hiciera alguna manifestación afectuosa á Palerma; y no eran pocos los que la obsequiaban con regalitos, como frutas, pañuelos de Holanda ó frasquitos de *pachulí*.

Otra clase de gente de más alta alcurnia existía, entre la cual nuestra huérfana era grandemente admirada por su belleza y sus atractivos, y más que admirada, codiciada. Hablamos de los hacendados del Cauca. Estos, en vía para sus fincas, hacían de manera que pudieran detenerse en "La Quiebra", bien á almorzar, ó á dormir, y no con otro objeto que con el de aprovechar la oportunidad de galantear á la hermosa posadera, reina de esas montañas. Cada uno de ellos le decía su *piropo*, y algunos, los más atrevidos, llegaban á extremos reprobables, lo que hacían, con especialidad, cuando se hallaban excitados por el licor.

Era entonces cuando el levantado carácter de la joven Palerma se revelaba y cuando su virtud y todas sus energías se ponían en acción.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Sabía ella, con efecto, asumir un aire tal de dignidad ofendida y proferir palabras tan decisivas y discretas, que aun á los más impetuosos los refrenaba, haciéndoles comprender su falta y avergonzarse.

Pero todo esto lo verificaba con porte señoril, sin gazmoñería y sin afectación; y era tan dulce y seductora, aun en sus arranques de legítima cólera, que aquellos que sufrían sus rechazos no quedaban ofendidos y continuaban queriéndola y estimándola.

Mas si, como aconteció en no pocas ocasiones, el apuntado medio de defensa no era suficiente y algún enamorado mancebo llevaba su desacato y atrevimiento hasta pretender poner su mano sobre ella, ésta tenía para tal extremo una nueva arma de defensa que nunca faltaba y que producía, como por encanto, el resultado deseado. Lanzaba un grito y profería el nombre de Carito; y éste que, con su celoso instinto, rondaba siempre á los alrededores, como previendo los peligros que corría su adorada prima, se presentaba al punto, y era tan adusto é inquietante el ceño que el serril muchacho ponía, aunque pareciera que no se daba por entendido de lo que estaba pasando, que el liviano y atrevido se retiraba corrido y avergonzado.

¡Cosa rara! En tales lances, Palerma y Carito no conversaban una sola palabra que se refiriera al suceso que acababa de pasar; aquélla se limitaba á inventar algún pretexto que autorizara el llamamiento y el muchacho nada preguntaba ni inquiría y salía callado á hacer lo que su prima le ordenaba; pero lleno de contento y satisfacción, porque él comprendía muy bien que estaba desempeñando el hermoso papel de amparador de la joven huérfana

y que de esa manera correspondía en algo al interés y cariño que ésta le manifestaba.

No obstante lo anteriormente expuesto, no se comprenderá cuán grande y verdadero era el peligro que la virtud de Palerma corría en la posada en que la encontrámos viviendo, sino cuando se sepa que constantemente se hallaba en contacto inmediato con los viajeros, á quienes tenía que atender y á quienes su hermosura servía de incentivo; y cuando se tenga conocimiento de que sus tíos, encargados de protegerla, sabiendo cuáles eran las difíciles situaciones en que con frecuencia se veía su sobrina, mal haya si se daban por entendidos

Por el contrario, comprendiendo ellos que la existencia de tan preciosa joven en su casa era un motivo para atraer huéspedes de pro, los que antes eran muy escasos y aun raros, se les volvía la boca agua al pensar en la adquisición que habían hecho con esa alhajita que tánto imán tenía para atraer consumidores y que tánto había aumentado sus ganancias.

De esta manera se explica porqué al ver á Palerma llorosa y entristecida salir de alguno de esos peligrosos lances solían regañarla, haciéndole los brutales cargos de *moñona* y de *merecida*.

—Boba, majadera, le decía á veces la tía, dejate querer.

Y la pobre y arrimada huérfana, que no veía esperanza alguna para salir de aquella terrible situación, nada contestaba ni de nada se quejaba; y continuando con entera resignación en el desempeño de su papel se manifestaba siempre risueña y amable con todas las personas que la trataban.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Y entretanto, Palerma no sucumbía; y en aquel martirio constante y en aquella lucha de titanes, muy superior á las fuerzas de una débil criatura, abandonada y sin apoyo humano, permanecía firme é invulnerable como dura roca azotada por fuerte vendaval.

¡Hermoso cuadro, digno de otro pincel menos burdo que el nuéstro!

Tal es la mujer á quien Espinosa, por uno de esos percances que burlan nuestras previsiones, va á encontrar en el camino de su vida.

¿Qué resultará de este encuentro? Lo veremos.

CAPITULO IV

Conocidos en lo posible el escenario y los personajes principales que van á figurar en él, volvamos atrás y reanudemos la interrumpida narración.

Desde que Dª Rosana pudo ver á la luz de los faroles que la caravana, en la cual sobresalía la cuitada figura de Espinosa, se acercaba se puso las manos en la cabeza, cosa que ella acostumbraba hacer en todas sus tribulaciones, y empezó á exclamar con acento lastimero:

¡Jesús mil veces! ¿Qué es lo que le ha acontecido á ese pobrecito señor? ¿Estará muerto? ¡No me lo digan! ¿Respira todavía? ¡Santa Bárbara y las ánimas benditas! ¡Que cosa para más horrible!

El chato Merejo que á ese tiempo llegaba al corredor de la posada, sirviendo de vanguardia á la comitiva, se le encaró á su atribulada mujer y con ademán colérico le dijo:

—Ala, no sias quejumbrosa y espavientera, que pior se ponen las cosas. Este mi dón (refiriéndose á Espinosa) se quebró una zanca y esto es todo. Conque no molás la pacencia con tus alharacas, que para eso es que sirven Uds. las mujeres.

La agredida consorte iba, sin duda, á replicar en tono más subido; pero felizmente esa discordia doméstica no pasó adelante, por haber sido interrumpida con la llegada de los arrieros con su carga humana, la cual, por indicaciones de Palerma, depositaron en el corredor.

Inmediatamente que esto sucedía, la joven, dirigiéndose á su tía le dijo:

—Hágame el favor, tía, de ver que calienten un poco de agua para lavar al Sr. Espinosa (ya sabía por Félix el nombre y apellido del caballero traído en guando) que está, como Ud. lo ve, que da lástima de puro embarrado.

Yo, por mi parte, agregó, voy á arreglarle su camita en el cuarto de afuera.

Usted, ño Félix, y se dirigió á éste que estaba descargando la Alazana, acabe su tarea, coloque el equipaje aquí en la sala y véngase á estarse al lado del enfermo para evitar que se mueva y le aumente el dolor.

Dª Rosana tomó el camino de la cocina refunfuñando contra el malcriado de su marido y lamentando en su interior haber desperdiciado la ocasión para ponerlo de vuelta y media. El chato Merejo se sentó en su silla á fumar su cigarro, muy satisfecho

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de su desahogo marital y de que su mujer se hubiera quedado sin la revancha.

Los arrieros que condujeron á Espinosa tornaron á sus quehaceres y á preparar sus camas, no sin que antes Félix les hubiera manifestado su agradecimiento, por el servicio prestado á su amo, con el acostumbrado "Dios se los pague". Luégo que colocó el equipaje en el lugar que le indicaron y que hubo empotrerado las mulas volvió al lado del enfermo á cumplir la consigna que recibió de Palerma.

Mientras que todo esto pasaba, Espinosa guardaba absoluto silencio, el que sólo interrumpía, de cuando en cuando, para lanzar un quejido, manifestando, por lo demás, con su actitud, que no se daba cuenta exacta de su verdadera situación, del lugar en donde se hallaba y de las consecuencias de su caída. Tan embargado se hallaba su espíritu por el intenso dolor que sentía y por la inmovilidad á que se hallaba reducido.

Pasados algunos instantes, Palerma, que se había apersonado de la dirección del negocio, dispuso que entre todos los de la casa, excepción hecha de Carito que no se había movido ni por curiosidad de un rincón de la cocina, condujeran á Espinosa al interior del cuartico que ya le tenían preparado, lo que con efecto hicieron llevándolo en la misma tarima en que se hallaba y colocándolo en el centro de la pieza.

Poco después, la Marimonda trajo el agua caliente, y el chato y Félix se encerraron con él y se pusieron á la obra de desnudarlo, lavarlo y vestirlo de nuevo con ropa del bien provisto equipaje.

La operación fue lenta y trabajosa porque al menor movimiento ó al menor roce con la pierna lesionada Espinosa lanzaba un grito y suplicaba que por Dios no lo maltrataran ; pero todavía fue más difícil la operación de colocarlo en la cama, lo que también hicieron con toda maña y cuidado, no obstante sus protestas y lamentaciones que partían el alma.

Durante todo el tiempo invertido en tales operaciones, Palerma y la Marimonda se habían ocupado en preparar una taza de caldo de carne, el que habilitaron de sopa con dos bizcochos que le migaron, y cuando esto hacían, se entretenían en la siguiente conversación :

—Niña Palerma, decía la última, me está pasando con ese blanco una cosa hasta particular.

—¿ Cómo así ? contestó la primera.

—Pues mire, mi niña : yo he presenciado muchas desgracias y he visto correr mucha sangre; y si quiere que le diga, hasta tripas afuera vi en el baile de Nochebuena que hubo en casa de ma Anastasio Tehortúa, agora dos años ; y más, sin embargo, en ese entonces no sentí la empresión que hoy siento ni me dio tánta maluquera.

—No me explico el fenómeno, Marimonda, pues no hay razón para tánto.

—Pues yo sí me explico el filómeno que sumercé dice, y es que esos que yo vi heridos y con tripas colgando eran negros jediondos y malucos como yo ; pero este blanco, Dios me lo perdone, es tan diferente. . . . . .

¿ No le ha parecido á sumercé niña, muy guapón ? ¡ Y qué ojos tiene ! ¡ Si creyí ver en sus niñas

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

el mesmo cielo pintao! ¡Qué tal que se fuera á morir! ¡Virgen del Carmen, favorecelo!

—Cállate, Marimonda, y déjate de hablar tántas majaderías. Piénsa sólo en que ese joven es un peregrino que toca á nuestras puertas en busca de un alivio para sus males y en que nosotras estamos en el deber de practicar con él este principio divino: socorrer al necesitado.

—Si lo sé, mi niña, y sumercé mesma me ha enseñao que debemos socorrer á nuestro prójimo; pero eso no quita ese sentimiento de afeuto que se me ha encajao en las telas del corazón. Me gusta ese blanco dende que lo vi, y lo quiero; pero no pa yo, sino pa sumercé.

Y cuando esto último decía, la negra se sonreía maliciosamente fijando sobre Palerma una mirada penetrante, quien, poniéndose encarnada como grana, no encontraba qué contestar á su interlocutora. Felizmente para ella, vino Dª Rosana á sacarla del aprieto interrumpiendo el diálogo.

—Está listo el enfermo para darle el alimento; llévenselo pronto que está muy débil el pobrecito señor.

Hubo otra persona á quien las indiscretas frases de la Marimonda hirieron hondamente, pero en quien nadie se fijó: Carito, cuyo corazón latió con más violencia que de costumbre, y cuyo rostro cubrióse de una negra, aunque imperceptible sombra.

Palerma y la Marimonda pasaron al cuarto del enfermo, y la primera en persona se puso á darle el caldo, cucharada por cucharada, pues Espinosa no podía valerse por sí mismo ni tenía alientos para incorporarse en su lecho.

En seguida y sentándose á su lado, Palerma se puso á consolarlo y á infundirle ánimo.

—D. José, le decía, tenga Ud. paciencia y espere en Dios que pronto lo aliviará. Lo que le ha sucedido no pasará á nada y pronto estará bueno y sano para que pueda continuar su viaje. En esta casita de pobres no hallará Ud. todas las comodidades que necesita un caballero de sus condiciones y de seguro que pasará algunos trabajos y escaseces; pero esté Ud. cierto de que mis tíos, que son muy buenos, y yo no omitiremos sacrificio alguno para atenderlo y cuidarlo como lo merece una persona de su calidad. Además, el *pueblo* está cerca de aquí—á lo más distará una legua—y en él podrá encontrar mucho de lo que le haga falta.

Y esto hablaba Palerma con voz tan dulce y con acento tan maternal, que el enfermo se sintió efectivamente muy fortalecido y su semblante se reanimó no poco.

Ahora, D. José, continuó la joven, abríguese bien y procure dormirse, que mañana muy tempranito veremos qué debe hacerse con esa quebradura y Ud. nos dirá cuáles son sus deseos y propósitos. Digo esto si Ud. no dispone otra cosa por el momento. Hable con franqueza y con toda confianza, que tenemos buena voluntad en servirle.

Espinosa dirigió á su amable enfermera una mirada tierna que expresaba su profundo agradecimiento por las atenciones y cuidados de ésta; y luégo, tomándole una de las manos entre las suyas, la estrechó con efusión.

—Señorita, le dijo en seguida, no sabe Ud. cuánto le agradezco el interés que toma por mí y cuán hondamente se graban en mi corazón sus benévolas

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

palabras. Dios le ha de pagar sus bondades y ha de permitir que yo pueda recompensarlas en algo. Por ahora le suplico que me haga venir á Félix, á quien tengo que dar algunas órdenes é instrucciones.

Llamó Palerma al mulato, y cuando amo y criado estuvieron juntos, ella y la Marimonda se retiraron discretamente, dejándolos en libertad para hablar á solas.

—Qué se le ofrece á su mercé, mi amo, exclamó Félix, acercándose al lecho de Espinosa. Estoy siempre á su mandar. Diga á ver qué es lo que hacemos para su cura, que á yo nadita se me ocurre. Cavilando he estado en que yo debía irme ahora mismo para la Villa en busca de un médico para que le empate esos güesos, pero no me atrevo á hacer este viaje sin que su mercé disponga lo que sea de su agrado y conveniencia.

—En eso pensaba yo también, pero he desistido de ese proyecto, porque no quiero que de manera alguna mi hermana Lucrecia y mi cuñado Esteban se impongan de lo que me ha acaecido, al menos mientras la cosa no asuma mayor gravedad ; y porque tampoco tengo confianza en la aptitud de los médicos para esto de componer y arreglar huesos quebrados. Si por aquí en estas montañas hubiera algún componedor tan bueno como los Sres. Aguilares de Concepción yo lo preferiría de buena gana á nuestros médicos.

—Tiene razón su mercé; no hay medicina como la de la experiencia. Así, pues, á la obra mi amo; si su mercé lo desea, ahora mismo me marcho á buscar un componedor, aunque me desnuque en estos infernales caminos y aunque llueva y truene, que

ni soy de azúcar ni nací para semilla. Conque resuelva.....y es para ya.

—No te afanes tánto ni te ofusques. Míra: llámame al posadero é informémonos con él si por aquí se puede hallar un buen componedor, que después veremos lo que se deba hacer.

Inmediatamente salió Félix de la pieza y pronto volvió acompañado del chato Merejo. Este, manifestándose muy solícito y cariñoso, se dirigió á Espinosa diciéndole:

—Mi don, ¿qué se le ofrecía? Presente para servirle con mi persona y lo poco que tengo. Aquí en este rancho sobra la pobreza, pero no falta la buena voluntad. Mande Ud.

—Gracias, amigo; agradezco en el alma sus ofrecimientos. Por lo pronto, lo que necesito es saber si por aquí en estas cercanías, ó en el pueblo, habrá algún componedor capaz de arreglarme los huesos de esta pierna. Quiero saber de cierto esto, para si no lo hay, mandar por un médico á Medellín.

—Con mucho gusto le diré, mi don, lo que sé en ese particular. Por estos lados no conozco á ningún componedor, pues ño Rumaldo Madril, que vivía allí abajito, se murió hace cosa de un año y un hijo suyo que también sabe algo de componer es un vagamundo de siete suelas que no pára en ninguna parte. ¡Quién sabe dónde se hallará ese maluco á estas horas! En donde haiga chirria y aguardiente, de seguro. Quizá, agregó poniéndose el dedo índice en la frente, como en són de meditar, pudiéramos echar mano de Patricio Quiceno que habita por los lados del "Rincón"; pero es tan mal avenido ese maldito negro, que con sólo que yo lo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

mande á llamar no viene. No sé, mi don, qué decirle.....

Acabando de hablar Merejo, Carito, que andaba por allí recoletado y que por curiosidad se había arrimado á la puerta de la pieza para tratar de conocer al forastero y que oyó las últimas palabras de su padre, tomó la palabra y con tono brusco y cortado dijo:

—Padre: si es componedor lo que ese blanco necesita ¿porqué no llama á Pedro Quirós, el curandero, que vive por los lados del "Zancudo"?

—Hombre, ¡qué bestia soy yo! No acordarme de ese negro lambido que la echa de curandero y que tánto conocí trabajando en el Salado de los Santamarías! Verdad es que más bruto no lo hay; pero hay que confesarle que tiene la gracia de armar un cristiano desbaratado, como si se tratara de un reló. Y vos, agregó encarándose con su hijo, ¿de cuándo acá tan hablantinoso? ¡Si este blanco tendrá angelito en el Cielo como la relamida de mi sobrina!

Y como Carito no le contestara ni se diera por entendido de la burla que le hacía, se dirigió á Espinosa:

—Pues mi don, no vacile; si es un componedor de los buenos lo que desea, mande por Pedro. Le aseguro que el negro Quirós es capaz de parar una vara de balleta; y no es ni gracia, porque tiene pauto con el mesmo diablo, según todos lo dicen. Ve, Macario; ya que este señor es tan dichoso que ha merecido que lo voltiés á ver, echate la buena, hombre, de ir á llamarle al negro Pedro. Ponete en las espaldas un costal, cogete un güen bordón, y por aquí por las faldas de D. Cristóbal de Uribe caés

derecho al "Zancudo" sin tocar con el pueblo; allí debés toparlo, y si no lo topás, bajate hasta el Salado que si no está en una parte está en la otra.

—Eso haré, padre, contestó Carito con mucha seriedad; y sin proferir otra palabra fue saliendo á preparar su viaje para ponerse en camino inmediatamente.

Palerma, que se impuso de lo acordado, proporcionó á su primo costal, bordón y farol, y sin aguardar razón, Carito, por el interior de la fonda, tomó las *mangas* para seguir la ruta que le indicó su padre.

El viaje que emprendía el valeroso muchacho en esa obscura y sombría noche, y cuando la lluvia aun no había cesado, no era empresa fácil para cualquiera, sobre todo si se tiene presente que debía recorrer una senda escabrosa y apenas visible durante el día; pero él la emprendió sin temor ni vacilaciones, como si se tratara de un paseo en pleno sol por las calles de una ciudad; ¡tan acostumbrado estaba él á esa clase de correrías y tánto conocía esas veredas excusadas!

Partido que hubo Carito, todos en la Posada se acostaron, excepción hecha de Palerma y de la Marimonda que quedaron velando al enfermo y cuidando de su sueño y de Félix que se acostó al pie de la cama de su amo, y que con un ojo dormía y con el otro estaba listo para lo que ocurriera.

Espinosa logró también dormirse, pero su sueño era una especie de sopor producido por la fiebre que de instante en instante le iba subiendo hasta causarle verdadero delirio. Fueron varias las ocasiones en que volvió en sí y en que despertó sobresaltado; y en cada una de ellas, Palerma y la Mari-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

monda corrían á su lado á calmarlo, á darle un vaso de agua de cebada, ó una taza de caldo. Entre alternativas de calma y de desesperación pasó la noche; y aunque por la mañana se durmiera más tranquilo, hubo necesidad de llamarlo, como á eso de las siete, para anunciarle que Carito había regresado trayendo consigo al componedor. Dio orden inmediatamente para que lo introdujeran á su pieza y fue obedecido al punto.

Con efecto, en el umbral se presentó un mulato, de unos cincuenta y seis á sesenta años de edad, alto, robusto y de una fisonomía bastante inteligente y muy simpática.

Tan pronto como vio á Espinosa se quitó el viejo sombrero de caña y con ademán y acento respetuoso y humilde le dijo:

—Güenos días le dé Dios, mi blanco; aquí me tiene á su mandar, si en algo puedo servirle. ¿Qué es lo que á su mercé le ha sucedido?

El enfermo levantó un poco la cabeza y mirando detenidamente al recién llegado que le hablaba, contestóle en seguida.

—¿Cómo te va, hombre? Entra y arrímate acá para que me examines esta pierna que me tiene sufriendo mucho. Los dolores que siento son horribles y casi no puedo moverme para parte alguna. Si vieras qué hinchada está; temo que haya que cortármela.

Quirós se adelantó en la pieza y arrimándose al lecho del paciente tomó entre sus negras y callosas manos la blanca y enferma pierna de éste y se puso á sobarla con suavidad. Luégo dirigiéndose á Espinosa se expresó de esta manera:

—No tenga pensión, mi blanco; la quebradura jue juerte, pero no hay astillas de güeso salidas. Le asiguro que dentro de tres semanas lo entriego güeno y sano.

Antes de que pongamos al lector al corriente de la operación que se le va á hacer á nuestro viajero, y mientras el facultativo prepara las tablillas de *guadua*, y Palerma las *guascas* de tabaco y las ligaduras de género viejo y usado, digamos unas pocas palabras sobre el *físico* que va á hacer el héroe de la jornada.

Era el tal Pedro Quirós un peón jornalero, de ese tipo tan común en Antioquia que se caracteriza por su rusticidad é ignorancia; por su lenguaje incorrecto y rudo; por su consagración al trabajo en los días de semana, y por la tendencia á entregarse los días festivos á una completa bacanal. Se distinguía, sin embargo, este sujeto de sus congéneres en que un su tío que había viajado por tierras de indios le enseñó los oficios de *yerbatero* y de *componedor*, habiendo sobresalido en este último el discípulo.

¿Cómo se explica que naturalezas tan rudas y tan poco cultivadas lleguen á aprender un arte, en el cual los verdaderos médicos nada han adelantado? No lo sabemos; pero el hecho es cierto: dislocaciones y rupturas de huesos que han resistido la acción de médicos hábiles é inteligentes han sido vencidas por la mano de un rústico ignorante. Como *curandero*, Quirós era un charlatán estafador, de esos que emboban á las gentes sencillas con brevajes compuestos generalmente de yerbas inocentes con el objeto de explotar su credulidad y sacarles el dinero. No obstante lo expuesto, debemos advertir que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nuestro personaje en cuestión no ejercía las referidas industrias de *curandero* y *componedor* sino ocasionalmente. Su profesión principal, y de la cual derivaba su subsistencia—no era casado—era la de trabajar al jornal en las haciendas y en los salados, pues era muy diestro *salinero*.

Viniendo al cuento, manifestaremos que inmediatamente que estuvieron preparadas las tablillas y ligaduras que eran necesarias para la operación, Quirós volvió al lado del enfermo y tomándole de nuevo la pierna lacerada, empezó á sobársela suavemente, y tánto, que éste apenas sentía como que lo rosaran con un pañuelo de fina seda. Y ¡cosa rara!, eran unas manos callosas, enseñadas á duros trabajos con las que Quirós lograba obtener este mágico resultado.

En esos momentos los que asistían á la escena guardaban absoluto silencio y en todos los semblantes se dejaba ver la ansiedad. De repente, y cuando menos se esperaba, el operado lanzó un grito, su rostro se puso lívido, y por un instante perdió el conocimiento.

¿ Qué había sucedido ?

Que el negro Quirós, con rapidez vertiginosa y sin que el mismo paciente lo advirtiera, apretó fuertemente la pierna lesionada y le imprimió cierto movimiento, exclamando en seguida: Blanco: ¡ Jirmes ! Ya los güesos traquiaron y han quedao en el mesmo lugar que tenían antes. Agora verá qué tánto alivéo va á sentir.

Y efectivamente, al volver Espinosa de su pasajero desmayo se sintió otro y una sonrisa de satisfacción asomó á sus labios. Procedióse luégo al *entablillamiento*, y á las ocho y media de la mañana

la operación se había concluído, quedando de esta suerte nuestro viajero convertido en verdadero enfermo, y recibiendo orden de su médico para que durante quince días no se moviera del lecho.

Se habló, sin embargo, de la conveniencia—quizá fue Félix quien inició la idea—de que en una cama ó tarima podía ser llevado el enfermo al *pueblo* de Fredonia, en donde se hallarían mayores recursos; pero Espinosa se opuso al cambio de domicilio proyectado, manifestando que no consentiría en él, á menos—y se dirigió á sus huéspedes con la mirada—de que éstos y la Srta. Palerma consideraran embarazosa ó inconveniente su permanencia en su casa. Tanto los dos primeros, como la última, se apresuraron á decirle á Espinosa que por ellos no había novedad y que con alma, vida y corazón lo asistirían y atenderían con lo que pudieran.

—Verdá es, agregó D.ª Rosana, que este cuartico hace mucha falta, pues en él se acomodan hasta tres personas; pero qué se va á hacer: en el otro cuarto acomodaremos la gente decente y los negros y los arrieros en el zarzo.

El chato Merejo aprobó con un movimiento de cabeza el razonamiento de su consorte; y en la mente de ambos esposos surgió al propio tiempo la idea del lucro, y por ello se apresuraron á realzar el mérito de su servicio y la calidad de su mercancía. En cuanto á Palerma, al hacer su sincero ofrecimiento, no pensó en nada, ni siquiera en los peligros á que se exponía con la presencia de esa clase de huésped. Pensó solamente en que el joven que llegaba á las puertas de su casa era un sér que sufría y en que era de su deber socorrerlo. En su alma no

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

se anidaba nunca ningún sentimiento de egoísmo ni de mezquino cálculo.

Volviendo al *componedor*, haremos saber que por súplicas de Espinosa, ó más bien por ofrecimientos de un aumento en la remuneración, convino en quedarse en la posada por unos dos ó tres días más.

De allí en adelante, el cuarto de los *blancos* vino á ser el centro de reunión de la familia Ramírez y el lugar á donde todos sus miembros concurrían á hacerle compañía al enfermo, con excepción de Carito, que siempre se mantenía alejado y á la resolana.

En los primeros días el gasto lo hizo el negro Quirós, pues Espinosa que sentía por este personaje *sui generis* un especial cariño, como que era él quien lo habia aliviado de sus dolencias, divertíase haciéndole hablar de sus sistemas de curar y del éxito que había alcanzado en librar á hombres y mujeres de horribles maleficios.

—Hombre, Pedro, le preguntó en una ocasión, ¿cómo curas tú la disentería?

—¿La desinteria decía? contestó Quirós. Pues con rastrojo, blanco.

—¿Cómo así?

—Lo más fácil del mundo. Vea, mi blanco; la desinteria es un achaque regao por todo el cuerpo y que se compenetra en los entestinos de abajo; asina es que para echar el mal ajuera no hay como las bebidas calientes: yo les suministro á mis enfermos una enfusión de raices de roble, de drago y algunas veces le agrego cáscaras de "lengua de gato", que también es güeno, y con esto salen los malos humores.

—¿Y el tifo cómo lo curas?

—¿El tifo decía? Ese sí que es pilao.—También es achaque regao; pero con algo de rastrojo, con tisanas de cebada y dos riales de mana, no se me escapa ninguno.—¡Si es como con la mano!

—¿De suerte que tú curas á todos los enfermos á quienes recetas?

—A todos no, blanco; imposible, aunque yo fuera el mesmo Dios en persona. ¿No ve su mercé que el cristiano tiene su día señalao para rendir sus cuentas en la otra vida, y cuando ese día llega, no vale médico ni Santa Lucía?

—¿Así es la cosa? Yo no sabía eso del día....

—Pues, sí, mi blanco, manque le pese; cuando la *pelona* venga por su mercé encomiéndese á la Devina Providencia y no se resista; mientras tanto, no tenga pensión que no tiene riesgo de morirse.

—Tu teoría es, por lo menos, consoladora. Dínos ahora cómo es eso de los maleficios y cómo los curas.

—Con toda satisfaición le contaré lo que hay en este particular; pero lo que es mis secretos, no hay ni bamba que se los diga.

—No tengas cuidado; guárdate tus secretos que yo no los necesito.

—Bueno, mi blanco, pues le contaré para que vea que no soy ningún negro lambido, como hay tántos. Su mercé debe saber que es mucha la gente maluca qui hay en esta tierra, que por pura perversidá se divierte en hacerle mal á los cristianos, y á la cual le ayuda el mesmo diablo, como dicen que me ayuda á yo, lo que es una mentira y una calunia muy grande, yo que se lo digo. Pues bien: esa gente le

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

suministran al cristiano, en un trago, ó en el cacao, ó en cualquier comida, zumos de yerbas malinas, y el que llega á tragarlos, cuente con que con algún mal repunta. A unos los emboban, que da lástima ver cómo quedan de imbombos; á otros les da una maluquera en el corazón, que cada rato se privan, echan babaza por la boca y voltean los ojos quini buey agonizando; y los más, quedan sufriendo del estógamo y de los hipocondrios altos. Con toda seguridá que el que está maleficiado tiene en los entestinos alguna solitaria de cien brazas de larga, ó algún gusano peludo, tan grande como un mojojoy (gusano de tierra), ó algún cucarrón de cacho; y si quiere que le diga, hasta ha habido quién eche un sapo remediano.

—Hombre, Quirós, le interrumpió Espinosa, no seas exagerado.

—¿Que no me cree lo que le digo? Pues, mire: como estar de noche ahora y haber Dios en los cielos que es cierto que yo le he hecho echar á varios endeviduos gusanos, sapos y otros animales; y si no que lo diga ma Isidoro Paniagua, que está en gloria y que no me dejará mentir.

—Hombre, ¿así será como lo dices?

—Sí sumercé, interrumpió la Marimonda, que oyendo el cuento resolvió meter su cucharada; asina mesmo es, como lo dice mano Pedro. Yo vide con estos ojos que han de comer tierra—y señalaba con los dedos índices los suyos—que á una muchacha de mana Casilda Tangarife le hizo echar un curandero de "Matapobre" un lagartijo, que algunos dijeron que era hasta tiro (especie de lagarto que en el concepto popular es muy venenoso). ¡Qué animal tan feo y tan furibundo! ¡Y cómo se rebullía el

maldito! Le asiguro, niño José, que hubo que matarlo á chuzo.

—Sí, mi don, yo le respondo de que es verdá lo que le cuenta Pedro, dijo á su turno el chato Merejo, pues á yo, en tiempo del dijunto Giraldo, el Gobernador, me sacaron en tiras una solitaria que, sin exageración, tenía de largor siete cuadras y media. Con decile que me estuve echándola como siete días con sus noches. Este maleficio me lo metió en el cuerpo Juliana Casas, de la "Honda-Arriba", en un trago que me dio; y todo por no haberme casado con una hija suya, más fea que una tarasca.

—Bien merecido, D. Merejo, dijo Espinosa, si como me lo supongo Ud. engañó á la muchacha con palabra de casamiento.

—No crea, mi don; yo sí le hice algunas zalamerias, pero no pasaron de la ropa. Era que la vieja estaba que se las lambia por salir de su mastuerzo de hija, y resolvió endosármela á yo como el más majadero; y se engañó. Así se vengó la maldita: todavía estoy padeciendo de resultas del achaque que me encajó.

Palerma, tomando parte en la conversación dijo:

—Hace algún tiempo que vengo oyendo hablar á la Marimonda de eso que llaman maleficios y enyerbamientos y hasta ahora no he podido formarme idea clara de todo eso; sin embargo, y á pesar de mi ignorancia en esas materias, yo me inclino á creer, con perdón de los señores, que todo ello es una pura farsa, con la cual se engaña tristemente á las gentes incautas é ignorantes.

—Soy de su misma opinión, señorita, dijo á su vez Espinosa; pero como creo inútil el entrar en serias discusiones sobre este punto con estos seño-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

res (se refería al chato, á Quirós y á la Marimonda) y que perderíamos nuestro tiempo tratando de convencerlos del error en que se hallan, pasemos á otra cosa.

—Y que sí, interrumpió diciendo Dª Rosana que en ese momento entraba á llevarle la merienda al enfermo, porque mi marido tiene la cabeza más dura que una piedra de maní (granito).

—Callá la boca; ¿á vos quién te mete en estas liturgias? contestó Merejo á su consorte.

—¿Que quién me mete? Vos ¿que estás pensando? que yo.....

Espinosa intervino para hacer cesar la empezada disputa; y para ello le rogó á Quirós que refiriera cómo hacía él para curar los maleficios.

El negro, tomando una actitud muy convencida y resuelta, se expresó de esta manera:

Crean ó no crean vustedes en la existencia de enyerbamientos y en el arte de curarlos, voy á contarles cómo me las entiendo yo en estos asuntos.

Según lo que calculo, por los síntomas que auservo en el maleficiado, le suministro, ó una enfusión de yerbas de monte que son las contras, ó unos polvos de cáscaras de un árbol que yo tengo muy conocido; y á veces, cuando el mal está muy jondo y el animal se agarra con las cuatro patas, le añido á las bebidas y á los polvos un raspaito del cacho del Unicornio y otro de la uña de la Gran Bestia. Con esto y un purgante de jalapa que le doy al enfermo, al tercer día echa hasta piedras, si las tiene.

—¿Tienes allí algunos de esos remedios que nos muestres? le preguntó Espinosa.

—Sí, mi blanco; aquí tengo de todo y voy á mostrarle á su mercé, para que se persuada de que le estoy diciendo la pura verdá.

Y esto diciendo, fue exhibiendo el negro Quirós á la vista de sus interlocutores un enorme y descomunal guarniel de cuero de novillo mal curtido, que por el mucho uso había perdido su natural color para adquirir uno casi tan negro como tinta. De ese antro profundo empezó á sacar, uno por uno, los objetos siguientes: dos ó tres cortaplumas desnucados; una navaja *perica;* otra de barbero; una chuspa de fique (v. jíquera), la que contenía en su interior media libra de cacao, dos de dulce y una pucha de maíz; dos pañuelos rabo de gallo, de color, cuyos dibujos no se distinguían por lo sucios que se hallaban; un yesquero de *táparo*, con sus correspondientes anexidades; varias novenas, entre ellas una de San Casiano y otra de San Serapio; un par de abarcas; un lazo de fique de los de á real; un manojo de *cabuya* en hilos y un andullo de la misma, torcida; algunos cigarros enteros y otros ya empezados; unos impresos arrugados y sucios que no eran legibles; una camisa de género rosado á cuadros, bastante vieja y en muy mal estado; un peine de cuerno, al cual le faltaban la mayor parte de los dientes, y un espejito pequeño. Exhibió, por último, una cajita pildorera, que contenía unos polvos grises de origen desconocido, unas cuantas hojas de un árbol íd., un cuerno pequeñito, como el que se ve en cierto género de coleópteros (el llamado por Quirós el Unicornio), y un pedazo de pezuña de danta (la uña de la Gran Bestia). Es conveniente advertir que el guarniel, al cual Quirós denominaba mi *chácara*, no vació todo su contenido,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

pues todavía quedó algo en su interior. Cabe preguntar, ¿cómo podría el negro Quirós con carga tan pesada? y sin embargo, él la llevaba por todas partes como si nada.

Muchos otros diálogos interesantes y divertidos ocurrieron entre el médico y el enfermo; pero al fin llegó el día en que aquél debía partir, y así lo hizo muy agradecido de Espinosa, quien le regaló una *onza*, cantidad que el pobre negro no había visto junta ni aun en sueños.

Entró á reemplazarlo en la tarea de divertir al enfermo de marras el chato Merejo, y cuenta que no lo hizo del todo mal. Este, con su charla asaz repleta de *ajos*, maldiciones y rudezas, que no todos podrían oír, trató de llenar la misión que voluntariamente se impuso; y, hay que confesarlo, más de una vez salió airoso. Había, con efecto, en la ruda conversación de Merejo no escasa gracia y donaire; y las mismas originalidad, desgarbo y desfachatez que gastaba en la relación de sus fechorías no dejaban de gustar, á lo que se debe agregar, que su elocuencia siempre muy patética y por demás expresiva y decidora, tenía momentos verdaderamente felices que ya conmovían al oyente, ó lo hacían desternillar de risa.

Pero entre todo lo que en la fonda servía de entretenimiento y de distracción á Espinosa para sobrellevar las largas horas de inmovilidad y de tedio, cuando, tendido en su lecho de dolor, sentía las incomodidades de una completa inacción, nada podía igualar á la grata y amena conversación de la joven Palerma, quien casi todo el día y parte de la noche pasaba á su lado cuidándolo, atendiéndolo y satisfaciendo sus menores caprichos. Unos ratos le

leía; otros, le hablaba de su pasado y de su porvenir; unas veces lo entretenía con interesantes narraciones, que ella sabía de memoria, ó recitándole composiciones de los mejores poetas. Y todo esto lo hacía Palerma con tánta gracia y con tan buena voluntad, que á Espinosa se le pasaban las horas sin sentirlo ni pensarlo.

No fueron elementos despreciables para hacer soportable la anormal situación de nuestro héroe las frecuentes conversaciones que tenía con arrieros y demás huéspedes de la fonda, contándose entre estos últimos algunas personas notables de Medellín, que iban de tránsito para sus haciendas del Cauca, muchas de las cuales eran sus amigos, y otras con las que contrajo relaciones. Por estos viajeros tuvo ocasión de saber de los suyos y el placer de imponerse de que no había ocurrido desgracia alguna en su familia.

Fue precaución que tomó la de recomendar á las personas con quienes hablaba que no revelaran á sus hermanos el lugar en donde se hallaba ni el percance que le había acaecido. Y con este mismo propósito tuvo el cuidado de escribirles que no habiendo logrado hacer el negocio de la hacienda, había resuelto viajar por los Distritos de Jericó y Andes y que probablemente iría al Estado del Cauca.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO V

Pasaron quince días desde aquel en que Espinosa fue recogido por los habitantes de la fonda de "La Quiebra", y este tiempo fue suficiente para que los huesos de su pierna quebrada se soldaran, si no de una manera completa, sí lo bastante para que el pariente pudiera dar algunos pasos fuera de su lecho, ayudado de muletas, y para que podamos decir con alguna seguridad que había pasado del estado de enfermo al de convaleciente. El curandero Quirós volvió á verlo como á los doce días y le quitó las tablillas, declarando á la vez que ya no las necesitaba, y que podía levantarse, procurando no hacer fuerza en la pieza lesionada.

Estábamos ya en el mes de Diciembre y el tiempo lluvioso había terminado. A los días tempestuosos y de continuo llover y á las noches obscuras y húmedas habíanse sucedido espléndidos días de verano y noches estrelladas, de cielo azul y diáfano.

Eran como las seis y media de la tarde de uno de esos días. El sol acababa de ocultar su luminoso disco tras la cercana cordillera del "Uvital" y las misteriosas sombras de la noche pretendían cubrir con su negro manto los crepúsculos y claridades que todavía se reflejaban en el firmamento. A esa hora en que nuestro espíritu se siente inclinado irresistiblemente á meditar sobre las vanidades humanas y sobre lo efímero de nuestra existencia, y en que una atmósfera cargada de profunda melancolía y de amarga tristeza parece envolvernos, Espinosa se hallaba solo en el corredor que daba frente al camino *real*, sentado en la única silla de brazos de la fonda, la cual había recostado, para mayor comodidad, sobre el muro; y como nadie distraía su atención, su pensamiento empezó á divagar sobre los principales incidentes de su vida; y vino por fin á detenerse en aquel que lo tenía reducido á las estrechas paredes de una mala posada y que lo había obligado á entrar en relaciones con gentes que antes no conocía y de las cuales ni su existencia sospechaba. ¿Quién es el tal Merejo, y quién es su mujer y el tal Carito? se preguntaba; y luégo se le ocurría esta otra interrogación: ¿Vendrán estas gentes á ejercer alguna influencia en el curso de mi vida? ¡Necio de mí! exclamaba en seguida, que me preocupo con estas futilezas, cuando dentro de poco abandonaré este mal constituído hogar y no volveré á acordarme de sus moradores.

Pero de pronto surgía en su mente otro género de pensamientos menos tranquilizadores, los cuales se revelaban en el exterior por algo así como una honda arruga que cruzaba rápidamente su frente, dando una idea de la perturbación de su espíritu. ¿Cuál sería la causa de tan extraño fenómeno? ¿Qué le ocurría á nuestro héroe? ¿Sería quizás algún recuerdo doloroso de esos amores ligeros que no lograron aprisionarlo? ¿O tal vez el remordimiento por los desengaños que causara á las víctimas de sus empresas amorosas?

No lo creemos: el personaje de que venimos hablando, como muchos de sus congéneres de la especie humana, estaba acostumbrado á deshojar con despiadada mano los pétalos de las flores que en-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

contraba en su camino, á hollar éstas con sus pies con completa indiferencia, y á seguir adelante sin mirar atrás.

Lo que había, pues, en Espinosa, era algo distinto de lo que pudiéramos sospechar atendidos sus antecedentes, su género de vida y su modo especial de ser; pero ese algo estaba tan escondido en los pliegues de su corazón, que ni nosotros podemos penetrarlo ni él mismo se lo podía explicar. Sentía él que ese órgano del sentimiento latía algunas veces con más premura que la acostumbrada y que un flúido desconocido recorría, como corriente eléctrica, todo su organismo; y aun más, que la contemplación de las bellezas de la naturaleza le producía gratas sensaciones que antes no conocía. El, tan realista y, si se puede decir, tan prosaico, empezó á hacerse soñador y á dejar divagar su fantasía por regiones por su espíritu jamás exploradas. Acostumbrado á mirar con completa indiferencia los fenómenos naturales que más entusiasman una alma apasionada, sentía él ahora una cosa muy diferente; y un hermoso amanecer, los crepúsculos vespertinos con sus múltiples y variados colores, y el canto del pajarillo en la enramada y el rumoroso correr de la fuente, y el aroma de las flores, todo eso, lo repetimos, le producían embriagueces deliciosas y éxtasis de verdadero poeta. Dijérase que Espinosa era otro hombre, ó que ciertas fibras sensibles de su sér, antes adormecidas, y casi muertas, habían despertado ó revivido para llenar su misión.

Nuestro personaje comprendía muy bien que en él se había verificado, ó se estaba verificando, un verdadero cambio. Ahora, si conocía la causa de tal transformación, él mismo se la ocultaba y pretendía

engañarse; pero si la ignoraba, como puede suponerse con algún fundamento, es de creerse que esa ignorancia tenía mucho de voluntaria, y que dependía en gran parte de que Espinosa no se había atrevido á interrogar su conciencia. Con efecto, ¿porqué cuando él se preguntaba sobre qué clase de personajes eran los de la casa en donde estaba viviendo, y qué influencia podían ejercer sobre su existencia, guardaba silencio respecto de una persona bastante más interesante que aquéllos? ¡Misterios del corazón humano!

Continuaba Espinosa sus divagaciones; y cuando fija estaba su mirada en Venus que, cual nunca brillante y esplendorosa, seguía las huellas del astro rey á quien está sujeta con lazo indisoluble; y cuando su oído se recreaba con los tristes acentos de una mirla que saltando de árbol en árbol en la vecina cerca buscaba el nido en donde reposaban sus hijuelos, sintió el ruido de unos pasos que lo trajeron á la prosa de la vida.

—Buenas tardes le dé Dios, mi amo, le dijo el mulato Félix, que era quien se acercaba á interrumpir las meditaciones de Espinosa.

Y luégo agregó, sin esperar respuesta:

—¿Cómo está su mercé? ¿Porqué tan solito?

—¿Cómo te va, hombre? Estoy bien, y me hallo solo porque la gente está por ahí dentro ocupada y Merejo como que salió para el monte á traer un palo. ¿Y de dónde vienes tú ahora?

—¿Pues de dónde he de venir? De cuidar los animales.—Ya su mercé sabe que hice trato con un planero para que cada cuatro días me traiga una carga de yerba y otra de cogollo. Así están de llenas las malditas tragonas (y hacía círculo con los bra-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

zos y el pecho para indicar la llenura de las mulas, pues á ellas se refería). Si las viera.....¡y no es nada lo que comen! Tanté; á más de las cargas de yerba y cogollo se desayunan con dos puchas de maíz cada una, y se meriendan toda la aguamasa y las cáscaras que les echa mana Candelaria (él no la mencionaba nunca por el apodo). Le aseguro que si nos quedamos ocho días más en este destierro, ni vusté podrá montar en la Retinta ni yo enjalmar la Alazana. Estoy por creer que se comerán hasta los rejos, según están de consentidas!

—Está muy bien; así me gusta que te conduzcas: eso hace un buen criado y tú eres el mejor de los que conozco.

—Dios le pague el buen concepto que tiene de mi persona, aunque estoy por creer que á su mercé lo ciega el cariño que me profesa.

—No, hombre, eso no es así. Yo, en verdad, te quiero mucho; pero lo que hoy te digo es buena justicia que te hago y nada más.

—Bueno, mi amo, será así como su mercé lo dice. Ahora, pasando á otra cosa que hace días me trae preocupado, explíqueme el porqué está su mercé tan disimulado en esta posada, como quien dice: "Aquí voy á vivir." Para mí tengo que si vusté se resolviera, con maña y yéndonos muy despacio, podríamos llegar muy fácilmente á la Villa, en donde estaría su mercé al lado de los amos que tánto lo quieren y que tánto se esmerarían en cuidarlo y atenderlo, y en donde tendríamos recursos y comodidades. Pero, sobre todo, en la Villa no tendríamos que estar aguantando gentes tan malucas y tan animales como los que aquí viven. Dios me lo perdone; pero con excepción hecha de la niña Palerma,

que es un angelito bajado del cielo, y de mana Candelaria, que es una síncera, éntre el diablo y escoja y "aquí que topo". Esa Dª Rosana me carga que es un horror; y si no fuera por consideraciones á su mercé, y por no armar un escándalo, yo le daría á entender quién soy, y le enseñaría qué cosa es educación y cómo se tratan las gentes. ¡Caramba con la vieja tan malcriada! ¿Y qué me dice del D. Merejo? Ayer vino del pueblo con una juma de las bravas. Tan siquiera se las pagó su mujer, á quien le dio su güena palmada en la cara, porque le dijo borracho y vagamundo. ¿Y qué opina del barbas de chivo de Macario? A mí no me gusta ese solapado, que debe tener mucho veneno entre cuero y carne. Líbreme Dios de esa agua mansa que.....

Espinosa dejó que su criado hablara y aun le agradeció que se espaciara largamente haciendo comentarios sobre los habitantes de la fonda, pues de esa manera ganaba tiempo para pensar en lo que debía contestar á una tan seria interpelación como la que le había hecho. Y en realidad, la cosa lo merecía, pues las dos cuestiones que el pensamiento del mulato encerraba, á saber: "¿qué está Ud. haciendo aquí?" y "¿porqué no se va?" venían á plantear en firme el gran problema que en el cerebro de nuestro héroe estaba fermentándose y que él no había intentado siquiera resolver. Pero comoquiera que Félix hubiera acabado de hacer uso de la "sin hueso" y era necesario contestarle algo, Espinosa lo hizo de esta manera:

—¿Me crees, hombre? A mí no se me había ocurrido que me podía ir. Y por eso, si ahora no me hablas sobre este particular, de seguro que no se me había ocurrido estudiar el punto y aquí me

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

habría quedado á vivir como si fuera mi propia casa esta fonda que tánto te repugna. Y luégo, á propósito de viaje, ¿sí crees tú que no me haga daño el montar á caballo y el mantener colgando la pierna? ¿Y no sería mejor qne nos aguardáramos algunos días más? Nada tenemos que hacer en Medellín ni á nadie le hacemos mayor falta; y además, has de saber que el cambio de aires, la tranquilidad de que se goza en estos campos y el alejamiento del ruido y del polvo de la ciudad me están haciendo mucho bien: duermo como un lirón; cómo y digiero como el que más, y en mi espíritu reina una completa satisfacción. ¿Qué más se puede desear?

—Pues, mi amo: si su mercé está contento y satisfecho, que sea como lo desea; quedémonos unos días más. Para eso la vida no corre afán; y como nosotros somos solos y no dejamos colas atrás, que ande la bola y que pare en donde quiera, que lo mismo da.

Y como ninguna otra cosa mejor quería Espinosa que encontrar un apoyo cualquiera para realizar sus secretos designios, quedó encantado del juicio de su criado, quien vino á subir una escala más en la estimación y cariño de su amo. En realidad de verdad, lo que pasaba en Espinosa era que tenía una gran repugnancia á salir de la posada de "La Quiebra", y que la sola idea de tener que abandonarla lo horrorizaba; y tánto era el apego que sentía por esa vivienda, que en su interior se dolía de haberse repuesto tan prontamente de su enfermedad.

¿Qué clase de atractivos podría encontrar un cachaco medellinense en ese pobre y desmantelado hogar? ¿Y cómo se explica que sufriera Espinosa

con gusto las molestias que lo rodeaban y las gentes vulgares con quienes vivía?

Para atar cabos y empezar á coger el hilo de este ovillo oigamos lo que al siguiente día, de aquel de que hemos hablado, conversaban la Marimonda y el negro Félix, sentados á la lumbre del hogar que la primera atizaba de lo fino con grandes trozos de buena leña. Dicho sea de una vez que este par de legítimos descendientes del maldecido Can se habían hecho buenos amigos y que gustaban mucho de departir en animada charla.

—Dígame mana Candelaria, ¿y vusté sí ha olido algo serio? Yo como soy tan majadero acaso he observado nada sobre ese particular y ahora es que vengo á caer en la cuenta de que el amo y la niña Palerma conversan mucho y que aquél no se manifiesta contento sino cuando la tiene á su lado.

—No me diga nada, mano Félix; es que á vustedes los hombres se les pasa una culebra por las mesmas narices y no la sienten; lo que es á nosotras, mire, en el santo escuro cogemos una pulga al vuelo; y si no, vea, á la prueba me remito. Y esto diciendo y haciendo, metió su mano derecha por el interior de su seno, y prontamente la sacó trayendo oprimida y muerta, entre el dedo pulgar y el índice, una pulga monumental, la cual exhibió en seguida á la luz del fuego y con aire de triunfo.

—¡ Ave maría, mana Candelaria! exclamó Félix, al ver el proceder de su interlocutora. ¡ Si vusté será el mismo satanás en persona!

—Pues, no llegaré á tánto ni Dios lo permita, porque soy cristiana—y se persignó en seguida rápidamente—;pero lo que sí le asiguro es que su amo de vusté y mi niña se están queriendo, y mu-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cho, para que lo sepa. Y á yo naide me quita de la cabeza que el blanco no se ha ido de esta posada porque lo tiene prisionero un niño muy picarito que llaman en los libros el dios Cupiro. En estas liturgias de amor yo no sé nadita, ni por experencia propia ni por la ajena, y por eso me atengo á lo que reza un versito que me enseñó mi madre, que Dios tenga en eterno descanso, y que dice asina:

"El amor es un mosquito
Que por los ojos se mete,
Y en llegando al corazón....
Francisco José....tenete."

Y á este respeuto, yo creo que el que se mantiene, como el niño José, cavila que cavila, y hablando solo, es porque está enamorado. Y agora, ¿qué me dice de mi niña? Le asiguro que no he visto en mi vida una criatura más alegre y más contenta que este angelito de mi Dios; y mas, sin embargo, agora qué destinta está; ¡si ya casi ni se conoce! Desde que ese blanco llegó aquí la niña Palerma se ha tornado en triste, distraída y pensativa; y si quiere que le diga más, hasta el color tan bonito que tenía lo ha perdido; y como ha dado en comer tan poco, está tan delgadita que parece un uso de hilar. Mi niña está picada; á yo no me lo quita naide de la cabeza. Y vea que yo no soy ninguna boba y que ya me crecieron los dientes—y alzando los labios mostraba los suyos, blancos como marfil—Y como notara la Marimonda que Félix expresaba algo así como disgusto por lo que ella le decía respecto á los amores de su amo, se le encaró de nuevo y continuó su discurso.

—Y bueno, dígame mano Félix, ¿qué tiene de particular y porqué le asusta tánto que su amo se enamore de mi niña? ¿Acaso le parece á vusté que no se pueden casar? Pues se equivoca, y mucho, para que lo sepa: la niña Palerma, así como la ve, pobre y descalcita, vale tanto como su amo y á ella pocas de esas señoronas la pueden descalzar. Y sepa también que es muy blanca, y de los finos, y que viene de padres de toda cuenta, muy sabidos, y la misma perfección en virtudes y en bondad y que ellos la criaron en el santo temor de Dios. Y agora, ¿qué le parece su hermosura? Tréigame todas esas empanizadas de la Villa y careo. Para yo, el blanco y mi niña se casan; allá lo verá, mano Félix, manque le pese. Para eso le he puesto tres velas y un cabo á mi padre San Antonio y éste no babea. Y si se casan, mediante Dios y María Santísima, desde agora le prometo que me voy á vivir con ellos, manque se vayan para las mismas Californias; pues vea, lo que es dejar á mi niña, no hay ni bamba.

—Mano Félix, continuó diciendo la Marimonda, vusté no sabe cuánto vale la niña Palerma ni quién es ese primor de criatura. Véala así descalcita y arrimada en esta triste casa, y yo no se la cambeo por la mesma emperatriz de la China. Lo que sí le asiguro es que si el niño José se casa con ella se lleva una mujer de toda cuenta, como no la hay en la Villa ni en todas estas tierras.

Aquí respiró la Marimonda después de esta larga tirada, en la cual no se supo en verdad cómo se expresaba con más vehemencia si con los ojos, las gesticulaciones, los manoteos ó con la boca. Lo cierto fue que al mulato Félix lo abrumó de tal ma-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nera, que no pudo meter su base, cosa que él deseaba, para hacer una especie de protesta contra las conclusiones definitivas á que había llegado su interlocutora. En verdad, á Félix no le agradaba mucho la idea de que su amo fuera á casarse con la primera *montuna* que encontrara á su paso, que por bonita y buena que fuera, no pasaba de ser una pobretona sin posición y sin familia. "¿Y con quién se quiere casar la Palerma?" se preguntaba el mulato en su interior y mientras hablaba la Marimonda. "Con casi nadie, se contestaba él mismo: con el cachaco más cuarto de la Villa; con el que se disputan las muchachas más bonitas, ricas y aristocráticas".

No obstante lo expuesto, y á pesar de sus deseos, Félix, como hombre de experiencia y no escaso de un poco de malicia, se guardó bien de contradecir abiertamente á la Marimonda para no disgustarla y no perder el cariño que ésta manifestaba profesarle, el cual se traducía, ó resolvía, en muy buenos y suculentos platos de sancocho y de frísoles, y en unas arepas tan grandes como la luna. Hizo, pues, de tripas corazón y se limitó á contestarle:

—Pues, mana Candelaria, lo que fuere sonará y Dios sea con todos.

Esto dicho, el mulato se despidió de la Marimonda con un "buenas noches", y se fue á dormir á su zarzo, pero llevando entre pecho y espalda una espina que poco lo dejó dormir. Y si este mi amo comete, se decía, en esta posada una diablura ¿en dónde nos meteremos? Y siguió cavilando sobre este tema y sus variantes toda la noche; pero lo que fuera pensar en que su amo pudiera casarse con la

Palerma, no se le llegó á ocurrir ni por mal pensamiento.

Esa misma noche que acabamos de mencionar, Merejo y su mujer hacían sueño en su lecho común, fumando sus *chicotes* y conversando muy amistosamente, cosa que no era muy frecuente en ellos, pues de continuo se mantenían enemistados.

—Mirá, Merejo, le decía Dª Rosana á su marido, yo creo que es cargo de conciencia el que tengamos por más tiempo á ese Sr. Espinosa en nuestra casa. Vos sabés lo que son esos cachacos de la Villa, y allá verés que el día menos pensado nos da un susto y se alza con la muchacha, y qué cuenta daremos nosotros á Dios.

—Dejate de escrúpulos y majaderías y hacete de la oreja mocha, contestó Merejo, agregando: bastante hacemos nosotros con mantenerla, vestirla y darle consejos buenos. Y á la verdá que la muchacha es buena y que yo la quiero; pero á tánto no llega mi cariño que por temores infundados ó imaginarios vayamos á dejar de cogerle á ese cachaco toda la plata que nos está pagando. Ya ves: cuatro riales diarios por el cuartico, pues yo le dije que no se lo podía dar por menos porque lo necesitaba mucho; diez riales por sus alimentos y seis por los de su criado; dos riales por el alumbrado y él pone la esperma, y dos riales por el pastaje de las bestias; todo esto fuera de lo que le ganan vustedes por el arreglo de la ropa. Con seguridad que no nos deja este cachaco menos de un peso de utilidad al día, que no es una bicoca.

—Ello dirá, dijo á su turno Dª Rosana. Yo me lavo las manos y cumplo con hacerte ver el peligro;

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

mañana no salgas echándome la culpa de lo que suceda.

Y concluído este diálogo, marido y mujer se durmieron como unos justos, y no se volvieron á acordar—que se sepa—de los peligros á que quedaba expuesta la pobre huérfana, por quien debían velar como si fuera su propia hija.

Pero, en realidad, ¿estaba Espinosa enamorado de la joven Palerma como lo aseguraba la Marimonda? ó ¿eran siniestras sus intenciones, como lo sospechaba la Dª Rosana?

El mismo paciente no podría contestar satisfactoriamente á estas preguntas, porque, como lo dijimos antes, él se había cuidado de no escudriñar lo que sobre ese particular pasaba en el fondo de su alma; pero nosotros sí podremos decir, por lo que las apariencias daban á conocer, que de todo había.

Con efecto, tenemos como cosa cierta que para Espinosa la joven huérfana era un sér lleno de encantos, de perfecciones, de virtudes y de gracias; que él pasaba horas y horas cerca de ella sin contarlas ni sentirlas; y que cuando estaba á su lado se extasiaba contemplando la belleza de ese rostro, oyendo los acentos de esa voz timbrada y argentina, y recibiendo los destellos de esas miradas húmedas y preñadas de vida y de amor. Aun algo más podemos agregar: Espinosa, con la presencia de Palerma, sentía correr por todo su cuerpo efluvios embriagadores antes desconocidos para él, y su corazón tocaba á rebato con inusitado y fuerte golpear. ¿Es esto amor? Ya lo creemos.

Y sin embargo, ¡desgraciada naturaleza humana! Aquel hombre que estudiaba á nuestra joven á

mansalva y á todo su sabor, pues ésta en sus conversaciones y confidencias se le había dado á conocer tál como ella era, y que había llegado á saber qué clase de lucha y de combates tenía que sostener entre su virtud y los miles de peligros y de acechanzas á que constantemente se veía expuesta, y que en ese épico pelear no tenía otra arma defensiva que su propia energía, no se le ocurrió que él podía desempeñar cerca de aquella débil y desvalida criatura un hermoso é interesante papel, tratando de ayudarla con sus consejos é instrucciones á sostener la heroica lucha, para que saliera triunfante en ella. Y quién sabe, hasta levantarla de su estado de desamparo haciéndola su legítima esposa. Pero aun dado que él no se atreviera á tánto, por atender á exigencias sociales que no osara contrariar, ¿porqué no podía conseguirle la protección de una familia honrada para no dejarla abandonada en ese medio de perdición en que la había encontrado? ¡Cuán nobles y meritorios no hubieran sido cualesquiera de estos procederes, y cuánto no hubiera ganado Espinosa en la estimación de las personas honradas y sensatas!

Pero no; á nuestro viajero se le ocurrió, por el contrario, que la ocasión que se le presentaba era calva, y que debía aprovecharla para satisfacer sus apetitos; y más que todo, para halagar su vanidad. ¿Cómo no ganaría él, con efecto, en el concepto de los amigos y de las gentes del oficio, si lograba rendir aquella fortaleza ante cuyos inexpugnables muros tántos habían fracasado? Por otra parte, Espinosa había llegado á persuadirse de que era dueño del corazón de la joven Palerma, y que con maña y algún artificio no le sería difícil obtener el triunfo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

que otros, quizá por impacientes, ó menos hábiles, no habían logrado alcanzar.

Y como consecuencia de tales propósitos y ocultando en los rincones de su conciencia los escrúpulos que lo atormentaban á cada instante, por la mala empresa que iba á acometer, espiaba, momento por momento, la ocasión propicia para poner en práctica sus pecaminosos designios. Y ¡cosa rara! á pesar de que tales ocasiones se le presentaban á rodo, como que la presunta víctima no se guardaba de él ni le esquivaba su presencia, sino que, por el contrario, pasaba la mayor parte del tiempo á su lado, cuidándolo, atendiéndolo y entreteniendo sus ocios con su sabrosa y sazonada charla, Espinosa no daba principio á su tarea. Fueron muchas las veces que al borde de sus labios venían á torrentes esas frases de estilo, con las cuales el hombre, imitando la serpiente tentadora, pone en obra la perdición de los descendientes de la primera pecadora; pero tales frases no salían de la boca de Espinosa ni llegaban al oído de la joven, quedando como estancadas ó paralizadas en el interior de su garganta.

Otras veces intentó nuestro héroe, en su malhadada aventura amorosa, no ya abrir su boca, sino los brazos, para apretar entre ellos el hermoso cuerpo de la deseada mujer; pero cuando ponía su intento por obra, una fuerza misteriosa pesaba sobre ellos y los dejaba sin movimiento y sin acción.

Para explicar la imposibilidad en que se hallaba el cazador de palomas de tender con éxito sus redes, y cuál era la poderosa fuerza que lo sujetaba, oigamos uno de los muchos diálogos que se cruzaron entre los dos personajes que hacen el juego principal en esta novela.

Una tarde, cuando todavía Espinosa no podía caminar ni con ayuda de muletas, se hallaba él recostado en su lecho sobre dos abultadas almohadas que le permitían quedarse medio sentado, y á su lado, y sentadita en una banqueta, Palerma cosía un vestido para su tía. Ambos callaban, y el silencio que guardaban sólo era interrumpido, en el interior de la pieza, por el movimiento tenue que hacía el brazo de la joven al rozar ligeramente la tela; y en el exterior, por el movimiento oscilatorio de los árboles al ser azotado su ramaje por una fuerte brisa del Norte que á la sazón corría.

Hacía un hermoso tiempo y la naturaleza animada y riente convidaba al placer y al regocijo; pero Palerma y Espinosa no parecía que participaran de la alegría general á que eran invitados, pues de vez en cuando la primera dejaba escapar de su pecho hondos suspiros indicativos de una pena, y el semblante del segundo revelaba el descontento y el fastidio. Habían conversado largo rato de cosas fútiles y sin importancia, y el silencio que les vemos guardar tenía algo de forzado. De repente lo interrumpe Espinosa diciéndole á su compañera:

—¿Palerma?

Y ésta al punto le contestó.

—¿D. José?

—¿Palerma? le repitió Espinosa.

—¿D. José? vuelve á contestar la joven.

—¿Está Ud. disgustada conmigo? ¿Le fastidia mi compañía?

—¿Porqué me lo dice y qué ha notado Ud. en mí para hacerme tan injusto reproche? ¿Acaso por-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

que me ve un poco triste y pensativa? ¿Y le parece á Ud. que tengo de vivir siempre alegre y contenta? ¿Cuántas veces no le he referido mis cuitas y mi triste situación? Por ventura, ¿cree Ud. que ésta haya variado en algo?

—¿Conque no ha variado? ¿Es decir que mi permanencia en esta casa, y mi amistad sincera, y mi cariño le son á Ud. tan indiferentes, hasta el punto de no poder decir que se haya abierto un paréntesis de felicidad en el desierto de su desgraciada existencia?

—En verdad, D. José, confieso que por cortedad y timidez hice caso omiso de los sentimientos que su persona ha hecho nacer en mi corazón; pero ya que Ud. hace un llamamiento á mi franqueza y á mi lealtad, no me haré rogar. No puedo negarle ¿y para qué? que en la triste vida que me ha tocado llevar en esta morada, en donde todo se revela contra mis ideas y contra mi manera de ser; y en donde me ha tocado beber hasta las heces el cáliz de la vergüenza, la presencia de un hombre de su clase y de su talento y de sus estimables prendas morales, ha sido para mí un verdadero oasis y una tregua á mis sufrimientos. ¿Y quiere saber porqué? Porque educada en un medio distinto del que aquí me rodea y deseosa de respirar otros aires más puros, yo soñaba que en esta posada tendría con frecuencia y como compensación, ocasiones de tratar con personas instruídas y de alguna educación, con quienes me sería permitido hacer cambio de ideas y de sentimientos para nutrir mi espíritu y satisfacer mi corazón; y no puede Ud. figurarse cuál ha sido mi desengaño. Los jóvenes y hombres maduros que he conocido, en lugar de ver en mí un sér

racional y capaz de aspirar á nobles ideales y de elevarse, me han mirado como un instrumento propio á satisfacer sus perversos instintos; y de aquí que en su conversación, que tánto me prometía, no haya encontrado otra cosa que pura vulgaridad y malas pasiones. Y, aunque me avergüenzo de decírselo, en mí ninguno de ellos ha visto la joven honrada y digna de respeto, sino la mujer desvalida y fácil de vencer.

Ahora, Ud. comprenderá cuán felices habrán sido para mí los momentos en que he venido á conocer la nobleza de su carácter y la elevación de sus sentimientos cristianos. La conducta de Ud. me ha hecho reconciliar con mis semejantes, y este es el más grande servicio que Ud. ha podido prestarme, y del cual le estoy grandemente agradecida. Cuando, en verdad, yo esperaba que Ud. fuera uno de tantos libertinos, y que, como los otros, vendría á insultar con sus insólitas pretensiones mi dignidad y mi desgracia, ni una palabra mal sonante sale de sus labios, ni una insinuación malévola se ha permitido hacerme. ¿Cómo no he de quererlo y estimarlo?

Espinosa, al terminar la joven Palerma su discurso, no contestó una sola palabra. ¿Y qué podía contestar? El, que había iniciado aquella conversación para poner en obra sus malos designios y en busca de una ocasión para hincar el diente en su presunta víctima, se encuentra con que no solamente no ha adelantado un solo paso en su camino, sino que ha retrocedido leguas atrás, más cohibido y amarrado que antes. Después de las últimas palabras de Palerma, ¿qué le quedaba por hacer? Callar

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

y esperar; y eso hizo, aunque de mala gana, nuestro *Tenorio*.

De esta suerte, y no obstante otras tentativas igualmente infructuosas, la empresa amorosa de Espinosa no había progresado absolutamente nada, y así iban las cosas hasta pasados más de veinte días de aquel en que nuestros dos héroes vinieron á verse por primera vez. ¿Pero tal aseveración es verdadera en absoluto? Nó, que no lo es.

Cierto era que el encaprichado caballero no había proferido una sola palabra de aquellas que hubieran podido revelar sus intentos; y cierto es también que sus acciones y ademanes se habían acomodado al más completo respeto para con la doncella objeto de su ambición; pero tal proceder, que Espinosa consideraba estúpido, y que lo mantenía incomodado consigo mismo y de mal humor, hasta el grado de calificarse de necio é imbécil, era precisamente, aunque él lo ignoraba, el medio más expedito para ganarse el afecto de la joven, y constituía para ésta el más serio peligro.

La pobre huérfana, enseñada á soportar día por día, de aquellos de su desgraciada residencia en la posada de "La Quiebra", la patanería de cuantos cachacos pasaban por allí; á sentir sus oídos lastimados por palabras irrespetuosas y descomedidas, y sobre todo, á sufrir las zurdas galanterías y hasta los desmanes de obra de esos modernos *Lovelaces* de ocasión, no podía menos que sentirse conmovida con el fino y para ella nobilísimo comportamiento de aquel huésped, que teniendo tánta facilidad, no había osado proferir una sola frase de esas malsonantes que estaba hastiada de escuchar. Y momento por momento, el cariño de Palerma para su huésped iba creciendo y ensanchándose; y algo muy serio debía de pasar en lo íntimo de su sér, cuando ya la negra Marimonda había podido observar que su idolatrada niña se desmejoraba notablemente y que perdía sus bellos colores, su alegría y su contento.

¿Estaba Palerma realmente enamorada del viajero? Mucho lo tememos, y aun lo sospechamos. Si otras mujeres de más experiencia y mundo habían caído entre las redes del terrible Espinosa, ¿qué de extrañar tendría el que en ellas cayera la inexperta y sencilla joven de que venimos hablando? Sólo sí debemos decir que ese amor ó cariño, ó llámese como se quiera, que había nacido en el corazón de Palerma al calor de un sentimiento de caridad y de compasión por el que sufre, y que iba en vía de echar hondas y extensas raíces al suave contacto de dos almas que se estrechan y se entienden, sin saberlo y quizá sin quererlo, no había hecho germinar en el espíritu de la huérfana ningún pensamiento reprochable en ningún sentido, ni siquiera le hizo surgir la idea descabellada é irrealizable de que pudiera llegar á ser la esposa de ese hombre rico y aristocrático. Ella, que era humilde con la humildad cristiana, comprendía muy bien—sin que sus afectos la cegaran—que entre la pobre huérfana desvalida y sin amparo y el objeto de su amor, existía un abismo insondable é imposible de llenar.

Hablaremos con más claridad: las anteriores reflexiones que acabamos de hacer no se le ocurrían á Palerma de una manera clara y tangible, pues ni ella misma se daba cuenta del sentimiento tierno y delicado y asaz profundo, que la unía con Espinosa. Conocía solamente ella que vivía pendiente de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

los labios de éste; que su conversación. animada y decidora la extasiaba; que los momentos que á su lado pasaba eran los más felices de su vida, y que la horrorizaba la idea de que él pudiera partir. ¿Qué haría ella en aquella soledad? Porque verdadera soledad, soledad del alma, era la compañía de las gentes incultas con quienes vivía. Por lo demás, bueno es que consignemos aquí, para lo que pueda convenir, que la idea que Palerma se había formado de las virtudes y cualidades de su amado era tal, que nunca llegó á temerle como á los otros hombres; y así se explica el porqué de su ilimitada confianza y el porqué lo trataba sin esquivez y con llaneza.

Volvamos á Espinosa. Este indudablemente profesaba á Palerma un afecto profundo y verdadero, pero cerraba los ojos del alma para no verlo y hacía esfuerzos para no sentirlo, porque lo dominaban la vanidad y las preocupaciones y prejuicios sociales, y sobre todo, el deseo de satisfacer sentimientos y deseos de otro linaje. Por eso se encaprichaba más y más en sus malos propósitos y formaba planes y planes para realizarlos, y para ello olvidaba familia y sociedad, y se exponía sin decoro ni vergüenza á las miradas de todos los que lo veían empeñado en aquella criminal empresa, no reparando siquiera que con su insólita conducta sacrificaba el honor y la tranquilidad de una pobre y desgraciada joven á quien debía sólo gratitud y estimación.

Y esto último no es una mera suposición sin fundamento, porque era cosa cierta y evidente que todo el que pasaba por la fonda ó posada de "La Quiebra" y tenía ocasión de observar que Espinosa, habiendo recuperado la salud, no tenía urgencia de

permanecer en esa morada, necesariamente debía de pensar que su estación allí era inexplicable de una manera natural y que ella no podía tener otro objeto que el de obtener los favores de la reina de esa comarca, por todos tan generalmente codiciada. Y comoquiera que en la partida que se jugaba era la huérfana la parte débil, eran los más los que pensaban mal de ella, y muchos los que la daban por mujer coqueta y de ligeros cascos. Por eso era frecuente el oír á los viajeros, conocidos ó amigos de Espinosa, el que le preguntaran á éste con refinada malicia, "¿cómo vas de enfermedad, José?" y á nadie se le ocultaba, ni al mismo interrogado, que aquella pregunta tenía un doble sentido, harto ofensivo para el honor de Palerma.

Y sin embargo, Espinosa de nada hacía caso ni nada veía de lo que á su alrededor pasaba, porque, empeñado su amor propio en esa lucha estéril en bienes y fecunda en males, seguía impávido desafiando la pública opinión y desoyendo los consejos y advertencias de los suyos. Decimos de los suyos, porque ha de saberse que su hermana y su cuñado, sabedores ya de lo que estaba ocurriendo en la posada de "La Quiebra", le habían escrito afeándole su conducta y llamándolo al camino del deber. A esas misivas, tan cariñosas como caritativas, no contestó siquiera.

En tal estado se hallaban las cosas á mediados del mes de Diciembre. Palerma, dulce, cariñosa y confiada en la caballerosidad y honradez del hombre en quien había depositado su cariño, y Espinosa, apasionado, enardecido y siempre impotente para obrar.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO VI

Tan pronto como nuestro sedentario viajero recuperó por completo la salud y luégo que hubo abandonado por inútiles y estorbosas las socorridas muletas, pensó que á su permanencia en el lugar en que se hallaba debía darle alguna salida ó explicación satisfactorias, al menos aparentemente; y hé aquí que al punto se puso en la tarea de manifestar á las personas con quienes hablaba, y con especialidad á sus amigos y relacionados, que estaba hastiado de la vida de ciudad y que no teniendo á la sazón una ocupación á qué atender había resuelto descansar por algún tiempo y gozar de los placeres del campo, ya que se le había presentado la oportunidad de encontrar un lugar tan á propósito como la posada de "La Quiebra", la cual era, á la par que un punto de partida para satisfacer su aficiones de turista, una casa en donde lo trataban con cariño, le servían con acuciosidad y le dejaban entera libertad de acción.

—Figúrate, Germán, le decía él á un amigo con quien conversaba sobre el particular, si viviré á mi gusto y contentamiento en esta posada. Me acuesto cuando quiero y cuando el cuerpo me lo pide; y me levanto tarde ó temprano, según mis deseos, ya sea que quiera solazarme con el suave calor de mis mantas, ó que prefiera asistir al hermoso espectáculo con que gratuitamente nos obsequia la naturaleza en un amanecer. A este propósito, esta localidad es de las más privilegiadas; desde esa misma ventanita que ves allí (la de su cuarto de dormir) se contempla á nuestro sabor, en mañanas muy despejadas, la cristalina cima del grandioso nevado del

Ruiz y siempre, la gran olla del caudaloso Cauca con todas sus bellezas y maravillas. A veces me entretengo en sabrosas pláticas con los moradores de esta casa, pláticas que tienen para mí sus encantos especiales; y en otras, me entrego de lleno á la lectura de mis libros favoritos; y cuando no, escribo algunas páginas en mi libro de memorias.

Pero lo que no puedo menos de confesarte es que uno de los atractivos que me tiene ligado á esta morada, para ti indudablemente tan prosaica y desprovista de todo lo que hace agradable la vida, lo constituye la compañía de la hermosa y sin igual Palerma. No sabes tú qué clase de mujer es ésta y qué horas de supremo encanto me paso yo á su lado y cuánto gozo con su cariño y con sus cuidados y atenciones. Puedo asegurarte que su hermosura y sus gracias son nada comparadas con la lucidez de su entendimiento y con la rectitud de su criterio.

¿Conoces á Carito? Ya lo creo. Pues bien: sabe que es tipo muy interesante este socarrón; me aborrece como nadie; y me cela con su prima que es un primor, hasta el punto de que en los momentos de mi mayor entusiasmo amoroso, y cuando intento irme á fondo, nunca falta el maldito indio con su presencia á impedir mis arrebatos (ya más atrás hemos visto que no era solamente la presencia de Carito lo que impedía á Espinosa satisfacer sus malos deseos).

No obstante, me divierto mucho haciéndolo hablar, aunque casi á la fuerza, y haciéndolo rabiar, cuando le digo que estoy enamorado de su prima. Si vieras qué cara pone el solapado.

Y D. Merejo y Dª Rosana y la misma negra Marimonda son también para mí fuentes de distrac-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ción con sus sandeces, su rusticidad y su sencillez. Especialmente el primero me divierte mucho con la relación exacta ó imaginaria de sus bellaquerías.

Fuera de lo expuesto y de mis excursiones á los alrededores, de las cuales he hecho ya una y proyecto hacer otras, la visita de amigos, como tú, hacen que mi alma entera vuele á mi ciudad natal y que me ocupe en traer á la memoria las cosas de ese querido rincón de tierra. Mis amigos me hablan de mi gente y de las muchachas de Medellín y con especialidad de aquellas que en otro tiempo llamaron mi atención. Tales recuerdos de mi pasado me producen gratas y profundas impresiones.

Es verdad que esa clase de visitas no son de todos los días, y que tienen el carácter de ocasionales; pero en cambio, ¡cuántas otras no tengo á diario que no carecen de atractivos y de interés para un buen observador! ¡Qué tipos los que me vienen á la mano! Arrieros de profesión, campesinos, comerciantes de pueblo, hacendados, familias enteras de alta y de baja posición, y en fin, gentes de todo linaje se detienen aquí por toda una noche ó por breve rato. Con todas me insinúo cuando me place y estoy de humor; y en las conversaciones que con ellas tengo ¡cuántas observaciones he podido hacer y cuántos conocimientos prácticos he podido adquirir! Te aseguro que en una posada como ésta, así desmañada é incómoda como tú la contemplas, es en donde el hombre estudioso y pensador tiene acilidades para conocer la humanidad entera.

f ¡Qué de tipos no he conocido! ¡Qué de caracteres distintos no he observado! ¡Y qué de cosas curiosas no he podido saber! Quién me cuenta sus amores y sus desengaños; quién sus cuitas pecu-

niarias y sus necesidades; quién me pide consejos para obrar en determinadas circunstancias; quién me hace relación minuciosa de sus querellas y de sus enojos; quién me abre su corazón y me impone de sus proyectos para el porvenir y de sus esperanzas. Y á éste le doy un consejo; á aquél, un consuelo; al de más allá, le digo una palabra de aliento; y al de acullá, lo detengo en sus descabellados propósitos. Como con casi todos me entiendo muy bien, y como me hago querer, he desempeñado, aunque no lo creas, una especie de sacerdocio. Escúcha lo que logré hacer en la semana pasada:

Llegó aquí, como á eso de las seis de la tarde, un mocito de buena presencia, y por su manera de vestir y por su aspecto, comprendí al punto que pertenecía á una de las buenas familias de Medellín, y comprendí asimismo que venía huído. Pues, bien: cogí al muchacho y tomándolo por las buenas, obtuve que me confesara todo, que me dijera quiénes eran sus padres; y obtuve más, que desistiera de su proyecto y que volviera al seno de su familia. En días pasados contribuí también á que dos esposos que iban "mátate que te mataré" se reconciliaran y se dieran un estrecho abrazo. Otras proezas he llevado á cabo, las cuales omito contarte por modestia y por no extenderme demasiado.

Asuntos para reír se me han presentado á millares, pues en este escenario ocurren de veras, en un día, más sainetes y entremeses que los que tú has visto representar en los teatros en toda tu vida. Mi huéspeda, la Dª Rosana, arma, de cuando en cuando, unas *peloteras* con sus clientes, de lo más divertido; y en muchas de ellas, y para que las cosas no pasen á mayores, me he visto en la necesidad de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

constituírme en árbitro y amigable componedor para dirimir la discordia, la que casi siempre versa sobre cantidades de dinero que no pasan de diez centavos. Si vieras cómo la ponen á la buena señora y cómo pone ella á sus contendores.

La otra noche me reí á más no poder con dos viajeras: la madre, una vejancona acartonada, de unos sesenta años, y la muchacha, digo la hija, una *braseadora* de treinta y cinco, por lo menos. Me puse al habla con ellas; y cuando ya habíamos hecho relaciones, la que hacía de muchacha me preguntó que cuántos años tenía. Contestéle con desembarazo que contaba veinticinco, y entonces ella á su turno, y con desenfado sin igual, exclamó:

—¡Vea qué cosa! me lleva Ud. siete años cabalitos.

Entonces la madre tomó parte en la conversación y dijo:

—Sí, mi caballero: la muchacha tiene diez y siete años y yo voy á cumplir los veintisiete.

Yo guardé silencio y las buenas señoras quedaron muy persuadidas de que les había creído sus afirmaciones.

Ve, ahora, lo que he aprendido, ó mejor, aquello sobre lo cual he venido á adquirir convicciones íntimas y profundas: que el mundo es mundo en todas partes, en Pekín como en París, en Medellín como en La Quiebra del Uvital; que la "bestia humana" varía de vestidos y de apariencias, pero que en el fondo es la misma aquí, que allá; y que la lucha por la vida y la satisfacción de nuestras necesidades corporales son los grandes y verdaderos resortes que impulsan la mecánica social.

Y también he venido á convencerme, muy á mi pesar, de que la decantada libertad del hombre es una quimera, siempre perseguida y nunca alcanzada.

En realidad, por más ilusiones que nos hagamos y por más que alardeemos que disponemos á rodo de nuestra voluntad, tendremos que reconocer que esa facultad, que es uno de nuestros distintivos con el bruto, se mueve en una esfera muy reducida y en un campo muy estrecho. La naturaleza entera nos opone, á cada paso que damos, dificultades y resistencias que no podemos vencer; y nosotros mismos, esclavos sumisos de nuestras pasiones, somos el juguete de nuestros deseos y flaquezas.

Obsérva, si no, lo que á mí me ha pasado en estos últimos tiempos. Hace veinte días, ó poco más, que salí de mi casa con el definido objeto de visitar, como sabes, una finca de las del Cauca, y un accidente insignificante al parecer, la simple caída de la bestia que me traía en sus lomos, me ha hecho variar enteramente de rumbo; y hoy ¿á dónde iré á parar y qué será de mí? Y todo esto ha sucedido y está sucediendo sin mi consentimiento y contra mi voluntad, y hay todavía quien esté alardeando de independiente y de libre.

Desengáñate, mi querido amigo: somos una pieza del organismo social y del mecanismo físico y estamos sujetos á reglas fijas y á leyes inviolables. Y siendo esto así, ¿podrá tal sujeción llamarse libertad? Querer no es poder.

Cuando en estas filosofías iba, comprendió Espinosa que estaba perdiendo su pólvora en salvas y que el tal su amigo no entendía ni pizca del asunto de que le hablaba y que ni siquiera le escuchaba, en-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tretenido como se hallaba en observar unos novillos cebados que por el camino pasaban en ese momento; y por ello resolvió cambiar de rumbo y entrar en una seria conversación sobre la industria pecuaria, en la cual nosotros no lo seguiremos, pero que indudablemente sí sería del agrado del amigo de Espinosa, que según cuentas debía de ser algún hacendado.

En la relación que precede, hecha por Espinosa á su amigo Germán, omitió aquél, sin duda por olvido, un incidente importante, por lo curioso y melodramático, que á nosotros se nos antoja no pasar inadvertido.

Unos pocos días antes de la conversación habida entre los dos jóvenes, y muy cerca de la *oración*, llegaron á la posada de "La Quiebra" dos viajeros, caballeros en sendas y famosas mulas, á saber: un hombre robusto, bastante entrado en años y de aspecto severo y tieso y que en su porte revelaba ser acaudalado, y una joven de veinte años, bastante hermosa, y de muy gallarda figura.

Como era natural, Espinosa buscó la ocasión de insinuarse y de conversar con la viajera; y mucho más empeño puso en ello cuando pudo observar, luégo que la joven dejó caer el fino velo de punto que cubría sus facciones, que había llorado en abundancia y que una atmósfera de tristeza y de pesadumbre la rodeaba. Algo muy serio debe de haber aquí, pensaba él, y no me quedo, decía, con el antojo de averiguar el misterio que encierra el viaje de este viejo cancerbero y de esta madona dolorosa.

Y la cosa fue más fácil de lo que al principio parecía, como que ella no pensaba en otro asunto, que en el de depositar en el simpático caballero el secreto de sus penas, probablemente para buscar alivio y consuelo.

Sucedió, pues, que perseguidor y perseguida se encontraron demasiado pronto, y que aprovechando la joven un momento de respiro que le diera su padre, depositó su secreto en su inesperado confidente, sin rodeos ni gazmoñerías.

Hé aquí su confesión:

"Caballero: es la primera vez que veo á Ud. y no tengo el honor de saber quién es; pero su porte y sus maneras y el atento recibimiento que desde al partir me ha hecho me dicen que Ud. es un hombre honrado y de sentimientos nobles y elevados. Confío, por lo tanto, en que no abusará de la confianza que voy á depositar en Ud. y que si no puede ayudarme en mi desgracia, al menos no divulgue mi secreto. Por lo demás, excuse mi atrevimiento y mi franqueza en estos momentos; ayer, yo que soy tímida y vergonzosa, quizá no habría sido capaz de alzar á mirarlo de frente; pero hoy no pasa lo mismo: la terrible é inmensa desgracia que pesa sobre mí me da fuerza y aliento para todo, y me siento capaz de grandes cosas, aun de aquellas que antes me causaran terrible espanto.

"Va Ud. á saber si me lamento con sobra de razón ó si mis penas son imaginarias.

"Hace un año vivía yo tranquila y sosegada en el pueblo de N., lugar de mi nacimiento y en donde hace bastante tiempo que reside mi familia. Y digo tranquila y sosegada, porque en mi existencia no se había interpuesto ningún obstáculo ni yo pen-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

saba en otra cosa que en estar al lado de los míos, gozando de sus caricias y dedicándome, por mi parte, á cuidar y servir á mis padres. Gozaba de toda clase de comodidades, pues somos ricos, y en mi pueblo, por mi posición social, elevada, se me consideraba y acataba y era tenida como una de las más notables muchachas, siendo, además, solicitada con empeño por los jóvenes de mi propia clase que aspiraban á mi mano.

"Tranquila pasaba mi existencia, como lo tengo dicho, cuando una noche, terrible noche—¡Dios mío, borrad ese recuerdo de mi memoria!—quiso mi mala ventura que asistiera á una tertulia que se daba en casa de una de mis amigas, y que en ella conociera á un joven caucano que acababa de llegar á N. á no sé qué negocio.... ya recuerdo: á desempeñar un destino público.

"Verlo, oírlo hablar, recibir el fuego de sus miradas y amarlo, todo fue uno para mí. ¿Pero qué clase de amor fue aquél? Yo no volví á comer ni á dormir ni á pensar en otro objeto que en ese amor terrible y dominante que me robaba todo mi sér. Ricardo, así se llamaba el joven de quien le hablo, es pobre, de familia desconocida y de antecedentes igualmente ignorados; pero yo en nada de eso reparaba. Mi amor y mi cariño llenaban todos esos vacíos, y así no vacilé en prometerle mi mano de esposa cuando me la pidió.

"Mis padres, y muy especialmente mi padre, miraron desde el principio nuestros amores con marcada antipatía y disgusto, y fueron muchas las ocasiones en que éste me reprendiera fuertemente porque le correspondía á Ricardo, y en que mi madre me aconsejara y suplicara que dejara eso. Yo de nada hice caso, y loca, y más enamorada, mientras más oposición á la realización de mis deseos encontraba, más y más me empeñaba en realizarlos. Hasta el día en que mi pretendiente fue á ver á mi padre para pedirle mi mano yo gozaba de alguna libertad y en las casas de mis amigas solía hablar con él; pero de allí en adelante empezaron mis torturas y mis verdaderos sufrimientos. Mi padre se opuso abiertamente á mi casamiento y le dio con las puertas en la cara á mi amante; y desde ese instante no se me permitía salir á la calle, sin mi madre ni asomarme á las ventanas ni pararme en la puerta de nuestra casa. Y como estas privaciones no hacían cambiar mi resolución, me llevaron al campo, una *montaña* lejana, en donde todavía me celaban con más rigor. Esta serie de contrariedades y esta lucha constante entre mi amor y la oposición de los seres que me dieron la existencia, concluyó por alterar notablemente mi salud, hasta el punto de que, alarmados mis padres, convinieron al fin en que mi matrimonio se llevara á efecto. Se arregló, pues, todo; Ricardo pudo visitarme con entera libertad, y confiados y contentos aguardámos á que llegara el día feliz en que la iglesia debía darnos su bendición y en el cual nuestras existencias debían unirse en una sola para siempre.

"La ceremonia religiosa debía tener lugar esta misma mañana, á las cinco, y anoche hubo reunión de miembros de familia y de amigos en casa y fui obsequiada ricamente con hermosos ramilletes de flores y con algunos objetos curiosos y bonitos. A las once se despidieron los visitantes, y á las doce nos acostámos. Yo no podía dormir, pues como era natural, mi ánimo estaba sobrexcitado con los quehace-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

res y atenciones del día y luégo con esa zozobra que se siente al ver venir sobre nosotros un cambio tan trascendental y al querer abrir la puerta de una nueva vida desconocida para una y tan llena de secretos y de incógnitas.

"No obstante, mi felicidad era tánta que mi insomnio, en vez de producirme malestar, me servía como de un medio para gozar más y más de ella, y para saborearla hasta el fondo de la copa. Serían las tres de la mañana cuando siento unos pasos que se acercan á la puerta de mi dormitorio; me siento sobresaltada y oigo la voz de mi padre que me dice: 'Adela, levántate, que nos vamos.—¿Para dónde, papá? ¿para la iglesia? ¿No es muy temprano? le respondí.—Qué iglesia ni qué cuentos; vístete inmediatamente para que montes á caballo; nos vamos para Medellín. No debes pensar en ese malhadado matrimonio con ese bribón que no te merece, ni debes permanecer aquí, siendo objeto de la burla y de los picantes comentarios de todas estas gentes que nos envidian y aborrecen porque tenemos qué comer'.

"Levantéme al punto, y saliendo al exterior, ó sea al corredor en que se hallaban mi padre y mi hermano mayor, le dije á aquél:

"—¿Pero qué ha sucedido, papá? ¿No estaba Ud. contento con mi matrimonio y no había consentido en él? ¿Porqué ese cambio tan completo?

"—No me digas nada ahora, ni entremos en explicaciones que son innecesarias; montas por bien, ó por mal; no hay remedio.

"Y comoquiera que en el patio hubiera dos bestias ensilladas y estuviera mi vestido de montar listo, se me obligó á ponerme éste y á subir sobre una

de aquéllas y nos pusimos en marcha. Lloré, grité, llamé á mi madre por repetidas veces, hice mil súplicas á mi padre y todo fue inútil. Ni mi madre dio señales de oírme ni mi padre accedió á mis ruegos. Y hé aquí, caballero, como caminando todo el día hemos llegado hasta esta posada, en donde me encuentro sin saber una palabra de lo que haya ocurrido en mi pueblo, sin tener noticias de mi novio, y lo peor, sin conocer los motivos del proceder de mi padre, quien obstinadamente se ha denegado á darme explicaciones. Vea Ud., agregó, cuán aflictiva es mi situación y cuán negra suerte me ha tocado. ¿Qué piensa Ud. que yo deba hacer?"

La cuitada doncella se deshizo en llanto y cubrió su rostro con sus blancas manos, esperando una voz de consuelo de su confidente; y efectivamente, éste iba á dársela; pero cuando abrió la boca para empezar á hablar lo sorprendió un grito del viejo padre que decía:

—Adela, Adela, vén acá; y el tal viejo sin aguardar á que su hija le contestara, llegó furioso al lugar en donde ésta se encontraba con Espinosa, y bruscamente, y sin fórmula de cortesía alguna, la tomó de la mano y se la llevó para el cuarto que les tenían preparado para dormir. Mucho bregó Espinosa por volver esa noche á hablar con la desgraciada joven, robada por su propio padre, pero no lo logró. Se levantó muy de mañana y encontró el rastro frío: hija y padre habían partido desde las dos de la mañana. De esta suerte, para nuestro héroe la historia que acabamos de referir quedó truncada y sin desenlace; pero no para nosotros, pues, pasado algún tiempo, tuvimos conocimiento de que el viejo raptor había tenido malos informes so-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

bre la conducta de su futuro yerno, y que, temiendo que su hija no volviera atrás de su proyectado matrimonio, resolvió dar aquel golpe de gracia que ya conocemos. Felizmente el joven Ricardo no abandonó el campo, logró vindicarse de los cargos, y al fin obtuvo la mano de su prometida.

CAPITULO VII

Uno de los antojos de turista que aquejaban á nuestro héroe era el de pasar una noche en una tienda de arrieros y el de participar de su rancho y de su merienda; y como sobre ello hubiera hablado varias veces con el chato Merejo, suplicándole que le proporcionara la oportunidad de satisfacer su deseo, éste le dio esperanzas y le manifestó que el proyecto era fácil de realizar, como que con frecuencia sucedía que los arrieros que llevaban y traían grandes cargamentos de mercancías ó de tabaco y que hacían su jornada hasta la fonda de "La Quiebra", no pernoctaban en ella, sino que armaban su tolda en las cercanías y sobre el mismo camino *real*. Generalmente el punto más ambicionado era el *asiento* del "Chupadero", llamado así por existir allí una especie de filtración saturada, muy del gusto de alados y cuadrúpedos, el cual estaba situado en el espacio comprendido entre la casa de la fonda y el punto donde empieza la propia subida del "Uvital", como á unas dos cuadras distante de aquélla.

Al día siguiente de aquel en que Espinosa conversara tan largamente con su amigo Germán, se

llegó á él el Chato, y después de darle los buenos días le dijo:

—Se me había olvidado, mi don, decirle una cosa.

—¿Cuál será, mi don Merejo?

—Que Manuel López, de Itagüí, dueño y capataz de una mulada muy grande, me mandó razón ayer tarde que le tuviera las cosas buenas, que esta noche toldaba en el Chupadero. Conque si vusté persiste en el antojo del otro día, ocasión tiene y buena, y debe aprovecharla porque mejor no se le presentará otra, pues caporal como Manuel López no se topa tan á la mano. Es un hombre honrado á carta cabal y un cuarto que no se diga, como vusté lo verá.

—Me place la noticia y me aprovecharé de ella, D. Merejo. Hablaré con el arriero López á su paso por aquí; y entretanto, me prepararé para mi excursión por ese mundo de la *arriería* que tánto deseo conocer prácticamente y que á mi parecer me reserva ratos muy agradables.

Todo aquel día lo pasó Espinosa en sus acostumbradas tareas, pero lleno de impaciencia y ansioso de que llegara el momento de poner en acción su proyecto; y era tal el desasosiego que manifestaba, que sin exageración podía comparársele con un niño, á quien por primera vez van á llevar sus padres á una representación teatral. ¡Si ya le parece al angelito que no saldrán de la casa y que nunca se alzará el telón!

Pero comoquiera que es muy cierto, y por desgracia casi siempre, que "no hay plazo que no se cumpla", llegó la hora en que la voz estentórea del arriero

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Manuel López, y la de sus peones, se dejó oír muy cerca de la fonda.

—"Aquí va quien todo lo puede", gritó el uno.

Y el otro lo secundó exclamando:

—"Tiemble la tierra, que va el huracán."

Y una voz chillona de muchacho de quince años decía á su turno:

—"Hoy no se me escapa la niña Palerma."

—"Y á mí ni la Marimonda", exclamó una voz distinta, de tono más grave.

—¡Ah mula de setenta mil anegas de demonios!

—¡Si es tan bandida esta solapada de los diablos!

—Tanté, si por eso la llaman la "cabecijierro."

—¡Hombre, Tomás! soliviá ese tercio, que se voltea la carga.

Y entre tal baraúnda de voces y de exclamaciones apareció en un recodo del camino, visible desde el corredor de la fonda, y muy cercano, el *sangrero*, ó sea el mismo muchacho de la voz chillona, conduciendo del cabestro el caballo que servía de *madrino* á toda la recua; y detrás, y una por una, fueron desfilando las mulas con las cargas. Por último, se dejaron ver López y los dos arrieros que le ayudaban en la ruda faena.

Como se ve, los personajes que van á entrar en escena eran cuatro, á saber: Manuel López, dueño de las mulas y jefe de la partida, hombre de algunos haberes, rudo y de modales toscos, pero de no escasa inteligencia y hábil y astuto como un zorro para los negocios; dos peones, llamados el uno Gaspar Sánchez y el otro Tomás Penagos, ambos campesinos ignorantes, fuertes para el trabajo y consagrados á conseguir su sustento y el de sus familias, con su salario diario; y por último, Jesús Colorado, el muchacho que desempeñaba el empleo importante de *sangrero*, entre cuyas principales funciones contaba las de conducir el *madrino* y preparar los alimentos, sin perjuicio de ayudar en lo fuerte de la faena, en caso de necesidad.

López viajaba siempre con sus recuas y generalmente lo hacía caballero en una mula enjalmada, de las dos que llevaba de repuesto, y trabajaba poco materialmente, si bien en los apuros intervenía en las maniobras con más eficacia que sus peones, pues era fuerte sin igual.

—Buenas tardes—eran las cuatro poco más ó menos—dijeron los arrieros al llegar al frente de la fonda.

—Buenas tardes, contestaron Merejo y Espinosa, que eran los que estaban en el corredor.

—¿Qué hay muchachos? agregó Merejo. ¿Qué ocurre por la Villa? Y vos, hombré Manuel, ¿qué traés de güeno?

—Hombre, ñato, ¿qué he de traer? calentura con estas malditas, que vienen más malucas y sorneras que el demonio, y con este camino, que es un puro matadero. Casi que no salimos del Cardal; si vieras qué tragadales. Eso sí, caminos malos que es un gusto, y contribuciones por todas partes. Malditos sean todos los Gobiernos habidos y por haber; no se sabe cuál es el más pior.

—Dejá tu calentura, que con eso no sacás nada, y vení acá yo te presento á este señor, dijo Merejo señalando á Espinosa—que está con el antojo de que le permitas dormir esta noche en tu toldo.

—Para servir á Ud., exclamó en seguida Espi-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nosa, inclinando la cabeza ligeramente. Si me permite satisfacer este deseo, yo le quedaré muy agradecido; estoy pronto á pagarle mi alojamiento.

—Yo soy quien debe servirle, mi don, contestó López quitándose del todo su sombrero, y ningún inconveniente tengo en convenir con su pido; pero como hombre honrado que soy, pues hasta ahora nadie me ha cogido en una mentira, y si no que lo diga el ñato que está presente, yo debo advertirle á vusté que lo que va á hacer es una zoquetada de marca mayor; va á dejar una buena camita, como la que le dan aquí en esta posada, por irse á pasar una noche de perros, bien estrecho y exponiéndose al frío y á la lluvia, como que mi toldo está más averiado que un colador.

—No importa, mi amigo; nada de eso me intimida y estoy resuelto á soportar sin quejarme todas las incomodidades que Ud. ha mencionado; y así, si Ud. conviene, está arreglado el negocio; me iré á dormir á su toldo.

—Pues, señor, allá se las avenga; si quiere venirse, adentro, que en mi casa será rey, y no hay que hablar. Solamente le suplico que se treiga sus almuhadas y su cobija, que para algo le servirán y con ellas no lo pasará tan de lo pior.

Hecho el referido convenio, López se fue en alcance de sus mulas y peones que siguieron su camino de largo cuando empezó el diálogo de que acabamos de dar cuenta, y Espinosa empezó á hacer sus preparativos para seguirlo, pues era su propósito presenciar todas las maniobras de instalación de los arrieros. Los peones y el *sangrero* no habían continuado su viaje, sin recomendar á todo grito á Dª Rosana y á Palerma que les tuvieran las cosas

buenas y un trago grande, pues que pronto volverían.

Ya se recordará que el lugar á donde iban á pernoctor estaba muy cerca de la fonda.

Cuando Palerma y la Marimonda se impusieron del proyecto de su huésped manifestaron su absoluta improbación, diciendo que eso no lo permitían ellas, y que cómo era posible que un caballero tan delicado fuera á dormir en un lugar tan incómodo como una tolda de arrieros. Dª Rosana nada dijo ni en pro ni en contra; pero se nos antoja creer que no lo desaprobó, probablemente porque así economizaría la comida de Espinosa, la cual pagaría éste y ella la utilizaría en otro parroquiano. Félix estaba ausente en Medellín, á donde se había ido la víspera en comisión de su amo y no fue, por lo tanto, un obstáculo. Fueron precisos muchos ruegos y súplicas de parte de Espinosa para que las opositoras convinieran al fin en dejarlo hacer su gusto; pero si Palerma accedió, no lo hizo sin un gran pesar.

Cuando Espinosa llegó al plan del Chupadero ya López y sus compañeros habían dado principio á la tarea de *descargar*, la que tuvo ocasión de presenciar en parte. Los arrieros divididos en dos parejas, y tomando cada una de ellas una mula, desanudaban las amarras ó *sobrecargas* que sostenían sobre la enjalma los pesados fardos, y ponían luégo éstos uno sobre otro en el punto escogido para el efecto, procurando hacer un cuadrado con espacio en el centro, que quedaba formando una especie de cuarto de tres varas de extensión en latitud y en longitud, con su correspondiente abertura para la entrada.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Hecho lo cual, el *sangrero* procedió á arreglar el fogón con tres piedras equidistantes y de igual tamaño, las cuales colocó á pocos pasos de la improvisada habitación. Sobre ellas levantó la olla de hierro que llevaban para el uso de la "partida", y fuese en seguida en busca de agua y de maderas secas para alimentar el fuego. Sánchez y Penagos se ocuparon en desenjalmar y en revisar las *mataduras* de las bestias para lavarlas y curarlas, ya con una untura de manteca y carbón vegetal, ya con espuma de jabón, según la naturaleza esencial de la herida. A continuación fueron los mismos á recoger la mulada, que se había dispersado en busca de las escasas yerbas que nacen á la orilla del camino, y marchando el uno á la vanguardia con el *madrino* y el otro, á la retaguardia, llevando una soga en la mano que le servía de foete, se dirigieron hacia la fonda para empotrerar en la *manga* de Merejo las mulas, durante la noche.

—Arriba, mulitas guapas, gritaba el de atrás; á descansar esta noche y mañana, á trancar de lo lindo.

Sánchez, que llevaba la delantera, distraía su ánimo cantando á todo pecho una canción popular muy en boga en ese tiempo, cuya letra no recordamos.

Mientras sucedía lo que venimos narrando, Espinosa y López, reclinados sobre el césped á corta distancia del depósito de mercancías, departían muy amistosamente, y el segundo explicaba con mucha seriedad al primero todas las operaciones concernientes á la *arriería*, y sobre la manera de cargar y descargar, no omitiendo el enseñarle el cómo se echaba la *encomienda*. Luégo le habló también de

las dificultades que el oficio presenta, de los trabajos que en él se pasan y de la fuerza y energía que se necesita para ejercerlo.

—No es el león como lo pintan, exclamaba el caporal. Mucho dicen los de botas que la vida del arriero es muy sabrosa, muy poética y no sé cuántas otras cosas más; y ya yo me los quisiera ver toda una mañana alzando tercios de cinco arrobas y media, echando la jiel, ó sumidos en un tragadal, bregando por sacar una mula metida en el pantano hasta los invornales. Otra cosa es con vigüela y agarrando es que se sabe. Y si no, fíjese en lo que ha visto y apunte si es leído.

En estas, ya del improvisado fogón de tres piedras se levantaba, en graciosa espiral, azulada columna de humo que subía al cielo como tributo de reconocimiento y adoración que aquellos rudos trabajadores rendían al Criador. El muchacho *sangrero*, apoyando el cuerpo sobre las rodillas y codos, se inclinaba sobre el fogón para apresurar con su aliento la combustión; y era curioso verlo empeñado en su tarea, rojo el rostro hasta la grana y húmedos los ojos con las lágrimas que el humo le hacía verter.

Vueltos que fueron Sánchez y Penagos de su excursión á la fonda, en donde le rindieron culto á Baco, tomando sus dos buenos tragos de aguardiente, los cuales naturalmente charlaron un poco con la ventera, se trató de armar la tolda, lo que se hizo de la siguiente manera:

En los cuatro ángulos exteriores del cuadrilátero se clavaron sendas estacas delgadas, como de vara y media de largas, para sujetar de ellas el lienzo de la tolda, y en el centro, dos estacas más largas, todavía, para que sirvieran de sostén á la *guía* que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

debía servir para formar el techo de dos aguas. Colocado el lienzo en su lugar y construída aquella provisional vivienda al aire libre, se hizo al rededor de los muros una zanja angosta para evitar que el agua lluvia penetrara al recinto formado por los fardos. Hechos los anteriores preparativos, López y los peones Sánchez y Penagos penetraron al interior de la tolda, donde se recostaron á reposar un poco ; el *sangrero* continuó ocupándose en la preparación de la comida, y Espinosa volvió á la fonda á despedirse de sus huéspedes y á hacer venir sus mantas y almohadas, y algo más de que luégo hablaremos.

—Conque nos abandona, niño José, le decía la Marimonda en el momento en que iba á decirle adiós.

—No, Marimonda, es apenas por esta noche y para satisfacer un antojo, pues mañana temprano me tendrás aquí.

—Bueno, niño, allá se lo haiga ; cuídese mucho y no se deje dar el sereno y cobíjese muy bien, porque en ese toldo hace un frío que pica. Hay le mando con Carito, que le va á llevar sus cositas, un envueltico : no me lo vaya á desaidrar, cómaselo enterito.

—Y tú qué me dices, Palerma le preguntó Espinosa á la joven huérfana que cerca estaba. ¿Me pensarás mucho esta noche y soñarás conmigo?

—¿Porqué no? D. José. Demasiado que lo recomendaré á los santos y con especialidad á San Rafael, protector de los viajeros, para que tenga una noche feliz y para que goce como lo desea en esa aventura singular en que se ha metido.

—Adiós, pues, toditos; hasta mañana Dª Rosana; hasta la vista D. Merejo.

—Que Dios lo lleve con bien, le contestaron á una.

Y Espinosa salió de la fonda acompañado de Carito, quien llevaba á la espalda un pequeño lío, y dejando en los moradores de ella una especie de tristeza como si realmente fuera á ausentarse para siempre.

Espinosa regresó á la tolda de López como á eso de las siete y media de la noche, y cuando esto sucedía se iba á dar principio á la merienda ó cena. Con efecto, gracias al buen tiempo los arrieros podían hacer su comida al aire libre, congregados al rededor del fogón y sentados en el suelo, y allí fue á hacerles compañía nuestro héroe. Empezóse el suntuoso banquete con el tradicional sancocho de briznas de carne de marrano, con yucas y plátanos verdes, en pedazos, al cual se le hicieron por los comensales los honores debidos, incluso Espinosa, quien, tal vez por el hambre que tenía, encontró el apetitoso plato muy sabroso y apuró todo el contenido del que le sirvieran. Abrióse luégo el *envuelto* de la Marimonda traído por Carito, y todos comieron un buen pedazo de carne *sudada*, compuesta con papas, unas arepas de "pan de pelado" y huevos duros.

Vino después su turno al chocolate con harina, que sirvió el *sangrero* en grandes totumas, acompañado con bizcochos, pandequeso y una rebanada de quesito.

Espinosa, siguiendo el ejemplo de sus compañeros, migó en el chocolate parte de su pan y de su quesito; pero cuando pretendió apurar hasta las heces el contenido de su totuma, ó sea la espesa so-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

pa, encontró serias dificultades por falta de una cuchara. Entonces el arriero Sánchez, que lo viera en el apuro, le dijo:

—Vea, mi don, haga como yo: así, borneguiaíto, borneguiaíto.

Y con la mano derecha y á guisa de enseñanza objetiva, daba Sánchez á su totuma cierto movimiento oscilatorio, con el cual conseguía traer al borde de la vasija las húmedas migas sin que se derramaran. Espinosa quiso imitarlo; pero falto de habilidad tuvo que abandonar su intento y el resto de su merienda, por no haber querido hacer uso de los dedos, como lo hacen los más en semejantes casos.

Diremos para concluír esta parte, que la cena había sido precedida de un magnífico trago de brandy *golondrina*, con el cual obsequió Espinosa á sus compañeros.

Como lo dijimos antes, la comida que á grandes rasgos acabamos de describir había tenido lugar á campo raso; y agregaremos que la noche era espléndida y profusamente iluminada con esa claridad indefinible y vaga que producen las estrellas, cuando la luna brilla por su ausencia, como entonces sucedía. Pero esto puede decirse refiriéndonos á lo lejos; pues en cuanto al escenario mismo, en donde pasaban los sucesos, la iluminación era completa con el fuerte reflejo de las llamas que salían del fogón, formando en la inmensa obscuridad una especie de mancha rojiza que hacía contraste con el fondo obscuro del cuadro. Un aficionado á los estudios astronómicos habría tenido oportunidad de hacer observaciones muy importantes en el sinnúmero de cuerpos luminosos que tachonaban el firmamento, y

un admirador de la naturaleza habría tenido grande acopio de bellezas para beber inspiración ante la espléndida obra del Creador; pero á Espinosa ni una ni otra cosa se le ocurrió, atento como estaba á lo que pasaba entre los arrieros y á sus conversaciones, las que tánto lo entretenían por su sencillez y fuerza sugestiva.

Y tanto era así, que nuestro héroe, á eso de las ocho, se entró al toldo en busca de su lecho sin echar una mirada siquiera sobre las bellezas de esa noche tropical de las regiones andinas; y en esto obraba siguiendo el mal ejemplo que le daban sus compañeros, quienes, lleno el estómago, no pensaron en otra cosa que en el reposo y en el sueño. ¿Pero quién podría culparlos por tánta indiferencia, sabiendo que durante ocho horas, por lo menos, habían estado dedicados á duros trabajos?

Espinosa, que no tenía sueño y que no había llevado un solo libro para entretenerse, por considerar que sería una verdadera profanación el promiscuar la vida literaria con la del duro trabajar, trató de impedir que sus compañeros se le durmieran, y dirigiéndose al caporal, le dijo:

— Hombre, Manuel, mientras nos dormimos cuéntame algo que nos distraiga, como acontecimientos de tu vida pasada, ó algún *cuentecito*, aunque sea de los miedosos.

—Vea, mi don, contestó el interpelado, vusté no sabe lo simple que soy yo para esos asuntos, á lo que se agrega que tengo una memoria la más infeliz del mundo, pues ni he podido aprender una décima siquiera, ni aun un cuento de Pedro Rimales (Urdimales), que son tan buenos y tan fáciles. Ahora, por lo que á mi persona hace, mi vida no regis-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tra acontecimiento notable que merezca referirse por su interés. He trabajado como macho; me casé con una buena mujer que me ha dado la friolera de diez hijos; tengo, á Dios gracias, con qué sostenerlos, y vivo contento y satisfecho, sin más ambiciones que las de que no me falte el trabajo ni la salud hasta que mis hijos estén de reemplazarme. Pero si vusté lo que quiere son historias buenas, aquí tiene á Gaspar á la mano; hágalo hablar y verá cosas lindas.

—Hombre, Manuel, no seas exagerado, dijo á su turno el personaje aludido; pensará este blanco que es verdá, y ahora verés con las que salgo.

– Déja tu timidez y cuéntanos algo, Gaspar, dijo Espinosa, dirigiéndose al personaje de este nombre.

—Bueno, mi blanco, voy á darle gusto; pero vusté perdonará lo mal guachaquiao.

Luégo incorporándose en su lecho y aclareando la voz con una tosecita, empezó su narración de la siguiente manera:

"Hace como cosa de quince años, si mal no recuerdo, que vivía yo con mi familia por los lados de 'La Horcona', figurando como mayordomo de una finca de D. Serapio Correa, que todavía existe en La Valeria (Caldas), y que no me dejará mentir. Un domingo me convidaron al paso de un rancho y me bajé para "Las Animas" en donde el convite iba á verificarse, habiéndose principiado la pasada como á eso del medio día. En la diversión hubo mucho aguardiente y casi nadie se quedó parado, y hubo también dos ó tres bochinches y que yo supiera, hubo dos heridos de garrote.

"Yo tuve mi disgusto con un negro de las orillas del Cauca, y como sacámos los machetes, estuvimos al punto de volvernos añicos; con decirles que yo le tiré un mandoblazo que si lo cojo, lo vuelvo dos mitades. A Dios gracias, la cosa no paró en nada, porque nos separaron los amigos y compañeros de parranda. Entre las muchas cañas que yo le eché al cauqueño le dije que á mí no me hacía echar pie atrás ningún hijo de mujer y que yo era capaz de peliar hasta con el mismo diablo en persona.

"El convite se acabó por la tardecita, y entradita la oración llegué yo á mi casa, más templado que volverlo á decir, y al punto me eché en mi camita á pasar la rasca. Como á las nueve me dispertó mi mujer para decirme que me solicitaba un negrito, que se hallaba en el patio de afuera; é inmediatamente me levanté y salí á ver para qué se me necesitaba, y al llegar al corredor exterior me encontré con un hombrecito, muchachón él—tendría veinte años á lo más—negro cerita, ancho de pechos y asina de grande (y señalaba Gaspar con su mano derecha una altura como de un metro largo). Saludé al dicho negrito y le pregunté que para qué me había de menester; y él, después de contestarme el saludo con una vocecita atiplada, muy vinagre, me dijo:

"—¿Usted es un tal Gaspar Sánchez que estuvo hoy en el convite de "Las Animas" echando cañas y diciendo que era capaz de peliar hasta con el diablo en persona?

"Como á yo se me había pasado la turca con la dormida y como no estaba para peleas, le contesté al negrito que era cierto que yo había estado en 'Las Animas', pero que esas flotas mías eran cosas

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de tiempla, que no hiciera caso de ellas, sobre todo cuando en nada tocaba con él ni en nada lo había ofendido.

"—Pues se equivoca el majadero, me contestó el personaje de que vengo hablando, en tono muy altanero y agresivo; conmigo sí tocan esas cañas, porque yo ando buscando guapos para quitarles la calentura. Y esto diciendo, se me fue al cuerpo y nos prendimos de hombre á hombre; y cuál tumba á cuál. Le aseguro, mi don Espinosa, que yo he sido un gran caliente para la lucha y que tengo más fuerza que un buey de carga de los grandes; mas sin embargo, aunque al principio la pelea me pareció pilada, pronto me persuadí de que no había tal: en mi vida he visto un demonio más ágil que ese maldito negro; no se dejaba agarrar, y cuando ya me parecía que lo iba á derribar y á darle contra el suelo, se me zafaba que ni sabaleta.

"La lucha llevaba como media hora de durar, y como me hallara fatigado y caliente con mi competidor, resolví dejarme de vueltas, y apenas pude zafármele, volé á traer mi machete cinturero que lo tenía dentro de la casa, colgado de un garabato. Le eché mano y volví á salir y todavía encontré á mi negro en facha de esperar mi ataque, pero sin decir una sola palabra; sólo sí notaba que los ojos le brillaban en la oscurana como los de gato toriao. Me le fui encima, y ya iba á partirlo, cuando mi mujer, que vio lo que yo iba á hacer, me gritó:

"—Gaspar, con armas, nó. ¡Virgen santísima! Y esto que dice Matea—así llama mi esposa—y el negro que se desaparece echando un reguero de chispas y dejando un olor de azufre que ni imposible de jediondo."

—¿Y quién crees tú, le preguntó Espinosa al narrador, al terminar éste su relato, que era el negrito con quien libraste singular batalla?

—Pues quién había de ser; ¿y me pregunta? pues el mismo diablo en persona, ¿no vio que se desapareció apenas le mentaron á la Virgen?

—Pues si son cuentos del diablo lo que quieren oír, ninguno tan bueno como uno que yo me sé, murmuró el arriero Tomás Penagos.

—¿Así estamos? preguntó el caporal al tal Penagos, pues echalo afuera para que se divierta don Espinosa.

—Sí, hombre, agregó este último, cuéntanos esa historia que debe de ser curiosa y divertida.

—Bueno, mi don; va cacho:

"En el otro lado de 'Doñamaría.' (el riachuelo de este nombre), en el paraje de Rinconsanto, de la parroquia de Itagüí, habita mana Rita Castro y Alzate, y esta mujercita, que es un primor en virtudes, en hombría de bien, en el trabajar de sol á sol y que ha sido criada por sus padres en el santo temor de Dios, tenía la manía, ó diré la costumbre, de echarle la culpa al diablo de todo lo malo que le sucedía á ella ó á sus hijos y á sus amigos y relacionados.

"Que algún novio de alguna de sus hijas tomaba las de Villadiego y ojos que te vuelvan á ver, ¡cosas del diablo! exclamaba mana Rita; que ma Pedro Contreras, su marido, se ponía una tiempla y se las quería untar, 'cosas del diablo' decía; que se lastimaba el dedo tropezado, '¡cosas del diablo'! volvía á exclamar; y lo propio decía cuando se le derramaba la mazamorra, y siempre y en toda ocasión que le sucedía algo á ella ó á los suyos que no fuera de su agrado.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

"Así venían pasando las cosas, cuando una tarde, á boquita de oración, hará como unos dos ó tres años, venía mana Rita de la Villa, trayendo sobre su cabeza una batea con el bastimento de la semana, y al otro lado de la quebrada se dio un tropezón y se fue á tierra derramando todo el contenido de la vasija dicha. Como era natural y de costumbre, lo primero que se le ocurrió decir á mana Rita al levantarse del suelo fue 'cosas del diablo habían de ser.'

"Y hé aquí que al propio punto, mi amo y señor, se le aparece por detrás, y sin saber cómo, un negrito parecido en todo al que se le apareció á mano Gaspar en La Horcona, bien que aquel según lo manifestó mana Rita, estaba bien vestido, camisa blanca, de pechera y mangas risadas, ruana de paño forrada en colorado, calzón blanco recién aplanchado, alpargaticos nuevos y un sombrerito antioqueño con cinta roja.

—"Buenas tardes, mi señora, le dijo el negrito á la mujercita, ¿porqué está usté tan incomodada?

—"Para servirle, señor. ¿No ve lo que me acaba de pasar? Se me ha derramado el bastimentico en la caída y no sé qué hacer, pues ya no se ve nada para recogerlo.

—"Bueno, mi señora; usté se las entenderá con sus frisoles y su maíz como mejor le plazca, pues yo no he venido á hacer aquí obras de filantropía (el diablo no habla nunca de la caridad) y poco me importa lo que á usté le suceda. Sépalo desde ahora: yo he venido á este lugar á sacarme la estaca y á manifestarle que usté es una embustera y una calumniadora de marca mayor, que me tiene atosigado y abucrido con su maldita cantaleta de 'cosas

del diablo' por aquí y por allí, por todo lo que le acaece, y que á yo, el que me las debe me las paga. Tome, pues, y no se le olvide esta monda para que le sirva de gobierno; y mientras esto último decía, más ligero que un relámpago, sacó tamaña cola de grande y de gruesa que mismamente parecía una culebra *poa*, y le pegó con ella un guarapazo que la llevó al suelo; y ya iba á segundarle otro, cuando la pobre se acordó de nuestra Madre y Señora, y gritó:

"¡Virgen santísima! favorecéme y amparáme. Y esto que ella dice con mucha devoción, y el negrito que se desaparece en un chispero y con un olor de azufre que casi la ahoga. Se levantó la pobrecita como pudo, y sin acordarse de bastimento ni de nada, pegó para su casa, que no estaba lejos, tambaleando y haciéndose cruces. Como á los quince días la fui yo á ver, y todavía le pude observar en la espalda una quemadura que semejaba un cinchón."

Espinosa y demás compañeros celebraron mucho los cuentos que acabamos de oír referir á los dos peones, y esto hizo que el *sangrero* se animara á contar el suyo. Empezó, con efecto, la popular leyenda de "Sebastián de las gracias", pero no iba en el segundo verso, que cantaba con voz bastante regular y muy bien entonada, cuando ya sus oyentes se habían dormido; y tan pronto como se dio cuenta de esta circunstancia, puso fin á su relato y á su canto y se dispuso á hacer lo mismo que los otros: á dormir.

Desde aquel instante reinó en el toldo la más completa tranquilidad, y un silencio que sólo interrumpía el aliento más ó menos fuerte de los dur-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

mientes, el cual paraba en el muchacho Colorado en un estentóreo ronquido.

Al segundo canto del gallo, como á eso de las cuatro de la mañana, el caporal López despertó á los peones, pero con mucha maña para respetar el sueño del huésped; y tan pronto como se levantaron, el *sangrero* procedió á renovar la hoguera y á preparar el desayuno, y Sánchez y Penagos se ocuparon en el arreglo de enjalmas y aparejos mientras amanecía y les daban el desayuno. Espinosa dormía á pierna suelta y López recostado en su lecho, fumaba su cigarro.

A los primeros albores de la mañana, al dejarse ver en el Oriente ese color indeciso entre lo obscuro de la noche y las claridades del día, y cuando los pajaritos empezaban á entonar en alegres melodías sus cantares, despertó Espinosa, y dejando pereza y lecho con resolución sin igual, se levantó á presenciar el despertar de la naturaleza, y á gozar de los placeres que producen á la vista, la vida y la luz en todas sus manifestaciones, y al olfato, esos aromas exquisitos y sui géneris que alguien calificó felizmente con la frase típica de "olores de helecho"; pero que en realidad no son otra cosa que el conjunto de los perfumes que dan las mil plantas silvestres que forman nuestros bosques.

Se desayunaron todos con una buena taza de chocolate, con arepa de "todo el mais" y una rebanada de quesito, y empezó de nuevo la faena. Luégo que se trajeron del potrero las mulas y que se repitió la operación de curar las *mataduras* y de enjalmar, y que se humedecieron los lomos de las enjalmas para que no se rodaran los *bultos* (fardos), se dio principio á la cargada, operación la más ar-

dua y que necesita de parte del arriero una gran fuerza y no poca habilidad. En ella intervinieron patrón y todos los peones; y como fue muy animada por los dichos agudos de los operarios, por sus expresiones enérgicas contra las mulas, y por algunos lances curiosos que ocurrieron, ya porque una mula corcobeara con la carga y la aventara lejos; ya porque alguno de los peones resbalara y cayera con uno de los fardos, Espinosa estuvo muy entretenido y contento presenciando y observándolo todo, y su buen humor subió de punto, porque ha de saberse, que desde las siete estaba á su lado Palerma, quien había venido á traerle su desayuno y á averiguar cómo había pasado la noche.

—¡ Ah! le contestó á Palerma, no sabe Ud., señorita, qué tan agradablemente he pasado la noche en este palacio en donde su rey, el Sr. Manuel López, y sus vasallos, me han dado una famosa hospitalidad. ¡ Cómo siento que Ud. no pueda gozar de un placer de esta naturaleza! Aquí se cree uno habitante de un mundo muy diferente del real y hace conocimiento de otros hombres distintos del común de las gentes. ¡ Qué energía! ¡ Qué valor! ¡ Qué fortaleza!

A las ocho partió la recua, y Manuel y sus peones continuaron su camino, después de despedirse muy cariñosamente de Espinosa y de Palerma. Estos volvieron á la fonda, seguidos de Carito, que como perro guardián no perdía la pista.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO VIII

Pocos incidentes de trascendencia habían ocurrido en la posada desde la excursión que acabamos de relatar hasta el paseo de que vamos á hablar en el presente capítulo. La vida que llevaron sus habitantes durante este corto lapso de tiempo—que no pasaría de ocho días—fue la ordinaria y común.

Espinosa, con su pecho dañado y sus malos propósitos, seguía devanándose los sesos y buscando los medios de satisfacer los deseos que lo traían desazonado y maltrecho, y encontrando, como siempre, los mismos insuperables obstáculos.

Palerma, esforzándose cada vez más por hacer la vida de su huésped agradable y menos fastidiosa, se mantenía, sin embargo, en sus trece, y su misma franqueza é ingenuidad le servían de escudo para abroquelarse contra el peligro que la amenazaba.

Carito, taciturno y cada día más huraño, trataba en vano de ocultar la antipatía que le inspiraba el forastero, lo que no le impedía para mantenerse alerta y de centinela firme guardando el tesoro de la inocencia de su prima, que él mismo, por su propia voluntad, se había confiado.

El chato Merejo, soñando con riquezas y apretando los reales hasta hacerlos chillar, sin cuidarse de otras atenciones ni de persona alguna.

Dª Rosana, consagrada como de costumbre á sus rudas tareas, trabaja que trabaja y lucha que lucha por sacar de sus clientes todo el jugo posible. Como siempre, de mal genio y regañona con los de su casa y con los pobres, y zalamera y aduladora

con los ricos, entre los cuales contaba ella al joven Espinosa, que buena utilidad le daba.

La Marimonda, contando como seguro el matrimonio de su niña con el blanco de la Villa, y haciendo castillos en el aire sobre los buenos días que ella se pasaría sirviéndoles y criándoles los niños, á quienes ya les había puesto nombres.

Por último, el mulato Félix, triste y cabizbajo, pensando en lo mal que hacía su amo en permanecer en esa posada de tan detestables gentes, de donde nada bueno pordía sacar, y sí mucho descrédito y quién sabe cuántas desgracias más. Y su pesar era todavía más profundo, después de su último viaje á Medellín, en donde tuvo ocasión de presenciar los sufrimientos de su ama (la hermana de Espinosa), quien no cesaba de llorar desde el momento en que supo la mala aventura en que se hallaba metido su muy querido hermano.

Y lo peor de todo para el mulato era que él, que estaba viendo que á cada instante su amo se arrimaba más y más al borde del abismo que se lo debía tragar, tenía que morderse la lengua para no hablar y cruzarse de brazos para no obrar, y todo de miedo de disgustar al hombre á quien él más quería en el mundo. Y tánto era lo que Félix estaba sufriendo con la permanencia de su amo en la posada de "La Quiebra", que su antipatía hacia los posaderos iba extendiéndose á Palerma, á quien culpaba por omisión, al menos, y á Candelaria por su deseo de que su amo se casara con la joven; y ¡cómo! que ya no llamaba á esta última de otra manera que con el apodo de Marimonda y le había suprimido el cariñoso "mana" que al principio no le escaseaba. Esta situación de ánimo de parte de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Félix hizo que él, antes tan comunicativo y hablador, se retirara del trato é intimidad de la familia Ramírez y se limitara á cuidar sus bestias y á mantenerse listo para hacer lo que su amo le mandara.

Espinosa y Palerma habían hablado varias veces, en sus conversaciones, que tan pronto como el primero recobrara la salud y el uso de su pierna, harían juntos un paseo de todo el día á la cima del "Uvital", para gozar de la hermosa vista de que en esa eminencia se disfruta, y para hacer una visita á una desgraciada familia que en ese paraje habitaba y que la huérfana acostumbraba socorrer cada vez que le era posible. Una noche, la del 19 de Diciembre, recordóle Espinosa á la joven la concertada excursión por ambos tan deseada, y al punto convinieron en que al siguiente día la realizarían, acompañándolos Carito, condición *sine qua non* que tácitamente puso Palerma y que Espinosa aceptó de la propia manera, muy á su pesar y á más no poder, por razones que se le ocurren á cualquiera que esté iniciado en los antecedentes de esta historia.

El 20, al amanecer, Palerma se hallaba peinada, vestidita y lista para marchar, y Carito también estaba pronto. Sólo el tercer viajero guardaba cama y á eso de las seis hubo que llamarlo, recordándole el paseo, lo que fue suficiente para que saltara presuroso de su lecho y para que en menos de quince minutos se pusiera en facha de viaje. Momentos después, la hermosa pareja salía de la posada en vía para el alto del "Uvital", siendo precedida por Regimiento y Migantes, dos sujetos de la raza canina, pertenecientes al chato Merejo, sobre los cuales habíamos guardado silencio por olvido, omisión que procuraremos subsanar más adelante y en otra oportunidad. Por ahora, diremos que el par de gozquejos corrían llenos de júbilo y contento y que de pronto se volvían á acariciar con sus latidos de alegría á los dos jóvenes, y tornaban á correr de nuevo.

Carito formaba la retaguardia de la expedición y marchaba conservando una prudente distancia entre él y los otros dos viajeros.

Palerma estaba, como nunca, bella, gentil y hechicera, con su trajecito de muselina de fondo blanco y *peloticas* de azul subido, ligeramente descotado, de mangas cortas y recogida la funda en la cintura para dejar libertad á los pies, y con un sombrerito de paja amarilla del país, que ella misma había adornado con una ancha cinta de raso color de rosa y un ramito de flores artificiales. Calzaba alpargatitos de vivos colores, muy limpios y acabados de sacar de la tienda. De su cuello de marfil colgaba con cintita azul, muy delgada, un medallón de oro, que contenía cabellos de sus padres, única alhajita de algún valor que éstos le dejaron.

El vestido que llevaba puesto Palerma no era el apropiado para un clima tan frío como el de "La Quiebra del Uvital" y para un paseo como el que iba á hacer; pero ella, eliminando inconvenientes, había tenido el capricho de escoger su traje en esa forma, como si sospechara, en su natural coquetería de mujer, que vestido tan ligero y sutil realzaría sus encantos y sus gracias, en lo cual no se engañó en verdad, porque consiguió esto y mucho más.

Espinosa vestía flux color de paja seca y sombrero de fieltro verde obscuro, de los llamados *tiroleses*, con cinta de seda del mismo color y hebilla

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de plata, y calzaba botines de suela doble, claveteados, y de cuero de venado sin pintar.

El cachaco manejaba con destreza y elegancia una varita delgada que llevaba á guisa de bastón, y la joven llevaba en su diestra una canastilla de mimbres con el objeto de recoger en ella las flores silvestres que encontrara en el camino y que más llamaran su atención.

Carito conducía al hombro un *pico* de minero para el uso á que lo destinaba Espinosa, como luégo lo veremos, y una chuspa con el almuerzo y la limosna para la familia que iban á visitar.

Estaba la mañana deslumbrante, hermosa; y ¡cosa rara en esa localidad! el cielo se hallaba despejado y límpido y libre de las espesas nieblas que de continuo lo obscurecen á tales horas, nieblas que, como avergonzadas por la presencia del sol, habían huído á ocultarse en regiones desconocidas é invisibles. Este aparecía en el linde del horizonte, lanzando desde su disco de oro sus refulgentes rayos, que llevaban por doquiera la luz, la vida, la animación y la alegría.

La naturaleza, como siempre, pródiga y generosa, convidaba á gozar de sus encantos; y Espinosa, por más prosaico y frío que fuera, no pudo menos de sentirse arrobado ante el grandioso espectáculo que se le presentaba á la vista; y ello no podía ser de otra manera, porque así como el miedo y otros sentimientos se contagian, él tuvo que sufrir necesariamente la influencia de su compañera, en quien el placer y la alegría rebosaban.

Pasado que hubieron el *asiento* del Chupadero, nuestros paseantes empezaron la ascensión al "Uvital", tomando de firme la empinada cuesta que en

forma de espiral allí comienza. El camino á ambos lados es circundado en unas partes por bosques cercados de grandes árboles, en otras, por *rastrojos* bajos, y á veces, por praderas artificiales, á las cuales sirve de lindero la misma vía. Después de que se abandona el *asiento* referido, la vista está limitada al ancho del camino, ya por los barrancos, cuando éste forma una profunda zanja en el terreno, ya por los árboles y arbustos que crecen á su lado; solamente de vez en cuando se abre en la espiral una especie de angosto boquete que permite observar lejanos paisajes.

Nuestros paseantes subían lentamente y haciendo frecuentes posas para observar, bien una preciosa *margarita* silvestre, bien una parásita emblemática, de color variado y suave, ó bien un exuberante cardo de flor rojiza y gigantesca. Cuando no, se detenían á escuchar el lindo canto de la *señorita*, el tierno lamentar de la torcaz ó el estridente grito del *carriquí*, ó ya á admirar atentos el oscilante nido de los *gulungos*, pájaros que abundan en esos parajes y que revolotean de continuo exhibiendo como la única de sus gracias sus vivos y hermosos colores.

A veces Palerma, ágil como una ardilla, brincaba de aquí para allí, y animosa y resuelta escalaba algún barranco para atrapar alguna bella flor ó un helecho tierno de risados bordes, y al volver triunfante al lado de su compañero le presentaba como homenaje el fruto de su hazaña.

En un momento de esos, Espinosa, loco y fuera de sí, no pudo dominar sus ímpetus y se lanzó sobre la joven pretendiendo estrecharla entre sus brazos; pero ésta, que leyó en los ojos de aquél todo el ardor de que estaba poseído y que comprendió el se-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

rio peligro que la amenazaba, dio un salto atrás con increíble destreza, y parándose de firme, lanzó sobre su perseguidor una mirada tan suplicante (de aquellas indicativas de que el alma está de rodillas) tan llena de amor y que encerraba tan dulce reproche, que el enamorado caballero tuvo por necesidad que detenerse, y dejando caer sus brazos con inmenso desconsuelo, exclamó:

¡Qué infame soy! Perdóname, Palerma. Sigamos.

Carito, á quien una vuelta del camino le ocultó la escena, no se impuso de lo que acababa de pasar entre los dos amantes. Y amantes eran los dos, en verdad, porque mutuamente se querían con intenso amor, sólo que el amor de la joven huérfana era puro, desinteresado, santo; mientras que el del caballero, aunque grande, estaba enturbiado por la vanidad y cohibido por el medio social en que había vivido.

La marcha de allí en adelante se hizo más pesada porque la pendiente aumentó su declive, y porque algo como una atmósfera de tristeza envolvió á nuestros viajeros. Palerma procuró disiparla llamando á Carito para que le ayudara á coger unas parásitas que ella no alcanzaba; y Espinosa hizo lo propio tomando de manos de Carito el pico y poniéndose á hacer excavaciones superficiales en dondequiera que veía signos de un filón ó *riegos* de minerales. En su paseo quería nuestro héroe aprovechar la oportunidad para completar prácticamente sus estudios geológicos, ¿y quién sabe? hasta lograr descubrir alguna veta de oro ó un depósito de carbón, acerca de la existencia del cual tenía algunas noticias.

Y así continuaron su camino los tres viajeros, hasta que treparon á la cima del elevado contrafuerte, ó sea á la meseta que en él se forma, y en donde existían en ese entonces tres ó cuatro miserables chozas.

El cerro del "Uvital", como lo hicimos notar atrás, es una de las prominencias del espolón que se desprende del nudo de San Miguel, el cual, ora despidiéndose en profundas hondonadas, como en los Planes, ora elevándose en alturas como las de "Cerro Bravo" y "Cerro de tusa", va á morir en las riberas del Cauca. El ser el "Uvital" una de esas elevaciones y el estar colocado en una situación ventajosa y especial, hace que él ofrezca á la vista del espectador que se coloque en su cima una variedad inmensa de paisajes que saciarían al más ávido amante de los espectáculos con que nos obsequia la naturaleza en este triturado y montañoso suelo antioqueño. Hacia el Sur, la gran cadena de los Andes, que divide las regiones hidrográficas del Cauca y del Magdalena, nos presenta sus altos picos, desde el Nevado del Ruiz hasta el nudo San Miguel, y sus pendientes flancos, en repliegues más ó menos ondulados que bañan desde ríos caudalosos, como el Arma, hasta riachuelos, como el Poblanco y otros más pequeños. Al frente y allá á lo lejos en los confines del horizonte se divisan, como delgadas bandas azulosas, los perfiles de las cordilleras que nos separan de la región chocoana, sobresaliendo entre ellas los dentilados picos de los Farallones de Bolívar. Si la mirada se dirige hacia el Noroeste contemplaremos la honda cuenca de la Sinifaná, y las tierras en donde funciona el gran establecimiento

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

metalúrgico de Sabaletas, el cual se denuncia, á la luz del sol, por las columnas de humo que arrojan incesantemente las chimeneas de sus hornos, y durante la noche, por focos luminosos de luz de un subido rojo. Hacia la espalda, se domina, con más precisión y en todos sus detalles, el rugoso territorio que demora hasta el alto del Cardal, del cual ya hemos hablado.

Pero si los paisajes de que venimos tratando son imponentes por su misma grandeza, no dejan, sin embargo, en el alma una impresión tan agradable como la que se experimenta al contemplar otros más cercanos, que puede decirse casi se tocan con la mano y que le parecen á uno verdaderas y grandiosas pinturas de un artista maestro, con sus marcos color de oro.

Ya son los Farallones de Valparaíso los que llaman la atención con sus agudos picos de desnuda roca, cortados á cincel ; ya son los bosques seculares y tupidos que cubren las vegas ó riberas del Cauca, y que forman un inmenso manto de verdura, los que nos atraen y nos tienen encantados. Ahora, el Cauca mismo, que se deja ver en una extensión de pocas leguas, viene á adornar el cuadro cruzando en curvas graciosas, como culebra viva de color de ladrillo, gran parte de la verde selva. Y luégo, las hondonadas que bañan el Poblanco y el Cartama y la Sabaletas, y el Zancudo, y los miles de colinas, de oteros y de contrafuertes ; y los potreros de Pará, que, como parches de verde claro, interrumpen aquí y allá el obscuro verdor del espeso y tupido bosque ; y las sementeras de tabaco y de maíz; y las *mangas* de yerba–grama, que producen el mismo efecto, todo esto contribuye á esta-

blecer una rica variedad de cuadros que hacen contraste y que embargan los sentidos.

Pero hay algo más que sobresale en el bello panorama que ensayamos delinear, y es, el contrafuerte de Combia que á la manera de gigantesca barrera separa el valle de Guarcitos del que propiamente llamaremos del Cauca, el cual contrafuerte enarcándose en grandiosas curvas verticales, forma los dos elevados cerros de "Cerro Bravo" y "Cerro de tusa", magníficos y elegantes conos que se distinguen, no sólo por su relativa altura, sino también por la esbeltez de sus formas y por lo peculiar de su situación.

Casi al pie del primero, y recostado á la pendiente, exhibe el pueblo de Fredonia el blanco campanario de su iglesia, y el grupo gracioso de las casitas que lo forman.

Palerma y Espinosa quedáronse extasiados por breve rato admirando el rico y magnífico panorama que nuestra inhábil pluma apenas puede bosquejar, y mudos de admiración volvieron á mirarse, expresando con sus ojos lo que no podían manifestar con la palabra.

Y en verdad que si el cuadro es de suyo siempre grandioso y admirable en sus múltiples detalles, ó en su armonioso conjunto, en los momentos en que nuestros dos paseantes lo contemplaban aparecía quizá más hermoso, abrillantado como lo estaba con la luz de un sol tropical que orgulloso se ostentaba solo en el azul del firmamento sin una humilde nubecilla que lo empañara en su carrera. Las pocas que aun se veían habían corrido temerosas á amontonarse sobre las cimas de las lejanas sierras

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Al fin, Palerma, saliendo de su arrobamiento, se dirigió á su compañero, exclamando:

—¡Qué bello espectáculo, D. José! ¿Había Ud. presenciado uno semejante?

—Palerma, no sé de cierto qué decirte, porque debo confesarte con franqueza, y lleno de vergüenza, que enredado en la vida de los negocios y encerrado entre las estrechas callejuelas de una ciudad jamás había fijado mi atención en las bellezas que nos presenta á cada paso la naturaleza, y que insensato é ingrato en demasía las había mirado con completa indiferencia. Mas hoy no sé qué clase de nuevos sentimientos empiezan á nacer en mí que influyen en mi ánimo poderosamente, y que me obligan á admirar con entusiasmo inusitado aquello que tántas veces despreciara.

Mas sea comoquiera, yo te confieso humildemente que á la vista de estas hermosas comarcas, con sus elevadas cimas, sus dentilados picos, sus bosques seculares, sus praderas verde claro y sus ondulados ríos, me siento verdaderamente conmovido y entusiasmado.

Pero permíteme que te diga, y no te enojes ni me lances esas miradas de reproche, que todo esto que estamos viendo y que tántas bellezas nos presenta reunidas en armonioso conjunto, sería para mí prosa pura que no hablaría á mi alma si no estuvieras tú aquí á mi lado, dando animación y vida á este nuevo mundo con tu gentileza, con tu gallardía y con la luz de esos ojos que todo lo ilumina y reviste de una atmósfera de castidad y de pureza.

Sí, Palerma, las bellezas que nos rodean palidecen ante la tuya, y apenas si podrán contribuír á

formar el marco en que sobresales como la encarnación de lo bello, de lo justo, de lo bueno. ¡Ah! ¡si fueras mía.....! ¿pero á qué seguir?

Y efectivamente, Espinosa se detuvo porque comprendió que en su entusiasmo estaba yéndose demasiado lejos, y que corría peligro de hacer una promesa que él no podía cumplir.

Palerma, que extasiada lo oía, y en cuyos ojos brilló una ráfaga de esperanza que pronto se desvaneció al concluír Espinosa, bien que ella no alcanzó á comprender la razón íntima del proceder de éste, trató de ocultar sus secretos pensamientos, y dijo á su compañero:

—Agradézcole, D. José, sus finezas y galanterías, pero procure no envanecerme mucho, porque me daña al fin; Ud. sabe que las mujeres somos muy susceptibles á la adulación; es nuestro lado flaco.

Y en seguida, y después de una breve pausa, agregó:

—Haga caso omiso de mi pobre personita, y dígame qué es lo más bello é imponente en su concepto de lo que estamos viendo. En cuanto á mí, sepa desde luego que yo me decido por aquella ancha y prolongada banda de oro bruñido que allá muy lejos sobresale sobre todas las montañas. ¿No es ella el Nevado del Ruiz, el rey de nuestras gigantescas moles y una de nuestras maravillas naturales?

—Sí, Palerma, contestó Espinosa; esa especie de nube luminosa que desde aquí estamos contemplando es en verdad muy digna de admiración y yo participo de tu entusiasmo por ella; pero no sé por-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

qué me atrae con más fuerza "Cerro Bravo", con su elevada mole destacándose sobre la meseta de Combia en forma de verdadero cono, con sus flancos cubiertos de verdura y su cima calva, tan graciosa. ¡Si me parece que la impresión que hoy me causa la vista de este elevado pico no se borrará jamás!

Bueno será decir que á todas estas, Carito sentado al borde de un barranco, se rascaba la cabeza muy distraído de lo que á su vista se presentaba, y haciendo, como siempre, semblante de aburrido.

Luégo que Palerma y Espinosa hubieron pasado del primer arrebato de entusiasmo, resolvieron tomar el frugal almuerzo que el muchacho traía consigo, lo que hicieron sentándose al pie de un altísimo roble que á la vera del camino lucía su follaje de verde obscuro, su elevado y robusto tronco y las anchas *bambas* que á manera de aristas le servían de sostén.

Y comoquiera que el día avanzaba y se iba haciendo tarde, determinaron entrar á una de las casitas de que antes hablámos, con el propósito de que Palerma hiciera su acostumbrada visita.

Pero antes de que demos cuenta de lo que en esta visita pasara y de las impresiones recibidas en ella por nuestros dos jóvenes, volvamos un poco atrás y digamos qué había sucedido en la fonda, mientras ellos se divertían en su paseo.

CAPITULO IX

Félix, como á medio día, había regresado de su viaje á Medellín, trayendo un grueso paquete de objetos que su amo le había recomendado comprar, una finísima escopeta de dos cañones y varias cartas, entre ellas una de Dª Lucrecia y otra de Bernardo Olano, aquel apuesto joven que conocimos de vista en la plaza de Caldas cuando se despedía de Espinosa.

En la conversación que el mulato tuvo con los posaderos les habló con toda franqueza del sentimiento de pesar que aquejaba á su amà por la ausencia de su hermano y de todas las promesas que ella había mandado para que volviera, inclusive una visita al Señor Caído del Hato Grande (Girardota).

De aquí tomaron pretexto marido y mujer para volver al interrumpido diálogo que sobre la permanencia del joven *villano* en su casa habían tenido, y resultó lo que no era de esperarse, que después de mutuas recriminaciones sobre cuál de los dos tenía la culpa de que el forastero no se hubiera marchado, ambos consortes convinieron al fin en que había que avisarle que de manera alguna permitirían que viviera más tiempo en la fonda, "porque diz que eso era muy maluco y porque la gente estaba hablando mucho y quitándole el crédito á la pobre muchacha." Esta resolución tomada, se convino en que Dª Rosana se encargaría de comunicársela á Espinosa, tan pronto como éste regresara de su paseo.

Conocidos estos antecedentes, volvamos á anudar nuestra interrumpida narración.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Golpearon Palerma y Espinosa á la puerta, que se hallaba cerrada, de una casita de paja y bahareque, de aspecto muy humilde, y por contestación obtuvieron una especie de murmullo inarticulado é incomprensible.

—Es el mudo quien contesta, dijo Palerma.

Y volvió á golpear, y entonces una voz cascada de mujer anciana contestó:

—Arrempujen, que la puerta no tiene tranca ni pasador.

Empujaron, con efecto, la entornada puerta y ésta se abrió por completo dejando ver el interior de una salita de suelo de tierra, lleno de hoyos, y asaz desmantelada, toda la cual constituía la habitación, amén de un pajar que daba al interior y que hacía de cocina. En el centro de la pieza dicha y sobre una carretilla de madera con pequeñas ruedas de lo mismo veíase un verdadero monstruo, de aspecto repugnante, sucio y casi desnudo. Era el *sujeto* un miembro de la raza humana y del sexo masculino, pero tan imperfecto y deforme, que á la simple vista no se podía juzgar, ni aproximadamente, de su edad, pues tanto parecía un niño como un hombre ya decrépito. Tendría á lo sumo una altura de noventa centímetros, pero casi toda ella se iba en cabeza y tronco, pues las piernas delgadas y contrahechas, eran sumamente cortas y remataban en dos pies de forma caprichosa, sin dedos y sin uñas. En cambio, la cabeza y el tronco parecían los de una persona completamente desarrollada, siendo la primera de un volumen descomunal. Los brazos y manos semejaban en proporciones y en imperfección á las piernas y pies. El rostro de esta infeliz criatura producía á la vista una impresión muy

desagradable y ¿cómo no? Sus ojos, sin pestañas ni cejas, constantemente humedecidos por un manantial de copiosas lágrimas, manteniendo irritados los párpados de color rojizo y de borde carnoso, no tenían expresión alguna y no dejaban traslucir ni un rayo de vida de aquella alma encerrada en tan informes elementos. La nariz no podía decirse que existiera y apenas si se sabía el punto en donde debía estar colocada, por los dos huecos respiratorios. Y en cuanto á la boca, ¡qué boca aquella! una verdadera caverna, siempre abierta, por la razón de que el labio inferior estirado y en constante tensión, estaba adherido á la garganta, quedando así eliminada la barba y descubiertos los dientes del maxilar inferior, que por cierto eran pocos y mal conservados.

¡Incomprensibles secretos los de la Providencia! Dentro de ese miserable sér existía una alma, verdadera alma de hombre, inteligente y perfecta, como que era obra del mismo Dios; y sin embargo, ese espíritu puro, en todo igual al que anima á los demás seres de la especie humana, no podía cumplir su misión ni manifestarse al exterior ni hacerse sentir, porque le cupo la triste suerte de haber encarnado en un cuerpo mal organizado en donde no podía funcionar.

¿Y podríamos nosotros culpar á la Providencia divina por haber distribuído tan desigualmente los instrumentos humanos? ¿Y seríamos capaces de dirigirle recriminaciones por haber hecho á unos inteligentes y á otros tontos y á unos de hermosa figura y á otros feos?

Líbrenos Dios de semejante insensatez é impiedad.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Y nos librará, sin duda, porque nosotros tenemos fe sincera y viva en que esas desigualdades repugnantes son apariencias y nada más; y porque tenemos asimismo la firme creencia de que en "el más allá de la tumba" la balanza de la Justicia divina tendrá presentes todas las circunstancias que nos han rodeado en nuestra vida material, y que su fiel se inclinará favorablemente á aquellos cuyo propio cuerpo fue un obstáculo para desarrollar su espíritu y para el perfecto funcionamiento de sus facultades intelectuales, porque de esos pobres de espíritu "será el reino de los cielos." Por el contrario, á los inteligentes y sanos de cuerpo les servirá de agravante el haber tenido facilidad para conocer el Bien y para amarlo. Entonces se exigirá estrecha cuenta á los genios pervertidos que tan mal uso hicieron de los ricos tesoros con que los dotó en abundancia la Providencia.

En uno de los ángulos de la salita y sobre una cama de varas, que tenía por todo tendido una estera de corteza de plátano, observaron nuestros paseantes, al penetrar en aquélla, una viejecita *achicharrada*, que por su aspecto indicaba ser más que octogenaria.

—¿Cómo le va, ña María? ¿Qué tal por aquí? dijo Palerma dirigiéndose á la anciana. Y Nicolasa ¿en dónde está? ¿y las muchachitas?

—Dios me la bendiga, mi señorita. ¿Su mercé por estos mundos? contestó la anciana con muestras de verdadera alegría, en lo cual la acompañó el desgraciado de la carretilla, quien con movimientos caprichosos de pies y manos indicaba que tampoco le era indiferente la presencia de la joven.

Y en seguida agregó la viejecita:

—Nicolasa, la pobre, se fue al pueblo á llevar un viaje de leña con las muchachas para traer el alguito: estamos tan mal. Si Ud. viera los trabajos que hemos pasado en estos días. Y vusté, mi niña, ¿qué tal de salú, y D. Merejo y mi señá Rosana cómo están? ¿El blanco es de la familia? (se refería á Espinosa).

A Palerma se le subieron los colores á la cara, al oír esta última pregunta, y por eso al apresurarse á contestarla olvidó las otras.

—No, ña María; el señor es D. José Espinosa, de Medellín, quien está viviendo en la fonda hace algunos días, reponiéndose de una caída que le dio una bestia.

—¿Conque este señor es el aporriao? ¡Bendito sea mi Dios! ¡Y yo que creía que hacía tiempo se había ido! Con razón que la niña no se hubiera vuelto á acordar de nosotras.

Tocóle á Espinosa el turno de ponerse como grana al oír las exclamaciones de la anciana, y ello, porque no teniéndolas todas consigo, creyó que aquella frase "y yo que creía que hacia tiempo se había ido" encerraba una censura á su conducta. Para salir del apuro resolvió hacer variar el giro de la conversación, y dirigiéndose á la anciana le dijo:

—Sí, *ña* María; yo soy el golpeado de quien Ud. tiene noticias, y he venido hoy á acompañar á la Sta. Palerma con el objeto de conocer á Ud. y con el de traerle algún auxilio.

—¿De verdá, mi amo? Pues que la devina Providencia, mi madre María santísima, y mi padre San José se lo paguen y le den á mi blanco muchos días de vidá y abundancia de salú.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Mientras este diálogo se cruzaba entre la anciana y Espinosa, Palerma se acercó al muchacho de la carretilla, quien al verla acercarse á él, manifestó con murmullos incomprensibles, y con sus pies y manos, las que movía á diestra y á siniestra, el placer que experimentaba con la presencia de la joven.

—¿Cómo estás, Luis? ¿Todavía me quieres mucho? ¿No estás bravo conmigo?

El llamado Luis, ó sea el muchacho mudo y contrahecho, logró con sus movimientos y con la expresión de su rostro hacer comprender á Palerma que él había oído sus preguntas y que la quería con todo el corazón, al cual llevó una de sus imperfectas manos.

Poco rato después Palerma y su compañero se depedían del semi-idiota y de la anciana, colmados de las bendiciones de ésta; la primera les había entregado algunos comestibles y unos vestidos usados; y el segundo dio á esos desgraciados sendas monedas de plata de á diez reales.

Reunidos con Carito, que afuera de la casita los aguardaba sentado en los bordes de un barranco, Palerma y Espinosa emprendieron su regreso á la posada, no sin que antes dirigieran una última mirada al hermoso panorama cuya contemplación les había producido tan agradables como dulces impresiones.

Pocos momentos después de su arribo, y cuando nuestro protagonista acababa de sentarse en su lecho en busca de reposo, y su espíritu empezaba á cavilar sobre aquel cardinal problema que se fermentaba en él desde la noche fatal en que por primera vez conoció á la hada que lo mantenía aprisionado en ese ignoto rincón de la tierra antioque-

ña, se llegó Dª Rosana al umbral del cuartito de los *blancos* y dirigiéndose á su huésped con el acento cariñoso y zalamero que con él gastaba de continuo, le llamó la atención diciéndole:

—¿Y cómo me le fue? ¿Estuvo amañado? ¿Y le gustaron esos mundos? ¡Qué le habían de gustar á vusté esos andurriales y cañadas; á vusté, mi don, que tan enseñao está á esas linduras de los valles de la Villa! ¡Esas sí son tierras y no estos cascaguesales de Satanás! Dios me lo perdone, pero á yo no me agita otro pensar que el ir á dejar mis güesos en Medellín, ó tan siquiera en Rionegro, la tierra de mi nacimiento. Pero ¡ay! mi D. Espinosa, agregó dejando salir de su pecho un hondo suspiro, esos son sueños é imposibles. ¿A dónde irá el güey que no are? Lo cierto es que al pobre no le queda otro recurso que trabajar y callar, ya que pensar en tales ambicionamientos es puro pecado. ¿No le parece?

Sorprendido Espinosa con la súbita presencia de la dueña de la fonda, y aturdido con una tan larga tirada de preguntas y lamentaciones, no acertaba sobre lo que debía contestarle ni por dónde empezar. Por último, y después de haberla instado para que entrara y se sentara, á lo que ella accedió sin vacilaciones ni rodeos, le dijo:

—Mi Dª Rosana, yo soy de opinión que uno no debe quejarse mucho de la suerte que le haya tocado en este mísero mundo, y que menos debe lamentarse de que no puede vivir en esta ó en aquella tierra. El lugar en donde nacimos, feo ó bonito, rico en dones naturales ó nó, debe ser para nosotros sagrado y muy querido, pero si la fortuna nos depara otro distinto, aceptémoslo y amémoslo como

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

aquél. Es necesario que nos persuadamos de que la felicidad no depende en absoluto de lo que nos rodea exteriormente, sino que está dentro de nosotros mismos. De aquí, que quien vive contento y satisfecho con lo que Dios le dio y no es presa de ambiciones desenfrenadas y locas, es feliz, aunque no habite palacios suntuosos ni resida en ciudades populosas. Por el contrario, aquel que vive descontento con su suerte y que constantemente se debate en estériles contorsiones de cuerpo y de espíritu para cambiar de situación, cuente que será desgraciado sin que nadie lo pueda remediar. Le sucederá á éste lo que al enfermo de insomnios, que por más que cambie de postura en su lecho no logra conciliar el sueño. Permítame, pues, mi señora, que le aconseje que deje sus quejumbres y que acepte con gusto la situación en que se encuentra, que es tentar á Dios estar suspirando por otra mejor.

—Asina es, como Ud. lo dice, contestó Dª Rosana á los consejos sermoneros de su interlocutor, agregando con acento compungido con puntos de visible hipocresía:

¡Es que nosotros los pecadores semos tan malucos y desagradecidos! ¡Nos había de llevar el diablo por ambiciosos!

—Pues si sigue mis consejos, allá verá que le irá bien. Pasando ahora á hablar de nuestro paseo, le contaré que estuvimos muy contentos Palerma y yo, y que á todo nuestro gusto nos recreámos en las mil bellezas que se contemplan desde esa altura del "Uvital."

—Sí, mi D. Espinosa, la verdá; el alto tiene una devisa hasta particular y asina mesmo lo dicen to-

dos los cachacos que pasan por aquí. Y dígame, ¿estuvieron en lo de los Ricos?

—¿De qué ricos me habla Ud. que yo no entiendo?

—Pues de esa gente pobretona á quien le llevaba mi sobrina unos trapitos viejos y un alguito.

—¡Ah! ya caigo. Me hablará Ud. de esa pobre familia en donde vimos un muchacho monstruoso y una anciana que no puede moverse de su cama. Sí, efectivamente, los visitámos. ¡Qué cuadro tan triste el que presentan esos desgraciados!

—Y dígame ¿Palerma le contó algo de esa familia y no le dijo porqué estaba tan fundida?

—No, absolutamente nada me dijo, ni yo nada le pregunté, porque no tuve ocasión de observar otra cosa de particular que su misma desgracia, que estaba á la vista.

—¡Ah mi sobrina pa callada, y guarda secretos. Sépalo: esa gente tiene historia, y muy maluca!

—¿De veras? ¿Y se puede conocer? Pica Ud. mi curiosidad.

—Pues á mí sí me da pena referir esas cosas tan escandalosas, pero si vusté lo ixige.....

—Sí, se lo suplico; hable Ud., que soy todo oídos.

—Güeno; le daré gusto.

Es el caso que en los Planes de Fredonia, muy cerquita de aquí del Alto, como si dijéramos aquí nomasito, vivía un tal Pedro Rico, hombre muy trabajador, de oficio carpintero, y tan honrado y formalito, que toda ponderación está por demás. Hasta el año de 64, pasadita la revulución del Dr. Berrío, el tal Pedro observó una conduta de lo supe-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

rior, pues vivía consagrado á su trabajo, noche y día, y atendiendo al sustento de su familia, que en ese entonces se componía de Nicolasa, su mujer; de cuatro muchachos—dos muchachitos y dos hembritas—y de su suegra, la mesma vieja que vio vusté hoy en la casa del Alto. No jugaba un real ni se tomaba un trago, y era en todo tánta su formalidá, que no había quién no lo citara como un modelo de güen vecino y de güen esposo, y hasta el mismo Sr. Cura lo ponía como ejemplo de hombre religioso y de virtudes. Vivía por esa época en una casita de teja muy blanquiadita, que se ve allá en los mismos Planes, con una manguita al frente, en donde hay un árbol muy frondoso. ¿Tal vez la vería vusté desde el Alto?

—Probablemente sí, Dª Rosana, pero ahora no recuerdo.

Pues, gueno: es el caso que el enemigo malo, que no duerme y que en todo se mete, tentó á ese güen hombre por el lado más peligroso, el de las mujeres, y mientras menos se pensó lo hizo claudicar y de lo fino, como que se enamoró perdidamente de una tal Mercedes Meneses, que vivía por los lados del Tapao, en la salida de Fredonia para Titiribí. Y ya vusté va á verlo, que ese buen cristiano que vivía tranquilo y sastifecho con su mujer y sus hijitos, salvo el pesar que le produjo el haberle dado mi Dios la criatura imperfecta que vusté ya conoció allá arriba, se dejó llevar por esa infernal pasión, y de aquí que abandonó por completo sus obligaciones para entregarse en cuerpo y alma á la susodicha Meneses, que lo manejaba á su capricho, como si fuera mesmamente una escoba de barrer.

Empezaron en ese entonces las desavenencias

entre Pedro y Nicolasa, á trueque de los celos muy fundados de ésta; y el maluco, ya muy dañado del corazón, y habiéndose enviciado á la bebida, dio hasta en maltratar á su mujer. En este estado las cosas, y cuando más encaprichados se hallaban Rico y la Meneses, el marido de ésta, pues ella era casada, vino á ser un obstáculo para que los dos se vieran con la frecuencia que deseaban, y de ello provino que resolvieran de acuerdo y por insinuaciones de la mala hembra, deshacerse del estorbo, lo que pusieron en práctica de esta manera:

Un sábado por la tardecita la Meneses manifestó á su esposo que se iba á ver á su madre que estaba enferma y que no regresaría hasta el día siguiente, por lo cual se llevaría al niño, ó sea al único hijito que tenían. El marido burlado que no sospechaba la perfidia de que iba á ser vítima, acetó con todo gusto el pido de su mujer y él mismo en persona le fue á llevar el chiquito hasta la misma casa de la suegra, que quedaba como á doce cuadras de distancia; y no se quedó allí porque tenía que madrugar á trabajar en un destajo en Matapobre.

La Meneses se acostó desde temprano, y apenas sintió que todos los de la casa estaban dormidos, calladita, calladita, se levantó y á jurto fue á reunirse con el tal Pedro Rico, que afuerita la taba esperando. Sería cosa de media noche cuando esto sucedía, y al punto toman los dos la direición de la casa de la Meneses. Luégo que llegaron á la susodicha casa lo primero que hicieron fue amarrar fuertemente la única puerta que tenía el ranchito de paja, y cuando ya estuvieron seguros de que no era fácil abrirlo de por dentro, la endiablada mujer en-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cendió un lucífero, y con una sangre fría que espantaría al mismo Satanás, le pegó juego á la parte más bajita del empajado, y á poco ya todo empezó á traquiar. El pobrecito José Gil, que asina mesmo llamaba el dijunto, despertó apenas el jumo lo empezó á hogar, y cuando ya no se veían por todas partes sino puras llamas; y levantándose asustado, lo primero que hizo fue correr á la puerta en busca de salida. Mucho bregaría el infeliz para güir del peligro que le amenazaba, pero prontamente lo ahogó el jumo y las llamas lo engolvieron en sus lenguas. Mucho quis que gritó y llamó pidiendo auxilio; pero quién le iba á contestar al cuitado, si los únicos que podían favorecerlo estaban presenciando, estáticos y muy á su gusto, aquella diablura, sin que la angustia de tan tristes lamentos conmoviera sus empedernidos corazones.

Vea, mi D. Espinosa, ¿no le llama á vusté mucho la atención que un hombre síncero y jormal como Pedro Rico juera capaz de presenciar aquel horrible espetáculo, sin que se le conmovieran las entrañas?

—Sí que me la llama, Dª Rosana, contestó Espinosa, y eso me persuade, más y más, que cuando el hombre se deja dominar por una pasión insana, sus virtudes se extinguen, su voluntad se enerva y acaba por convertirse en bestia feroz.

—Asina es como lo dice vusté, porque sólo una ferocidá de animal puede hacer lo que hizo Pedro Rico. Sigo, pues, mi cuento. Esto dijo la narradora y después de aclarar su voz de la manera acostumbrada, continuó de esta manera:

Tan luégo como los asesinos vieron que su obra criminosa estaba rematada y que la vítima de su mal-

dá ya no chillaba, guyeron muy contentos y sastifechos y muy confiados en que no podían ser descubiertos por las justicias. Y á la verdá que ello asina parecía, porque no dejaron güellas de sus pasos y naide tampoco presenció el suceso. Pero agora verá, mi don, cómo es cierto que entre cielos y tierra nada hay oculto, y que para mi Dios no hay imposibles.

Al día siguiente, muy de mañanita, un vecino del Tapao pasó por cerca del ranchito y vio aquellas ruinas y el cuerpo de José Gil hecho un chicharroncito, y esto que ve y que las pega para donde el Alcalde del lugar á ponerle el denuncio del crimen cometido. El Alcalde apenas supo la cosa hizo gente y por el jumo se vino á ver el acontecimiento; y como prontamente lo informaron todos de las malas relaciones de la mujer del finado con Rico, al punto despachó comisiones de vasallos á cogerlos. A la malvada la toparon unos vasallos de los despachados en la mesma casa de su madre, todavía sin levantarse, y apenas la sorprendieron se puso hecha un temblor, y sin que naide le preguntara nada, exclamó:

—¡"Por Dios, no me maten! yo no fui la de ese crimen, pues tengo testigos de que me acosté á boquita de oración en esta mesma casa." Al propio tiempo la esculcaron y en el bolsico tenía la maldita una boleta de su cómplice en que le hablaba del delito y le fijaba la hora en que debían toparse para cometerlo.

Al dicho Rico lo sorprendió la comisión en su propia casa, y el malvado se manifestó muy impávido y sereno; pero cuando lo llevaron al pueblo y le mostraron el chicharrón de Gil y le dijieron lo de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

la carta que le toparon en el bolsico á la Meneses, cantó de llano en plano é hizo confisión de todo, sin que le quedara nada adentro.

En el careo de los dos, la sindicada también habló claro, y vea qué cosa, mi don, siquiera tuvo la jineza de declarar que ella era la verdadera y prencipal culpable, pues que ella era la que había seducido al güeno de Pedro Rico.

Llevaron á poco los papeles á la Villa, y sin madurar plátanos, condenaron á la mujer á diez años de reclusión y al hombre, á igual tiempo de presidio. La primera todavía está sufriendo su condena y el segundo no aguantó, pues al mes de principiar se lo llevó mi Dios, muy confesado y arrepentido.

¿Y á dónde fue á parar la familia de aquel infeliz criminal? Ahí la vio vusté con sus propios ojos en el Alto; y agora, con decile que la mujer y las dos hijitas están llevando leña al pueblo para sustentarse, y que el mayor de los hijos, el único que podía ayudarles, se volvió un vagamundo y se largó por esos mundos, quedará impuesto de todo y punto concluído.

—Terrible historia es, Dª Rosana, la que Ud. me acaba de contar, exclamó Espinosa muy conmovido. Y luégo agregó:

¡Qué raro es que no hubiera oído hablar de este tan trágico acontecimiento, pero probablemente ello depende de que yo estaba muy joven cuando se perpetró ese horrible crimen.

—Ya es tarde, D. Espinosa, y yo voy á ver que la Marimonda no me deje trastes mal puestos. Hasta mañanita, pues; que Dios me le dé güena noche.

—Hasta mañana, Dª Rosana.

CAPITULO X

No bien se hubo marchado la dueña de la fonda del cuarto de los *blancos*, Espinosa se levantó de su lecho, en donde había permanecido recostado durante la larga conversación que había tenido con su huéspeda, encendió luz y dio principio á la lectura de las cartas que Félix le había traído de Medellín, empezando por la de su hermana, como era natural.

Hé aquí el contenido de esas líneas escritas con patitas de araña, medio borradas en partes por la mancha producida por la humedad de algunas lágrimas.

"*Medellín*, 19 *de Diciembre.*

"José de mi alma:

"Jamás me había llegado á imaginar que tú, modelo de hermanos y de caballeros cumplidos y sin igual, llegarías á causarme tan profunda pena, como la que aflige hoy mi pobre corazón.

"Ingrato, y más que ingrato, cruel, no has querido contestar á ninguna de mis cartas y has desechado con desdén inaudito mis consejos. Yo, sin embargo, te perdono estos agravios y este olvido de la que ha sido tu madre y que tánto te ha querido, y todavía estaría dispuesta á perdonarte algo más; pero con lo que no me conformo ni aceptaré jamás, es el que, olvidado de tu nombre y de tu raza, y despreciando sociedad y honor, te entregues en cuerpo y alma á una insensata pasión que acabará por hundirte en un abismo y por quitarte una reputación tan bellamente hasta ahora conservada.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

"Tú no sabes cuánto estamos sufriendo Esteban y yo con tus malos procederes y cuánta es nuestra vergüenza cuando alguien nos pregunta por ti. Figúrate lo que podremos contestar y cuál será el trabajo que nos costará mentir.

"Esteban hasta ha pensado en ir á disuadirte de tus propósitos; pero yo no le he dejado, conociendo tu carácter y sabiendo que esa visita produciría resultados contraproducentes.

"¿Por ventura, no piensas en que esa tu mala conducta recaerá en sonrojo y deshonra sobre los que han hecho para ti el papel de segundos padres?

"Por Dios, José; por nuestra adorada madre; por nuestro venerado y respetado padre; por mis hijos, que á cada instante lamentan tu ausencia; y por mí, si todavía no me has perdido el cariño, vuélve al camino del deber y al lado de los tuyos.

"Esteban y los niños unen sus ruegos á los míos. Vén pronto, vén y no tardes.

"Tu hermana, que tánto te quiere,

"Lucrecia."

—

Espinosa sintió humedecidas sus mejillas con dos gruesas lágrimas, y apartó de sí con desesperación la carta de su hermana, la cual rodó al suelo; luégo, haciendo un esfuerzo, rompió la cubierta de la segunda carta, la que leyó en seguida y con gran rapidez. Decía así:

"Medellín, 19 de Diciembre.

"Mi querido Espinosa:

"No he podido resistir por más tiempo el deseo que tengo de verte; y como he perdido la esperanza de que vuelvas por acá, según va de larga tu permanencia en esos mundos, he resuelto ir á hacerte una visita, persuadido de que no la llevarás á mal.

"Aguárdame el lunes próximo, veintidós de los corrientes, por la tarde. Vén á encontrarme siquiera hasta el Cardal.

"Tuyo, como siempre,

"Bernardo."

—

El anuncio de esta visita que en otras circunstancias hubiera producido á Espinosa gran placer, como que el caballero que la anunciaba era uno de sus amigos más queridos y el que gozaba de toda su confianza, le produjo, por no sé qué presentimiento inexplicable, verdadera pena y sumo disgusto, los que manifestó en el ceño que puso y exclamando: "no me faltaba más."

Pero sí le faltaba algo al malhumorado caballero, pues no bien había acabado de hacer tal exclamación, cuando se presentó de nuevo Dª Rosana en la puerta de su cuarto, y le dijo:

—Perdone, mi D. Espinosa, que güelva á molestarlo y á interrumpirlo en sus leyendas; pero para decirle verdá, jue que se me quedó entre pecho y espalda lo más prencipal que tenía que decirle cuando le hice la visita. Jue ese cuento de los Ricos que me hizo olvidar lo de más importancia. No le digo, si uno no debía estarse metiendo en las cosas ajenas!

—Vamos á ver qué es lo que se le ocurre.

—Es que vengo á decirle una cosa que me da mucha pena; pero qué se va á hacer. Uno es escla-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

vo de sus obligaciones; y vusté sabe que..... la mujer casada depende de su marido.

—Explíquese Ud. pronto, que me tiene asustado su exordio. ¿De qué se trata?

—Pues es, mi Sr. D. Espinosa, que Merejo y yo, meditando en nuestra presente situación, hemos venido á caer en la cuenta de que ya no es posible ni decoroso que consintamos por más tiempo su permanencia en esta posada. Mientras Ud. estuvo enfermo ó convaleciente, la cosa era del todo distinta, y nosotros hubiéramos sido unos desalmados sin caridá si no le hubiéramos recogido y dado hospitalidá; pero hoy, aunque sabemos que Ud. es un caballero cumplido y que no hay peligro alguno, no podemos resistir la habladuría de las gentes, y los chismes de tánto maluco que están despedazando á mi sobrina que es un horror. ¡ Habrá de oír Ud. lo que dicen ! Es, pues, cargo de concencia para losotros el salvar la reputación de la muchacha; y vusté comprende que la resulución que hemos tomado no se sale de lo justo y de lo razonable.

Y lo era tánto, en verdad, que Espinosa aturdido y perplejo con la perorata de la posadera que, aquí entre nós, parecía aprendida de memoria. según lo bueno que estaba, no supo qué contestar, y se quedó callado mirando hacia el suelo.

Cuando se hubo repuesto un poco, volvió sobre sí y le dijo á su interlocutora:

—Confiésole, Dª Rosana, que me ha sorprendido la resolución de Uds. y que no la esperaba; y confiésole asimismo que, en el fondo, los motivos que alegan para fundarla son verdaderos. Me someteré, pues, á ella sin vacilar, ya que no hay medio de evadirla, y por más penoso que para mí sea el abandonar esta casa en donde he vivido tan tranquilos días. Hágoles sólo una súplica; déjenme quedar hasta después de la "Nochebuena", pues tengo, como Ud. sabe, un compromiso con ño Pantaleón Granda para ir á una cacería de guaguas y para asistir en su casa al nacimiento del niño, y además, acabo de recibir una carta de Medellín en la cual un amigo mío me anuncia una visita, y me sería doloroso no aguardarlo, ó hacerlo volver inmediatamente.

—No, mi D. José, no tenga cuidado por eso; bien pueda quedarse unos diítas más. Manque Merejo y yo tuviéramos corazón de piedra cómo íbamos á echarlo así no más. ¡ Ave María ! no nos haga ese agravio.

No había acabado de salir Dª Rosana muy satisfecha y orgullosa de la manera como había desempeñado tan importante comisión, cuando se le anunció á Espinosa que un agente de policía lo solicitaba. Salió al punto al corredor, y recibió de manos de aquél un papel arrugado, no muy limpio y sin cubierta, en el que leyó lo siguiente:

"*Alcaldía del Distrito.—Fredonia, 20 de Diciembre de* 1870.

"El Sr. José Espinosa, vecino de Medellín y residente en la posada de 'La Quiebra', de esta jurisdicción, se presentará en este despacho el ventiuno de los corrientes, á las doce m; bien advertido de que si así no lo hiciere, incurrirá en la multa de veinticinco pesos y le parará el perjuicio á que haya lugar.

"El Alcalde, MATEO CORREA.— El Secretario, *Benjamín Jiménez.*"

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—¿Y esto qué significa? le preguntó Espinosa al policial. ¿Para qué me necesita el Sr. Alcalde, si yo no soy vecino de Fredonia ni conozco siquiera el pueblo, sino de lejos?

—Yo no sé, mi amo, lo que será, contestó el interpelado. A yo me dio esa boleta D. Benjamín, el Secretario, para que se la trajera á un blanco que vive aquí y yo cumplo la orden. ¡Ah! sí me dijo, ahora que recuerdo, que el blanco la debía firmar y que si no me la firmaba que buscara un testigo. Vusté verá mi blanco, si firma.....

Espinosa se sintió muy contrariado con aquel inesperado percance y estuvo por volver pedazos la orden escrita y por echar enhoramala al pobre policial que humilde aguardaba su resolución; pero Palerma, que ocurrió al lugar en donde la escena pasaba y que se impuso de lo sucedido, impidió el desafuero del primero, suplicándole que se calmara y que no tomara á mal una cosa tan natural y tan puesta en razón. Además, agregó:

—Vea, Sr. Espinosa, "no hay mal que por bien no venga": precisamente mañana tengo yo viaje para el pueblo, á confesarme y me "cabe la sopa en la miel" para acompañarlo. Por otra parte, Ud. no conoce á Fredonia, sino de aquí del Alto, y se le presentará la ocasión de conocerlo.

Haremos un paseo muy sabroso; allá lo verá.

A razones de tánto peso y ante un programa tan halagador, Espinosa se rindió; y con mucho gusto y con placer escribió al momento la firma que se le exigía, *encimándole* al policial, por añadidura, veinte centavos, que el pobre diablo recibió lleno de sorpresa, como que jamás le había sucedido cosa semejante. En vez de una gratificación había recibido siempre: burlas, sarcasmos é insultos, y eso que él era humilde, comedido y que desempeñaba su oficio de comisario con buena fe y como era de ley. ¡Triste suerte es la que cabe á los pobres comisarios de policía! Son el apoyo de los buenos, la seguridad de los débiles, los guardianes del sueño y de la propiedad; y sin embargo, nadie los quiere, todos los befan é insultan y como salario, sólo reciben una miserable propina. ¿Cómo podrá explicarse tánta ingratitud y tánta falta de sentido? No lo sabemos.

Espinosa tomó gran empeño en que Palerma hiciera el paseo á Fredonia en una de sus mulas, la que escogiera, pues ambas eran muy mansas y sabían de silla, pero ésta se resistió á aceptar tan galante como sincero ofrecimiento por dos principales razones, á cual de las dos más fuerte, á saber: la primera, porque nuestra heroína no la echaba de amazona, no habiendo montado nunca á caballo por falta de medios y de ocasión; y la segunda, porque en la posada no había galápago para mujer y tampoco facilidad para conseguir uno prestado, así á la ligera.

Vista la rotunda negativa de Palerma, Espinosa manifestó que puesto que la señorita iba á hacer el viaje á pie, él iría también de la propia manera, no habiendo valido las súplicas de la Marimonda para que no hiciera tal disparate, cosa que ella lo creía así, por ser el *blanco* una persona muy delicada para andar á pie en caminos tan quebrados. Pero sea comoquiera, el viaje quedó resuelto para el siguiente día, debiendo ser de la partida nuestros dos prin-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cipales personajes; la Marimonda, que siempre acompañaba á su niña cuando ésta *bajaba* á confesarse; Carito, que de continuo iba los domingos al pueblo á oír la misa y á traer el *mercado* en el *macho bastimentero*, y el chato Merejo, que era el encargado de la compra del bastimento de la semana, quien hacía el viaje, como de costumbre, en su caballejo.

Serían las siete de una mañana obscura y brumosa, cuando nuestros cinco viajeros recorrían la pendiente, muy inclinada, que en forma de *rosca* desciende del cerro del " Uvital " á los Planes. Cuando venimos á verlos ya habían trasmontado la cima de dicha prominencia, la cual atravesaron por entre una espesa niebla que les ocultó por completo el hermoso panorama que nuestros dos protagonistas habían contemplado extasiados el día anterior, é iban enrolados entre otros muchos viajeros que llevaban la misma ruta y el mismo objeto: concurrir á la misa y á la feria dominical que semanalmente se celebra en el pueblo de Fredonia y que es una de las más concurridas y más ricas en transacciones comerciales.

Daba gusto el ver á aquella multitud de campecinos y de arrieros desfilando como hormigas por la vía pública, entremezclada con mulas, caballos, bueyes de carga, vacas lecheras con sus pequeños hijos, y cerdos. Agiles muchachas con sus canastos en la cabeza, en que llevaban pandequeso, hojaldres, arepas, ó frutas para la venta, teniendo rebujadas sus faldas á la cintura, con lo que ponían al descubierto, sin rubor alguno, sus piernas hasta la rodilla; hombres con pequeños *tercios* de maíz ó de legumbres á la espalda; ancianos de bordón; mujeres con niños al brazo; y muchachos con *tercios* de leña á la espalda

ó en la cabeza, según su sexo; de todo se veía allí formando un abigarrado conjunto digno de ser admirado por un espectador inteligente.

Contribuían en gran manera á hacer más animado el cuadro que estamos describiendo los gritos de los arrieros despertando la pereza de sus recuas y sus interjecciones, tan rudas como sugestivas, y las sencillas conversaciones que se entablaban entre los varios grupos que iban formando los viajeros, según sus afinidades de vecindad, parentesco ó amistad; y luégo, las curiosas escenas á que daban lugar los mil graciosos incidentes que se sucedían con la caída de los animales y con el atascamiento de las gentes en los barriales de los Planes, barriales que se han hecho casi de notabilidad histórica por su profundidad y larga existencia.

El grupo en el cual se habían enrolado nuestros viajeros (los de la posada de "La Quiebra)" se componía: de éstos, de parte de la familia de *ño* Granda, el vecino más cercano de Merejo, y de Tista (Bautista) Grajales, dueño de una de las dos posadas de "Piedraverde," con dos de sus hijas.

—¿Conque es cosa resuelta, mi blanco, le decía el vecino Granda á Espinosa, que haremos la cacería el día de Nochebuena?

—Como se lo tengo dicho, *ño* Pantaleón, iremos á esa cacería, mediante Dios, porque ha de saber que tengo la esperanza de que hemos de coger siquiera unas dos guaguas.

—Y con razón que así lo crea, mi amo, porque ah animalerío que hay en esa cañada; con decirle que es un paraje virginal que no ha pisado planta de hombre. ¡ Pero ah profunda que es ! Tiene qué amarrarse bien los calzones pa bajar.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—¿Cómo me le ha ido en esta semana, D. Merejo? le preguntó el de "Piedraverde" al de la "Quiebra." ¿Ha tenido mucho güésped? ¡A yo sí que me ha ido mal! ¡Estos malditos arrieros han dado en posar en casa de Mauricio porque les sirve el trago más grande! Y no es así, es que la esposa de éste es la más lambona que yo conozco y á todos les pela los dientes.

—Conque, niña Palerma, ¿diz que se nos casa con el villano? dijo á nuestra joven una de las hijas de Tista Grajales. Eso nos han dicho todos los que pasan por casa. Cuéntenos qué hay de eso.

Palerma se ruborizó, como era de esperarse, al oír esta indiscreta pregunta, y haciendo como que no la había oído, se dirigió al padre de la muchacha para preguntarle.

—¿Ma Tista cómo va ña Micaela? ¿Se alivió del reumatismo?

—Cómo se ha de aliviar, niña, esa cabecidura; tullida, tullida, y siempre metida en el pantano; y no hay modo que se haga los remedios que le mandó Cruz Colorado, el médico de la "Lejía". Cuando vaya á verla, regáñemela, mi niña, que á vusté tal vez le hará caso.

Volvamos la vista á otro grupo que atrás marchaba y oigamos lo que dos mozas conversaban entre sí.

—Ave María, ole, decía la una, ¿has visto gente más descarada? Tener cara de presentarse en público después de lo que todo el mundo dice. Y hacer eso la niña Palerma que ha tenido tan buena reputación, ¿se podrá creer? Ni aun viéndolo uno como ahora lo vemos. ¡Cómo se pierde la gente en lo limpio! Y ese cachaco tan apuesto y tan orondo, ¿qué es lo

que está pensando? ¿Se figurará él que nosotras y todas las que lo vemos no comprendemos lo que está haciendo?

—Callate la boca, ole, contestaba la otra. Quién sabe si no habrá nada y el mismo descaro con que se presentan nos estará diciendo que son inocentes. Y ve, ole, yo así lo creo, porque quien ha conocido á la niña Palerma y sabe lo buena y virtuosa que es, no le puede dar ascenso ni aun á sus mismos ojos. Acordate, ole, de todo lo que esa pobre señorita nos ha favorecido y no hablés de ella, por Dios.

—Ole, tenés razón. Pero es que cuando una está despreciada, no puede conformarse con esos hipócritas que se la dan de buenos y hacen lo mismo que uno.

—Mirá, no hables asina que te oyen, y ve que mano Fidel viene aquisito no más, y te calienta. (Era el padre de la murmuradora).

—Manque me oiga; es que vos sos de esas que vivís tapándole á los ricos. Fuera yo la que viviera con un hombre sin ser casada, como la niña Palerma, y ya me tendrían de pata y mano en la Reclusión.

Y aquel viento de escándalo corría por todas partes, y en todos los grupos se murmuraba de la misma manera, y al nombre de la *niña* Palerma no le han dejado cara en qué persignarse.

Y sin embargo, Espinosa en nada pensaba ni nada veía, y de sus propósitos no desistía. En cuanto á Palerma, no sabemos, en verdad, qué decir, pues ni podemos disculparla en absoluto, pero tampoco la juzgaremos con demasiado rigor. Para ello tengamos presente que la joven era huérfana, que carecía

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de otra casa en dónde ampararse, y que el género de vida que llevaba desde algún tiempo habia ido enervando en ella, sin pensarlo, las susceptibilidades del honor, cosa á que está expuesta la virtud más acendrada, sobre todo cuando se le somete á un constante peligro, como el que se le ofrecía á la joven en la posada de "La Quiebra". Por lo demás, ¿era ella verdaderamente libre para obrar y para despedir á Espinosa? ¿ No sabemos ya que ella, la inocente criatura, habia entregado entero su corazón á aquél?

Cerca de las ocho de la mañana llegaron al pueblo los viajeros que venimos siguiendo, y mientras ellos van á hospedarse á una pequeña fonda, en donde almorzarán, echemos nosotros una mirada sobre aquél y digamos unas cuantas palabras sobre este importante Distrito del Departamento de Antioquia.

Ya dijimos antes, que el *pueblo* de Fredonia, ó sea la población cabecera de la demarcación territorial de este nombre, se halla situado en las faldas de la cerranía de Combia, y ahora agregaremos que su localidad, muy mala para la construcción de los edificios por lo quebrada y por ser el suelo poco sólido, es al propio tiempo muy pintoresca con motivo del extenso paisaje que se domina de ella, especialmente desde el pequeño atrio de su único templo que sirve de iglesia parroquial.

El territorio del Distrito que demora entre los de Amagá, Titiribí, Caldas, Santabárbara, Bolívar y Concordia, fue erigido en entidad municipal con el nombre que hoy lleva, el cual significa tierra libre,

por el Intendente de la antigua Provincia de Antioquia, D. Alejandro Vélez, lo que acaeció en el año de 1830.

El perímetro que encierra este Distrito, demarcado por los ríos Cauca, Sinifaná y Poblanco, comprende una comarca de terrenos sumamente feraces y productivos en maíz, caña de azúcar, frísoles, café, tabaco y cacao, alternando, como se ve, frutos de variadas temperaturas, como que existen desde las tierras frias de Combia y del Cerrobravo, hasta las ardientes de las riberas del Cauca. En la época á que aludimos tendría Fredonia unos ocho mil habitantes, pero hoy, debido al gran desarrollo de la industria cafetera y á la inmigración de peones á las empresas, no contará menos de unos quince á diez y seis mil. La mayor parte de sus vecinos son muy trabajadores y laboriosos, y no pocos tienen un regular capital. Son hospitalarios, cultos y de buenas costumbres; sobre todo se observa esto último en los que habitan las regiones frías, pues los de las tierras calientes adolecen del conocido relajamiento de costumbres que aqueja á esa clase de gentes.

La población propiamente dicha está á 1845 metros sobre el nivel del mar, y goza de una temperatura de 19°, bastante húmeda y destemplada, hasta el punto de verse muy comúnmente cubierta de espesas nieblas en la estación lluviosa. No dejan por eso de presentarse en la de verano días y noches esplendorosos que recrean la vista y el espíritu.

Su feria dominical es una de las más concurridas y comerciales en Antioquia, porque á ella asisten, no solamente los miles de campesinos que vie-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nen á hacer sus compras y ventas y á oír la misa, sino también los *rescatantes* que acuden á proveerse de maíz, dulce y frísoles para llevar á revender á Medellín, y á los demás pueblos del Cañón (nombre que se le da al valle de Aburrá).

Adquiridos estos ligeros conocimientos, volvamos á hacer compañía á los de la "Quiebra."

Palerma y la Marimonda, tan pronto como llegaron á la posada y sin tomar ni un ligero alimento se fueron para la iglesia, á bregar por confesarse antes de la misa, y Espinosa salió á dar una vuelta por el pueblo en compañía de Merejo. Carito fue á sentarse en los peldaños del atrio á esperar la hora en que empezara la función religiosa.

Desde el primer toque la gente fue aglomerándose en el expresado atrio, especialmente los hombres; y las mujeres fueron entrando al templo. Al tercer toque entraron todos, quedando unos pocos agrupados á la puerta principal; los unos, porque materialmente no cabían en el interior; los otros, porque le tenían miedo á la plática doctrinal del Sr. Cura y se ponían así en situación de escaparse de oírla.

Inútil por demás será que nos ocupemos en describir una función religiosa de la clase de aquella á que estamos asistiendo, por cuanto es cosa demasiado conocida; diremos únicamente que la misa, interrumpida por la aludida larga plática, mezclada de unos cuantos regaños y otras tantas amonestaciones á los feligreses, de parte del Sr. Cura y por la colecta de la limosna que hizo el sacristán, fue muy larga; y que los asistentes salieron de ella cerca de las once y media.

A las doce almorzaron nuestros compañeros de viaje un almuerzo, en el que predominaban las substancias grasosas y el aliño de los cominos y que bien necesitaba un estómago de acero para digerirlo.

Palerma y la Marimonda acompañadas de Carito salieron á la plaza pública á comprar el mercado; Merejo, que ese día tenía quién lo reemplazara en esa tarea, fuese á una tienda á conversar y á tomarse sus buenos tragos de aguardiente, y Espinosa tomó la dirección de la Alcaldía para atender al llamamiento que la autoridad le había hecho el día anterior. Sigámoslo.

—¿El Sr. Alcalde? preguntó al entrar al interior de una sucia y desmantelada pieza, en donde se veía sobre una mesa vieja y desvencijada un reguero de papeles, y arrimado á ella un hombre de cuarenta y cinco años, con anteojos sujetos á la cabeza con tiras de trapo, en mangas de camisa y alpargatas en arrastraderas. A un lado se encontraban unos cinco ó seis campesinos y una mujer sentados en una banca de madera, recostada á la pared.

El hombre de los anteojos, que era el mismo Secretario en persona del Sr. Alcalde, al oír la voz de Espinosa, dejó de escribir, y dirigiendo la vista sobre éste, le contestó con mucha cortesía y afabilidad.

—¡Ah! ¿supongo que será Ud. el Sr. Espinosa, que ha estado viviendo en la posada de la "Quiebra?"

—El mismo, para servir á Ud., contestó á su vez el interrogado.

—Entre Ud. y siéntese; vamos á despacharlo en el momento.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Y levantándose en seguida, ofreció á Espinosa un taburete viejo de vaqueta, que éste aceptó, dándole las gracias y sentándose en él.

—No se impaciente Ud., Sr. Espinosa, que el Sr. Alcalde va á venir en el instante. Mirá, Mariaca, agregó dirigiéndose al individuo de este apellido, que desempeñaba el destino de Comisario mayor y quien acababa de llegar á la Oficina, llamate al Sr. Alcalde y decile que no demore, que está aquí el señor de la "Quiebra."

El Comisario mayor cumplió con la orden y el Sr. Alcalde vino, con efecto, más pronto de lo que se esperaba. Era éste uno de los principales gamonales del pueblo y de los de más influencias por su posición y su riqueza, quien desempeñaba el empleo por el *honore* y no por el dinero, pues no tenía asignado sueldo alguno. Al ver á Espinosa, quien se levantó á saludarlo, lo llenó de atenciones y de cumplimientos, y últimamente concluyó por llevárselo para su pieza de de-pacho, una que estaba contigua á la Secretaría. En ésta se encerraron los dos echando la llave á la cerradura, y cuando ya estuvieron sentados, uno enfrente del otro, el Sr. Alcalde dijo á Espinosa.

—El asunto que con Ud. voy á tratar, y para el cual lo he hecho venir hasta este pueblo, es un poco serio; y espero, por lo mismo, que si Ud. lo estima así, se servirá disculpar la molestia que le he proporcionado.

Es el caso, Sr. Espinosa, que un mal hombre, de los que por todas partes tánto abundan, ha presentado en mi Oficina un denuncio escrito, en el cual lo acusa á Ud. de llevar una vida poco conveniente en la posada de la "Quiebra." Yo no he creído semejante aseveración, y así se lo declaro francamente porque conozco á la joven Palerma, y sé que es una persona muy honrada y que hasta ahora no ha dado qué decir; pero Ud. comprenderá que su proceder, permaneciendo tánto tiempo en la casa de Merejo Ramírez después de su reposición, es inexplicable, y que las apariencias lo comprometen, ¿no es verdad?

—Esa es una calumnia infame, Sr. Alcalde, dijo á su vez Espinosa, levantándose de su asiento muy indignado. Yo estoy pronto á confundir al vil denunciante. ¿Quién es él?

—Bien, Sr. Espinosa, será calumniosa y todo lo que se quiera la imputación que le hacen y Ud. podrá refutarla, yo no lo dudo. Pero ¿qué se sacará Ud. con esto? Habrá qué instruír un sumario, llamar testigos y producir un verdadero escándalo que dará por resultado infalible el deshonor de la pobre joven que Ud. está comprometiendo; y la reputación de Ud. no quedará muy bien sentada. ¿Quiere recibirme un buen consejo? Se lo doy más bien como amigo que como autoridad. Váyase pronto, lo más pronto posible, para su casa, y Dios quede con todos. Por mi parte, yo destruiré el libelo de denuncio y nadie volverá á hablar del asunto.

Espinosa comprendió que las reflexiones del Sr. Alcalde eran tan juiciosas y tan caritativas, que no pudo menos que rendirse ante ellas; y por eso prometió al buen empleado seguir sus consejos y se despidió de él muy agradecido y resuelto á abandonar la posada de la "Quiebra" al día siguiente del de Nochebuena.

Palerma logró después de miles trabajos y dificultades arrodillarse al pie del confesor; y, como

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

era natural, le refirió á éste el estado de su corazón, su amor intenso por el *villano* y la difícil situación en que se hallaba con la permanencia de Espinosa en su casa, y aun parece que le habló de sus esperanzas.

El Sr. Cura la compadeció mucho, pues el caso lo merecía; pero al fin terminó increpándole seriamente su conducta y exigiéndole con empeño ó que hiciera que Espinosa abandonara la casa, ó que la abandonara ella sin vacilar, yéndose á donde Dios quisiera. Y le agregó que estaba en peligro de que su alma se perdiera.

CAPITULO XI

Puede imaginarse el lector cuál sería la situación de ánimo de nuestros dos protagonistas, cuando sepa que al volver á encontrarse en la fonda del pueblo en donde se habían hospedado ni siquiera tuvieron valor para dirigirse la palabra ni para mirarse. Dijérase que mutuamente se tenían miedo.

Pero en realidad era Espinosa el más digno de compasión, por lo mismo que era él el creador de esa anormal situación en que los dos amantes se encontraban, y porque dependiendo de él solo dar solución favorable al problema, no lo hacía. ¿Porqué? ¿Porque no quisiera á Palerma? No. Porque sus prejuicios aristocráticos ó de posición social, le vendaban los ojos, ó mejor, porque le horrorizaba la sola idea de que la sociedad medellinense y sus amigos se burlaran de él por contraer una alianza

desventajosa con una mujer casi desconocida; y sin embargo, él se creía capaz de sacrificar su misma existencia por la joven, y él la amaba con toda el alma y con todo su sér. Había también en nuestro héroe algo ó mucho de vanidad herida, pues cuando pensaba en una fácil conquista, se veía, sin saberlo ni pensarlo, atado con una cadena que no podía ni se atrevía á romper. Y luégo, esa especie de violencia indirecta que sobre él querían hacer el chato Merejo y el Alcalde sublevaba su orgullo; y si á veces se sentía inclinado á ceder ante la fuerza de las circunstancias, otras se rebelaba contra ellas y formaba el propósito de resistir hasta el fin. Quizá porque pensó que algún suceso inesperado variaría la situación que se le había creado, fue por lo que pidió alguna mora para abandonar la "Quiebra."

En cuanto á Palerma, la pobre joven sufría, en verdad, intensamente á la sola idea de tener que ver partir á su amado para no volverlo á ver; pero la misma imposibilidad en que se hallaba de poner un remedio al mal ó de impedir que tan funesto acontecimiento se cumpliera, le daba cierta resignación, que se hacía sentir más aun con la sola consideración de que ella comprendía perfectamente bien que las cosas tenían qué suceder en todo rigor de esa manera, puesto que la existencia de Espinosa en la "Quiebra" no podía ni debía prolongarse. ¿Pensaba ella en el peligro que corría su honor y en la necesidad que tenía de ponerlo á salvo con una inmediata separación? Probablemente sí, pero debemos confesarlo con franqueza: la fuerza poderosa de su virtud, que debía llevarla á ese género de ideas, estaba perdiendo algo de su vitalidad, y el

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

amor que la dominaba y que había embargado todo su sér, producía en su ánimo cierta especie de embotamiento que hacía que viera con ojos más benignos lo que en otra ocasión quizá la hubiera horrorizado. Condición es esta de la naturaleza humana á que estaba sometida la joven de que hablamos: á mirar con criterio favorable todo aquello que nos agrada, ó que deseamos, y con adverso, lo que nos es antipático y nos repugna.

Concluídas las diligencias más indispensables, nuestros paseantes, excepto el Chato, que quedó en el pueblo y á quien no pudieron sacar de él, resolvieron volver á la montaña, lo que pusieron por obra como á las dos de la tarde; y ello, sin que Espinosa hubiera visitado la población ni visto nada de lo notable que en ella había, ¿qué ánimo le había quedado después de la entrevista con el Sr. Alcalde? ¿Y cómo podía él ocuparse en otra cosa que en la de cavilar sobre sus desventuras?

Salieron, pues, Palerma, Espinosa, la Marimonda y Carito del pueblo, y tomando el mismo camino que habían recorrido en la ida, emprendieron el descenso á los Planes, atravesaron éstos con las dificultades que les presentaban los barrizales, y empezaron á ascender en seguida la cuesta del "Uvital." El tiempo estaba hermoso y la naturaleza ostentaba todas sus galas á porfía, exhibiendo en todos sus detalles los diversos paisajes que en competencia lucian sus bellezas. El sol, muy poco inclinado hacia el ocaso, lanzaba sin misericordia sobre los viajeros sus ardientes rayos; pero Palerma y Espinosa tan preocupados estaban de lo que pasaba en lo íntimo de sus almas, que ni siquiera sentían el calor que los abrasaba; en cuanto á la Marimonda y á Carito, la costumbre de andar á la *pampa*, los hacía invulnerables á la acción de los fenómenos meteorológicos.

Como la ascensión la hicieron muy lentamente, siguiendo los pasos del tardo *macho* que conducía Carito con el bastimento, apenas á las cinco lograron escalar la cima del "Uvital", y cuando esto sucedía, nuestros viajeros llevaban este orden: la Marimonda, que era la más ligera en el andar, ocupaba la vanguardia y se había adelantado en compañía de *ño* Granda, con quien entablara animada conversación; Palerma y Espinosa ocupaban el centro é iban solos; y Carito, que se había retrasado en la marcha, venía á retaguardia.

Llegados los viajeros del centro en frente de aquel hermoso y robusto roble que les sirviera de abrigo en su paseo á ese paraje, y al pie del cual habían almorzado, Espinosa propuso á su compañera que se sentaran un rato á descansar en el mismo sitio que antes, y como ésta asintió, así lo hicieron. El frondoso árbol crecía á unas cuatro varas de distancia del camino, y nuestros dos protagonistas, al sentarse sobre las raíces que sobresalían, no quedaban á la vista de los transeúntes, ocultándolos un promontorio ó barranco de unos cuantos metros de altura.

En todo el trayecto recorrido desde Fredonia al "Uvital", Espinosa y Palerma, silenciosos y pensativos, no se habían dirigido la palabra sino sobre cosas vanales ó de poca importancia, y eso en dos ó tres ocasiones únicamente; y al sentarse cerca el uno del otro, guardaron el mismo silencio y ni siquiera se miraban entre sí, ni miraban el grandioso espectáculo que estaba á su presencia, y que el día

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

anterior tánto los había llenado de entusiasmo y de admiración ; y eso que en esos momentos no sé qué de más hermoso tenía, como que un colorido especial iluminaba el escenario, y los altos montes, y las colinas onduladas, y los profundos valles, y los ríos y *quebradas*, presentaban con más gracia y donaire sus perfiles. Y el Cerrobravo, masa imponente y dominadora de toda aquella comarca, exhibía con más esbeltez las elegantes formas de sus verdosas faldas y la egregia cabeza siempre desnuda. Para nuestros héroes, espectadores de aquel cuadro iluminado, la vida, la animación y el concierto de tántas bellezas no existían, como que si su vista, por no sé qué clase de sugestión magnética, no se dirigiera al exterior, sino al fondo de sus corazones. No observaron ellos, por tal motivo, que la escena era especialmente embellecida con la vista del camino que acababan de recorrer, sobre el cual, que se dominaba en una gran extensión hasta la cima del cerro de Combia, una inmensa multitud se movía en interminable fila. Eran los campesinos, arrieros y *rescatantes* que regresaban á sus casas, ó que emprendían, como estos últimos, su viaje de regreso. Tampoco escucharon el sonoro canto de mil avecillas que daban muestra de sus alegrías en el vecino bosque; y por último, dejaron de observar, ¿quién lo creyera? el vuelo sereno y majestuoso de dos grandes águilas que en inmensos círculos concéntricos se movían tranquilas, con ojos vigilantes é inquisidores, sobre la cabeza de aquellos indiferentes espectadores.

Pasaron algunos minutos y la relativa situación de los dos amantes no había cambiado: la misma inmovilidad, el mismo silencio y el mismo mirar

hacia el suelo. Mas de repente, levántase Espinosa, como movido por un resorte, y dirigiéndose á su compañera, le dice :

—Palerma, ¿no sabes lo que me pasa? Que tengo qué dejar la "Quiebra" y abandonarte para siempre, porque tus tíos no quieren tenerme más en su casa, y porque el Sr. Alcalde me lo exige. Un viento de calumnia corre por estas comarcas contra ti y contra mí, y una voz denunciadora y vil ha llevado á la autoridad infames sospechas sobre nuestras buenas relaciones.

Y como la joven sorprendida y estupefacta ante esa aterradora relación, nada contestara ni pareciera que había salido de una especie de sopor que la dominaba, volvió á interrogarla.

—¿Y no me dices nada? ¿Y guardas silencio como si no te causara sorpresa y pena la noticia que te doy? ¿Tan indiferente te es mi partida?

La joven, saliendo de sus ensueños y volviendo á mirar llena de turbación á su interlocutor, contestóle:

—Perdóneme, D. José, si le he faltado y si en verdad no me causa sorpresa la noticia que me da, pues yo me la temía y estaba preparada para recibirla; y me la temía, porque creo que está en lo natural y en lo justo que Ud. vuelva al lado de su familia y á ponerse al frente de sus negocios. Por otra parte, me pregunto yo á veces, ¿qué está haciendo Ud. en esta miserable morada? ¿Y cómo es que está perdiendo un tiempo precioso, que pudiera emplear en cosas más grandes ó más útiles á Ud. y á la sociedad? Nuestra separación es, por lo demás, necesaria, no solamente por lo que Ud. me cuenta, sino también—y debo confesárselo con ru-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

bor—porque el Sr. Cura me ha encarecido la conciencia y me ha exigido que no continúe llevando la vida actual. Conque con franqueza se lo digo, ó abandona Ud. la posada de la "Quiebra", ó la abandono yo; no hay término medio. Escoja Ud., pues mi honra y la suya y el respeto que debemos á la sociedad está de por medio.

—¿Y me dices eso muy seria y sin pena, como la cosa más natural del mundo? ¿Y quieres borrar con una sola palabra, ó una sola frase, el dulce y tierno sentimiento que une nuestros corazones? ¡Ah! no esperaba yo de ti tánta indiferencia y tánta ingratitud. Y dijo estas palabras Espinosa con tan grande amargura y con semblante tan compungido y triste, que Palerma no pudo menos de conmoverse hasta lo profundo de su sér, y decirle:

—Por Dios, D. José, no me culpe; Ud. no sabe cuánto estoy sufriendo en estos momentos y cuánta fuerza he tenido qué hacerme para hablarle con la franqueza que lo hice. ¿Qué podría yo decirle para que me comprendiera? ¡Ah! sí, sufro mucho, y decididamente, más que Ud. Mañana, ó ese otro día, partirá Ud. de estos lugares; y le concedo que al decir adiós, un sentimiento de pena se anide en su corazón, eso es muy natural. Pero luégo, al volver á esa hermosa ciudad de Medellín, en donde lo esperan con los brazos abiertos sus parientes y sus amigos; en donde encontrará Ud. mil medios de distraerse y de gozar de la vida y de la juventud, y en donde, es posible, se encienda de nuevo el fuego sagrado de un afecto no extinguido aún, Ud. no guardará en su corazón ni un sentimiento de ternura para esta infeliz muchacha que le habla, ni en su memoria un recuerdo para los pobres posaderos

que le dieron hospitalidad en un día, con tan buena voluntad. Por lo que á mí toca, ¿qué podré esperar de hoy en adelante? Mientras no lo conocía á Ud.; mientras no había gozado de los agradables momentos que he pasado á su lado; y mientras no sabía que existiera un hombre verdaderamente bueno, digno, desinteresado y noble de alma y de sentimientos, como Ud., yo aceptaba la vida como una pesada carga, de la cual no puede una deshacerse, y resignada y sometida á mi dura suerte, esperaba tranquila que el Dios de las misericordias me llamara á su santa morada. Mas hoy, ¿podré decir lo propio? Temo que nó. Y lo temo, porque juzgo que elevada á otras regiones con su grata é instructiva conversación, y enseñada al trato urbano y caballeroso de Ud., no podré soportar las zurdas maneras de las personas con quienes vivo, ni la pedantería de ciertos viajeros, ni la simplicidad de las gentes ignorantes con quienes he tenido y tendré qué entenderme.

En medio de ese mundo que antes me distraía, viviré de hoy en adelante en completa soledad; y de seguro que moriría de tedio y de tristeza, si no me alimentara un grato recuerdo que jamás se borrará de mi memoria: el de Ud., D. José.

Cuando hubo concluído, Palerma inclinó sobre su casto seno la cabeza; de sus hermosos ojos se desprendieron dos lágrimas que rodaron por sus mejillas, y de su pecho salió un hondo suspiro de tristeza.

Espinosa no pudo contenerse: vivamente conmovido se acercó á la joven, y cayendo á sus pies de rodillas tomóle ambas manos, que estrechó entre

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

las suyas, y con voz entrecortada por la emoción, la dijo:

—Pero, Palerma mía, si yo no puedo abandonarte, porque tú eres para mí la vida y la felicidad; si yo te amo sobre todo en el mundo, si tu presencia me es necesaria é indispensable; si yo respiro con tu aliento, si en tu dulce mirada yo he bebido la dicha y el placer, ¿cómo dejarte? Jamás. Vénte conmigo, húye de esa mansión de gentes vulgares y soeces, en la cual estás consumiendo inútilmente tu vida, tu inteligencia y tu vigor. Vén conmigo, que yo te haré feliz y á mi lado nada te faltará. Casa tendrás, en que vivirás libremente, y muebles preciosos, y bellos y brillantes trajes, y todo lo que desees; y como la más hermosa y feliz de todas las mujeres serás tenida.

—Pero no como la más honrada, D. José, le interrumpió la joven, levantándose bruscamente; y luégo, con acento enérgico y decidido, agregó: ni una palabra más, señor, en ese sentido; si estoy dispuesta á perdonarle por esta vez la ofensa que me hace, quizá me sería imposible perdonarle la segunda.

Espinosa calló con efecto, y aturdido y avergonzado con el merecido rechazo, bajó la mirada lleno de amargura; pero bien pronto y como diestro luchador y acostumbrado á estas lidias, se irguió de nuevo y con súbito arrebato dijo á la joven:

—Palerma mía, Palerma de mi alma, no me aborrezcas ni me guardes resentimiento; perdóname si te he ofendido; perdóna al desdichado amante que en un momento de entusiasmo y de delirio, ha soñado en un mundo de felicidades y de dichas imposibles; pero yo necesito que me digas, no solamente que perdonas mi desvío, sino que no te soy indiferente, que me amas como yo te amo, con un amor grande, profundo, imperecedero, y capaz de grandes sacrificios.

Y cuando así hablaba Espinosa, había tánto fuego en su mirada y ésta adquirió tal fuerza de atracción, que Palerma, como hipnotizada y falta de aliento y de vida, se dejó caer sobre el césped, y sin proferir una sola palabra cubrió la dulce faz con su manto. El atrevido seductor, que creyó erradamente que su presunta víctima estaba vencida é impotente para toda resistencia, se lanzó sobre la joven y tomóla entre sus brazos con la misma fuerza y violencia con las que el buitre agarra con sus uñas al tierno becerrillo.

Todo esto pasó en un instante tan rápido como el pensamiento mismo; pero fue el suficiente para que la joven volviera en sí de su desmayo, para que comprendiera el peligro que la amenazaba, nunca tan grande como entonces, y para que haciendo un supremo esfuerzo se desasiera de los brazos que la aprisionaban. Y como al propio tiempo sintiera que éstos insistían en apretarla de nuevo, llena de espanto dio un agudo grito de suprema angustia, y exclamó en alta voz: "Carito, Carito de mi alma, sálvame, sálvame."

Y aun no había ella acabado de proferir estas palabras ni Espinosa de volver de su sorpresa, cuando un hombre de fisonomía terrible é iracunda, que llevaba en la diestra mano un afilado cuchillo, se presenta de repente en la cima del barranco que separa á los dos amantes de la vía pública, y cuando éstos no se daban todavía cuenta de quién era el

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

fiero espectro ni cuáles eran sus propósitos, la aterradora figura, más rápida que el relámpago, se lanza sobre Espinosa y dirige sobre el pecho de éste la punta del afilado acero. Palerma que ve aquel movimiento y que presiente el grave peligro que amenaza la existencia del objeto de su amor, más rápidamente aún, y con una agilidad increíble, da un salto de ciervo y se interpone entre su amado y el arma homicida. El hombre del cuchillo lo saca tinto en sangre del cuerpo de la joven y, ciego en su saña, se lanza de nuevo sobre Espinosa pronto á darle muerte; entonces aquélla que ha reconocido en el asesino al muchacho á quien llama en su ayuda, le grita con imperiosa voz:

—Carito, detén tu brazo vengador, yo te lo mando.

Y aquella fiera humana, que instantes antes causaba terror y miedo, bajó como por encanto el airado brazo, soltó la hoja de acero que cayó en el suelo, y humilde y avergonzado de su obra, dijo:

—Te defendía, prima, perdóname.

En esos momentos, Espinosa, que salía de la sorpresa y del aturdimiento que aquellos inesperados sucesos le produjeran, lleno de ira tomó el cuchillo que Carito abandonara, y dirigiéndose á éste y diciéndole "asesino, miserable, vas á pagarlas todas", intentó tirarle con el arma para herirlo, lo que le habría sido sumamente fácil, pues el muchacho con la cabeza inclinada, ni trató de defenderse, ni siquiera procuró huír.

Palerma impidió lista la agresión, poniéndose por medio entre los dos rivales, y diciéndole á Espinosa con cierto imperio:

—D. José, respete Ud. á mi primo, porque él

no ha hecho otra cosa que cumplir con su deber. Y luégo hablándole á Carito le dijo con ternura:

—Gracias, primo mío, me has salvado; y derramando mi sangre, has impuesto el merecido castigo á la verdadera culpable, que lo soy yo.

Y fue entonces cuando Palerma profería estas últimas palabras, que los dos hombres que la acompañaban, vinieron á notar que estaba herida, y que de un poco abajo del hombro brotaba sangre con abundancia; y en ese mismo instante caía ella al suelo y su rostro se cubría de extrema palidez.

Guiados por un mismo sentimiento y olvidando mutuos agravios, los dos hombres ocurrieron presurosos á socorrer á la joven desvanecida, y Carito, con previsión increíble en él, vuela á traer, en la pequeña totuma que cargaba, un poco de agua de un manantial que cerca de allí nacía. Entretanto, Espinosa desgarra la tela del corpiño, aparta con trémula mano las blancas telas interiores y descubriendo la nítida piel de aquel cuerpo de belleza sin rival, contempla lleno de ansiedad las lesiones que éste recibiera.

¡Y cuáles no fueron su alegría y su contento al persuadirse de que la joven no corría peligro de morir, que las lesiones no tenían gravedad alguna y que eran enteramente superficiales! Con efecto, el cuchillo tropezó en la cabeza del omoplato, y al resbalar produjo en las carnes una especie de sedal, con dos soluciones de continuidad, sin que hubiera podido penetrar en la cavidad toráxica, ni hubiera tocado ninguno de los grandes vasos sanguíneos de aquella región.

Con el agua que trajo Carito tiró Espinosa unas

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

gotas al rostro de la joven, lo que bastó para que ésta volviera de su pasajero desmayo, producido más bien por la emoción que por la sangre que derramara. Lavó en seguida él mismo las heridas y con la yesca de *nolí* (especie de hongo que producen ciertos árboles) que le presentó su compañero y que aplicó sobre ellas, logró que cesara por completo la hemorragia.

Repuesta Palerma de su emoción, y persuadida ella misma de que su vida no corría peligro, volvió á ser dueña de sus acciones; y como desde al partir comprendiera que si lo que acababa de suceder se hacía público, las consecuencias serían fatales para su honra y reputación y para el mismo Carito, á quien la justicia llamaría á cuentas, dijo á sus compañeros en tono serio é imperioso:

—Ni una palabra sobre estos tristes sucesos debemos proferir, y que de ellos no se impongan mis tíos ni nadie. Este secreto debe quedar guardado en nuestro pecho como en caja de hierro de un avaro. A Ud., Sr. Espinosa, que le sirvan de escarmiento y de lección, y más que todo, de motivos decisivos para apresurar su partida de estos lugares. Esta se impone y yo se lo exijo, si es que verdaderamente me tiene algún cariño, como el mayor servicio que puede prestar á una desgraciada mujer. En cuanto á ti, agregó dirigiéndose á Carito, no te aflijas ni te contristes por lo que acabas de hacer ni por haber errado el golpe. Estaba de Dios que yo fuera la víctima de tu obra, porque en realidad, ¿quién era la culpable? Yo, que no tuve ni el valor ni la energía para cortar un mal que veía crecer indiferente y hasta complacida.

—Ahora, terminó diciendo á ambos, partamos.

Y aquellos dos hombres, confusos y cabizbajos, siguieron á la joven sin proferir una sola palabra. Esta, al marchar, tuvo la precaución de cubrir con su mantilla las huellas sangrientas para que nadie sospechara lo sucedido, y el color negro de las telas de *merino* contribuyó poderosamente á obtener este resultado.

Serían las seis y media de la tarde cuando los protagonistas de la trágica escena que acabamos de referir arrimaban á la posada de la "Quiebra."

La Marimonda, que hacía rato había llegado, y que impaciente y sobresaltada aguardaba á su *niña* querida, salió presurosa al encuentro de los viajeros, y dirigiéndose á Palerma, ansiosa le preguntó:

—Niña, por Dios, ¿qué les había sucedido? Ya creía que no venían.

—No es nada, Marimonda, contestó la interpelada, tratando de sonreír, nos quedámos un rato en el Alto descansando y viendo pasar la gente.

Y tan pronto como esto dijo, entró presurosa á la posada y fuese á encerrar en su cuarto.

—¿Y cómo le fue á Ud. D. Espinosa en el paseo? preguntóle á éste Dª Rosana, ¿y cómo me le pareció el pueblo?

—Estuve contento y me pareció Fredonia muy bonito y muy vistoso, contestó el interpelado, haciendo fuerza para parecer alegre.

—¿Y oyó predicar al Sr. Cura? ¡Hasta ahi Cura para hablar bien!

—¡Ah, si lo hubiera oído, mi ama y señora, esta mañana en la plática! exclamó la Marimonda, tomando parte en la conversación; esas sí son las cosas que debe de oír un cristiano. Si lo hubiera visto cómo echó que daba gusto contra los hombres malos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

y perversos y contra los que autorizan malas relaciones, y contra los escandalosos que no respetan la sociedad, y cómo puso de vuelta y media á los que valiéndose de su dinero y de artimañas engañan y pierden á niñas inocentes. Ave María, mi señora, no sé qué haremos si nos quitan este Curita.

Al pobre de Espinosa le pareció que todas estas reflexiones de la negra le venían de molde; y poniéndose encendido se despidió del grupo para entrar á su cuarto á descansar. A la Dª Rosana tampoco le acomodaron porque algo le remordía la conciencia en ese sentido, y para cortar la conversación ordenó á la oradora impertinente que fuera á preparar la comida para los recién llegados.

Carito, callado y taciturno más que nunca, descargó el *joto* del bastimento, echó la bestia en el potrero y fuese á sentar en un rincón de la cocina á esperar que le dieran su alimento.

CAPITULO XII

Todo pasó en completa calma y sosiego en la posada de la "Quiebra" en la noche del día á que nos hemos referido en el capítulo anterior, pues aunque el chato Merejo llegó tarde y muy beodo, su embriaguez había alcanzado tan subidos grados, que no le alcanzaron las fuerzas del cuerpo y del espíritu para disgustar con su consorte y demás gente de la casa; y no bien se desmontó, fuese á su cama y quedóse como muerto, sin menear mano ni pie. El resto de los moradores, inclusive nuestros dos protagonistas, tan pronto como las negras sombras apagaron todas las claridades, se encerraron en sus

respectivos dormitorios y ninguno dio muestras de vida hasta el siguiente amanecer. No hubo huéspedes ni arrieros que con sus maniobras y charlas extemporáneas interrumpieran el silencio que reinó, sin que ni una voz ni un ruido lo turbara.

No obstante, esa calma y ese tranquilo sosiego eran enteramente aparentes ó exteriores, pues en dos de los habitadores de ese pequeño mundo rugían terribles tempestades, invisibles en verdad, pero reales, con sus voces atronadoras, con sus relámpagos, con sus rayos, con sus vientos impetuosos. Tempestades del alma mucho más fieras y aterradoras que aquellas que agitan los elementos, y que á veces producen derrumbamientos y cataclismos morales de más trascendencia que las del mundo físico.

Palerma se levantó más de mañana que de costumbre; y en su semblante, pálido, casi demacrado, cargado de negra pesadumbre, y en la apagada luz de su mirada, y en las obscuridades azulosas que bordeaban sus bellos ojos se podía observar que algo muy terrible había pasado en su cerebro y que luchas desastrosas habían tenido lugar en su sensible y noble corazón.

Palerma no había podido conciliar el sueño en aquella, para ella, larga y eterna noche, y en todo su transcurso se sintió agitada, febricitante, y á su mente venían á porfía negros pensamientos, produciéndole confusión y desconcierto. ¿Le causarían ese malestar los sufrimientos físicos ó el dolor de las heridas que le infirió Carito? No lo creemos. Y no lo creemos, porque para Palerma esas ligeras lesiones y la sangre que le hicieron derramar fueron verda-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

deros motivos de satisfacción y, en cierta manera, de placer.

Y en verdad que con razón así lo sintiera. En primer lugar, porque con la intervención milagrosa de Carito y con su violento y atropellado proceder, ella había salido ilesa de aquel paroxismo de embriaguez amorosa que rendida la había entregado en los brazos de su amado; y en segundo lugar, porque con su propia sangre, y exponiendo heroicamente su vida, salvólo de aquel peligro.

¿Cuáles eran, pues, las causas de ese insomnio, de ese terrible malestar y de esos sufrimientos que tan profundas huellas dejaban en el organismo físico y moral de nuestra joven huérfana? ¿Serían acaso el conocimiento de la falaz conducta de Espinosa, ó algún resentimiento contra él?

Nó, mil veces nó. Era tan grande, tan profundo y tan desinteresado el amor que la joven profesaba al huésped de la "Quiebra", que por más que ella comprendiera con entera claridad que el proceder del mancebo no era correcto ni caballeroso en ningún sentido; que sus intenciones no eran sanas; que el cariño que le tenía (ella se hacía esta ilusión) era un sentimiento envuelto y enervado en una atmósfera de concupiscencia y sensualidad; y por último, que la había comprometido y la estaba comprometiendo ante la sociedad, carecía de fuerzas para reprochar como debiera conducta semejante; y su corazón estaba bastante repleto de ese inmenso amor, para que en él cupiera un átomo de rencor, ó siquiera de simple resentimiento.

Hablemos con franqueza: lo que tánto afligía á Palerma, lo que tan duramente la estaba haciendo sufrir, y lo que no le permitió cerrar sus ojos, no

era otra cosa que la próxima y segura partida de Espinosa. ¿Se podrá creer? Sí, porque es la verdad, y nada más que la verdad.

Y tánto más sufría la joven con la expectativa de ese temido acontecimiento que estaba al consumarse dentro de algunas horas, cuanto más persuadida estaba ella de que su realización era absolutamente necesaria, que de él dependían su tranquilidad y su honor y quizá su inocencia, seriamente comprometida. Por lo demás, era ella quien, haciendo pedazos su propio corazón y ahogando dentro de su pecho sus más tiernos sentimientos, había impuesto á su amado con más vehemencia la obligación de partir.

Todo lo veía ella claro sin que nada se le ocultara; y sin embargo, ¡debilidades de la especie humana! esa joven de acendrada virtud, candorosa, buena, y representación viviente del pudor y de la castidad, se sentía avasallada y cohibida por el enorme peso de lo que ella consideraba su mayor desgracia: perder á su amado para siempre.

Combatido su espíritu por opuestas ideas y sentimientos, á la manera como las encontradas olas de tempestuoso mar agitan frágil navecilla, venían á su mente, ya pensamientos lúcidos y serenos, ya tumultuosos, obscuros y sombríos.

"Sí, se decía á sí misma, en su continuo delirar, que parta; que ahora mismo, que mañana, se ausente de estos lugares en donde tuve la desdicha de conocerlo; que me deje, presa de mi desventura, pero dueña del albedrío que me robó; que corte despiadado el hilo invisible y fuerte que de una manera fatal ha venido á unir nuestras dos existen-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cias ; y en fin, que se acaben para mí los ratos placenteros, mezclados con tan amargas penas."

A veces, como ráfagas refrescantes de suave brisa, dorados ensueños de amor y de felicidad cumplida venían á acariciar la calenturienta imaginación de Palerma, y una sonrisa de inefable dicha asomaba á sus secos labios, y aun en la obscuridad sus ojos parecían brillar. ¿Qué vería? Un cuadro hermoso, encantador, se presentaba á su vista : una hermosa mujer de treinta y cinco años, rodeada de sus tiernos hijos–cinco retoños–y á su lado un caballero muy apuesto que juega, muy contento, con la ondulada y negra cabellera de la dama. De repente, negra sombra borraba aquel idilio de soñada ventura, y la pobre, entristecida, exclamaba: "¿Pero qué es lo que estoy pensando, necia de mí? ¿Soy yo acaso, humilde y desgraciada criatura, digna de tan venturosa suerte?"

Otro género de ideas venía á asaltarla, y entonces volvía á exclamar :

"Nó. Que no se vaya, ó que me lleve. Que me lleve á donde me sea permitido libremente besar como humilde esclava la suela de sus botas ; á donde pueda aspirar á plenos pulmones el aire que perfuma su aliento, á donde pueda beber en el fulgor de su mirada la vida que me falta. ¿Qué me importa á mí el mundo y su mentido aprecio? ¿Puedo yo, pobre descendiente de un maestro de Escuela, sin familia y sin hogar, aspirar á otra cosa que á la satisfacción y á la dicha del hombre que he llegado á amar? Nó, mil veces nó. Que se quede, ó que me lleve."

Y cuando así concluía la enamorada doncella, dominada por el sentimiento profundo que embargaba todo su sér, una voz solemne, grave y misteriosa, llegaba á sus oídos y le decía : "Miserable é infeliz criatura, ¿qué es lo que murmuran tus impuros labios? ¿Has olvidado tan pronto las lecciones de tu santo padre, y tan pronto se ha borrado de tu memoria el recuerdo de tu bendita madre? ¿O acaso piensas, desventurada, que no hay un Dios en los cielos, justiciero y terrible con los que se apartan del camino del deber y con los que sacrifican sus mandatos en aras de las pasiones de un momento? Vuélve en ti, hija ingrata y desnaturalizada; lúcha contra esa pasión que te domina; déja partir ese hombre para ti nefasto, y si es preciso, húye de él."

Y entre estos opuestos pensamientos pasó Palerma toda esa noche de continuo velar; pero plugo á la misericordia del Altísimo que tan crueles incertidumbres y tan hondo sufrir no fueran estériles. Los resortes de la virtud de la joven, retemplados por el amoroso y santo recuerdo de sus padres y por su ejemplo, triunfaron en la lucha ; y hé aquí porqué, al levantarse de su lecho, se observaba en ella, entre las huellas del dolor, algo como luminoso, con ráfagas de cielo : era la corona del martirio que adornaba su cabeza.

Volvamos los ojos á Espinosa, y con las prerrogativas del novelista penetremos en su cuarto.

Medio recostado en sus almohadas se halla, pero por falta de luz no lo vemos ni podemos imponernos de lo que revele su semblante. Empero, por sus continuados suspiros salidos de lo hondo de su pecho, y por los movimientos constantes de su cuerpo, que no encuentra el reposo y la quietud, juzga-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

remos con acierto que negra pena lo asedia y que su ánimo es presa de hórrido quebranto.

Y no nos equivocaremos en este juicio, porque en verdad, nuestro héroe, con los sucesos cumplidos en la tarde anterior, ha recibido en lo profundo de su sér una herida en aquello que más estiman los hombres: en su orgullo. Siéntese con efecto, vencido y humillado; ¿y por quién? Por una débil mujer, sin protección ni amparo, y por un muchacho ignorante y bruto, casi un idiota.

Y no era únicamente el sentimiento del orgullo ofendido ni la perdida esperanza de obtener los favores de una joven hermosa y seductora lo que atormentaba á Espinosa; era también un algo más serio é importante: su conciencia que le hablaba y que á grito herido le decía: "Has desempeñado el papel de un miserable libertino, comprometiendo sin provecho alguno la honra y la reputación de una joven inocente y pura á quien debías obligada gratitud; y algo peor: has hecho nacer en su noble corazón una pasión grande y sublime que tú, ruin y egoísta, no podrás ni sabrás satisfacer. Ella ha sido tu enfermera cuidadosa y solícita; te ha atendido y contemplado con el cariño de una hermana y con el amor de una madre; en un momento de supremo peligro para ti, ha salvado tu vida, exponiendo valerosamente la suya propia; y tú, ¿qué has hecho por ella? ¿cómo le has pagado? Haciéndola infeliz y desgraciada para siempre. Ingrato, y más que ingrato, ruin y cobarde."

Espinosa queriendo protestar contra tan terrible acusación, ó por lo menos, deseando no merecerla en justicia, se decía á sí mismo: "¿Pero porqué no hago yo feliz á Palerma y uno su suerte á la mía

por un lazo indisoluble y santo? ¿No soy yo libre para disponer de mi persona como quiera? (olvidaba sin duda sus teorías filosóficas sobre la libertad). ¿Y á quién tengo yo qué dar cuenta de mis actos?" Y ante esa perspectiva pasaban por su mente hermosos idilios de amor y de felicidad, produciéndole éxtasis infinitos de placer.

Por desgracia, esos dulces ensueños de dicha desaparecían rápidamente como desaparecen del cielo azul las blancas nubecillas que arrebata el aquilón; y eran reemplazados por tristes pensamientos, negros como el fatídico cuervo, desconsoladores como una decepción.

"Nó, nó, exclamaba entonces; yo no puedo ni debo casarme con Palerma, porque aunque la adoro con frenesí y la estimo en lo que vale, por su virtud y su belleza, no tengo valor ni fuerzas para sobrellevar el ridículo que con semejante matrimonio recaerá sobre mí. ¿Cómo no se reirían en Medellín á mi costa, mis amigos todos, y las muchachas á quienes cortejé, viéndome llegar casado con una mujer de reputación equívoca, casi deshonrada, sin familia y sin hogar, una verdadera mendiga? Jamás cometeré ese disparate. ¿Yo, yerno del borracho Merejo Ramírez y de la codiciosa y vulgar Rosana Benjumea? Nunca, jamás."

Persistente en esta decisiva determinación, y con el deseo de dar solución favorable y justa al problema que lo atormentaba, se dio Espinosa á la tarea de buscar un expediente que satisficiera en algo sus deseos y su conciencia. "Ya que no puedo hacer de esta joven mi mujer, se decía, desistiré de mis proyectos y trataré al menos de sacarla de esta pocilga en donde vive y en donde tántos trabajos y

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tribulaciones se le esperan". Entre los muchos expedientes que ideó, los más de los cuales desechaba uno por uno, por inconvenientes ó por ser de imposible ejecución, optó al fin por conseguir á la joven una familia honrada, ó una Casa de Beneficencia en donde fuera recibida y la cuidaran mientras la suerte ó la Providencia le deparara un marido.

Fijo ya su pensamiento en el proyecto adoptado y resuelto á ponerlo en práctica tan pronto como regresara á Medellín, para donde debía partir definitivamente en la Pascua de Navidad, logró que su espíritu entrara en reposo y dormirse cuando ya los celajes del amanecer, y la mirla, con sus alegres cantos, anunciaban la vuelta del día.

Erase el veintidós de Diciembre, día fijado por Bernardo Olano, el amigo íntimo de Espinosa, en la carta que conocemos, para llegar á la posada de la "Quiebra". Este, que tenía proyectado el levantarse muy temprano para ir á encontrar á su amigo hasta Caldas, en donde pensaba almorzar con él, no pudo llevar á cabo su pensamiento por haberse dormido hasta cerca de las nueve de la mañana. Hubo, pues, de realizarlo en parte únicamente, y como á eso del medio día salió de la posada, caballero en su Retinta y llevando en los bolsillos de sus zamarros (entonces no estaban de moda ni las polainas ni las botas) dos medias botellas del famoso brandy Golondrina.

Hora y media después, Olano y Espinosa se daban un estrecho abrazo, precisamente en la cima del Cardal, en donde se encontraron. Pasadas las primeras efusiones de la amistad y las preguntas y

respuestas tan de estilo y de rigor en esos lances, como aquellas de ¿cómo estás de salud? y ¿cómo te ha ido? y ¿cómo está tu familia? y otras semejantes, Olano le hizo á su compañero y amigo, ya en marcha los dos, las siguientes serias preguntas:

—Pero bien, ¿qué es lo que has hecho en estos vericuetos? ¿Porqué nos has abandonado? ¿Y cuál es la Calipso de estas montañas que ha logrado aprisionar con sus hechizos y encantos á este nuevo Telémaco? Cuéntame todo, porque, te lo aviso para tu gobierno, que vengo de Mentor.

—Nó, contestó el interrogado, déja lo mío para el final y háblame de ti y de Medellín, porque estoy ansioso de saber lo que ha pasado en mi tierra de unos días acá, que hace que no me dan noticias los pasajeros y que no recibo cartas.

—Vamos, te daré gusto. ¿Por dónde quieres que empiece?

—Por donde gustes; no obstante, háblame de ti primeramente.

—Te referiré en dos palabras lo que he hecho en tu ausencia: aburrirme sin descanso, pensando en ti, chico. ¡Si vieras la falta que me has hecho! Desde ese viaje tuyo, para mí funesto, ni siquiera he vuelto al Venteadero (llamábase así el cruzamiento de las Calles de Bolívar y Calibío, en donde se reunían los *pepos* de la época á *coquetear*). Verdad es que no me faltaban *candeleros;* pero tan cansones y pesados, que más valía pegar la vela en el suelo. Por otra parte, has de saber que estoy chiflado en regla: la negra Susana, la del andar majestuoso y porte de reina, aquella encantadora chica que se llevaba tras sí mis ojos, me ha dejado. ¿Y por quién? ¿Te lo figuras? Por Tachuelas, aquel entelerido de D.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Pacho Misas. Traté de embarcarme en otra nave; pero con tan mala suerte, que al primer soplo de viento se fue á pique, y apenas si pude salvarme en una tabla. Por desgracia, tampoco he podido ahogar mi aburrimiento en diversiones, pues no las ha habido de ninguna clase: ni un baile en regla, ni una tertulia, ni siquiera una mala función de teatro. Si te aseguro que jamás he visto á Medellín tan simple y aburridor como ahora. Si no hubiera sido por los libros, yo me hubiera muerto de tedio y de fastidio, pues hasta de balde he estado. Mi padre dejó el comercio y estamos ahora paralizados y sin saber qué hacer. Sí, las novelas me la han pagado. ¡Y qué buenas son las que he leído!

El Cocinero de su Majestad, *La Torre de Nesle*, *Los Mohicanos*, *El Judío errante*, *Los Misterios de París*, *Los Miserables*, y otras de igual clase; pero nada tan sabroso como *Los tres Mosqueteros*. ¡Hasta ahí novelas buenas! Se me olvidaba: también he estado leyendo en estos últimos días *Los Girondinos* de Lamartine y *La Revolución* de Thiers. ¡Qué obras, hombre, tan monumentales y tan famosas!

Concluyo con lo que á amí corresponde, manifestándote: que he gozado de cabal salud; que me encuentro, como de costumbre, soltero y en disposición de entregar los cinco claveles (los dedos de la mano derecha) á una muchacha que traiga el almuerzo y....la comida, si es posible; que estoy un poco escasón de plata, porque mi padre no la larga ni dándole en el codo; y por último, que me siento feliz al volver á verte y que soy tuyo, todo tuyo, de la cabeza á los pies. Hombre, me asfixio, dame un trago. ¿Supongo que no te vendrías con las manos vacías á mi encuentro?

Sacó Espinosa á lucir una de sus botellas de brandy Golondrina; y ambos amigos se tomaron sendos y grandes tragos de los *peseteros*, de los *peseteros* en aquellos tiempos en que se compraba una buena botella de ese licor por pesos tres con veinte centavos.

Templados los nervios con el saboreado trago á pico de botella, y limpia la garganta de grasas y salivas importunas, continuó Olano su interminable perorata.

—Bien, José, ¿ahora, qué más quieres que te cuente? Para mayor facilidad, pregúntame lo que más te interese.

—Convenido: empezaré por exigirte me digas qué hay de Elena Zapata y qué suerte ha corrido.

—¡Ah! ¿la rubia aquella con quien estuviste á punto de embarcarte para el país del Matrimonio? ¡Si la recuerdo como á mis cuitas! Se casó con Andrés Cuartas, oriundo de Yarumal, quien se la llevó por esos mundos.

—Ahora que me acuerdo, dijo Espinosa, interrumpiendo á su compañero, ¡si cuando me vine estaban de novios! ¿Y cómo han seguido los amores de Pedro Toro y Elvira Trespalacios? ¿Ella le corresponde?

—Como que sí, y según entiendo, entre ellos todo está arreglado, pero de allí no pasan, porque el suegro no consiente en que su hija se case con un *cinchado* (el de raza española, que tiene mezcla de sangre indígena ó africana).

—Hombre, este país no progresa; siempre la gente con estas preocupaciones de raza. ¿Hasta cuándo conservaremos esas aberraciones inexplicables? Y después, quien los ve hablando del "amor

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

del prójimo", y de "la unidad de la especie humana", y de "nuestros hermanos en Jesucristo." ¡Hipócritas!

—Pues por lo visto, D. Jacinto Trespalacios no es de tu opinión.

—Y Mariquita Restrepo, y Juanita Burgos, y Apolonia Zea, y Teresa Peláez, y Sara Arrubla, y Magdalena Téllez, ¿qué hacen? ¿Acaso piensan en mí todavía?

—Pensando en ti y en cualquiera otro viven las pobrecitas y esperando en "quién las saque de penas y las lleve á descansar". Están en pleno *chiflón* y pican hasta sin *carnada*. ¿Sabrás? Se casó Juancho Meléndez con Anita Marroquín. Y qué bodorrio aquel. No tuvo de malo sino que no me convidaron. Algún descuido, porque yo soy muy amigo de la casa de la novia.

—Sí, me lo habían escrito. Buena pareja, excelente; ambos jóvenes, buenos mozos y ricos. ¿Qué ha resultado de los amores de Paulita Vargas con nuestro querido amigo Joaquín Velásquez? "¿Se casaron por fin ó se murieron?"

¡Hombre! ¿No sabías? Aquello se acabó sin que nadie supiera el porqué. Pero acá, para entre nós, yo tengo para mí que la Paulita está picada de tisis y que el galán que lo comprendió así, no quiso correr la suerte de aquel mencionado sujeto de la *Dama de las camelias*.

—¡Qué indignidad! Jamás llegué á creer que Velásquez fuera de esa escuela.

—Ya lo ves, y sin quite; se *mamó*.

—Cuéntame ahora, ¿qué sucesos notables han ocurrido en estos últimos días? Fuera de Dª Quiteria Muriel, ¿quién otro ha muerto?

—Allá voy, hombre; pero antes, dame otro trago.

Y ambos amigos besaron una vez más la botella.

—Murió ayer, continuó diciendo Olano, D. Pacho Naranjo, el viejo ricacho que vivía en la "Barranca del Convento". ¡Hombre, sí que hay gente de buenas! Cuando esto sucede, Carlitos Calle, aquel empleadito *pelado* de la Administración de Correos, se casa con la hija única del finado y va á heredar un tesoro. Cien mil pesos dicen que tenía el viejo á plan de baúl, fuera de casas y de tierras. Está gravemente enfermo Perico Grisales, tu antiguo rival; se cree que tiene un cáncer en el estómago.

—¡Hombre! ¿Tan joven? ¿Quién lo creyera? Buen muchacho; lo siento en el alma. Pasando á otra cosa, ¿cómo va la política?

—Mal, muy mal, hombre, aunque te pese. Ese *ñato* Berrío, siempre sentado en la curul, y quién sabe hasta cuándo. Te aseguro que nos tiene á nosotros, los liberales, hasta aquí (y señalaba con el dedo índice su frente).

—Mira, no me digas nada de ese hombre, le interrumpió Espinosa; para mí es el mejor gobernante que ha tenido Antioquia y la República entera, y por quien tengo verdadera adoración.

—Bueno, hombre, con tu pan te lo comas. Hablaremos de algo distinto—de literatura. ¿Qué lees ahora? Supongo que recibirás puntualmente *El Condor* de Aguilar y compañeros. ¿Sí? Pues no tendrás necesidad de otro narcótico mejor para dormir. ¡Qué simpleza aquella y qué falta de gusto! ¡Y qué pobreza de pensamientos! Visto está y demostrado, que si nosotros somos los más aptos para

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

descuajar bosques y para penetrar en las entrañas de la tierra en busca del codiciado metal, somos los más ineptos para el cultivo de las bellas letras y de las artes ídem.

—No seas exagerado ni pesimista. *El Condor* es una publicación que regularmente contiene buenas piezas; es, sobre todo, un esfuerzo digno de ser aplaudido. Por algo se ha de comenzar y "no se tomó á Zamora en una hora" ni se cogen *mazorcas* de cacao sin sembrarlo. Por otra parte, eres muy severo con tu patria, y olvidas que en ella han nacido los Restrepos, Uribe Angel, Camilo Echeverri, Gregorio Gutiérrez, Epifanio Mejía y tántos otros que nos honran.

—Piensa como quieras. Para mí no hay como la literatura francesa; lo demás es pura paja. Vamos, dame otro trago y háblame de ti, que para estas futilezas de que venimos tratando tiempo habrá de sobra para concluírlas.

Y como los dos amigos se tomaran la tercera copa, diremos el tercer trago, pues copa no llevaban, el humo del alcohol se les subió á la cabeza como quien entra á su casa, y Espinosa, olvidando todas sus cuitas y pesares, y alegre y contento, vació en el pecho de Olano el escondido tesoro de sus secretos y nada le ocultó: ni su profundo cariño por la joven huérfana, ni sus fracasadas tentativas para poseerla, inclusive la cruenta escena del alto del "Uvital", ni sus vacilaciones de un momento sobre si la hacía ó nó su esposa, y en fin, ni su última resolución, inquebrantable, de abandonar esos lugares de tan encontrados recuerdos para él.

Cuando hubo concluído aquella especie de fran-

ca confesión, el ministro improvisado que la oía guardó un instante de silencio y luégo exclamó:

—¡Cómo me alegro, hombre, de lo que me acabas de contar! ¡Si vieras qué peso me quitas de encima! Que me perdonen tu hermana Dª Lucrecia y tu cuñado mi indiscreción, agregó; pero á ti yo no puedo ocultarte nada.

Has de saber que mi visita tiene un objeto oculto, fuera del ostensible: he venido á verte, y además, á sacarte, por comisión de tus parientes, de estos andurriales. Y comoquiera que todo el camino lo he encontrado recorrido, no hay más qué hablar; nos estaremos en tu posada un par de días para que arregles *tus negocios*, y á Medellín nos volveremos. Otro trago, José, otro trago.

Dejemos á los dos amigos que continúen su marcha, animados, sabrosos y contentos, y que se tomen el *cuarto* trago y otro más; y mientras llegan al término de la jornada, que será dentro de unos pocos momentos, digamos unas cuantas palabras sobre el nuevo personaje que ha venido á tomar un puesto en la presente historia.

Era el joven Bernardo Olano un *tipo* de cachaco medellinense, de esos tan comunes que á cada paso encontramos en nuestro camino, los cuales, por insubstanciales y faltos de fondo, ni siquiera nos llaman la atención.

Pertenecía á una rica y honorable familia de alta posición social y él mismo la ocupaba, pues siendo aun joven y soltero—tenía veintiocho años—y viviendo sus padres todavía, la aureola de éstos lo cubría; pero según las trazas que llevaba y de las

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cuales daban muestras claras y evidentes su inutilidad, su carencia de conocimientos y su descuidada educación moral, bien era de temerse que á la larga vendria á ser uno de esos sujetos que pueden exclamar con toda razón "soy el último de mi raza."

¿Cómo se explica, se preguntará, que un joven de las prendas y cualidades de Espinosa hubiera escogido para su *íntimo* y confidente un personaje de suyo tan poco semejante á él?

Muy sencillamente. Sabiendo que los afectos no son libres y que nacen en nuestro corazón sin contar con nuestra voluntad. Por otra parte, Olano no estaba desprovisto de atractivos ni de algunas prendas, de manera que se le pudiera tener como un hombre antipático y repulsivo. No; por el contrario, era un caballero muy bien parecido, casi hermoso; alto de estatura, elegante, de largas y negras patillas, de ojos expresivos y de dulce mirar. Su conversación era animada, chispeante y agradable en lo general, sobre todo para aquellos que no paraban mientes en que en ella abundaban las frases de relumbrón, no siempre de su magín. Tenía, además, una memoria prodigiosa y se sabía *ad pédem lítteræ* un mundo de versos y de anécdotas picantes y de sensación. No son muy raros, nó, esos tipos que deslumbran con las apariencias y que lucen en el exterior bruñido oro, cuando el cobre abunda en su interior.

No podría, sin embargo, decirse con justicia y con razón que Olano fuera un hombre pervertido; sin embargo, su moralidad era de tan bajos quilates, que puesta á prueba, nosotros no saldríamos garantes del resultado. Con especialidad, sus ideas sobre el respeto que se debe á la mujer eran deplorables y en esa materia carecía de escrúpulos y no conocían vallas sus apetitos.

Tal era el personaje á quien, por una aberración inexplicable, confiaron Dª Lucrecia Espinosa y su marido la noble misión de ir en busca del descarriado hermano y de traerle al buen camino.

Al caer de la tarde llegaron nuestros dos viajeros á la posada de "La Quiebra", y el nuevo huésped, anunciado y esperado, fue recibido con cariño y atención. Los posaderos estuvieron á la altura de su interés, que es lo más que se puede decir. Palerma, un tanto repuesta de su quebranto y haciendo esfuerzos para aparecer tranquila, lució ante el forastero todo el lujo de sus gracias y se manifestó animada, contenta y complaciente; Félix, rebozando de alegría, corrió á abrazar al amigo querido de su amo, igualmente querido para él; y hasta el mismo Carito ¿quién lo había de creer? corrió solícito y comedido á tener el estribo del viajero y á desensillarle la bestia. Sólo la Marimonda no hizo acto de presencia y permaneció retraída en su cocina.

La actitud asumida por Carito y las muestras de contento que daba se explican fácilmente: él estaba en autos de que Espinosa partiría de la posada muy pronto, acontecimiento que él celebraba, porque veía alejarse el peligro verdadero que amenazaba á su prima. En cuanto á la Marimonda, la proyectada partida hería hondamente sus esperanzas y desvanecía sus dorados sueños de felicidad para su niña. Félix no estaba en el secreto, pero con la llegada de Olano se avivaron sus esperanzas de que aquella permanencia forzada, que ya lo tenía loco de atar, terminara pronto.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPITULO XIII

En el capítulo XI hicimos alusión á *ño* Granda (Pantaleón), un vecino de "La Quiebra", y ahora será oportuno hacer saber al lector, para el mejor entendimiento de esta verídica historia, que con este campesino sencillo y honradote había contraído Espinosa muy cordiales relaciones, estrechadas más aún, porque éste, que tenía algunas nociones generales de medicina, había recetado con éxito á una hija de aquél.

Nuestro relacionado protagonista tenía por lo demás grande estimación por el vecino Granda, y gustaba de conversar con frecuencia con él, celebrándole mucho sus genialidades y singulares ocurrencias. Ya veremos adelante si tenía razón ó nó. Por lo que atrás vimos, entre los dos amigos se había pactado una cacería de guaguas que debía tener lugar el día de Navidad, y al propio tiempo, ese mismo día, por la noche, debía ir Espinosa á la casa de *ño* Granda, á la fiesta del nacimiento del Niño Dios, para lo cual se hacían preparativos muy suntuosos. Habría cohetes, truenos y triquitraques y la diversión terminaría con baile hasta el amanecer. Espinosa dio cuenta á Olano del proyecto, y fue cosa convenida entre ellos que ambos concurrirían á la cacería y á la fiesta.

Eran las cuatro de la mañana del 24 de Diciembre, y el último canto del gallo anunciaba que la noche iba á terminar y que los resplandores del sol reemplazarían las obscuras sombras. Dos golpes recios fueron dados en la puerta del cuarto de los dos

amigos—ambos dormían en el de los blancos—y una voz fuerte y golpeada se dejó oír. Era el mismo *ño* Granda que había venido á despertar á sus compañeros.

—Mi amo José, mi amo José, ya amanece, no duerma tánto, que si lo piensa mucho y no salimos muy de mañanita no toparemos de las guaguas ni los rastros.

—Ya voy á levantarme, contestó desde el interior Espinosa, y dirigiéndose en seguida á su compañero, le dijo: Bernardo, Bernardo; hombre, despiérta que ya es hora y nos llaman para la cacería.

Espinosa puso pie en tierra y empezó á vestirse; pero como viera que su compañero no daba muestras de moverse ni de levantarse, acercósele, diole una fuerte sacudida y le arrebató las mantas, dejándolo en paños menores. No hubo remedio humano; por más pereza que tuviera Olano de abandonar el caliente lecho en esa hora en que se siente un tan dulce bienestar, sobre todo cuando se goza de una buena salud y uno es joven, hubo de hacer de la necesidad virtud, y se puso en pie para cumplir el compromiso, en mala hora y peor razón, contraído.

Y mientras se vestía lentamente, como quien no gasta afán, pensaba el nuevo huésped en que él iba á hacer un solemne disparate, metiéndose en empresas, para las cuales no estaba acostumbrado y en que mucho mejor le estaría á él quedarse en la posada leyendo periódicos, ú otro buen libro de los que tenía su amigo, ó gozando de la grata compañía de la hermosa posadera (Palerma), tras la cual ya se le iban los ojos y los pensamientos, que ir á echar el último aliento trepando por "esos riscos y peñasca-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

les". "¿Y todo para qué?" se preguntaba. "Para matar un pobre cuadrúpedo, cuya carne, en verdad muy sabrosa, se conseguiría con la insignificante cantidad de sesenta centavos." Pudo, sin embargo, más el orgullo que la pereza, y se resolvió á afrontar los peligros y sinsabores de, la para él, insípida diversión, antes de que se creyera que no era capaz de hacer lo que Espinosa hacía con tánta facilidad.

Cuando nuestros cazadores salieron al corredor de la posada, envueltos en sendos bayetones (ruana grande de bayeta, de mucho canto y pelo) para escapar del frío que cortaba, ya se sentía en el interior de aquélla movimiento y animación, y un ruido especial muy sonoro y *sui géneris:* el que hacía la Marimonda en la cocina al batir el chocolate, ruido que en más de las veces, y con especialidad en las grandes madrugadas, produce gratas sensaciones, y más que gratas, profundas, puesto que extiende su acción á lo hondo de nuestro estómago. Como efecto natural de aquella maniobra culinaria, el desayuno no se hizo esperar, y pronto apareció la cocinera trayendo para los blancos dos grandes tazas, que rebozaban de aromático y espumoso chacolate "sin harina", de uno muy bien molido que días antes trajera Félix de Medellín. Por supuesto que la sabrosa bebida, delicia de las matronas antioqueñas, no venía sola, pues que le hacían muy armónica compañía dos arepas calientes y delgaditas y dos tajadas de verdadero "queso de ojo."

Bien pronto los personajes de que venimos hablando hicieron sus *toilettes* de cazadores, poniéndose los vestidos más usados y su respectivo par

de alpargatas. Espinosa cedió á su amigo su famosa escopeta de dos cañones que le había traído su criado, y llevó consigo la de Merejo, de un solo cañón, pero de buena calidad.

Y listos para marchar, se reunieron con *ño* Granda y Carito, que era el cuarto compañero, quienes los esperaban en la cocina, calentándose á la lumbre del hogar. Completaban el grupo, que salió en dirección del camino para el Retiro, Regimiento y Miguitas, á los cuales llevaba atramojados el susodicho Carito.

Es ya tiempo de que presentemos á nuestros lectores—decimos á aquellos benévolos y complacientes que nos hayan acompañado hasta aquí—este par de individuos de la especie canina, sin que tal presentación signifique que nosotros los tenemos en alta estimación ni que pretendamos recomendarlos de una manera especial por relevantes cualidades, pues ni bonitos eran.

No, señores, este par de humildes gozquejos, flacuchos y mal mantenidos, si por algo se distinguían de sus congéneres de la misma especie era por la estrecha amistad que los unía entre sí; y eso, á pesar de sus diversas inclinaciones y de su distinto carácter. Estas circunstancias nos hacen recordar el error en que comúnmente se incurre cuando, hablándose de dos personas que cultivan relaciones íntimas, se asegura que su amistad proviene principalmente de que tienen un mismo carácter. Pues no es así; por lo general sucede lo contrario; y en prueba de ello, se observa que los bravos se juntan con los mansos, los alegres, con los tristes y los poetas y soñadores, con los prosaicos. Cervantes hizo una armoniosa y sólida juntura del carácter legen-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dario y heroico del caballero manchego con el realista burdo de su Sancho; y él supo porqué lo hacía, pues si empata dos Quijotes, á la primera vuelta se le rompen como dijes de vidrio. Otro ejemplo palpable de esta verdadera teoría es la amistad, no interrumpida, de Espinosa y de Olano, individuos bien desemejantes, según se palpa en la pintura que de ellos tenemos hecha.

Pero ella resalta todavía más en el caso que contemplamos en este momento. Regimiento y Miguitas no se separaban voluntariamente nunca, y cuales otros "Damon y Pitias" vivían en tan estrecha intimidad, que no tenían nunca tuyo ni mío, que es lo más que se puede decir, pues hasta los mismos huesos, cuando no poseían sino un ejemplar, se lo prestaban mutuamente para roerlos á su turno. Asimismo se prestaban otra clase de servicios, como el de sacarse la sarna y otros semejantes; pero, sobre todo, en lo de consolarse y sentir en compañía los malos ratos que les hacía pasar Dª Rosana, quien, siempre de mal humor por lo que se gastaba en ese par de inútiles que su marido adquiriera y conservara contra su voluntad, no desperdiciaba las ocasiones de apalearlos ó de darles buenos puntapiés. Entonces era de verse cómo los dos animalitos gemían y se quejaban unísonos, como dicen los del oficio de los instrumentos musicales; y ello, aunque fuera uno solo de ellos el aporreado.

Por lo demás, Regimiento, que ya había entrado en años, era reposado, paciente, manso con los de casa y con forasteros, un poco perezoso y tardo en los movimientos; mientras que Miguitas, de cuerpo más pequeño y de más corta edad—casi un

cachorro—era ardiente, ágil, revoltoso y gruñidor con los extraños, no siendo pocas las veces que se permitía manifestar sus instintos agresivos con un latidito atiplado, el más antipático conocido, sin que jamás pasara á mayores.

Ambos perros eran conejeros, pero su fuerte era la guagua. Regimiento, que tenía un olfato de ciego, las levantaba al destape, si las había; y á Miguitas tocaba la tarea de seguirlas y de sacarlas de la cueva, si la operación era posible, lo que no siempre sucedía.

Los dos cachacos salieron de la posada un tanto contrariados y mohinos: Olano, por la repugnancia que sentía en trocar la tranquilidad de la casa por las aventuras de una cacería; y Espinosa, porque no había podido ni ver á Palerma ni hablarle. Ella, ó no se había levantado, ó no había querido salir de su estuchito, es decir, de su cuarto, que ese nombre merecía.

Y como sobre este sentimiento de nuestro protagonista tenemos qué dar algunas explicaciones, muy convenientes y necesarias, dejemos que los cazadores todos y su traílla, vayan en pos de lo que buscan, y retrocedamos en la narración para dar cuenta de algo muy importante. Pronto volveremos á presenciar sus labores y sus proezas.

Al siguiente día de aquel en que Olano llegara á la posada, los dos amigos, como á eso de las tres de la tarde, departían muy efusivamente sobre asuntos variados, y que no eran otra cosa que una continuación de la cháchara que empezaron en el alto del Cardal al encontrarse. Se hallaban en su

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cuarto (el de los blancos); el uno, recostado en los almohadones de la única cama, y el otro, sentado en la *poltrona*. Hubo un momento en que guardaron silencio; y Olano, de alegre y bullicioso, tornóse en triste y pensativo, y como ello le fuera extraño á Espinosa, preguntóle:

—¿Qué es eso, Bernardo? ¿Así estamos? ¿Cómo? ¿La estás entregando á *las diez de última?*

—No, hombre, no creas tál; es que he estado meditando sobre un asunto que nos concierne y del cual no me atrevo á hablarte.

—¿Y de cuándo acá tan reservado para conmigo? ¿Esas tenemos? Si no te vacias al instante, camorra tendremos. Hábla que me impaciento.

—Te daré gusto, pues yo no soy capaz de resistirte; pero es con la condición de que no te enojes ni te molestes conmigo, aunque lo que voy á decirte no sea de tu agrado.

—Convenido; te lo prometo por mi palabra de honor, la que yo no acostumbro empeñar así no más. Hábla, pues, que ya me escueces con tus reticencias.

—Está bien, hablaré, y claro; tú lo mandas.

Has de saber, mi querido José, que desde ayer tarde que tuve la dicha, ó mejor, la desdicha, de conocer á la ninfa encantadora de esta montañosa comarca, ó sea á la sin igual y bella Palerma, estoy cavilando en que lo que tú has resuelto últimamente es un disparate más grande que la "Piedra del Peñol", y que tú te has corrido con la *ceba*. Me guardarás el secreto con tus hermanos, pues con lo que te digo estoy faltando traidoramente á las instrucciones que me dieron las personas que me enviaron por ti; pero como yo prefiero la amistad, y

los deberes de amigo tuyo me imponen otra conducta, á ésta me atengo; yo soy así, tú me conoces.

Pues bien: yo en tu lugar escogería uno de estos dos caminos: ó me casaría con esa mujer, ó la haría mi *amiga*. Ahora, como lo primero es física, moral y metafísicamente imposible, pues ¿cómo sería dable que fueras á aparecerte á Medellín con una pobretona como ésta, sin maneras sociales, sin posición y sin familia?; y digo sin maneras sociales, porque á estas campesinas les sucede como á los caballos, que fuera de la ciudad aparecen muy airosos y *caminadores*, y cuando los entran á ella, son deslucidos y se mueven mal; por eso se dice que hay que hacerlos al *piso*. A tu muchacha también habría que hacerla al *piso*, y con seguridad que se conseguiría un brillante resultado, pues á ella no le faltan buenas condiciones; pero cuando eso sucediera, tú habrías quedado en la partida, ó sea en el ridículo.

No sucederá lo propio tomando el segundo camino, porque si tú llevas la paloma y le pones nido, nadie averiguará por su familia, ni por su origen, ni se fijará en otra cosa que en su hermosura y en sus encantos; y entonces, en vez del ridículo que amenaza al esposo, vendrán las alabanzas para el hombre de buen gusto y hasta la envidia.

Veo, por el ceño que pones, que no encuentras hacedero lo que te propongo, y que todo lo que has intentado en ese sentido no ha dado resultado alguno, sino sangre, rechazos, suspiros y protestas de virtud. Majadero, esa te había de pasar por tál, pues teniendo á la mano y á rodo, el dinero, no has sabido servirte de esta poderosa llave que abre todas las puertas y de ese imán irresisti-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ble que atrae todas las voluntades. Apostaría algo á que no le has hecho á la niña un regalito, algo así que pudiera agradecerte, como un anillo de esmeraldas, unos pendientes, &c. &c.

—Confiésote que nó, contestó Espinosa ruborizándose, como si le increparan una grave falta. Yo sí tengo por ahí unas cositas, agregó; pero después de lo que pasó en el alto del "Uvital" y de mi resolución de marcharme de aquí, no me he atrevido á entregárselas. Pensaba hacer esto de manera que recibiera Palerma el regalito cuando estuviera yo ausente.

—Bien: no insistiré en mi papel de Mefistófeles, pues ni yo soy el diablo, ni tú tienes trazas de parecerte á Fausto. Márchate, pues, y vé á contar á Medellín que tú eres un santo y que ante la primera lágrima de una mujer hermosa abandonaste el campo y respetaste su virtud. ¡Hermoso papel!; decididamente te canonizan si haces el milagro de convertirme á mí. Pero no lo lograrás, y en prueba de ello voy á pedirte un favor; pero no te enojes ni lo tomes á mal, te lo repito, porque aquí está lo serio del asunto: véte y déjame aquí. Yo también estoy enamorado de la reina de "La Quiebra" y por ella estoy dispuesto á quebrarme una pierna como tú. ¿Vacilas? ¿Te molestas? Pues que no haya nada, bórra lo dicho y quedemos en paz.

"¿Conoces tú la flor de *batatilla?*"

—Mira, hombre, haz lo que quieras, pero no te burles de mí.

—¿Así estamos? Bueno; convenido; me quedo y te marchas lo más pronto posible, porque me estorbas.

—Te equivocas tristemente, ¿lo sabes? Yo podría, con mano despiadada y fiera, destrozar los fragantes pétalos de esa flor sencilla, de esa *batatilla* modesta y pura á que aludes con burlesco tono; pero al menos me asistiría algún derecho, porque yo, en verdad, amo y mucho á Palerma, y porque ella me corresponde con creces; pero jamás permitiría que con mi consentimiento, y hasta con mi ayuda, como lo pretendes, fueras tú, ú otro cualquiera, á empañar el purísimo cristal de su virtud. No, eso sería una infamia que no cometeré. ¿Lo entiendes?

—Y mucho. No te contrariaré y renunciaré, aunque con pena, á un proyecto cuya sola iniciación tánto me estaba halagando.

Pero entonces, ¿en qué quedamos? ¿Abandonas el sitio y nos vamos mañana, ó te quedas? Resuélvete de una vez.

—Hombre, no me apures, déjame pensar un poco, porque encuentro serias dificultades para proceder como me lo aconsejas.

En primer lugar, desde que me decidí á abandonar la lucha é ir á reposar mi agitado espíritu en la tranquila vida de mi casa, al lado de los míos, hanme entrado ciertos escrúpulos, y muy grandes, sobre la maldad de mi conducta, y se han abierto mis ojos para ver con claridad deslumbradora cuáles serían para la joven de mis anhelos las fatales consecuencias de una caída, á la cual la empujara yo, valiéndome del cariño que le he inspirado. Y con sólo figurarme que dentro de un año, ó de dos quizá, esta noble joven, tan digna hoy de venturosa suerte, yaciera por allí en un "cuarto ciego" demacrada, sucia y llevando en su semblante los estigmas reveladores del vicio, me horrorizo. Yo no

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

me explico el cómo viven tranquilos y satisfechos, y lo que es más aún, gozando de la estimación general, hombres que por satisfacer sus pasiones de un día, de un momento, han lanzado en el fango inmundo y pestilente de la prostitución á infelices criaturas. Y menos me explico cómo es que esos hombres hablen muy seriamente de la santidad del hogar doméstico, del respeto á la mujer y de lo que harían y acontecerían, si la deshonra entrara en sus casas por la ventana.

Lo expuesto basta en cuanto á la faz moral del asunto, que, por lo demás, te recordaré que hay inconvenientes de otro orden para quedarme: los posaderos me han exigido que me vaya pronto y lo propio ha hecho el Sr. Alcalde, aunque por vía de consejo. Por otra parte, he tenido muchas oportunidades para estudiar el carácter de Palerma y he llegado á persuadirme de que todos mis esfuerzos serán inútiles, y que, por lo mismo que me quiere, ella no hará nada que la haga desmerecer ante mis ojos.

—Tienes unas aptitudes para predicador, que me admiran; y así debía de ser, porque quién ignora que tú sabes más que un libro viejo. Pero por lo que es hoy, mira chico, no me has convencido y has perdido miserablemente tu tiempo con el sermón.

Vamos por partes. Eso de los escrúpulos que te asedian por lo que sucederá mañana, ó por lo que no sucederá, son muy naturales en almas cándidas, como la tuya, enseñadas á tomar las cosas por donde pican, y no por su lado favorable. Por lo que á mí toca, yo no soy así; "que haya un cadáver más, qué importa al mundo", y que haya un ángel me-

nos, tampoco le importa; mejor dicho, sí le importa, y mucho, porque en esta vida ha de haber de todo y las necesidades sociales ó individuales deben satisfacerse, ya de una manera, ya de otra; unas veces, con sacrificios de vidas—las víctimas del trabajo—otras, con sacrificios de honra—las víctimas del amor. Si esto es malo ó bueno, á mí no me preocupa, porque yo tomo la sociedad como la encuentro, y en ella me agito y obro como uno de sus miembros. De la belleza tomo lo que me place y luégo la arrojo al muladar con la misma sangre fría con que arrojo las cortezas y la semilla de una fruta que acabo de saborear.

Y tal proceder, no solamente no me impone sacrificios, sino que, por el contrario, encuentro en él satisfacción, por cuanto mis amigos, con quienes me vanaglorio de mis hazañas, en vez de reprochármelo, me lo alaban y me envidian. Con la vejez, con la debilitación de las fuerzas morales y físicas, vendrán de seguro los remordimientos, pero "si para allá me las dejas, perdonármelas quieres." Entonces me arrepentiré de todas mis fechorías y me pondré á declamar contra los vicios y contra los mozos pervertidos.

Si te resuelves á echar los escrúpulos á la espalda y quieres atacar de firme la fortaleza y obtener, como lo espero, un brillante triunfo que te honrará, allanarás el obstáculo de los posaderos, tentando su codicia; ofréceles doble paga por tu hospedaje y por el mío, pues es entendido que yo no te abandonaré. En cuanto al Sr. Alcalde, le escribirás una esquelita muy atenta, manifestándole que oíste con mucho gusto sus saludables consejos y que estás pronto y decidido á seguirlos; pero que te tolere un

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

poco, pues que por motivos graves no podrás salir de aquí hasta el día de añonuevo. Con ocho días tendrás de sobra para tu empresa, si sabes aprovecharlos y no te quedas, como durante el tiempo que has pasado aquí, "dando suspiros al aire y quejas al viento."

Conque resuélvete, majadero ; pelillos á la mar, y á la obra.

Y lo que es de sentir, y casi de no creer, es que Espinosa, con su recto criterio y con su superior ilustración sobre aquel ignorante tentador, se dejó vencer por razones tan burdas y mal cosidas que pasma; ¿ Y porqué? ¿Sería porque nuestro protagonista encontró aceptables los despropósitos morales de su amigo y sus inicuas teorías? Nó, seguramente nó. Fue porque, maleado él mismo por sus deseos y ansioso de satisfacerlos, echó mano de esas sinrazones para paliar su proceder y dar así gusto á sus apetitos.

—Sí, haré lo que me aconsejas ; nos quedaremos ocho días más; pero es cosa convenida que tú no harás tercería ni te interpondrás en mi camino. Te veo tan entusiasta que casi desconfío.....

—Tonto, si tal pensara, ¿te aconsejaría como lo estoy haciendo? Empecemos.

Díme ¿cuáles son tus elementos de guerra, ó mejor, qué es lo que tienes para obsequiar á la dama y á sus adherencias? pues supongo que no ignorarás que para penetrar en un castillo amurallado es mejor vía comprar los guardianes que escalar á viva fuerza la fortaleza.

—Tengo para la negra Marimonda, que ya conoces de bulto, unas varas de fula de la India, y

otras de zaraza de color, amén de un pañuelo de "rabo de gallo."

—¡Bueno! ¡magnífico! sígue.

—Tengo para Carito, el imbécil que me cela como un verdadero marido y que, como sabes, estuvo á punto de matarme, un vestido completo, compuesto de pantalón de dril, camisa de *listado*, ruana bogotana de cinco pesos chiquitos, y un *aguadeño* (sombrero de la paja de iraca).

—¡ Admirable ! Continúa.

—Tengo para el borrachón de Merejo un guarniel de nutria, de superior calidad, y un machete de monte, *Collins*.

—¡Requeteadmirable!

Tengo para la abominable Dª Rosana un corte de lanilla obscuro, un pañolón de merino negro y una pieza de género blanco para sábanas é interiores.

—Muy bien; el muchacho promete y no es tan tonto como parece, pues á lo bobo bobo, sabe á dónde hay qué apretar con mayor fuerza.

—Y por último, hice traer para la hermosa y esquiva muchacha un trajecito de lana de color crema subido, un par de zapatillas de charol, un cinturón elástico de color azul celeste, un pequeño paraguas de señora y un sombrero muy adornado con cintas y flores.

—¡Malo! ¡malísimo !Enhorabuena que le regales esas fruslerías, no me opongo ; pero con ellas no se dominará una situación como la que se te presenta ni se rendirá una virtud como aquella que combates. Has debido proveerte de una alhaja de relumbrón y de algún valor ; algo así como unos pendientes de diamantes, aunque fueran de chispas, ó de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

un anillito de oro con esmeraldas ó rubíes. Pero bien: todo en este mundo tiene remedio, menos la muerte. Yo traigo entre mis chécheres un relojito de oro, pequeño y propio para mujer y te lo cedo; vale poca cosa, unos sesenta pesos de ley, los cuales me pagarás cuando arreglemos nuestras cuentas viejas, si es que no soy yo quien queda alcanzado.

Con esta *encima*, como decimos por acá, ya verás lo que obtendrás; tén confianza y arrecia el ataque. Ahora mismo, y apenas yo salga de aquí, llamarás á Dª Rosana, á quien le recomendarás muy encarecidamente, que mañana, durante nuestra ausencia en la cacería, se encargue de repartir entre los agraciados, inclusive ella que será la primera, los aguinaldos que tú le vas á pagar á los miembros de la familia, para manifestarles en algo tangible el cariño que les tienes y lo agradecido que les estás por sus bondades.

Dicho y hecho. Espinosa llamó inmediatamente á la posadera y le confió la, para ésta, grata comisión de ser intermediaria de la generosidad de otros; y, lo que es muy raro, Dª Rosana no sintió ningún átomo de envidia, porque los regalos para su sobrina fueran más valiosos que los suyos; le parecería aquello tan natural y tan puesto en razón.

Mientras que los dos amigos hablaban y zurcían la especie de conspiración de que acabamos de dar cuenta, una persona, que estaba sentada muy cerca de la ventanita que del cuarto de los huéspedes daba al jardín, oía toda la conversación y se imponía hasta de los menores detalles del plan concertado; y además, de lo que trataron entre sí Espinosa y Dª Rosana. Y esta persona no era otra que la joven

Palerma, quien sin ningún pensamiento preconcebido y sin sospechar siquiera que en esos momentos los dos amigos se encontraran reunidos en su pieza, ocupándose en asuntos á ella concernientes, había ido al jardín á podar algunas matas y á coger unas rosas para su oratorio particular; y cuando esto último hacía, oyó que los huéspedes conversaban y pronunciaban su nombre. Entonces ya no fue libre, y dejándose llevar por la curiosidad y por el interés, cada momento más creciente, dio libertad á sus oídos, y ya sabemos lo que oyó. Por supuesto que ni Olano, ni Espinosa, ni la Dª Rosana, ni persona alguna advirtieron la presencia de la joven en el lugar en donde, triste, abatida y avergonzada de sí misma, adquiría el convencimiento de que su amado no era digno de ella, y de que éste y su compañero echaban suertes sobre su túnica.

CAPITULO XIV

Permítasenos que antes de que vayamos á presenciar el éxito de la cacería y sus varios lances, lo que haremos pronto, como lo tenemos prometido, hablemos un instante del mulato Félix, á quien hace ya largo tiempo tenemos abandonado á su propia suerte; y para el efecto, echemos una mirada sobre el rancho ó caedizo que sirve de pesebrera, á donde acababa de llegar nuestro personaje con el objeto de dar el último pienso á las mulas, para largarlas luégo en el potrero en donde debían pasar la noche, como de costumbre. Eran las cinco de la tarde y Félix acababa de saber por boca de su amo que el

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

viaje á Medellín no tendría lugar, como se lo había hecho saber esa mañana, al día siguiente, sino dentro de ocho días; y como era natural, vista su manera de pensar y la repugnancia que sentía por la permanencia de su amo en la posada, se hallaba, según lo que pudimos observar, triste, preocupado y pensativo. ¿Qué pasaba en el pobre magín del mulato? Vamos á saberlo escuchando el soliloquio á que mentalmente se entregaba en estos momentos.

"Tenía mucha razón misiá Lucrecia cuando me decía: 'Félix, José está en vía de perdición, véla por él, tú que lo quieres tánto.' Y de veras, que lo quiero y que daría por él mi sangre hasta la última gota, y hasta mi vida. ¿Pero qué puede hacer el pobre negro para desviar á su amo del camino que lleva? Há días que le hablé sobre que nos fuéramos de aquí, de este maldito lugar, y lo que me contestó: 'que no tenía afán y sí muchas ganas de descansar de las faenas de la vida de la ciudad.' ¡Sí, vida de la ciudad! á otro perro con ese güeso. Lo que hay de cierto es que mi querido amito se ha encaprichao de la palomita de la niña Palerma, y que el día menos pensao hace de gavilán (milano) y alza con ella; y cómo se me ha metido en la cabeza que esta demora de ocho días no tiene otro objeto que el de poner en ejecución algún nuevo plan. Y bien mirada la cosa, á veces ni aun lo culpo, porque hasta ay muchacha bonita; y además, es tan buena, tan dulce y tan cariñosa. Si al menos se casara el amo con ella. Pero ¿qué es lo que digo? ¿Estaré yo disvariando? Buena la haría D. José Espinosa apareciéndose á la Villa con semejante montuna, tan pobre, que ya yede. Virgen del Perpetuo Socorro, madre de los desamparaos, sacad á mi

pobre amito de este atolladero en que se está metiendo, mucho más peor del que lo saqué yo cuando se quebró la pierna. Y como que el muchacho no es nada majadero, pues sabe el ladino de qué pie cojean las mujeres. No á otra cosa, que á traer regalitos á la doncella, me mandó á la Villa."

Y Félix hubiera continuado en este interminable monólogo, Dios sabe hasta cuándo, si no hubiera sido interrumpido por la Marimonda, quien llegó en ese punto, trayendo el *agua-masa* para las mulas. El mulato, que había perdido mucho de su simpatía por la Marimonda, como ya la llamaba desde que ésta le manifestó el empeño que tenía por que se casara el *blanco* con la *niña*, hizo como que no la veía; pero la negra no se dio por agraviada ni vencida por el marcado desaire, y dijo al mulato:

—Mano Félix, no se haga el disimulao ni el pensativo y óigame para que me dé un güen consejo que mucho lo necesito. Yo sé que vusté es un hombre de juicio y de fundamento y que me puede dar alguna lucecita en esta escurana en que me hallo.

Y fue tan humilde y suplicante el tono en el cual se dirigió la Marimonda á Félix, que éste se sintió conmovido y no pudo menos que contestarle muy cariñosamente.

—¿De qué se trata, mana Candelaria? ¿Qué le está pasando á vusté? ¿Tiene algún sufrimiento? Pues "si por allá goterea, por aquí no escampa."

—Sí, mano Félix, me tiene confundida mi *niña* adorada; se me está muriendo y es de triste, se lo juro. ¿Vusté no se ha fijao en ella en estos días? ya parece un güeso ruñido de perro. Y si vusté la ve todavía caricontenta, no lo crea, por dentro está

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

hecha una lágrima. Y de todo esto la culpa la tiene la venida de su amo á esta posada. Mi *niña* vivía contenta, alegre y lozana hasta que conoció á ese blanco. De entonces para acá se está secando mesmamente como mata de mais cuando le cae granizo. Si al menos vusté me ayudara á que arregláramos ese casamiento; yo no le encuentro otro remedio al mal de mi *niña*. Vusté verá lo que hace, ó llévese á su amo, pero ligero.

A Félix no le hizo mucha gracia lo de que ayudara al casamiento; pero compadecido de la negra, no quiso contrariarla ni contradecirla abiertamente.

—Mana Candelaria, le dijo, de verdá me duele su pena y la de la Srta. Palerma, y si en mis manos estuviera, cuente con que le curaría el mal de amor que sufre la niña, pues no es otra cosa lo que tiene. No ostante, déjeme vusté pensar, y pronto le diré lo que haremos en este trance, pues yo estoy meditando, aquí en donde me ve tan lerdo, un plan que creo nos salvará á todos.

—Dios se lo ha de pagar, mano Félix; es mucho el consuelo que vusté me da. La Virgen santísima lo oiga y mi padre San José le ayude. Hasta mañana, pues, mano Félix.

Y esto dicho, la negra volvió á la casa y Félix fuese á llevar las mulas al potrero.

Bueno será que digamos desde ahora que todo el meditado plan del pobre mulato no era otro que el de hablarle del asunto á Bernardo Olano, de quien esperaba él ayuda eficaz para sacar á su amo de la posada.

—¿Y vos convinites en que se quedaran ocho días más?

—Sí, Merejo, ¿y yo qué hacía?

—¿Y no me estabas echando cantaleta y me encarecías la concencia porque yo no echaba de la casa á ese cachaco?

—Es verdad, ole, pero hay casos en que no se puede decir que nó. Y sobre todo en el presente, en que al pobre se le presenta la ocasión de hacer alguna ganancita. Suponete que D. Espinosa me ha ofrecido doble paga por sus alimentos y por los de su compañero y su criado. Eso por esa punta, que por la otra, nos ha traído unos regalos que pican: para vos, un carriel de rayar y un machete Collins; para mí, una pieza de género blanco, un pañolón y un trajecito de lana; y en fin, algo le ha regalado á Carito y á Marimonda. Ahora ¡si vieras los regalos de Palerma! ¡Qué cosas para más bonitas! Hasta reló de oro le ha dado.

—No te lo decía yo. Estas ocasiones deben aprovecharse, pues no son de todos los días. Y además, no hay peligro alguno, pues yo conozco á tu sobrina y es la virtud en pasta. No hay ni bamba que la sonsaquen.

El diálogo anterior pasaba, entre Merejo y su mujer, la noche, víspera de la cacería de que pasaremos á hablar en seguida.

Salgamos de la posada de la "Quiebra" y tomemos, lector amado, con ánimo resuelto el camino que de ésta párte para el Retiro, el cual camino no es otra cosa que una vereda empinada en cuesta, pedregosa y mal trazada; y cuando hayamos encontrado, como á las diez y seis cuadras, con una casita pajiza y corredores de teja, de regular aspec-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

to, echemos por el atajo hacia la izquierda, ó sea por una senda casi invisible, la cual transitaremos por entre malezas, rompiendo con nuestra cabeza y con las manos los *bejucos* y zarzas que nos impiden andar con rapidez. Tratemos de alcanzar á nuestros cazadores que nos llevan poca ventaja.

Estamos pisando su rastro y oímos la voz estridente de *ño* Granda que indica á sus compañeros la ruta que han de seguir. Si apuramos, daremos con Carito que se ha quedado retrasado con sus dos atramojados perros; y como con un esfuerzo que hicimos hemos alcanzado el grupo principal, henos aquí enrolados con él y en ruta, siguiendo sus pasos y dándonos cuenta y razón de lo que hace.

Son las cinco y media de la mañana y empieza á amanecer. Celajes de nácar se muestran en el horizonte, hacia el Oriente; el cenit va perdiendo el azul subido y cámbiase lentamente en un azul desvanecido y claro; y por el Occidente, las estrellas palidecen y el fondo del cielo, de pardo obscuro, conviértese en sombra cenicienta.

La naturaleza despertaba de su sueño de doce horas y aguardaba con ansia la lumbrera poderosa que había de venir á inundarla de luz y de colores; la vida renacía por doquiera con el canto de las aves, con el aroma de las flores silvestres, con ese olor particular de los bosques de tierra fría y con esos mil sonidos que de todas partes vienen, inarmónicos, si se quiere, pero que son tan agradables para los que aman el campo y sus dulces é inocentes placeres.

Los cazadores han recorrido cerca de media legua, á contar desde el punto en que se desvía el camino *real*, y hasta allí, la senda que han llevado

corta de travesía la falda de la montaña y ha sido poco pendiente; de allí en adelante la situación se hace más difícil, porque es necesario descender á la profunda cañada de la "Juncala" (*quebrada* ó arroyo de este nombre), lo que no podrán hacer sino dejándose deslizar por unas rocas casi cortadas á pico, con riesgo de una caída de funestas consecuencias. Felizmente, fuertes y resistentes tallos de chusque y algunos arbustos, que crecen en los intersticios ó rajaduras de las tajadas peñas, les permiten sostenerse en ellas y les facilitan el peligroso descenso al fondo de la cañada, en donde corre espumoso y límpido el arroyo mencionado.

Llegados al margen de esta cristalina corriente, que desciende de lo alto de la montaña de salto en salto y en hermosas cataratas que se suceden unas á otras, y que sombrean en la mayor parte de su curso los copos de los árboles que se enlazan entre sí y los chusques y carrizos que le fabrican un techo de verdura, en forma de arcos ojivales, nuestros cazadores se preparan para empezar la dura jornada, y los famosos gozquejos, que van á ser los héroes en ella, son puestos en libertad. Aprovéchanla alegres y dando brincos de contento; y luégo, y sin demora, pegan el hocico al suelo y, meneando con ligereza la delgada cola, parten tomando las márgenes de la "Juncala" arriba.

Era necesario seguirlos y así lo hicieron Espinosa y compañeros; pero hé aquí lo que no era fácil. Se trataba nada menos que de escalar aquella áspera pendiente, siguiendo el curso de la *quebrada*, aprovechando, unas veces, el mismo lecho de ésta y, otras, sus riberas, cuando su aspereza daba lugar á ello, hasta llegar á un *rozado*, lugar del *cazadero*.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

La lucha fue titánica y las dificultades sin cuento. Para *ño* Granda y para Carito, aquella correría era tortas y pan pintado, pues ellos andaban por esos riscos, como por su casa, ágiles y listos, brincando aquí y allá; pero para nuestros dos cachacos medellinenses, allí era el crujir de dientes y el sudar la gota gorda.

Con especialidad el pobre Olano, tan poco enseñado á verse en esa clase de empresas, sufría en gran manera, y á veces, cansado y sudoroso, maldecía el momento en que había consentido en asistir á esa cacería, en la cual, pensaba él, que un instante de placer, por grande que fuese, de hacerse á una pieza, no podía recompensar tántas fatigas y tántos peligros desafiados sin provecho alguno. Pero así y todo, era necesario continuar la marcha, porque ni él era capaz de retroceder solo por un camino que no conocía, ni su amor propio le permitía correrse ante el peligro que sus compañeros afrontaban como si no existiera. Por fin se llegó á la deseada meta, ó sea al *rozado*, en donde el maíz, sembrado desde Marzo, estaba seco y á punto de ser cogido. Allí, en esos lugares es en donde la guagua, roedor anfibio de grasosa y suculenta carne, hace su agosto, derribando con sus agudos dientes la enhiesta caña para comerse con toda comodidad el sazonado fruto. Y por tal razón fue ese el punto que *ño* Granda, con su conocida habilidad y maestría en el oficio, escogió para dar principio á la cacería. El y los dos cachacos se escalonaron á la orilla del arroyo, listos con escopeta en mano para esperar la pieza; y Carito fue comisionado para recorrer el campo y para dirigir la *busca* y estimular los perros.

El muchacho partió animoso y sin pereza en

seguimiento de los enrastrados canes, y no muy lejos se dejó oír su voz.

—Arriba, Miguitas; Regimiento, sin vergüenza, no te quedés.

Y más arriba gritaba:

—Upa, muchachitos; búscala, búscala.

No habían pasado diez minutos, cuando Carito gritó de nuevo.

—*No* Grandaa, allá vaaan, no las dejen pasaar, son dooos.

Y al punto se oyeron los reiterados latidos de los perros, que cada instante se hacían más perceptibles al oído. Los esperadores, ansiosos, se pusieron en expectativa, mirando cada cual con fijeza el punto por donde creía había de aparecer la guagua. Olano ocupaba el puesto de honor, ó sea aquel favorecido por la naturaleza del terreno para que pudiera disparar primeramente sobre el animalucho; seguía en el orden Espinosa, y en la parte de abajo estaba *ño* Granda. De repente, y cuando menos lo pensaba Olano, se le presenta en la cima de un monolito de granito, sobre el cual descendía en hermoso salto la *quebrada*, una guagua famosa, gorda y robusta como un lechón de seis meses; y tal fue el susto que le dio y la sorpresa que sintió, que se quedó lelo y sin movimiento; y en vez de disparar su escopeta, ésta se le fue de las manos y rodó por el barranco hasta el fondo del arroyo.

Pero como al propio tiempo viera que el fugitivo animal, encontrando el obstáculo de la persona del inexperto cazador, retrocedía en el camino que llevaba, probablemente aquel que conducía á la cueva en donde guardaba sus hijuelos, desesperado por la falta de una arma, gritó á todo pecho: "Espino-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

sa, *ño* Granda, corran por Dios, que se va la guagua." Estos, que oyeron el lastimero llamamiento, más que corrieron, volaron al socorro del compañero. Espinosa llegó en el momento en que la guagua iba á sumergirse en un profundo charco y le disparó su escopeta al punto; pero no obtuvo resultado alguno porque ésta le *faltó*. Y ya la guagua volvía á la superficie del agua é intentaba ocultarse en una profunda cueva, cuando *ño* Granda le hizo el tiro, y el pobre animal que recibió la carga en la cabeza, exhalando el último suspiro, quedó sobreaguado y siguió el curso de la corriente. Corridos y avergonzados quedaron los cachacos, pero no por ello dejaron de ensalzar al afortunado cazador, quien, por su parte y muy modestamente, no hizo otra cosa que lamentar la desgracia de sus compañeros. "¡Pero hase visto unas malas iguales!" exclamaba. "Y tan pilada que se les puso".

Recogiendo la guagua se hallaban y sacando del agua la escopeta que dejó caer Olano, cuando Carito, de quien ya no se acordaban, se apareció corriendo, casi sin aliento, y exclamando:

—Ma Pantaleón, la otra se quedó encuevada más arriba, vamos á ver si podemos sacarla.

—¿De veras, hombre? le contestó *ño* Granda ¿y tenés seguridá?

—Cómo que no, cuando allá está Miguitas que se las pela y no puede entrar á la cueva.

Y efectivamente, se oían los repetidos latidos pel perrillo que revelaban su desesperación por no poder atrapar su codiciada presa.

—Pues no hay que vacilar, dijo al punto el viejo, subamos allá, que no hay que perder el tiempo.

Dejando los cuatro cazadores la guagua muerta

en lugar seguro, siguieron trepando el escarpado lecho del torrente, y como á cosa de unas cien varas de distancia dieron con la cueva, en la boca de la cual Miguitas pretendía introducir su delgado cuerpo, aunque sin lograrlo porque el hueco que la formaba era demasiado estrecho. Por disposición del jefe de la cacería, que ya conocemos, se dispuso abrir una cavidad por encima; pero cuando fuese á practicar la operación, se observó que se había incurrido en el inexplicable olvido de no haber traído *barra* de hierro, instrumento que era de absoluta necesidad en esas circunstancias. *Ño* Granda, después de vituperarse él mismo su descuido, ordenó que se hiciera fuego con ramas secas que se recogieron al punto, con el cual se intentaba obligar al animal á salir de su antro para no asfixiarse. Se llevó á la práctica este pensamiento tan puesto en razón y que tan buenos resultados ha dado en otras ocasiones; pero en ésta no se obtuvo éxito alguno, porque la guagua no salió de su guarida, al menos por la parte por donde pudiera ser vista por los cazadores que estaban en acecho y con el arma en puntería. *Ño* Granda recorrió la localidad, examinándola con cuidado, y pudo al fin persuadirse de que todo nuevo esfuerzo sería inútil, y de que era preciso abandonar el campo sin combatir. La guagua se había escapado por algún agujero no visible; y como ya eran cerca de las once de la mañana, y era lo probable y seguro que no se levantaría otra nueva pieza, pues las guaguas no salen de sus cuevas sino temprano, se resolvió, de acuerdo entre los cazadores, retroceder é ir á almorzar al punto de partida, ó sea á aquel en donde primeramente encontraron la *quebrada*, lo que hicieron recogien-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

do de paso la guagua muerta y después de vencer muchas dificultades y aun peligros. Olano se dio una caída que estuvo al punto de producirle graves lesiones; felizmente, un salto de atleta que dio á muy buen tiempo, lo libró de estrellarse contra una roca, bien que no de ir á un profundo pozo de agua en donde cayó, mojándose de la cabeza á los pies.

Colocados nuestros cazadores á la orilla del arroyo, á la sombra de unos coposos robles, y en punto en que pudieron sentarse con toda comodidad, se dio principio á la extracción del fiambre de la jíquera (chuspa) en que lo llevaran, y luégo á despojar de hojas la carne *pisoteada*, la gallina cocida, los huevos duros, el quesito y las arepas; y entretanto, Espinosa hacía circular entre sus compañeros el trago de brandy que él les ofrecía en totuma de nuez de coco, primorosamente labrada en relieves de exquisito mérito y con un gancho de plata para colgarla del guarniel. Todos tomaron, inclusive el obsequiador, menos Carito, que al llegarle, el último, su turno, contestó al ofrecimiento de Espinosa con un tono bastante seco y descortés:
—D. José, yo no acostumbro licor de ninguna clase, ni tampoco me gusta.

Procedieron en seguida al almuerzo, el cual pasó al estómago de los cazadores sin dificultad alguna y sin necesidad de vasijas ni de cucharas y cubiertos (cuchillos y tenedores). Las manos limpias hicieron el oficio de estos utensilios, con notable provecho para los cazadores, quienes de esa manera no dejaron de la gallina sino los huesos mondos y lirondos.

Mientras hacían la digestión y reposaban el almuerzo, Espinosa exigió á *ño* Granda que les refiriera algo notable de su vida para entretenerlos.

El campesino se hizo de rogar un poco, excusándose con su ignorancia y con la vergüenza que le daba hablar ante gente tan grande y *sabida*, como los dos cachacos; pero fueron tántas las instancias de éstos, que al fin cedió, y hé aquí lo que les refirió en su lenguaje sencillo y natural:

—Mis blancos: aquí en donde vustedes me ven, con tal añaje y amansando pobreza que es un horror, yo fui un hombre que manejé mis riales y que llevaba una vida muy diferente. En ese antonces habitaba yo una finquita que poseía por los lados del Salao de Correa, consistente en casa de teja, muy regular, y siete almudes de tierra,—tres de plan y cuatro de falda.

Con la ayuda de la dijunta Zolia (Zoila), que Dios mediante ha de estar á la hora ésta gozando de su santa gloria, y con mi trabajo personal y el de mis dos hijos mayores, logré á juerza de economías y de apretarnos la barriga, pagar la finquita que me costó setecientos pesos chiquitos, con dos años de plazo. Un tiempecito después y con una alza de dulce que me tocó y con otros gajecitos, me hice á dos mil patacones en pura plata sellada. Si no hago malos recuerdos, tenía como cien pesos del rey.

Estuve cavilando sobre lo que haría con tánto dinero (eran como siete carrielaos repletos), y como no topara en qué impliarlos, pues yo á naide me atrevía á prestárselos, resolví enterrarlos sobre la tapia de mi casa y en un güeco que hice debajo de la solera, en donde me parecía que quedaban muy seguros y en situación de servirme para cualquier

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

necesidad ó para algún negocio que se me presentara.

Como hombre sastifecho y en fondos vivía yo levantando siete hijitos que el Cielo nos dio á Zolia y á yo, cuando el diablo, que no tiene reposo ni sosiego mientras ve al cristiano en buenas, se le metió entre pecho y espalda al hijo mayor, y digo esto, porque el muchacho, que era un pozo de virtud y la misma hombría de bien en persona, se volvió, mientras se santigua un ciego, un vagamundo y un perdonavidas que no había que ver. Le dio por beber, por jugar y por no parar en la casa á ninguna hora, y concluyó por armar en los bailes y peloteras las de Dios es Cristo, no siendo pocas las veces que me lo llevaran hecho un Nazareno de puro herido y maltratao. Un día la cosa se verificó al revés: fue el muchacho quien se lambió un zambo en Altavista, dejándolo, de una puñalada, más frío que una plancha de jierro.

Y aquí jueron los apuros, mis blancos; cogieron al muchacho la misma noche del acontecimiento y de pata y mano lo llevaron amarrado á la Cárcel de la Villa. Yo y Zolia nos indinámos con el hecho y estuvimos al canto de maldecir el hijo de nuestras entrañas y de abandonarlo á su negra y merecida suerte; pero como el padre es padre y sus mercedes saben lo que un hijo se quiere, no pudimos resestir y entrámos á hacer gastos en él, mandándole el alguito á la prisión y buscándole un defensor de los más güenos, que llevó doscientos pesos por su trabajo.

Yo pude hacer este costo sacando el dinero de mi cata; pero por no dar malicia y á conocer que tenía entierro, lo cual ocultaba á mi mujer y á toda

la familia, le tomé á interés trescientos pesos á Luciano Sierra, un usurero de Belén, con dos meses de plazo.

Habría transcurrido la mitad del plazo, y cuando todavía estaba preso mi citado hijo, me sobrevino inesperadamente un ataque á la cabeza que me dejó privado de movimientos y de todo conocimiento. El achaque fue largo, duró cerca de seis meses, y en él me vi, según me lo informaron después, entre la muerte y la vida por muchos días, y cuando volví en mí y me di cuenta de lo que me había pasado, ¡de qué cosas vine á imponerme, señores de mi vida! Figúrense vustedes, que teniendo tánto qué gastar en mí, y no habiendo más quién trabajara que el hijo menor de los dos grandes, mi mujer se vio en la necesidá de vender los alimalitos y muchas alhajitas de las que teníamos; y no jue esto lo pior, sino que el usurero Sierra, apenas se concluyó el plazo de lo que le debía, eficutó la finquita y en un santiamén, pues no hubo quién hablara por yo, la remató en la tercera parte de su valor. De suerte que cuando yo recobré la salú y la razón, ya habitábamos una casita alquilada.

—¿De manera, *ño* Granda, le interrumpió Olano, que los siete carrielados de plata se perdieron?

—Como decir uvas, mi blanco. La dijunta Zolia, como era tan guanábana, abandonó la casita sin llevarse la platica, y hasta el sol de hoy, que no la volvimos á ver.

—Pero ¿cómo quería, *ño* Granda, que su mujer llevara consigo el dinero enterrado, si Ud. nada le había dicho sobre la existencia de éste?

—Tiene razón, mi blanco, no había caído en la cuenta. La dijunta Zolia me perdone la temeridá.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

—Bien, *ño* Granda, le preguntó Espinosa, ¿cómo vino Ud. á dar á estas montañas?

—Va su mercé á verlo. Después de lo que les acabo de contar y de que mi hijo jue condenado á diez años de presidio, no sabiendo que hacer ni qué camino coger para conseguir el sustento diario, alcé con toda mi familia para las montañas de Guaca, y por esos mundos rodámos tres ó cuatro años, pasando muchos trabajos y escaseces; pero al fin mi Diosito nos vino á ver, pues mi segundo hijo, haciendo rescate á Titiribí, logró ganar alguna cosa y pudo comprar esta montañita en donde agora habitamos, siempre pobres, pero sin faltarnos la mantención y la mudita. Ya la mayor parte de mis hijos é hijas se han casao y no mal, y sólo me quedan, Tomás el que me trajo aquí, que vive con yo y con la esposa, y una muchachona, la última, que llama Trenidá, que está llegando á los veinte años, y que es un primor de formalidá. El pobre muchacho del homecidio murió en el presidio y no lo volví á ver dende que lo condenaron. Dios lo haiga perdonao, como yo le perdoné todo lo que me hizo sufrir. ¡Ah hijos, si supieran cuánto hacen sufrir á sus pobres padres!

CAPITULO XV

Sin novedad alguna y muy contentos y satisfechos salieron nuestros cazadores de la cañada de la "Juncala", y como á eso de las cuatro de la tarde llegaron á la casita de que hablámos en el capítulo anterior, ó sea á aquella cerca á la cual se desviaron

del camino real para seguir la senda que conducía al cazadero. En esta casita, que era precisamente la en que habitaba *ño* Granda, debían detenerse para comer y para concurrir á la fiesta á que estaban invitados. Cuando ellos se presentaron en el corredor de la vivienda, todavía no habían llegado los otros convidados y sólo se hallaban en ella sus actuales moradores, á saber: Mercedes, la nuera de *ño* Granda, y tres chicuelos de aquélla, Trinidad y Tomás, de quienes ya tenemos conocimiento.

Fueron muy bien recibidos los huéspedes por la familia Granda, y con especialidad Trinidad se esmeró en agasajarlos y en hacerles sinceros ofrecimientos, poniéndose á la disposición de ellos con lo poco que tenía. Tan pronto como descansaron un rato, se les sirvió la comida muy sencilla pero bien sazonada, compuesta de un ajiaco muy substancioso, de frísoles y mazamorra con leche. Ya sea por el buen apetito ó porque realmente fueran estos rústicos manjares del agrado de Espinosa y de Olano, es lo cierto que los tomaron con gusto y en cantidad más que suficiente. Sólo tuvieron que extrañar la falta de un buen *dulce*—no les sirvieron sino natilla y miel de trapiche--y la del café, que no lo había ni se usaba en la casa.

De las cinco en adelante fueron llegando los convidados á la fiesta, y ya entrada la noche, la casa estaba llena de gentes de todas clases: hombres y mujeres de avanzada edad, mozos y mozas casaderos y una veintena de niños y niñas. La mayor parte de los habitantes de la comarca, ó sea de una legua á la redonda, estaban reunidos allí, porque ha de saberse que el *pesebre* de *ño* Granda gozaba de una gran popularidad y nombradía, hasta el punto

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de que no había, de la "Sinifaná" para allá, quién no estuviera suspirando por la llegada de la memorable noche del 24 de Diciembre para concurrir á él. Desde que *ño* Granda entró á habitar la casita de que venimos hablando, su fiesta de Nochebuena se celebraba año por año, sin faltar uno, y todas las demás fiestas de esta clase, que se verificaban en esa región, cayeron por falta de concurrencia. Circunstancia era esta que enorgullecía mucho á la familia favorecida, y que hacía que ésta se esmerara en los preparativos. No ocultaremos, sin embargo, que en ello no entraban como elementos principales la generosidad y el deseo de tributar culto al divino Niño, pues primaba en demasía el interés, ó sea el lucro que *ño* Granda y los suyos obtenían, temprano, con la venta de licores, buñuelos y natilla; y de media noche en adelante, con la de tamales, morcillas y chorizos, como también de aguardiente y mistela. Por de contado que desde la víspera se preparaba *ño* Granda matando un marranito de valor de veinticinco á treinta pesos. El chato Merejo y su consorte pretendieron en cierta ocasión tumbar este negocio, haciéndole competencia á su vecino; pero se llevaron un buen chasco, porque no les fue ni una alma; se les dañó la mitad de lo que prepararon y tuvieron que hacer la novena del Niño con solos la Marimonda y Carito, pues en ese entonces no vivía Palerma con ellos.

Desde temprano empezaron las vihuelas á dejarse oír con sus sonatas bien conocidas, como la *guavina*, los *monos* y el *mapalé;* y los cantos *bravos*, de estrofas tan incorrectas como sugestivas, no escasearon, formándose los cantores en grupos que se disputaban la primacía, ya que no en la dulzura de las

notas y en la entonación musical, sí en los gestos y contorsiones y en lo alto de las voces. En uno de estos grupos hacían figura la bandola y el *acompañador*, los cuales tocaban con alguna habilidad dos maestros en el oficio, que exprofeso y previo un arreglo convencional, se habían hecho venir del pueblo. Estos instrumentos eran los que debían servir para el baile.

Como á las ocho salió Trina (Trinidad) al corredor y anunció en voz solemne que iba á empezar la novena y, por lo tanto, suplicaba que cesaran los cantos y los instrumentos musicales. Fue obedecida al punto; y los concurrentes, guardando silencio, ocuparon sus respectivos puestos, siendo los más los que se quedaron en el camino que servía de patio y en el corredor que daba á éste, porque en la sala y en los dos cuarticos que constituían la habitación de que venimos hablando, la gente no cabía y ni se podía respirar. De estos últimos fueron Espinosa y Olano, quienes, aunque fueron invitados por Trina y Tomás para ocupar el puesto de honor que se les había reservado en el interior de la sala, se excusaron alegando el mucho calor que hacía y no hubo medio para vencer su resistencia.

Ño Granda, muy ufano y satisfecho, se adelanta sobre la mitad del camino y enciende un cohete de gran magnitud, el cual, puesto en libertad, hiende velozmente los aires, dejando en su carrera un surco luminoso que difunde una suave claridad en el espacio. Un "Viva el Niño Dios" sale de todas las bocas y repercute el eco en la montaña. Era la señal reglamentaria para dar principio á la novena, y ésta comienza con efecto. Es Trina, quien arrodillada al pie del altar ó *pesebre*, hace de pontífice.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Su voz es dulce y agradable, y aunque con cierta entonación estudiantil, pronuncia bien las palabras y se le oye y se le entiende bien.

El *pesebre*, colocado en uno de los ángulos de la sala, es de una construcción muy sencilla, pero el artifice que intervino en ella no carecía de gracia ni de un relativo ingenio. Sobre una mesa construída con ese solo objeto, se alzaba una especie de montículo sobre la cima del cual se destacaba, sobresaliendo, una miniatura de cabaña pajiza, de una sola agua (vulgo, rancho de paja), que servía de techo y abrigo á la santa familia y á las dos bestias que fueron sus compañeros. La estatua que representaba al "niño Jesús" no era del todo mala, y bien se notaba que Trina había echado el resto para que su *pesebre* luciera ese primor que no tenía rival en hermosura en esos mundos. Desgraciadamente las otras cuatro estatuas hacían un deplorable contraste, por lo pequeñas y por sus imperfecciones artísticas. La superficie del montículo estaba cubierta de musgos, de ramas que hacían de árboles, y acá y acullá veíanse muñecos y animales de barro cocido, muy mal pintados y peor conformados, como que todos ellos eran obra de Tomás y de Mercedes, que eran completamente inhábiles en el arte de la estatuaria.

No habían llegado los progresos de estos inexpertos modeladores, en materia de dar movimiento á sus obras, á otra cosa que á la representación muy imperfecta de la tauromaquia, juego que hacía la delicia de los espectadores cuando el cornudo bicho daba con el toreador en el suelo.

Terminada la novena, se cantaron en coro los villancicos, en los que hacía cabeza un cantor que había bebido inspiraciones en la histórica ciudad de

Jorge Robledo; vinieron después la "Salve" y el "Ave María" y concluyó, lo que podemos llamar propiamente la fiesta religiosa, con unas cuantas tonadas de canto *bravo* que cantaron, con muy buena voz y con sentimiento, Tomás y su mujer, quienes, dicho sea, fueron muy aplaudidos por la concurrencia, y por los mismos cachacos que los oyeron con gusto y placer. No omitiremos el manifestar que, de tiempo en tiempo y durante la novena, *ño* Granda continuó luciendo sus habilidades pirotécnicas, lanzando al espacio sus cohetes de cinco luces y de *chorrillos*, y produciendo espantoso ruido con la *gargantilla* de innumerables truenos, inclusive el *gordo*, que puso punto final á la fiesta.

Iba á darse principio al baile como á eso de las nueve, y como Espinosa extrañara, y con razón, que la familia Ramírez hubiera brillado por su ausencia, y eso que Dª. Rosana le había prometido ir con Palerma y el Chato, siquiera á la novena, manifestó á viva voz su extrañeza, de manera que Carito lo oyera, para ver si éste se comedía á ir á la posada de "La Quiebra" á inquirir la causa de la demora.

Carito, que se aburría, y mucho, en aquella diversión, comprendió al punto la indirecta del cachaco, y se aprovechó de ella para retirarse, lo que hizo diciéndole á éste que él iba á su casa á ver lo que había sucedido. Pero el bribonzuelo del muchacho, imitando á aquel histórico cuervo de que nos hablan los libros santos, no volvió.

El baile tomó muy pronto proporciones inusitadas, y la alegría y el contento, ayudados ó fomentados por las frecuentes libaciones, se apoderaron de todos los corazones, no quedando entre todas

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

aquellas gentes uno solo que no se embarcara en esa corriente de locura, inclusive viejos, casados y niños, pues los que no bailaban, cantaban y gritaban, y cada cual algo hacía por expresar el estado de su ánimo. Olano mismo se embriagó con el ritmo cadencioso de notas y movimientos; y no volviéndose á acordar de nada, ni aun de su amigo, se lanzó de lleno en el torbellino del baile, y tomó sus copas, y se insinuó con los campesinos, sus compañeros, y galanteó á las muchachas.

No hizo lo propio Espinosa, quien era la excepción en aquella alegre y bulliciosa diversión popular, pues hallándose preocupado con la no llegada de Palerma, aguardaba, momento por momento, el resultado de la comisión que le confiara á Carito. De esta suerte, á medida que las horas pasaban, y que nuestro héroe se persuadía de que ya era imposible que su amada asistiera al baile, un humor negro se apoderó de él, y como consecuencia natural de ese estado de su espíritu, se alejó del centro de diversión y fue á ocultar su tristeza y desazón á un lugar de la vía pública, distante como unas cincuenta varas de la casa de *ño* Granda, en donde se sentó á meditar en su situación excepcional, fijas sus miradas en el azul del cielo, que, límpido y sereno, tachonaban, titilando, millares de estrellas.

Este proceder de Espinosa, inexplicable para aquellas sencillas y burdas gentes, causó entre ellas muy mala impresión, y desde que se impusieron de la retirada de aquél, sordos y siniestros rumores circulaban, envolviendo contra el descortés cachaco acusaciones de orgulloso y de *lambido*. Por el contrario, la conducta franca, cordial y populachera de Olano era el objeto de la admiración y del agrado

de mujeres y de hombres; y por doquiera sólo se oían frases de encomio y de aplauso para aquel cachaco que era, según ellos, un *cuarto* sin igual.

La fiesta, sin embargo, continuaba sin novedad ni incidente notable alguno, reinando en ella, como al principio, la alegría y el buen humor. Empero, como á eso de media noche en adelante, una nubecilla pardo obscura empezó á enturbiar aquel límpido cielo, y extendiéndose luégo en negro nubarrón, concluyó por desatarse en recia tempestad. La cosa pasó de la manera que vamos á referir. Luégo que se le hubo dado fin á una *redowa*, valseada, las bailadoras fueron á ocupar las tarimas y los pocos taburetes que había en la salita, y los hombres salieron al corredor delantero. Entonces, una de aquéllas, que se levantó de su asiento, se dirigió á donde se hallaba la señorita de la casa y le dijo en alta voz, que pudieron oír todos:

—Mirá, Trina, ¿qué te parecen las de Cicilia? Cómo está diciendo la so ladina, que yo quiz que te estoy quitando el novio. ¿Habráse visto descaro igual? Vos que me conocés, ¿podré yo ser capaz de una traición como esa?

No había tenido Trinidad tiempo para contestar á estas interrogaciones de Mariana Cifuentes, que así se llamaba la que tales preguntas hacía, cuando la aludida Cecilia, que esas oyera, se levantó del lugar en donde se hallaba, y con furor no reprimido dijo, dirigiendo miradas iracundas á su acusadora:

—¿Qué es lo que estás hablando allí, deslenguada y acabacasamientos? ¿No estás contenta con el mal que le hiciste á Serafina, la de *mano* Blas Londoño, y ya venís á acabar con Trenidá con tus

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

chismes de cocinera? Negra habías de ser, y de morir tendrás con la lengua ajuera, por conversona.

—Muchachas, dejen eso, que no vale nada, y vuelvan á sus puestos para que no se dañe la fiestecita, que va tan buena, dijo á su turno Trinidad.

Pero quién la oyera: la Mariana y la Cecilia continuaron con más enojo sus mutuas diatribas; y el alarma iba difundiéndose con aquel mal principio, cuando tomó parte en el debate Facundo Cañas, el pretendiente de Trinidad, aquel mismo sujeto á quien se refería Mariana Cifuentes, quien las arremetió tanto con ésta como con la Cecilia, tratándolas de chismosas y enredadoras.

Olano dándose ínfulas de gran señor, y creyéndose con autoridad para acallar la empezada disputa, acudió al punto, y con frases conciliadoras y discretas trató de calmar los exaltados ánimos; pero todos sus esfuerzos fueron vanos. Y cabe aquí manifestar, con toda razón, que, por el contrario, le aplicaron aquel conocido refrán de que "fue por lana y salió trasquilado." Con efecto, el mentado Cañas, que se hallaba celoso de las galanterías que el cachaco dirigiera á su pretendida, y que estaba buscando una ocasión para hacer salir de su pecho la congoja que lo oprimía, aprovechando la oportunidad que Olano le presentaba, y sin preámbulos ni rodeos, le dijo á éste con tono serio y seco:

—Mi blanco: estas cositas no le competen á vusté; váyase á arreglar los negocios de las de su clase y condición y déjenos á nosotros los negros, que sabemos entendernos á nuestro modo.

Olano, que de suyo no era muy paciente, y que por añadidura tenía entre pecho y espalda

unas cuantas copas de aguardiente, no pudo reprimirse y le lanzó á su contrario los epítetos de negro grosero y malcriado.

Al mismo tiempo grita uno de los músicos: "Me cortaron las cuerdas." Y otro exclama: "No apaguen las velas", y esto lo decía porque, sin saberse cómo ni cuándo, ni por quién, las cinco ó seis velas de sebo que iluminaban la sala del baile y los cuartos laterales, fueron apagadas casi al mismo instante.

Y fue entonces el crujir de dientes. En aquel verdadero campo de Agramante todo tornóse en confusión, desorden y anarquía. Las mujeres y los hombres tímidos corrieron á ocultarse, unos huyendo por *mangas* y rastrojos, otros metiéndose debajo de las camas y tarimas. *No* Granda y Tomás, como dueños de casa, se esforzaban por llevar la calma á los espíritus enardecidos con el licor, pero nadie los escuchaba ni les hacía caso. Aquellos que no huyeron, que no fueron pocos, echaron mano de sus armas: quiénes sacaron machetes largos de los llamados puyas; quiénes, garrotes cortos de guayacán–piedra; quiénes, navajas de barbero que cortaban pelos en el aire; quiénes, cuchillos de carnicero de aguda punta; y por último, algunos recogieron piedras.

Todos esgrimían sus armas y se ponían en actitud hostil, sin que nadie conociera el peligro que le amenazaba, ni se diera cuenta de quién era el enemigo ni en dónde se encontraba. Fue entonces cuando alguien, probablemente Facundo Cañas, gritó á todo pecho: "Abajo los cachacos, piedra y palo con ellos." Esta orden de mando fue obedecida al instante, y al punto la muchedumbre

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

se alineó en batalla, pronta á lanzarse contra los dos cachacos, que á virtud de este movimiento de concentración de fuerzas quedaron aislados y sirviendo de blanco á los tiros de sus agresores.

Olano en el momento mismo en que, después de las palabras que se cruzó con Cañas, fueron apagadas las velas, hizo un movimiento en retirada por su solo instinto de conservación, y salió al camino, en donde se encontró con Espinosa, quien á su vez, al darse cuenta del bochinche, había ocurrido á informarse de lo que sucedía. Perplejos se hallaban ambos sin saber qué hacer, cuando oyeron aquellas palabras de desafío que vinieron á mostrarles con claridad la terrible situación en que se hallaban y el grave peligro que les amenazaba. Y para ayuda de costas ninguno de ellos tenía un cortaplumas siquiera, para defenderse, y las escopetas de caza que en esa ocasión les hubieran sido muy útiles, aunque no fuera para otra cosa que para intimidar á sus enemigos, se hallaban dentro de la casa, á donde no podían entrar sin entregarse á éstos.

Olano, armándose de dos gruesos guijarros, pretendía, sin embargo, resistir y hacer frente á los labriegos; pero Espinosa, que conservaba más sangre fría, como que no había bebido licores se oponía á esta medida imprudente, y estaba por la retirada que todavía tenían libre. Pero mientras esto discurrían, el peligro arreciaba; las piedras cruzaban el espacio, pasándoles muy de cerca, y los enemigos avanzaban en cerrada fila y dando gritos, cada vez más amenazantes.

La situación era verdaderamente desesperada para nuestros dos caballeros; y los resultados de lucha tan desigual hubieran sido desastrosos para

ellos, si la Divina Providencia no inspira á *ño* Granda y á su hijo Tomás un pensamiento salvador. Estos, exponiéndose heroicamente y sin caer en la cuenta del peligro que iban á afrontar, sacaron sus machetes de monte é interponiéndose entre agresores y agredidos, gritaron á aquéllos: "El que toque un pelo á estos blancos, se muere; avancen, cobardes, sinvergüenzas, gavilleros."

Este arranque generoso de los dos mulatos fue salvador para nuestros cuitados jóvenes, porque sus atacadores, ya sea por el refuerzo que aquéllos recibieron, ó por consideraciones á los dueños de casa, depusieron un poco su enojo y guardaron sus armas.

—Con vustedes no nos metemos, dijo Facundo Cañas, que la echaba de jefe: más bien que se escapen esos cachacos tan malucos, que se vienen á meter en las cosas de los pobres; pero que se vayan ahora mismo, porque no respondo.

Ño Granda, al oír estas expresiones, voló á donde estaban Espinosa y Olano y suplicóles por Dios que se fueran al instante y sin demora, agregándoles que él les llevaría por la mañana sus cositas. Estos, comprendiendo que debían aprovechar aquella tregua, así lo hicieron, tomando la dirección de "La Quiebra" y marchando despacio, avergonzados y corridos. Apenas habrían caminado unas dos ó tres cuadras, por aquel piso tan desigual, cuando oyeron gritos amenazantes y el zumbido de piedras que les pasaban muy de cerca. Comprendieron al punto que sus enemigos, arrepentidos de haber largado la presa, volvían sobre ella, y no les quedó otro medio de escape que echar á correr como venados; y tan bien lo hicieron, que pronto dejaron de oír gritos y zum-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

bidos. Es de pensarse, sin embargo, que la nueva acometida fue simulada y que sus autores no se proponían otra cosa que amedrentarlos y darles un susto

Cerca de las dos de la mañana llegaron Olano y Espinosa á la posada de "La Quiebra", mohinos, sudorosos y llenos de cansancio, amén de algunas ligeras escoriaciones que en manos y pies recibieron con las caídas y tropezones de la carrera. Reinaba el silencio en la posada y todos sus moradores dormían tranquilamente; y los dos héroes de aquella jornada desastrosa y no poco ridícula, resolvieron acostarse calladamente y no llamar á nadie en su auxilio.

Recuperada la calma del cuerpo como la del alma, se entregaron en los brazos de Morfeo, dóciles y confiados. y se durmieron.....hasta las diez del día, hora en que Dª Rosana tocó á la puerta y los despertó diciéndoles que era demasiado tarde.

Espinosa se levantó el primero, y saliendo al corredor exterior, trató de inquirir con la mirada en dónde se hallaba la dama de sus pensamientos; y como no la viera por parte alguna, se dirigió á donde Dª Rosana, que era la única persona que se veía por allí.

—¿Qué ha sucedido por aquí, mi Dª Rosana, que no veo ni á Palerma ni tampoco suena para nada la Marimonda? ¿Qué se hicieron? ¿Andarán paseando?

—Ah, mi D. Espinosa, le contestó la interpelada, con acento lastimero y haciendo como que lloraba, no sabe vusté la desgracia tan grande que nos ha ocurrido: la ingrata de mi sobrina se largó desde ayer y lo que es pior, se llevó á la Marimonda.

Espinosa pudo persuadirse de la exactitud de tan terrible nueva volando al cuartico de la joven y encontrando la camita desprovista de mantas y tendidos; las paredes sin estampas, y la mesa tocador sin su espejito. Efectivamente: la paloma había volado y el nido estaba frío.

CAPITULO XV

Veamos lo que había sucedido en la posada de "La Quiebra" durante la ausencia de los dos huéspedes.

Palerma se levantó muy de mañana, pero tuvo la precaución de no dejarse ver de los jóvenes cazadores; y apenas éstos partieron, se dedicó, como de costumbre, á sus ocupaciones ordinarias, bien que de cuando en cuando entraba á la cocina y conversaba en secreto con la Marimonda.

Como á eso de las nueve, cuando ya había concluído sus oficios, como el arreglo de la casa, la colocación del ramillete de flores en el desvencijado jarrón de loza y el adorno de la tinaja, que con más cuidado que nunca cubrió de pétalos de rosa y de geranio, se retiró á su departamento, en donde se encerró, corriendo el pasador que servía de seguridad á la puertecita. Con la libertad que nos da nuestro carácter de novelistas sigámosla y penetremos con respeto en ese casto nido, pero procuremos no ofender con nuestra insólita presencia el pudor de la doncella, para lo cual aguardaremos á que haya cambiado de vestido, como en efecto está sucediendo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Ya hemos entrado; y al contemplar de cerca á la hermosa hada, hallaremos que acaba de arreglar su *toilette* cuidadosamente, y que le da los últimos toques á su peinado, dejando caer descuidadamente sobre su frente un rizo de sus cabellos que viene á formar algo así como las cortinas recogidas de negra seda que adornan una celosía.

Vestía la joven un sencillo traje de zaraza de color obscuro, sin adorno de ninguna clase, de cuello alto y de mangas largas; y ceñía su talle un negro y elástico cinturón con broche de chapetas de cobre, doradas, y muy vistosas. Sobre su pecho se doblaba un pañuelito azul, imitación seda; y sus pequeños y finos pies calzaban alpargatas de talón, que sujetaban *hiladillas* blancas.

Y ya que se nos presenta la oportunidad, digamos algunas pocas palabras sobre la piececita que habitaba Palerma, para cumplir la promesa que á este respeto tenemos hecha.

El cuartico ó desván, del cual vamos á hablar, fue construído sobre el corredor interior de la posada, con ocasión de la llegada de Palerma y para que ésta lo habitara. Era muy angosto y apenas tendría de longitud unas tres varas y media. No obstante, era lo suficiente para que en él cupiera la cama de la doncella, un cajón de pino habilitado de cómoda, una mesita de tocador y un taburete.

Este retrete era de tan escasas dimensiones que más parecía un nido de aves de corral, que una habitación humana; pero con el buen gusto que la joven huérfana puso en adornarlo, y con el aseo y limpieza que reinaban en él, se había rehabilitado y daba gusto el visitarlo. Realmente, no hay como las mujeres para esta clase de mistificaciones, ni nadie, que no pertenezca al bello sexo, tendrá la gracia y la coquetería para hacer, de tan menudas cosas, tántos primores. De cartones y papeles de colores ó dorados, al parecer insensibles, y de *estampas* y *registros*, había hecho Palerma un sinnúmero de cositas muy bonitas y elegantes, con las cuales adornaba los muros de su estancia, y su *cómoda* y su mesa de baño. La colcha que cubría la camita, fabricada con *muestras* de zaraza de distintos y variados colores, era un trabajo digno de exhibirse, por la habilidad en la juntura de las piezas y por el arte como se combinaron aquéllas. El adorno principal lo constituían tres imágenes litografiadas, representando los corazones de Jesús y de María, y una Santa Rita de Casia, las que adheridas á los muros, les servía como de zócalo un *pie de amigo* de madera, sobre el cual se colocaban el candelero con la vela para alumbrarlos y dos vasitos de vidrio que hacían de floreros.

Por último, la mesita de baño estaba provista de lo necesario, bien que todos los enseres eran de poco valor, inclusive el espejito, que revelaba la falta de recursos de su poseedora.

No habían transcurrido tres minutos, contados desde aquel momento en que nosotros penetrámos en el interior del cuartico de Palerma, cuando Dª Rosana, tocando la puerta con suavidad, le decía á su sobrina:

—Abrime, hija, que tengo que hablarte. ¿Porqué estás tan encerrada?

—Voy al momento tía; y esto diciendo, Palerma se apresuró á descorrer el pasador y á abrir la puerta.

—Dª Rosana entró en seguida, y muy zalamera

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

y cariñosa con la joven, á quien estrechó entre sus brazos, le dijo:

—¿Me das albricias?

—¿Porqué, tía? contestó la joven, casi con lágrimas en los ojos, previendo ya cuál era la misión que Dª Rosana iba á cumplir.

—Pero decime antes si me las das, ó nó.

—Con mucho gusto; lo que Ud. quiera le daré, si la noticia me satisface.

—Y mucho, te lo aseguro. D. Espinosa, que es de los cachacos más cuartos y generosos que yo conozco, ha mandado á la Villa por unos aguinaldos para todos nosotros, que hastay. Ve los tuyos, aquí te los traigo; son preciosos.

Y al propio tiempo que así hablaba, sacaba debajo del brazo un lío que contenía los objetos que antes relacionó Espinosa á su amigo, inclusive el reló que éste le cediera. El paraguas faltaba, pero Dª Rosana hizo mención de él y prometió ir á traérselo inmediatamente.

Como el lector lo comprende, Palerma no fue sorprendida por esta empresa tentadora de su indigno amante, en la cual entraba como cómplice su misma tía, quizá sin que esta desgraciada é ignorante mujer comprendiera todo el alcance de lo que hacía; sin embargo, no pudo menos que ruborizarse y sentirse humillada con semejante ultraje á su dignidad. De aquí que se levantara de la cama, en donde se hallaba sentada, y que irguiéndose con aire noble y altivo, dijera á su tentadora:

—Tía, llévese Ud. esos regalos, que ni yo los quiero ni los necesito; y dígale al Sr. Espinosa que no se los acepto y que le perdono el ultraje que ha querido hacerme con ellos.

—¡Pero, hija de Dios! si no hay motivo para tánto ni para que te pongas tan colorada. ¿Y qué tiene de particular que D. Espinosa nos pague el aguinaldo? ¿No es esa una costumbre muy güena y acetada por todos?

—Piense Ud. lo que le parezca, tía, sobre este particular, que en cuanto á mí, yo sé á qué atenerme y tengo mis razones para saber cuánto hay de ultrajante y desdoroso en esos regalos.

—Güeno, hija; que no haya nada de lo dicho; y si es que te has de molestar, yo me llevaré esas cositas y se las devolveré á su dueño.

—Sí, tía, lléveselas.

Y como la Dª Rosana recogiera los regalos y pretendiera retirarse medio corrida y avergonzada con el rechazo, Palerma la detuvo diciéndole:

—Venga acá, tía; no se vaya, que yo también tengo qué darle á Ud. una noticia.

—¿Cuál será, hija? contestó la señora, no muy tranquila.

—Que meditando en mi triste situación y en el sombrío porvenir que se me presenta en esta posada, he resuelto, de una manera irrevocable y definitiva, abandonarla para siempre, lo que haré dentro de pocos momentos. Conque espero de su bondad, ya que tánto ha hecho por mí, que no se oponga á esta mi resolución, porque sería inútil su resistencia, y porque no quiero salir de aquí como una prófuga.

—¡Pero, muchacha de Dios! la dijo Dª Rosana sorprendida y muy asustada, ¿estás loca de atar, ó qué te ha sucedido? ¿Y para dónde vas á coger agora? ¿Y qué vas á hacer por esos mundos, pobre y sin apoyo alguno y expuesta á tántos peligros?

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Nó, eso no puede ser, yo me opongo á esa locura.

—No tenga Ud. cuidado por mí, que por lo que son los peligros que Ud. presiente, no los encontraré en tánto número como los que aquí en su casa he arrostrado. Por lo demás, cuento con la misericordia divina, que no abandona sus criaturas y con la firme resolución que me he formado de morir honrada, aunque sea sufriendo hambre. Sepa también que Candelaria me acompañará, y que ayudada por ésta, y con mis pocos conocimientos, creo que podré sostenerme en una posición independiente y llevar una vida tranquila y libre de tántos quebrantos.

—¿Cómo así? ¿Te vas á llevar á la Marimonda? Por esa no paso yo. Güeno que te largues, ingrata y malagradecida; pero dejarme sin cocinera y quitarme el yunque y el todo de esta casa, no se puede tolerar. ¿Así querés pagarme los servicios que te he prestao y el cariño que te he tenido?

La pobre joven ante el inusitado furor de su tía y comprendiendo que ésta tenía razón en el fondo, inclinó la cabeza llena de tristeza y no supo qué contestar á tan furibundos cargos. Felizmente para ella, la Marimonda, que desde la cocina oyera los desahogos de su ama y que comprendiera al vuelo de lo que se trataba, corrió en auxilio de su niña, y presentándose en la puertecita del cuarto en donde la escena pasaba, se dirigió á aquélla diciéndole con tono decidido y serio, aunque respetuoso:

—No se moleste ni se enoje, Dª Rosana, y sobre todo, no me trate mal á la niña Palerma, porque hasta ahi la llevamos güena. Yo me voy con ella por mi propia vuluntá, y contrariando la suya,

porque yo no puedo ni debo dejar salir solita de aquí este primor de criatura. Y tenga entendido, señora de mi vida, que mi niña querida hace muy bien en largarse de esta posada y que yo le aprebo y apoyo su resulución, y que nos vamos á la güena de Dios, y que no hay más qué hablar. Conque conjórmese con lo que no tiene remedio y aprovéchese de Rita, la de Piedraverde, que agora debe venir para que me supla en la cocina.

Dª Rosana, anonada ante la categórica manifestación de la Marimonda, no pudo contestar una sola palabra; pero más cargada de cólera que nunca, salió del cuarto que echaba chispas, y profiriendo maldiciones que daban susto.

No se desanimaron por ello Palerma y la Marimonda, sino que, por el contrario, se dieron á hacer los preparativos del viaje, empezando por despojar el nido de paloma de todos sus adornos y por hacer un lío de toda la ropita y cositas que debían llevarse, el cual cargaría sobre su cabeza la Marimonda.

Favoreciólas en su proyecto de viaje la ausencia del chato Merejo, que desde temprano había marchado para Caldas á un negocio. Serían las doce del día cuando Palerma y su compañera abandonaron la posada de "La Quiebra" sin tener de quién despedirse, porque Dª Rosana, viéndose impotente para detenerlas, había salido en busca del mulato Félix, quien en esos momentos se hallaba en el potrero, muy extraño á lo que estaba sucediendo. Carito también estaba ausente.

Siguieron las dos mujeres la ruta que conduce á Fredonia, para de este lugar dirigirse á Amagá, término de su viaje. Al llegar á la cima del "Uvi-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tal" y al ir á dar el paso que haría desaparecer de su vista la casita de "La Quiebra", en donde Palerma dejaba entero su corazón, y la negra gratos recuerdos, ambas se sintieron profundamente conmovidas; y dando el último adiós á esa morada, sus ojos brotaron á mares amargas lágrimas. ¿Cuándo ha sido alegre una despedida?

CAPITULO XVI

Tres días han trascurrido desde que se sucedieron los últimos acontecimientos que narrámos en el capítulo anterior.

Nos hallamos en Medellín, y como estamos deseosos, como es natural, de averiguar el paradero de nuestro protagonista y qué ha sido de él, desde aquel día en que la *pava* lo dejó "tirando al aire", nos trasladaremos con el querido lector á una casa de buen aspecto, situada en la Calle de Bolívar, en la ciudad de Medellín, y con él mismo entraremos, si es de su gusto el acompañarnos en esta corta correría.

Al penetrar en el costurero, pieza amueblada como es de estilo entre nosotros entre la gente de fortuna, lo primero que llama nuestra atención es una apuesta dama de treinta y cinco años de edad, de hermosa y gallarda figura, bien que un poco gastada ó desteñida con las cargas de la maternidad. Es su mirada dulce y expresiva, y su aspecto todo, muy simpático y agradable. Se halla sentada

en un rico sillón de fondo *tupé* carmesí; y á su lado, y en un sillón del todo igual, le hace compañía un caballero ricamente vestido. ¿Lo conocéis? Es el mismo D. José Espinosa; y la señora á cuyo lado está no es otra que su hermana Dª Lucrecia, de quien tánto hemos hablado.

En el instante en que este interesante grupo se presenta á nuestra vista, los dos personajes que lo forman se entretienen en una conversación que por su tono y seriedad asume los caracteres de una confidencia íntima.

Tan pronto como Espinosa concluyó una especie de relación sentida y animada, que nosotros no alcanzámos á oír, Dª Lucrecia, muy conmovida con lo que acababa de decirle su hermano y vertiendo tiernas lágrimas, se expresó de esta manera:

—Pero, José de mi alma, ¿porqué no me habías escrito? ¿Y porqué no me habías dicho desde antes qué clase de joven era esa que tiene cautivo tu corazón? Si á tiempo hubieras contestado mis cartas, en las cuales te hacía tántos reproches por tu conducta, y si me hubieras manifestado toda la verdad y cuáles eran tus sentimientos, de otra manera yo te hubiera hablado y quizá mis consejos no habrían dejado extraviar tu entendimiento.

No te desanimes ni te aflijas; todavía es tiempo de remediar el mal que has hecho. Si en realidad quieres á Palerma, si tienes fe en su virtud y si la crees digna de tu mano, no vaciles; córre; búscala en donde se halle, y cásate con ella. Serás feliz; yo te lo aseguro.

Espinosa, radiante de alegría y de contento, se levanta, y dando un efusivo y estrecho abrazo á su hermana, la interroga así:

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca y Sala de Patrimonio Documental

—¿Y de veras, me das ese consejo? ¿Y no te avergonzarás nunca de tener por cuñada á una joven pobre y desvalida como Palerma? ¿Y la llamarás tu hermana querida ante el mundo entero?

—Sí, José, te lo juro; todo eso haré y algo más: la querré tánto como á ti mismo.

—Bien, hermana de mi corazón, eso me basta; partiré mañana mismo. Y en efecto, partió al siguiente día, impaciente y lleno de anhelos incomprensibles, en busca de la felicidad que sólo dan el amor, como Dios lo manda, y el cumplimiento del deber.

Han pasado diez años. Espinosa y Palerma se han casado; y contentos y felices habitan, con sus seis hermosos retoños, una hacienda de tierra fría en las montañas de Jericó. Carito, hombre hecho y derecho, desempeña las altas é importantes funciones de mayordomo de la hacienda, á gusto y contentamiento de su querido patrón. La Marimonda, con la realización de sus dorados ensueños, no cabe en su dicha y se mira en esas criaturas (los niños de Palerma) á quienes mima y contempla como una madre. El título de "mamá Marimonda" que le dan no lo cambiaría por un imperio. Félix, dichoso, acompaña como siempre á su amo.

¿Y qué noticias nos da Ud. de los viejos posaderos? nos preguntará el lector, por poco curioso que sea.

—Ambos murieron.

Paz á su sepulcro y que Dios los haya perdonado. ¡Eran tan bellacos!

FIN

INDICE

MEMORIAS INTIMAS

	PÁGS.
Cap. I. Preliminares	3
Cap. II. Boceto autobiográfico	13
Cap. III. Mi tierra	23
Cap. IV. Mis negocios	49
Cap. V. Mis malas	81
Cap. VI. Las bodas de mi sobrino	97
Cap. VII. Un tope	119
Cap. VIII. Un duelo de familia	149
Cap. IX. Las ruinas de Palmira	199
Cap. X. Colás	225

DE PASO

Cap. I	261
Cap. II	280
Cap. III	293
Cap. IV	304
Cap. V	326
Cap. VI	348
Cap. VII	360
Cap. VIII	380
Cap. IX	393
Cap. X	407
Cap. XI	424
Cap. XII	438
Cap. XIII	456
Cap. XIV	471
Cap. XV	499
Cap. XVI	506

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

FE DE ERRATAS

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
6	13	deshaucio	desahucio.
6	23	ha de menester	ha menester.
6	18	os invoco	te invoco.
/1	21 y 22	apercibiera de	advirtiera.
171	22	de mi	mi.
202	28	ellos	ellas.
203	8	acomedido	comedido.
211	28	encanto, que	encanto, de que.
232	16	guapo	valiente.
266	21 y 22	cotejarlo	cortejarlo.
275	28	hombre	—hombre.
304	27	tan	para.
309	21	ahora	—ahora.
322	17	crean	—crean.
362	22	conduciendo	que conducía
365	4	pernoctor	pernoctar.
366	12	esencial	especial.
382	32	Migantes	Miguitas.
383	18	alpargatitos	alpargatitas.
383	18	limpios	limpias.
412	2	policial	agente de policía.
412	15	policial	agente.
412	31	policial	comisario.
469	15	Tengo	—Tengo.
480	30	pel	del.

NOTA.—Algunos de los errores anotados anteriormente no se encuentran en todos los ejemplares de esta obra, porque se hizo la corrección de algunos en el curso de la impresión del respectivo pliego.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT
100122103

FAES

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental